

El Hombre que Sabía Demasiado

Por

G. K. Chesterton

Freeditorial 

I. EL ROSTRO EN LA DIANA

Harold March, el nuevo y renombrado periodista político, paseaba con aire decidido por una meseta en la que, desde hacía tiempo, se iban sucediendo por igual páramos y planicies, y cuyo horizonte se hallaba orlado por los lejanos bosques de la conocida propiedad de Torwood Park. Era un joven bien parecido, de pelo rubio y rizado y ojos claros, vestido con un traje de tweed. Inmerso en su feliz deambular a lo largo y ancho de aquel embriagador paisaje de libertad, Harold March era aún lo bastante joven como para tener bien presentes sus convicciones políticas y no simplemente para intentar olvidarlas a la menor ocasión. No en vano, su presencia en Torwood Park tenía precisamente un motivo político. Era el lugar de encuentro propuesto nada menos que por el Ministro de Hacienda, Sir Howard Horne, quien por entonces intentaba dar a conocer su denominado Presupuesto Socialista, el cual tenía la intención de exponer a cronista tan prometedor durante el transcurso de cierta entrevista que ambos tenían concertada. Harold March, por su parte, pertenecía a esa clase de hombres que saben todo lo que hay que saber sobre política, pero nada acerca de los políticos, además de ser poseedor de unos notables conocimientos sobre arte, letras, filosofía y cultura general (acerca, en fin, de casi todo excepto del mundo en el que vivía).

Bruscamente, en medio de toda aquella soleada y ventosa llanura, se topó con una especie de grieta o hendidura en el terreno que apenas resultaba lo bastante estrecha como para recibir tal nombre. Tenía el tamaño justo para albergar el cauce de un pequeño arroyuelo que desaparecía a intervalos por entre verdes túneles de maleza que simulaban un bosque en miniatura. No en vano, aquella visión le hizo sentirse extraño, como si fuese un gigante que otease el valle de unos pigmeos. Sin embargo, cuando descendió a la cavidad, dicha impresión desapareció. Las rocosas márgenes, si bien apenas tan altas como una casa, pendían por encima de su cabeza formando un perfil parecido al de un precipicio. Cuando comenzó a caminar arroyo abajo, animado por una despreocupada pero romántica curiosidad, y vio el agua brillar en pequeños jirones por entre aquellos grandes cantos rodados grises y aquellos arbustos de aspecto tan suave que parecían grandes matas de musgo verde, se sintió transportado por su imaginación. Era como si la tierra se hubiese abierto y lo hubiese engullido hasta conducirlo a algún submundo de sueños. Y por fin, cuando advirtió la presencia de una figura humana, oscura contra la luz plateada del arroyo y sentada sobre un gran pedrusco como si de un enorme pájaro se tratara, le embargó el presentimiento de que estaba a punto de encontrarse con la amistad más extraña de toda su vida.

Aparentemente, el hombre se hallaba pescando o, al menos, absorto en la

actitud de un pescador más inmóvil de lo habitual. March pudo examinarlo casi como si se tratase de una estatua que estuviera a punto de cobrar vida. Era alto, rubio, de aspecto algo lánguido y cadavérico, y en su rostro destacaban sus párpados pesados y su nariz prominente. Cuando la sombra de su blanco sombrero de ala ancha le cubría la cabeza, su fino bigote y su esbelta figura le conferían una apariencia juvenil, pero en aquel momento el panamá yacía a su lado, sobre el musgo, lo que le permitía apreciar al espectador una frente prematuramente calva. Esto, sumado a una apreciable flaccidez en la piel que le rodeaba los ojos, le daba cierto aire pensativo e incluso preocupado. No obstante, lo más curioso de todo en él, según podía descubrirse tras un somero examen, era que, aunque parecía un pescador, en realidad no estaba pescando.

En lugar de una caña de pescar llevaba consigo algo que muy bien podría haber sido un salabardo, como los que utilizan algunos pescadores, pero que se asemejaba más a una de esas redes comunes y corrientes con las que juegan los niños para capturar camarones o mariposas. Una y otra vez, el hombre sumergía la red, observaba con gran seriedad la porción de lodo y malas hierbas recogida con ella, y vaciaba su instrumento unos instantes más tarde.

—No, no he capturado nada —señaló tranquilamente, respondiendo a una pregunta que nunca le fue dirigida—. Siempre que lo hago, tengo que devolverlo al agua, especialmente si se trata de un pez gordo. Pero en cambio algunos de los animalillos más pequeños sí que me interesan cuando los cojo.

—Un interés científico, supongo —dijo March.

—De un tipo más bien de andar por casa, me temo —contestó el extraño pescador—. Uno de mis pasatiempos es lo que se ha dado en llamar el fenómeno de la fosforescencia. De otra manera, resultaría bastante embarazoso ir paseando por ahí cargado con un pescado hediondo, ¿no cree?

—Supongo que sí —dijo March con una sonrisa.

—Qué grotesco resultaría entrar en un lujoso salón cargado con un gran bacalao luminoso —continuó el extraño haciendo gala de una apática manera de expresarse—. Qué pintoresco sería que uno pudiese llevarlo por ahí como si se tratase de una linterna, o utilizar pequeños arenques como si fuesen velas. Algunas criaturas del mar resultarían verdaderamente bonitas si se emplearan como farolillos. El caracol marino de color azul, por ejemplo, que reluce como las estrellas. O incluso algunas estrellas de mar, que brillan como auténticas estrellas rojas. Claro que, naturalmente, no es eso lo que estoy buscando aquí.

March pensó en preguntarle qué era lo que estaba buscando, pero sintiéndose sin fuerzas para entablar una discusión de carácter técnico cuya profundidad resultaría, cuando menos, similar a la que alcanzan muchos seres marinos, decidió recurrir a temas más corrientes.

—Delicioso escondite éste —dijo—. Un pequeño valle con su río y todo. Es como uno de esos lugares de los que habla Stevenson en sus novelas, en los que siempre debería pasar algo.

—Lo sé —respondió el otro—. Creo que es porque el propio lugar, por así decirlo, parece ocurrir y no simplemente existir. Quizá sea eso lo que el bueno de Picasso y parte de los cubistas están siempre intentando expresar por medio de ángulos y líneas quebradas. Mire, por ejemplo, esa pared de ahí como si fuera un acantilado de escasa altura que sobresaliese hacia adelante en ángulo recto y que de repente descendiese bruscamente hacia esa ladera cubierta de césped. Es como una colisión silenciosa que representase la rompiente de una enorme ola seguida de la estela que va dejando tras de sí a su paso.

March miró el pequeño despeñadero que sobresalía de la verde pendiente y asintió con la cabeza. En su interior, pudo sentir cómo crecía su interés por aquel hombre que derivaba con tanta facilidad de los tecnicismos de la ciencia a los del arte, razón por la cual, sin tan siquiera pensarlo, le preguntó si admiraba a los nuevos artistas angulares.

—Según yo lo veo, los cubistas no son lo suficientemente cubistas —respondió el extraño—. Quiero decir que no son lo suficientemente profundos. Al convertir las cosas en algo matemático las hacen transparentes, triviales. Extraiga usted mismo las líneas vitales del paisaje, simplifíquelas hasta un mero ángulo recto y lo que conseguirá será reducirlas a un simple diagrama sobre el papel. Los diagramas poseen su propia belleza, aunque ésta sea de otra clase. Representan las cosas inalterables, ese tipo de verdades serenas, eternas, matemáticas...; lo que alguien, en fin, ha llamado el resplandor blanco de...

Calló de golpe porque, antes de que pudiera llegar a decir la siguiente palabra, ocurrió algo con demasiada rapidez como para que pudiera ser comprendido. Desde detrás de las rocas que sobresalían sobre sus cabezas llegó un estrépito similar al de un ferrocarril. Un instante más tarde, apareció un enorme automóvil. Negro contra el sol del fondo, rebasó la cresta del acantilado como un carro de batalla que se precipita a su destrucción en una última y desesperada hazaña. De manera automática, March extendió la mano en un ademán inútil, como si pretendiese coger al vuelo una taza que se hubiese caído en mitad del salón.

Durante un instante el vehículo simuló despegarse de la repisa de roca como si fuese una avioneta y, después de que el cielo pareciese girar sobre sí mismo como una rueda sobre su eje, acabó tumbado, hecho una ruina, en medio de la crecida vegetación situada al fondo, mientras una línea de humo gris comenzaba a ascender lentamente en el aire silencioso. Algo más abajo la figura de un hombre de cabello gris yacía al pie de la escarpada y verde

pendiente con los miembros extendidos de cualquier manera y el rostro vuelto hacia un lado.

Dejando a un lado su red, el excéntrico pescador se encaminó apresuradamente hacia aquel lugar, seguido de cerca por su nuevo conocido. Mientras se acercaban, no pudieron evitar pensar que parecía haber algún tipo de monstruosa ironía en el hecho de que la máquina siniestrada se hallase todavía vibrando y atronando tan empecinadamente como una fábrica mientras el hombre permanecía completamente inmóvil.

Este último se hallaba incuestionablemente muerto. La sangre fluía por entre la hierba desde una herida mortal en la parte trasera del cráneo. Sin embargo, el rostro, que se hallaba vuelto hacia el sol y estaba intacto, resultaba extrañamente fascinante. Era éste uno de esos casos en los que una cara extraña se muestra inequívocamente familiar, uno de esos casos en los que tenemos la sensación de que deberíamos reconocerla aunque en realidad no sea así. Aquel rostro, en concreto, era ancho y cuadrado, dotado de una gran mandíbula que se diría más bien propia de un primate de intelecto muy desarrollado. La boca era ancha y estaba cerrada con tanta fuerza que se veía reducida a una simple línea. La nariz era corta, y las fosas nasales de esa clase que parecen estar siempre bostezando, como hambrientas de aire. No obstante, lo más extraño de todo era que una de las cejas se torcía hacia arriba formando un ángulo mucho más pronunciado que la otra. March pensó que, paradójicamente, nunca había visto un rostro tan pleno de vida como aquél, sensación ésta que se veía extrañamente reforzada a causa de la mata de pelo canoso que lo coronaba. Unas cuantas hojas de papel asomaban, semicaídas, por el bolsillo, y de entre ellas March extrajo una cajita con tarjetas. Leyó en voz alta el nombre que figuraba en una de ellas.

—«Sir Humphrey Turnbull». ¡Vaya!, estoy seguro de haber escuchado este nombre en alguna parte.

Su compañero dejó escapar un leve suspiro y permaneció en silencio por un momento, como rumiando algo en su interior. Luego dijo sin más:

—El pobre hombre está completamente muerto —y añadió algunos términos científicos con los que su compañero se encontró perdido una vez más.

—Tal y como están las cosas —continuó diciendo su notablemente instruido interlocutor—, será mejor para nosotros, al menos desde el punto de vista legal, dejar el cuerpo como está hasta que acuda la policía. De hecho, creo que lo más adecuado sería que nadie excepto la propia policía fuese informado de lo sucedido. Así que no se sorprenda si le da la impresión de que intento mantenerlo oculto a los vecinos de las inmediaciones.

Luego, como si se sintiese obligado a aclarar su más que brusca reserva, dijo:

—He venido a Torwood para ver a mi primo. Mi nombre es Horne Fisher, lo cual podría muy bien ser un juego de palabras en relación con lo que estaba haciendo aquí, ¿verdad?

—¿Sir Howard Horne es su primo? —preguntó March—. Precisamente voy a Torwood Park para verlo. Por supuesto, es sólo en relación con su labor pública y con la magnífica posición que está manteniendo acerca de sus principios. Creo que ese Presupuesto es lo más grande que se ha visto en la historia de Inglaterra. Claro que, si falla, será también el fracaso más heroico de la historia de Inglaterra. ¿Es usted admirador de su notable pariente, Mr. Fisher?

—¡Ya lo creo! —dijo Mr. Fisher—. Es el mejor tirador que conozco.

Luego, como sinceramente arrepentido de la indiferencia que acababa de demostrar, añadió con aire rayano en el entusiasmo:

—Si le digo la verdad, no. Pero, sin duda alguna, es un tirador extraordinario.

Como enardecido por sus propias palabras, dio un brinco hacia la repisa rocosa que se elevaba por encima de él y la escaló con una repentina agilidad que contrastaba sorprendentemente con su general lasitud. Permaneció algunos segundos sobre el promontorio, su perfil aguileño recortado contra el cielo, bajo el panamá, mientras oteaba la campiña, antes de que su compañero hiciese acopio de las fuerzas suficientes para poder trepar tras él.

El nivel superior era una extensión de césped en la que las huellas del automóvil siniestrado parecían haber sido literalmente aradas, pero cuyo borde se hallaba como cortado por unos dientes de piedra. Cantos rodados de las más variadas formas y tamaños yacían junto al borde. Resultaba prácticamente increíble que alguien pudiera haberse dirigido de manera deliberada hacia aquella trampa mortal, especialmente a plena luz del día.

—No logro entenderlo —dijo March—. ¿Estaba ciego? ¿O quizás borracho?

—Por su apariencia, ninguna de las dos cosas —respondió el otro.

—En ese caso se trata de un suicidio.

—No parece una manera cómoda de llevarlo a cabo —subrayó el hombre llamado Fisher—. Además, soy incapaz de imaginarme al pobre y viejo Puggy suicidándose.

—¿El pobre y viejo quién? —inquirió el periodista, maravillado—.

¿Conocía a ese pobre desventurado?

—A decir verdad, nadie lo conocía —respondió vagamente Fisher—. Pero era conocido, sin duda. En su tiempo fue el azote del Parlamento, en especial cuando estalló aquel escándalo de los extranjeros que fueron deportados por indeseables, para uno de los cuales él reclamaba la horca acusándolo de asesinato. Acabó tan harto de todo aquello que finalmente abandonó su cargo. Desde entonces se dedicaba básicamente a viajar por ahí en su automóvil, y hoy venía también a Torwood para pasar el fin de semana. Aun así, no acierto a ver la causa de que decidiera romperse la crisma deliberadamente casi a las puertas del pueblo. Creo que Hoggs (quiero decir, mi primo Howard) venía hoy expresamente para reunirse con él.

—¿Pero es que Torwood Park pertenece a su primo? —inquirió March.

—No. Era de los Winthrop, ya sabe —contestó el otro—, aunque actualmente es propiedad de otra persona, un tipo de Montreal llamado Jenkins. Hoggs viene solamente por la caza. Ya le dije antes que era un magnífico tirador.

La reiteración del elogio sobre la persona del gran estadista se le antojó a Harold March ciertamente chocante, como si alguien hubiese definido a Napoleón como un distinguido jugador de naipes. Pero otra impresión, aún a medio definir, luchaba en aquel torrente de elementos desconocidos. March la hizo subir a la superficie antes de que pudiera desaparecer.

—Jenkins —repitió—. ¿No se referirá usted a Jefferson Jenkins, el reformista social? Quiero decir, ¿el hombre que está luchando por el nuevo proyecto de propiedad rural? Resultaría tan interesante conocerlo como a cualquier Ministro de Gobierno del mundo, si me permite usted decirlo.

—Sí. Hoggs le aconsejó que en ese asunto la mejor alternativa serían las casas de campo —dijo Fisher—. Y cuando el otro le respondió argumentando que la raza del ganado había mejorado considerablemente, la gente dejó de tomarle en serio. Pero, naturalmente, uno tiene que hacerse respetar como sea para poder mantener su título aunque aún no lo haya conseguido. Pero, ¡vaya!, aquí viene alguien más.

Habían echado a andar sobre las huellas del automóvil dejándolo atrás, en la hondonada, zumbando aún horriblemente como un enorme insecto que acabara de matar a un hombre. Las huellas los condujeron hasta un recodo de la carretera, que conducía en línea recta a las lejanas puertas de la propiedad. Parecía claro que el vehículo había circulado carretera abajo hasta la curva, donde, en vez de girar a la izquierda, había seguido recto a través del césped hasta alcanzar su perdición. Pero no fue este descubrimiento lo que había atraído la atención de Fisher, sino algo aún más llamativo. En el ángulo

formado por la blanca carretera podía verse una oscura y solitaria figura casi tan inmóvil como un poste. Se trataba de un hombre alto, ataviado con toscas ropas de caza y con la cabeza descubierta, cuyo pelo, rizado y despeinado, le confería un aspecto verdaderamente salvaje. No obstante, visto más de cerca, esta primera y fantástica impresión se desvaneció. A plena luz la figura adquirió matices más convencionales, como los de un caballero corriente que se hubiera aventurado a salir desprovisto de sombrero y sin haberse detenido el tiempo suficiente para adecentar sus cabellos. A pesar de ello, la gran estatura no variaba, y algo profundo e incluso cavernoso alrededor de los ojos rescataba su apariencia animal de entre unos rasgos comunes.

March apenas tuvo tiempo de estudiar al hombre con mayor detenimiento pues, para su asombro, su guía se limitó a decir: «¡Hola, Jack!», y continuó caminando hasta dejarlo atrás sin prestarle más atención que la que hubiera prestado a un poste, y sin mostrar la menor intención de informarle sobre la catástrofe que había tenido lugar al otro lado del recodo rocoso. Fue algo relativamente sin importancia, pero resultó ser tan sólo la primera de una serie de sorpresas que su nuevo y excéntrico amigo se estaba encargando de proporcionarle.

El hombre que acababan de dejar atrás se quedó mirándolos de manera harto sospechosa, a pesar de lo cual Fisher prosiguió con total tranquilidad su camino a lo largo de la carretera que conducía al otro lado de las puertas de la finca.

—Ése es John Burke, el viajero —accedió a explicar—. Me imagino que habrá oído hablar de él. Practica la caza mayor y todo ese tipo de cosas. Lamento no haber podido detenerme para presentárselo, pero casi me atrevería a asegurarle que tendrá la oportunidad de conocerlo más adelante.

—Desde luego, lo que sí conozco es su libro —dijo March con creciente interés—. Me parecen dignas de toda admiración las escenas en las que describe cómo cazar un elefante luchando prácticamente cuerpo a cuerpo con él.

—Sí, yo también creo que el joven Halkett escribe estupendamente. Pero, ¿cómo? ¿No sabía que Halkett escribió ese libro en lugar de Burke? Burke es incapaz de usar algo que no sea un arma, y es imposible escribir con ella. Pero, a pesar de todo, también es un gran tipo a su manera, ya me entiende. Es tan valiente como un león... o incluso aún más.

—Parece usted conocerlo todo acerca de él —dijo March con una sonrisa de desconcierto—. Y también sobre mucha otra gente.

La despejada frente de Fisher se arrugó bruscamente y una curiosa expresión acudió a sus ojos.

—Yo sé demasiadas cosas —dijo—. Ése es mi problema. Ése es el problema de todos nosotros. Sabemos demasiado. Demasiado los unos acerca de los otros y demasiado acerca de nosotros mismos. Y precisamente por eso ahora estoy tan interesado en algo de lo que no sé nada.

—¿Y de qué se trata? —inquirió el otro.

—De por qué ese pobre hombre está muerto.

Llevarían recorrida aproximadamente una milla de aquella larga carretera conversando a ratos de esta forma, cuando a March le asaltó la singular sensación de que el mundo entero se había vuelto del revés. Mr. Horne Fisher no denostaba con especial aversión a sus amigos y parientes de la sociedad de moda. Antes bien, de algunos llegaba incluso a hablar con afecto. Pero todos ellos parecían pertenecer a una clase completamente nueva de hombres y mujeres que casualmente se llamaban igual que los hombres y mujeres que con tanta frecuencia eran mencionados en los periódicos. Con todo, ni el más sanguinario furor de la más encarnecida revuelta podría haberle parecido más radicalmente revolucionario que toda aquella fría familiaridad. Era como si la luz del día diese de lleno en el reverso del decorado de un escenario y dejase al descubierto lo que debería permanecer siempre oculto entre bastidores.

Alcanzaron las grandes puertas de la propiedad y, para sorpresa de March, las rebasaron sin obstáculo alguno y continuaron a lo largo del interminable, recto y blanco camino. Al fin y al cabo, era todavía demasiado temprano para su cita con Sir Howard y se sentía arrastrado a presenciar el final del experimento, fuese de la clase que fuese, que su nuevo amigo se traía entre manos. Hacía ya rato que habían dejado atrás el páramo, y ahora una buena parte del blanco camino aparecía gris bajo la gran sombra proyectada por los bosques de pinos de Torwood, que simulaban barrotes grises arracimados contra la luz del sol y que se juntaban unos a otros para crear una parcela de noche en pleno mediodía. Pronto, sin embargo, comenzaron a aparecer rendijas entre ellos como si fuesen destellos producidos por ventanas de colores. Los árboles se iban separando y dispersando conforme la carretera avanzaba, mostrando los salvajes e irregulares bosquecillos en los que, tal y como dijera Fisher, los cazadores habían estado ocupados disparando sin tregua durante todo el día. Unas doscientas yardas más allá llegaron a un nuevo recodo de la carretera.

En la misma curva se levantaba una especie de posada ruinosa en la que un deslustrado letrero rezaba *The Grapes*. El rótulo, oscuro e indescifrable, colgaba negro contra el cielo y el páramo gris que podía verse al fondo, e incitaba a entrar en el lugar tanto como si se tratase de una cámara de tortura. March señaló que parecía una taberna pensada más para el vinagre que para el vino.

—Una buena frase —dijo Fisher—, y de hecho así sería si uno fuese lo suficientemente idiota como para beber vino ahí dentro. Pero en cambio la cerveza es muy buena, y lo mismo puedo decir del coñac.

Algo sorprendido, March lo siguió hasta el interior del salón. Aunque no era una persona melindrosa, no pudo reprimir un ligero gesto de desagrado ante el primer vistazo que pudo echarle al posadero, quien resultó ser notablemente distinto del afable y cordial posadero que suele aparecer en los cuentos. Era éste un hombre huesudo, muy callado tras su bigote negro y dotado de unos inquietos ojos oscuros. El investigador, taciturno por naturaleza, acabó teniendo éxito al extraerle algunos fragmentos de información a fuerza de pedir cerveza y hablarle porfiada y minuciosamente de automóviles. Evidentemente, y por alguna oculta razón que a March se le escapaba, Fisher consideraba al posadero una autoridad en automóviles, muy al tanto de todos los secretos del mecanismo y la conducción, tanto buena como mala, de éstos, y logró dominarlo todo el tiempo con su penetrante mirada, como el Anciano Marinero en aquel antiguo poema. De entre toda esta más que misteriosa conversación salió finalmente a flote algo parecido a la afirmación de que un automóvil en particular, de una concreta descripción, se había detenido ante la posada aproximadamente una hora antes, y de que un hombre mayor se había apeado en busca de asistencia mecánica. Tras preguntarle si el visitante había precisado algún otro tipo de asistencia, el posadero dijo escuetamente que el caballero había llenado su petaca y comprado unos cuantos bocadillos. Y con estas palabras, el poco hospitalario anfitrión salió a toda prisa del salón del bar. Todavía pudieron oírlo dando portazos por algún lugar del oscuro interior.

Fisher paseó sus ojos cansados por todo el polvoriento y destartado salón hasta posarlos distraídamente sobre una jaula de cristal que contenía un pájaro disecado y sobre la cual, colgada de unos garfios, había una escopeta que parecía ser el único adorno de toda la estancia.

—Puggy era un bromista —comentó—. Al menos a su más que desagradable manera. Pero parece una broma de demasiado mal gusto, incluso para él, comprar bocadillos justo antes de suicidarse.

—Si a eso vamos —contestó March—, no es muy corriente que alguien compre bocadillos cuando se encuentra justo a la entrada de la casa a la que se dirige.

—No... no —repitió Fisher casi mecánicamente para después, de súbito, mirar con fijeza a su interlocutor con una expresión mucho más animada.

—¡Caramba! Eso sí que es una idea. Tiene usted toda la razón. Lo cual sugiere algo de lo más misterioso, ¿no es cierto?

Hubo un silencio, tras el cual March dio un nervioso respingo cuando la puerta de la posada se abrió de golpe y un hombre entró a grandes pasos para dirigirse directamente hacia el mostrador. Tras golpear sobre éste con una moneda y dar voces pidiendo coñac reparó por fin en Fisher y March, que se habían sentado a una mesa de madera vacía situada bajo una ventana. Cuando se volvió para observarles con una mirada nada acogedora, March aún tenía reservada otra sorpresa, pues su guía, tras llamar Hoggs al hombre, lo presentó como Sir Howard Horne.

Tal y como suele ocurrirles a los políticos, parecía bastante más mayor que en aquellos retratos juveniles de las revistas ilustradas. Su lacio pelo rubio se entreveía mezclado de gris, pero su rostro era casi cómicamente redondo, con una nariz romana que, combinada con sus ojos brillantes y agudos, recordaban vagamente a un loro. Llevaba puesta una gorra casi en la parte trasera del cráneo y portaba una escopeta bajo el brazo. Harold March había llegado a imaginar muchas cosas acerca de su encuentro con el gran reformista político, pero nunca se lo hubiera figurado con un arma bajo el brazo y bebiendo coñac en una taberna de campo.

—Así que tú también te diriges a casa de Jink, ¿eh? —dijo Fisher—. Todo el mundo parece ir a casa de Jink.

—Sí —contestó el Ministro de Hacienda—, pero sólo por la caza, que es muy buena y abundante siempre que no estemos hablando de la que logra cazar el propio Jink. Nunca conocí a un tipo que tuviese tan buena caza y que fuera a la vez tan pésimo tirador. Pero ¡cuidado! Que quede bien clara una cosa: es un buen compañero, alegre y todo lo demás, y yo nunca me atrevería a decir ni una sola palabra contra él. Pero también es cierto que es absolutamente incapaz de sostener un arma en alto. Se dice de él que un día abatió a tiros la escarapela que llevaba en el sombrero su propio criado (muy suyo eso de llevar escarapelas, por cierto). Incluso una vez derribó la mismísima veleta de esa ridícula casa de verano de color dorado que tiene. Uno no puede evitar pensar que es la única ave que acabará cazando en su vida. ¿Vais hacia allí ahora?

Fisher apuntó vagamente que emprendería el camino hacia allá pronto, en cuanto hubiese arreglado un pequeño asunto, tras lo cual el Ministro de Hacienda abandonó la posada. March creyó haberse mostrado un poco nervioso o angustiado cuando el otro entró y pidió el coñac, pero hubiera entablado conversación con él de manera más satisfactoria si no hubiese sido porque la charla no había versado exactamente sobre lo que el literario visitante habría esperado. Unos minutos más tarde, Fisher se encaminó lentamente fuera de la taberna y se detuvo en mitad de la carretera, mirando en la dirección por la que habían venido. Luego deshizo aproximadamente unas doscientas yardas del camino en dicha dirección y se detuvo de nuevo.

—Creo que éste es, más o menos, el lugar —dijo.

—¿Qué lugar? —preguntó su compañero.

—El lugar donde mataron a aquel pobre hombre —dijo tristemente Fisher.

—¿Qué quiere decir? —exigió March—. El hombre murió al estrellarse contra las rocas a una milla y media de aquí.

—No, no fue así —repuso Fisher—. No se estrelló contra las rocas ni mucho menos. ¿Aún no ha caído usted en la cuenta de que el cuerpo cayó en la pendiente de suave hierba que hay más abajo? Pues yo sí. Además, ya entonces pude ver que tenía una bala en el cuerpo.

Luego, tras una pausa, añadió:

—Estaba vivo en la posada, pero ya había muerto bastante antes de llegar a las rocas. Por lo tanto, le dispararon cuando conducía su automóvil por este tramo de carretera recta. Y yo diría que desde algún lugar cerca de aquí. Después de lo cual, por supuesto, el coche continuó recto sin la presencia de nadie que pudiese pararlo o desviarlo. Se trata de un truco verdaderamente astuto a su manera, ya que el cuerpo sería encontrado muy lejos del lugar del crimen y la mayoría de la gente aseguraría, tal y como dice usted, que no existe tal crimen sino simplemente un accidente de automóvil. El asesino debe de ser un tipo muy listo.

—¿Pero no hubieran oído el disparo en la posada o en algún otro sitio? —preguntó March.

—Lo oirían. Pero no repararían en él. Es ahí —continuó el investigador— donde el autor del crimen vuelve a demostrarnos su inteligencia. Durante todo el día se han estado escuchando disparos por los alrededores. Es muy probable que el asesino midiera el tiempo de tal manera que su disparo coincidiese con otros y resultase apagado por ellos. Ciertamente se trata de un criminal de primera clase. Y también algo más.

—¿Qué quiere decir? —preguntó su compañero con el horrible presentimiento de que algo se avecinaba pero sin saber decir a ciencia cierta qué.

—Es un tirador de primera clase —dijo Fisher.

Tras volverse bruscamente, comenzó a recorrer un estrecho camino plagado de hierbas, poco más que una simple senda para carretas, que pasaba frente a la posada y señalaba el final de la enorme finca y el principio del campo abierto. March echó a andar trabajosamente tras él con una despreocupada perseverancia hasta que lo encontró mirando fijamente a través de una abertura entre los grandes brotes de maleza y espinos que crecían sobre la pulida superficie de una cerca pintada. Al otro lado de la cerca se elevaban

los grandes y grises troncos de una hilera de chopos que llenaban el cielo suspendido sobre ellos de sombras de color verde oscuro a la vez que se estremecían ligeramente mecidos por un viento que se había ido convirtiendo poco a poco en una fresca brisa. La tarde iba ya derivando hacia el atardecer y las titánicas sombras de los chopos se alargaban hasta cubrir casi un tercio del paisaje.

—Muy bien. Veamos. ¿Soy yo un criminal de primera clase? —se preguntó a sí mismo Fisher con voz divertida—. Me temo que no. Pero creo que puedo arreglármelas para actuar como lo haría un ladronzuelo de cuarta categoría.

Y antes de que su compañero tuviese tiempo de decir algo ya se las había ingeniado para saltar por encima de la cerca. March le siguió sin gran esfuerzo físico pero notablemente confuso. Los chopos crecían tan próximos a la cerca que se las vieron y se las desearon para deslizarse entre ellos y dejarlos atrás. Más allá sólo fueron capaces de atisbar un alto seto de laurel que crecía verde y lustroso a la agonizante luz del sol. Algo en el hecho de hallarse cercado y a merced de paredes vivientes hizo que March se sintiese como si realmente estuviese entrando en una casa cerrada a cal y canto en lugar de en un campo abierto. Era como entrar por una puerta o por una ventana en desuso y encontrarse el camino bloqueado por los muebles de la habitación.

Una vez hubieron salvado el obstáculo que representaba aquel seto de laurel, salieron a una especie de terraza de hierba desde la que se llegaba, tras bajar un pequeño escalón, hasta un terreno rectangular de césped muy parecido a una pista de bowls. Más allá se encontraba el único edificio a la vista, un invernadero de escasa altura que parecía hallarse lejos de todas partes, como una casita de cristal levantada en mitad del país de las hadas. Fisher conocía sobradamente aquel aspecto solitario en el exterior de una gran casona. Reconoció que en aquel estado resultaba más satírico para la aristocracia que si se hallase inundada de malezas y reducida a ruinas, ya que, si bien no se encontraba descuidada, sí estaba abandonada y, de todas formas, en desuso. A pesar de lo cual era barrida y aseada con regularidad para un dueño que nunca se dignaba aparecer por allí.

Al atisbar la extensión de césped, sin embargo, vio un objeto con el que aparentemente no había esperado encontrarse. Era una especie de trípode que sostenía un disco grande, parecido a la parte superior de una mesa redonda que hubiese sido inclinada hacia un lado. Hasta que cruzaron el césped para echarle un vistazo más de cerca, March no cayó en la cuenta de que se trataba de una diana. Estaba manchada y deteriorada por el efecto de la intemperie, y los vivos colores de los anillos concéntricos estaban muy apagados. Probablemente había sido colocada allí en aquellos lejanos días de la época victoriana en los que persistía la afición al tiro con arco. March tuvo una fugaz

visión en la que damas envueltas en recargados miriñaques y caballeros tocados con estrafalarios sombreros y patillas revivían en aquel perdido jardín cual si de fantasmas se tratase.

Fisher, quien examinaba con mayor detenimiento la diana, le asustó al proferir una exclamación.

—¡Ajá! —dijo—. Alguien ha estado acribillando esto a balazos, después de todo. Y muy recientemente además. Cualquiera diría que el viejo Jink ha estado usando este lugar para intentar mejorar su mala puntería.

—En efecto. Y da la impresión de que todavía necesita mejorar mucho —contestó March riendo—. Ni uno solo de todos esos disparos está mínimamente cerca del blanco. Parecen estar desparramados de cualquier manera.

—Desparramados de cualquier manera —repitió Fisher todavía mirando fijamente la diana.

Pareció asentir sin más, pero March se dio cuenta de que sus ojos brillaban bajo sus soñolientos párpados y que enderezaba su encorvada figura con un desacostumbrado esfuerzo.

—Discúlpeme un momento —dijo tanteando en sus bolsillos—. Creo que llevo encima alguno de mis productos químicos. Dentro de un minuto nos pondremos en camino hacia la casa.

Y se inclinó nuevamente sobre la diana para aplicar algo con los dedos a cada uno de los orificios de bala. Algo que, por lo que March acertó a ver, era simplemente una especie de barro de color gris apagado. Seguidamente, se adentraron en la frondosa vegetación que se cernía sobre las largas avenidas verdes que conducían a la mansión.

Una vez más, sin embargo, el excéntrico investigador evitó entrar por la puerta principal. Comenzó a rodear la casa hasta que encontró una ventana abierta y, tras saltar al interior por ésta, se volvió para ayudar a su amigo a entrar en lo que parecía ser una sala de armas. Filas enteras de todas las clases de instrumentos típicos para abatir pájaros se alineaban contra las paredes, pero sobre una mesa situada junto a la ventana había un par de escopetas de mayor calibre.

—¡Vaya! Ésos son los rifles de caza mayor de Burke —dijo Fisher—. No sabía que los guardase aquí.

Levantó uno de ellos, lo examinó brevemente y lo dejó de nuevo en su sitio frunciendo el ceño. Casi al mismo tiempo, un joven de aspecto ciertamente extraño entró apresuradamente en la habitación. Era moreno y robusto, de abultada frente y mandíbula de bulldog. Al hablar lo hizo con una áspera

disculpa.

—Dejé las armas del Mayor Burke aquí —dijo—. Ahora desea que las empaquete, pues se marcha esta misma noche.

Y se llevó a cuestas los dos rifles sin echar siquiera un solo vistazo a los visitantes. A través de la puerta abierta éstos pudieron ver su pequeña figura alejarse por el brillante jardín. Fisher volvió a saltar por la ventana y se quedó mirando cómo aquél se marchaba.

—Ese es Halkett, de quien ya le he hablado —dijo—. Sabía que era una especie de secretario que se ocupaba de los papeles de Burke, pero no tenía la menor idea de que tuviese algo que ver también con sus armas. No es más que una especie de diablillo callado y astuto que muy bien podría destacar en cualquier cosa. El tipo de hombre que uno cree durante años que conoce bien hasta que un día descubre por casualidad que es un consumado maestro del ajedrez.

Juntos, habían echado a caminar en la dirección por la que había desaparecido el secretario, por lo que pronto se encontraron con el resto de la reunión, que charlaba y reía sobre el césped. Pudieron discernir con claridad la alta figura y la suelta melena leonina del cazador de fieras destacándose por encima del resto de los integrantes del pequeño grupo.

—Por cierto —dijo Fisher—, cuando estábamos hablando de Burke y Halkett dije que un hombre era incapaz de escribir con un arma de fuego. Bueno, permítame confesarle que ahora no estoy tan seguro. ¿Oyó usted alguna vez hablar de algún artista de talento tan grande que fuese capaz de dibujar con un arma de fuego? Pues sepa que hay un extraordinario pájaro de esa clase suelto por aquí.

Sir Howard llamó a voces a Fisher y a su amigo el periodista dando muestras de una afabilidad casi escandalosa. March fue presentado al Mayor Burke y a Mr. Halkett así como, merced a un paréntesis, a su anfitrión, Mr. Jenkins, un hombrecillo corriente vestido con un chillón traje de tweed a quien todo el mundo parecía tratar con afecto, como si fuera un niño pequeño.

El incorregible Ministro de Hacienda estaba todavía hablando de los pájaros que había derribado y de los que su anfitrión Jenkins había fallado en su intento. Aquel tema de conversación parecía ser para él una especie de alegre monomanía.

—Usted y su caza mayor —exclamó agresivamente dirigiéndose a Burke—. ¡Vamos, hombre! Cualquiera podría practicarla. Cuando uno decide ser tirador es para dedicarse a la caza menor.

—Efectivamente —se interpuso Horne Fisher—. Ahora bien, si en la finca

hubiese hipopótamos y elefantes que pudieran volar, ¿qué haría usted entonces?

—Pues entonces hasta Jink sería capaz de acertarle a un pájaro así —gritó Sir Howard, estallando en carcajadas y palmeando a su anfitrión en la espalda—. Incluso él podría darle a un hipopótamo.

—Siendo así, vengan a ver, amigos —dijo Fisher—. Quiero que me acompañen durante un minuto y le disparen a algo diferente. Pero no se preocupen, no se trata de un hipopótamo. He encontrado en la finca un animal aún más extraño. Uno que tiene tres patas, un solo ojo y todos los colores del arco iris.

—¿De qué demonios está usted hablando? —preguntó Burke.

—Vengan, vengan y véanlo —respondió Fisher divertido.

La gente como aquélla rara vez rechaza algo inusual por disparatado que parezca, puesto que andan siempre en busca de novedades. Con cierta gravedad, regresaron a la casa para proveerse de los efectos almacenados en la sala de armas y, acto seguido, se apresuraron en tropel tras los pasos de su guía. Sólo Sir Howard, presa de una especie de frenesí, se detuvo un momento para señalar la célebre casa de verano de color dorado sobre la que la veleta aún permanecía torcida. Reinaba el crepúsculo, que se iba tornando ya en oscuridad, cuando alcanzaron el remoto prado de césped rodeado de chopos y se dispusieron a probar el nuevo y desatinado juego de dispararle a la vieja diana.

La noche parecía ir desvaneciéndose ligeramente del prado, y los chopos, vistos contra el ocaso, simulaban grandes plumas negras dispuestas sobre un fondo pintado de púrpura, cuando la comitiva dobló la última curva y se encontró frente a frente con la diana.

Sir Howard volvió a palmear a su anfitrión en el hombro y le empujó juguetonamente hacia adelante para que realizase el primer disparo, pero lo hizo sin notar que el hombro y el brazo que había tocado se encontraban anormalmente tensos y crispados. Mr. Jenkins sostenía su escopeta con ademán más torpe de lo que cualquiera de sus bromistas amigos había visto o esperado nunca.

En aquel preciso instante un horrible grito surgió desde algún sitio. Resultó tan antinatural e inapropiado a la escena que muy bien podría haber sido fruto de algo inhumano que revolotease por encima de sus cabezas o que los acechase desde los oscuros bosques del otro lado del jardín. Pero Fisher sabía que aquel alarido había comenzado y cesado en los pálidos labios de Jefferson Jenkins. Y nadie que en ese preciso momento hubiese alcanzado a ver el rostro de Jenkins habría podido decir que dicho rostro era un rostro corriente.

Un instante más tarde un torrente de juramentos vulgares pero llenos de jovialidad brotó de los labios del Mayor Burke cuando tanto él como los otros dos hombres vieron lo que se hallaba frente al grupo. La diana permanecía en pie sobre la mortecina hierba como un duende oscuro que les sonriera burlonamente, lo cual era cierto, pues estaba, literalmente, sonriendo con una irónica mueca. Tenía dos ojos que refulgían como estrellas, y con idénticos y espeluznantes puntos luminosos se veían resaltadas tanto las dos ventanillas de la nariz, abiertas y vueltas hacia arriba, como los dos extremos de la prieta y ancha boca. Unos cuantos puntos blancos sobre cada ojo representaban las dos cejas canosas, una de las cuales se extendía hacia arriba hasta quedar casi completamente recta. El conjunto resultaba una excelente caricatura realizada con líneas formadas por puntos luminescentes, una caricatura de alguien que March no tuvo la menor dificultad en reconocer y que brillaba sobre la sombría hierba manchada de algún resplandor marino, como si algún monstruo de las profundidades se hubiese arrastrado hasta el jardín en medio del crepúsculo.

—¡No es más que pintura luminosa! —exclamó Burke—. El viejo Fisher nos ha gastado una broma con esa sustancia fosforescente que tanto le gusta.

—Pues parece haber sido diseñada especialmente para el viejo Puggy —dijo Sir Howard—. Le sienta de maravilla.

Dicho lo cual, todos ellos se echaron a reír. Todos excepto Jenkins. Cuando las carcajadas dejaron de oírse, éste profirió un ruido similar al primer vagido que un animal realiza al intentar respirar después de sufrir un largo período de asfixia. Luego, súbitamente, Horne Fisher se le acercó a grandes zancadas y le dijo:

—Mr. Jenkins, tengo que hablar a solas con usted inmediatamente.

Fue junto al pequeño arroyo del páramo, en la vertiente situada bajo el saledizo rocoso, donde March se reunió con su nuevo amigo, Fisher, previa cita, poco después de concluir la desagradable y casi grotesca escena que había disuelto el grupo en el jardín.

—Fue una travesura de las mías —dijo Fisher con aire melancólico—. Puse fósforo en la diana. La única manera que había de conseguir que se delatase era dándole un susto de muerte. Y cuando vio brillar la misma cara a la que había disparado sobre la misma diana en la que había estado practicando, toda iluminada con una luz infernal, se delató. Más que suficiente para mi propia satisfacción intelectual.

—Me temo que ni siquiera ahora —dijo March— llego a entender con exactitud lo que hizo o por qué lo hizo.

—¿De veras? Pues debería —repuso Fisher con su más que triste sonrisa

—, puesto que fue usted quien me proporcionó el primer indicio. Oh, sí, lo hizo usted, y resultó ser de lo más astuto. Dijo que nadie suele comprar bocadillos cuando se dirige a una gran mansión, pues se supone que en ésta podrá comer lo que desee. Era una gran verdad. Deduje de ello que, si bien él se dirigía hacia allí, no tenía intención alguna de comer en dicho lugar. O que, por lo menos, era posible que no comiese allí. Enseguida se me ocurrió que probablemente esperaba que la visita resultase desagradable, o el recibimiento dudoso, o que algo le impediría aceptar toda hospitalidad. Luego me encontré con que Turnbull fue el terror de ciertos personajes sospechosos en el pasado y que había acudido aquí con la intención de identificar y denunciar a uno de ellos. Al principio las probabilidades señalaban hacia el anfitrión, es decir, Jenkins. Para serle franco, ahora ya no me cabe la menor duda de que Jenkins era aquel indeseable extranjero que Turnbull estaba deseando capturar por otro asunto relacionado con armas. Pero como usted mismo ha podido comprobar, a nuestro caballero cazador aún le quedaba un disparo en el cargador.

—Pero usted dijo que tendría que tratarse de un tirador excepcional.

—Jenkins es un tirador excepcional —dijo Fisher—. Un tirador muy bueno que puede fingir ser un tirador muy malo. ¿Quiere que le diga cuál fue el segundo indicio que encontré, después del que usted me proporcionó, y que me llevó a pensar que se trataba de Jenkins? Fue la referencia de mi primo a su mala puntería. A pesar de ella, había sido capaz de darle a una escarapela en un sombrero y a una veleta en lo más alto de un edificio. Ahora bien, por descontado, un hombre tiene que saber disparar verdaderamente bien para ser capaz de disparar así de mal. Por fuerza, tiene que ser muy hábil disparando para acertarle a una escarapela y no a la cabeza, por no hablar ya del sombrero. Si los disparos hubiesen salido de verdad al azar la probabilidad de que hubieran tocado objetos tan singulares y pintorescos habría sido de una entre mil. Dichos objetos fueron elegidos precisamente porque resultaban singulares y pintorescos. Eran la base de una historia que recorrería la vecindad. Él conservaba la veleta torcida de la casa de verano para perpetuar dicha historia como si se tratase de una leyenda. Y, mientras tanto, se mantenía al acecho con sus malvadas intenciones y su vil escopeta, completamente a salvo parapetado tras la leyenda de su propia impericia.

»Pero aún hay más. Tenemos la propia casa de verano. Quiero decir que es allí donde radica todo el meollo del asunto. Allí se encuentra todo aquello de lo que Jenkins se jacta: todas esas cosas chillonas, vulgares y cursis que se supone que le delatan como el advenedizo que es. Ahora bien, el caso es que los advenedizos no suelen actuar así. Dios sabe que la sociedad se encuentra llena de ellos y que uno llega a conocerlos muy bien. Y eso es precisamente la última cosa que harían. Por lo general sólo demuestran ser astutos cuando se trata de detectar una buena jugada y de llevarla a cabo. Cuando eso ocurre, al

instante se ponen por entero en manos de decoradores y expertos en arte, quienes hacen el resto por ellos. Difícilmente habrá otro millonario vivo que posea el valor y la moral suficientes como para poner en una silla un monograma dorado como aquel que vimos en la sala de armas. Por eso mismo, si tenemos el monograma tenemos el nombre. Nombres como Tompkins, Jenkins o Jinks resultan graciosos sin ser cursis. Quiero decir que son vulgares sin ser ordinarios. O, si lo prefiere usted, son comunes sin ser corrientes. Son precisamente los nombres que uno escogería a la hora de parecer normal, a pesar de lo cual en realidad son bastante inusuales. ¿Conoce usted mucha gente que se apellide Tompkins? Es bastante más raro que Talbot. Ocurre más o menos lo mismo con las cómicas ropas de un arribista. Jenkins viste como un personaje sacado de una farsa. Pero eso es así porque es realmente un personaje de farsa. Quiero decir que es un personaje de ficción. Es un animal fabuloso. No existe.

»¿Ha pensado usted alguna vez en cómo debe ser vivir siendo un hombre que no existe? Es decir, ser un hombre que posee una personalidad falsa a la cual tiene que sostener no sólo a expensas de sus virtudes personales sino también de sus placeres y, sobre todo, de sus talentos propios. Ser una nueva especie de hipócrita ocultando todo su talento bajo un nuevo envoltorio. Este hombre había demostrado ser muy ingenioso a la hora de escoger su clase de hipocresía. ¿Por qué? Porque era una clase verdaderamente novedosa. Un villano que pueda llamarse sutil suele disfrazarse de apuesto caballero, de importante hombre de negocios, de filántropo o de santo. Pero las chillonas ropas a cuadros de un divertido y pequeño sinvergüenza resultaron en verdad un disfraz muy novedoso. No obstante, tal disfraz tiene que ser todo un fastidio para alguien con sus capacidades. Se trata de un hábil y pequeño truhan cosmopolita capaz de destacar en muchas cosas. No sólo en la caza, sino también en dibujo, en pintura, y es probable que hasta en tocar el violín. Ahora bien, un hombre así puede que encuentre útil el hecho de ocultar sus talentos, pero nunca podrá evitar ponerlos en práctica en situaciones muy concretas. Si sabe dibujar, dibujará distraídamente sobre cualquier papel. Sospecho que este pájaro habrá dibujado a menudo el rostro del pobre y viejo Puggy. Probablemente comenzara a hacerlo con manchas tal y como más tarde hizo usando puntos o, mejor dicho, disparos. Era lo mismo. Encontró una diana olvidada en un patio abandonado y no pudo resistir la tentación de dispararle en secreto, como cuando uno bebe a escondidas. Usted creyó que los disparos estaban distribuidos de cualquier modo y así era, pero no casualmente. No había dos distancias iguales, pero cada proyectil estaba exactamente donde él había querido ponerlo. No hay nada que necesite tanta precisión matemática como una feroz caricatura. Yo mismo he hecho mis pinitos dibujando y le aseguro que poner un punto donde uno quiere es un prodigio cuando se utiliza pluma sobre papel. Por eso mismo le aseguro que

sería un milagro conseguirlo desde el otro lado de un jardín con una pistola. No obstante, un hombre capaz de realizar tales prodigios siempre sentirá deseos de ponerlos en práctica. Al menos si lo puede hacer a escondidas.

Tras una pausa March observó pensativamente:

—Pero no pudo haberlo derribado como a un pájaro con una de aquellas pequeñas escopetas.

—No. Ése fue el motivo por el que me colé en la sala de armas —repuso Fisher—. Lo hizo con uno de los rifles de Burke, quien creyó reconocer el sonido cuando se efectuó el disparo. Fue por eso por lo que salió corriendo precipitadamente, sin sombrero y con aquel aspecto tan salvaje. Pero lo único que vio fue un coche que pasaba a gran velocidad, un coche al que siguió durante un corto trayecto para luego decidir que había cometido un error.

Hubo otro silencio, durante el cual Fisher se sentó en una gran piedra sobre la que se quedó tan inmóvil como en su primer encuentro, contemplando cómo el río gris y plateado se arremolinaba entre los arbustos. Luego March dijo bruscamente:

—Naturalmente, él sabe ahora la verdad.

—Nadie sabe la verdad excepto usted y yo —contestó Fisher suavizando ligeramente la voz—. Y no creo que usted y yo lleguemos nunca a reñir por ello.

—¿Qué quiere decir? —preguntó March con la voz alterada—. ¿Qué ha hecho usted con respecto al caso?

Horne Fisher continuó mirando fijamente cómo se formaban los remolinos en el agua. Al fin dijo:

—La policía ya ha probado que fue un accidente de automóvil.

—Pero usted sabe que no fue así —insistió March.

—Ya le dije que yo sé demasiado —contestó Fisher con la mirada perdida en el río—. Sé eso y sé muchas otras cosas. Conozco sobradamente bien la manera en que todo el sistema funciona. Sé que nuestro hombre ha logrado convertirse en alguien irremediabilmente corriente e incluso entrañable, y soy consciente de que iniciar un proceso contra él sería lo más parecido que podría encontrarse a una causa perdida. Si yo le dijese a Hoggs o a Halkett que el viejo Jinks es un asesino se morirían de risa delante de mis propias narices. Y aunque estemos de acuerdo en que su risa no sería una risa inocente, hay que reconocer que en cierto modo resultaría completamente legítima. Ellos aprecian al viejo Jink y no podrían prescindir de él. Yo mismo no podría decir que soy inocente. A mí Hoggs me cae bien, y no le deseo que se derrumbe. Y para él significaría el desahucio que Jink no pudiera pagarse su propia corona.

Trabajaron codo con codo en el mismo bando durante las últimas elecciones, se lo puedo asegurar. Pero, a pesar de todo, la única objeción de verdad es que es algo imposible. Nadie lo creería. No es parte del plan. La veleta torcida siempre estaría ahí para hacer de todo ello una broma.

—¿No cree usted que todo esto es infame? —preguntó March con un hilo de voz.

—Yo creo muchas cosas —respondió el otro—. Si por casualidad ustedes logran algún día hacer saltar por los aires todo este tinglado que es la sociedad, no creo que la raza humana llegue a encontrarse peor que ahora. Pero no sea usted demasiado duro conmigo por el simple hecho de que sepa lo que es la sociedad. Ésa es precisamente la razón por la que prefiero dedicar mi tiempo a otras cosas. Como, por ejemplo, a esos hediondos peces.

Hubo una pausa durante la cual volvió a sentarse junto al arroyo. Luego, añadió:

—Ya le dije antes que siempre tenía que devolver el pez gordo al agua cuando lo pescaba.

II. EL PRÍNCIPE FUGAZ

Esta historia arranca de entre una maraña de otras historias que giran en torno a un nombre que resulta a la vez próximo y legendario. El nombre aludido es el de Michael O'Neill, popularmente llamado el Príncipe Michael, en parte porque se proclamaba descendiente de antiguos príncipes fenianos, y en parte porque se le atribuía un plan urdido para erigirse Príncipe Presidente de Irlanda, tal y como el último Napoleón hizo en Francia. Indudablemente, se trataba de un hombre de honorable linaje y numerosas virtudes, si bien de estas últimas había dos que destacaban por encima de las demás. Tenía la habilidad de aparecer cuando menos se le esperaba, así como la de desaparecer cuando más se le requería, especialmente cuando quien le requería era la policía. A esto podría añadirse que sus desapariciones iban siempre ligadas a situaciones que entrañaban mucho más riesgo y peligro que las que se asociaban con sus apariciones. En lo que respecta a estas últimas, rara vez llegaban más allá de lo sensacional: pegaba carteles sediciosos, arrancaba carteles oficiales, profería ardientes discursos y desplegaba banderas prohibidas. Pero a la hora de llevar a cabo las primeras, llegaba a defender su libertad con una sorprendente energía de la que los demás tenían a veces la buena fortuna de escapar con un simple golpe en la cabeza en vez de con la crisma rota. No obstante, sus hazañas de fuga más famosas se debían más bien

al ingenio que a la violencia, como pronto tendremos ocasión de comprobar.

Una despejada mañana de verano, tras recorrer un camino rural blanco y polvoriento, se detuvo frente a la entrada de una granja y allí le dijo a la hija del granjero, con una elegante indiferencia, que la policía local andaba pisándole los talones. La chica, una belleza de aspecto hosco y sombrío cuyo nombre era Bridget Royce, lo miró enigmáticamente y le dijo:

—¿Y quiere que yo le esconda?

Pero él, por toda respuesta se echó a reír, saltó alegremente el muro de piedra y se encaminó a grandes pasos hacia la granja despidiéndose por encima del hombro con esta observación:

—Gracias, pero por lo general me basto y me sobro a la hora de esconderme.

Con esta forma de proceder demostró una trágica ignorancia de la naturaleza femenina, lo que hizo que cayese una sombra de perdición en su camino, el cual siempre había sido, al menos hasta entonces, bendecido por la fortuna.

Mientras él desaparecía a través de la granja, la chica permaneció un rato observando el camino. Al poco tiempo, dos sudorosos policías llegaron arrastrando los pies hasta la puerta en la que ella se hallaba apostada. Si bien todavía estaba enojada por la manera en que el fugitivo la había tratado, permaneció en silencio, por lo que un cuarto de hora más tarde los agentes, después de haber registrado toda la casa, pasaron a inspeccionar el huerto y el maizal situados detrás de ésta. En un peligroso cambio de humor, la chica podría muy bien haberse sentido tentada a delatar al fugitivo de no haber sido por una nimia dificultad: que ella no tenía más idea que los propios policías de dónde podía haberse escondido. El huerto se hallaba cercado por un muro muy bajo al otro lado del cual el maizal se extendía oblicuamente como un remiendo cuadrado sobre una gran colina verde. En ésta aún se le hubiera podido vislumbrar como un punto a lo lejos, pero no era así. Por lo demás, todo permanecía exactamente en su lugar de siempre. El manzano resultaba demasiado pequeño para soportar o esconder a alguien. El único cobertizo se hallaba abierto y a todas luces vacío. No se oía sonido alguno salvo el zumbido estival de las moscas y el ocasional revoloteo de algún que otro pájaro lo bastante inexperto para ser sorprendido por el espantapájaros del maizal. Apenas había sombra, excepto por unas pocas líneas azules que caían desde el arbolillo. Cada detalle se veía resaltado por la brillante luz del día como en un microscopio. La chica, perpleja, describiría la escena más tarde con todo el apasionado realismo propio de su clase. Y en cuanto a los policías, éstos, si bien no eran capaces de apreciar los detalles puramente sensacionalistas como ella lo hacía, sí tenían vista para los hechos del caso,

con lo que se vieron abocados a desistir de la búsqueda y retirarse de la escena.

Bridget Royce permaneció allí, como en una especie de trance, mirando fijamente el jardín iluminado por el sol en el que un hombre acababa de desvanecerse como un fantasma. Aún se encontraba de un humor de perros, por lo que el milagro adoptó en su mente un carácter de hostilidad y miedo, como si el fantasma fuese, decididamente, un ser malvado. El sol, que relucía sobre el resplandeciente jardín, la deprimía más de lo que hubiese logrado la oscuridad, a pesar de lo cual continuó observándolo con gran atención. Y fue entonces cuando el mundo entero se volvió patas arriba y ella profirió un grito.

El espantapájaros se movió a la clara luz del sol. Había permanecido todo el rato de pie, dándole la espalda bajo un ajado sombrero negro y unas andrajosas ropas y ahora, con todos sus harapos flotando al viento, se alejaba a paso largo a través de la colina.

La chica fue incapaz de comprender al instante la audaz treta por medio de la cual el hombre había puesto de su parte los sutiles efectos de lo esperado y lo obvio, pues se hallaba todavía bajo una nube de prejuicios de carácter más personal. Sin embargo, pudo darse cuenta, antes de cualquier otra cosa, de que el fugaz espantapájaros ni siquiera se había vuelto una sola vez para mirar hacia la granja.

Todas esas hazañas que se iban tornando tan desfavorables a su emocionante carrera en pos de la libertad hicieron que su siguiente aventura, aunque alcanzó idéntico éxito en otros aspectos, aumentara el peligro en lo referente a las mujeres. De entre las muchas aventuras similares relacionadas con él de esta manera se cuenta también que algunos días más tarde otra chica, una tal Mary Cregan, lo encontró escondido en la granja en la que trabajaba. Si la historia es cierta, ella debió de haber sido también víctima de una poderosa impresión ya que, mientras se hallaba sola en el patio ocupada en alguna tarea, oyó una voz proveniente del pozo, encontrándose un momento más tarde con que el excéntrico se las había ingeniado para descolgarse metido en el cubo, que se hallaba ligeramente por debajo del borde al estar el pozo sólo parcialmente lleno de agua. En este caso, sin embargo, tuvo que apelar a la mujer para enrollar la cuerda y poder así salir de su escondite. Y se dice que, cuando esta noticia llegó a oídos de Bridget Royce, el alma de ésta cruzó la frontera de la traición.

Tales eran, al menos, las historias que se contaban en la campiña. Pero había muchas más, como aquella en la que, haciendo gala de una gran insolencia, se había apostado, vestido con una espléndida bata verde, en lo alto de la escalinata de un gran hotel para, desde allí, conducir a la policía en una frenética persecución a través de un gran número de habitaciones, llegar

finalmente a su propio aposento y alcanzar acto seguido el balcón de éste, que pendía sobre el río. Tan pronto como los perseguidores pusieron el pie en el balcón, éste cedió bajo el peso y todos se precipitaron en tropel a las arremolinadas aguas mientras Michael, tras despojarse de la bata y zambullirse, se alejaba de allí a nado. Se decía que había manipulado hábilmente los puntales que sostenían el balcón hasta casi cortarlos, de tal manera que no fuesen capaces de soportar el peso de un policía. Aquí, una vez más, tuvo suerte en un principio, si bien a la larga no lo fue tanto, ya que se cuenta que uno de los hombres pereció ahogado, dejando tras de sí un cierto resquemor que abriría una brecha en su popularidad.

Tales historias pueden contarse ahora con algún detalle no porque sean las más extraordinarias de sus muchas aventuras, sino porque fueron las únicas que no se ocultaron bajo el silencio y la lealtad de los campesinos. Fueron las únicas que encontraron el camino para ser publicadas en crónicas oficiales y fueron precisamente las que tres de los principales oficiales de policía del lugar se encontraban releendo y discutiendo cuando comienza la parte más notable de esta historia.

Se hallaba bien entrada la noche y las luces brillaban en la cabaña próxima a la costa que provisionalmente hacía las veces de comisaría. Uno de los lados de ésta daba a las últimas casas del desperdigado pueblo; otro a un yermo páramo que se extendía a lo lejos hasta llegar al mar y en cuyo horizonte no se destacaba punto alguno más que el de una torre solitaria, de ese prehistórico diseño que aún puede encontrarse en Irlanda, y que se erigía tan delgada como una columna pero puntiaguda como una pirámide. Sentados a una mesa de madera, frente a la ventana que miraba hacia dicho paisaje, había dos hombres. En ellos, aun vestidos de paisano, se notaba cierto porte militar ya que, de hecho, se trataba de los jefes de las fuerzas de policía de aquel distrito. El mayor de los dos tanto en edad como en rango era un hombre robusto, de barba corta y canosa, provisto de dos glaciales cejas perennemente contraídas en un ceño que sugería más bien preocupación que severidad. Se llamaba Morton y era un oriundo de Liverpool que, curtido a lo largo de muchos años de reyertas irlandesas, llevaba a cabo su cometido de manera agria aunque no del todo carente de compasión. Acababa de dirigirle unas cuantas frases a Nolan, su compañero, un tipo alto y moreno de equino y cadavérico rostro irlandés, cuando pareció recordar algo que le hizo tocar una campanilla que se dejó oír acto seguido en otra habitación. El subordinado que había sido llamado apareció inmediatamente portando un fajo de papeles en la mano.

—Siéntese, Wilson —dijo—. Supongo que eso serán las declaraciones, ¿no es así?

—Sí —respondió el tercer oficial—. Creo que ya tengo todo lo que se puede sacar en claro de ellas, así que le he dicho a todos los testigos que

podían irse a sus casas.

—¿Prestó declaración Mary Cregan? —preguntó Morton con un ceño más sombrío de lo que en él era habitual.

—No, pero su patrón sí —contestó el hombre llamado Wilson, un tipo de cabellos lacios y rojos y rostro pálido y vulgar no exento de agudeza—. Creo que él mismo está interesado en la chica y recela de algún rival. Siempre existe una razón de ese tipo cuando nos cuentan toda la verdad sobre algo. Y pensar que ustedes apostaban que la declaración de la otra chica iba a ser más que suficiente.

—Bien, esperemos que éstas resulten de alguna ayuda —repuso Nolan con tono desesperanzado mientras observaba atentamente la oscuridad.

—Cualquier cosa resultará válida si nos permite saber algo acerca de él —dijo Morton.

—¿Es que acaso sabemos algo de él? —preguntó el melancólico irlandés.

—Sabemos una cosa de él —dijo Wilson—, y es precisamente lo que nunca nadie supo antes. Sabemos dónde está.

—¿Está usted seguro? —inquirió Morton mirándole fijamente.

—Completamente —contestó su auxiliar—. En este preciso instante nuestro hombre se encuentra en aquella torre que se levanta allí, junto a la orilla del mar. Si se acercan lo suficiente podrán ver cómo brilla su vela en la ventana.

Mientras hablaba, el sonido de una bocina se dejó oír fuera, en el camino. Un momento más tarde percibieron el sonido de un automóvil que se detenía ante la puerta. Nada más oírlo, Morton se puso en pie de un salto.

—Gracias a Dios, ahí está el coche de Dublín —dijo—. No puedo hacer nada sin una autorización especial, ni siquiera aunque nuestro hombre estuviese sentado en lo alto de esa torre sacándonos la lengua. Pero en cambio el Jefe tiene la potestad de hacer lo que mejor le parezca.

Se dirigió presuroso hacia la entrada y pronto se encontró intercambiando saludos con un hombre atractivo y corpulento que iba enfundado en un abrigo de piel y que traía consigo al interior de aquella deslustrada y pequeña comisaría el indescriptible brillo de la gran ciudad y el lujo del gran mundo.

Aquel hombre era Sir Walter Carey, alto funcionario de Dublin Castle al que nada que no tuviese la relevancia del caso del Príncipe Michael hubiera lanzado en un viaje como aquél en mitad de la noche. Era consciente de que todo lo referente al Príncipe Michael estaba, como solía ocurrir, complicado tanto por la ley como por las carencias de ésta. En la última ocasión había

logrado escapar gracias a un nimio detalle legal y no, como era usual, por méritos propios, por lo que la pregunta a contestar en ese momento era si se le podía considerar responsable ante la justicia o no. Podía hacerse necesario excederse un poco, pero un hombre como Sir Walter probablemente pudiese extender la ley tanto como le pareciese.

Si su intención era o no actuar así era una cuestión a tener muy en cuenta. A pesar del lujo casi insultante del abrigo de piel, pronto se hizo visible que la gran cabeza leonina de Sir Walter servía para pensar además de para peinarse, por lo que tomó cartas en el asunto con la sobriedad y sensatez que la ocasión requería. Se dispusieron cinco sillas alrededor de la sencilla mesa de reuniones, ya que Sir Walter había traído consigo a un joven pariente, secretario suyo, llamado Horne Fisher, un joven algo y lánguido, de bigote rubio y cabello prematuramente ralo. Sir Walter escuchó con grave atención, mientras su secretario lo hacía con una cortés desidia, la sarta de episodios a lo largo de los cuales la policía había seguido el rastro del fugitivo rebelde desde los peldaños del hotel hasta la torre solitaria emplazada junto al mar, lugar éste donde, por fin, había quedado arrinconado entre los páramos y las olas del mar. El explorador enviado por Wilson informó de que se dedicaba a escribir a la luz de una vela solitaria lo que quizá fuese la redacción de uno más de sus formidables discursos. De hecho, resultaba típico de él elegir un lugar así para cuando llegase la hora en que, finalmente, tuviese que dedicarse a resistir el acoso de las fuerzas del orden, pues se decía que tenía alguna remota pretensión sobre el lugar alegando que se trataba de un castillo propiedad de su familia, y aquellos que le conocían le creían capaz de imitar a los antiguos caciques irlandeses, quienes, antes que rendirse, preferían sucumbir luchando con el mar a sus espaldas.

—He visto algunas personas de aspecto extraño que se marchaban cuando yo entraba —dijo Sir Walter Carey—. Supuse que se trataba de sus testigos. Pero ahora respóndanme a una pregunta. ¿Por qué se hallaban aquí a tan altas horas de la noche?

Morton sonrió ceñudamente.

—Acuden aquí de noche porque serían hombres muertos si lo hiciesen de día. Son ciudadanos que cometen un crimen que aquí resulta mucho más horrible que el robo o el asesinato.

—¿A qué crimen se refiere? —preguntó el otro con una ligera curiosidad.

—A colaborar con la ley —dijo Morton.

Hubo un silencio durante el cual Sir Walter se dedicó a hojear los papeles que tenía ante sí. Por fin, dijo:

—Muy bien. Ahora escúchenme un momento. Si el sentimiento local es tal

y como me dicen ustedes, existe una buena cantidad de puntos a tener en cuenta. Creo, ahora que lo pienso con mayor detenimiento, que su próxima acción me permitirá prenderle. No obstante, ¿es eso lo más indicado? Un levantamiento de cierta importancia aquí no nos haría ningún bien en el Parlamento, pues el Gobierno tiene tantos enemigos en Inglaterra como en Irlanda. No serviría de nada llevar a la práctica medidas drásticas si lo único que conseguimos es precipitar una revolución.

—Se trata de todo lo contrario —se apresuró a decir el hombre llamado Wilson—. Si ustedes lo arrestan la revolución de la que habla no será ni la mitad de la que tendrá lugar si lo dejan suelto tres días más. Además, hoy en día no hay nada que la propia policía no pueda lograr una vez que se lo propone.

—Mr. Wilson es londinense —dijo el detective irlandés con una sonrisa.

—De acuerdo, está bien, soy un cockney —replicó Wilson—, y creo que soy mejor precisamente por ello. Especialmente en un trabajo de lo más singular como es éste.

Sir Walter se mostró ligeramente divertido ante la insistencia del tercer oficial, y quizás aún más a causa del ligero acento del que hacía gala al hablar, el cual bastaba por sí solo para hacer innecesarios todos los alardes que hacía acerca de su origen.

—¿Quiere usted decir —preguntó— que sabe más acerca de los asuntos de aquí porque haya venido de Londres?

—Puede que suene a risa, lo sé, pero, efectivamente, eso es lo que creo —respondió Wilson—. Creo que todo lo que ha estado pasando aquí requiere métodos más modernos. Pero sobre todo creo que requiere sangre nueva, es decir, un ojo renovador.

Los oficiales superiores se echaron a reír, pero el pelirrojo prosiguió ligeramente enojado.

—Bueno, miren sin más los hechos. Vean cómo este sujeto se escapa siempre y comprenderán lo que quiero decir. ¿Por qué llegó a suplantar a aquel espantapájaros y pudo esconderse bajo un viejo sombrero tan sólo? Porque el que lo perseguía era un policía de pueblo que sabía que el espantapájaros se encontraba allí. Lo esperaba, y por eso no reparó en él. Ahora bien, yo nunca hubiese esperado encontrar un espantapájaros. Nunca he visto ninguno en la ciudad, y por ello miro bien a uno cuando me lo encuentro en medio del campo. Supone algo nuevo para mí y, por lo tanto, merece toda mi atención. Y exactamente lo mismo ocurrió cuando se escondió en el pozo. Ustedes están preparados para encontrar un pozo en un lugar así. Ustedes buscan un pozo y, por lo tanto, no lo ven. Yo no lo busco y en consecuencia sí reparo en él.

—Ciertamente, es una idea —dijo Sir Walter sonriendo—. Pero, ¿qué hay del balcón? Los balcones pueden verse de vez en cuando en Londres, ¿no es cierto?

—Sí, pero no con un río justo debajo, como en Venecia —repuso Wilson.

—Ciertamente, es una nueva idea —repitió Sir Walter con algo que comenzaba a parecerse al respeto.

Era un hombre que poseía todo el aprecio de las clases pudientes por las ideas nuevas, pero como poseedor también de una gran capacidad crítica, sólo después de la oportuna reflexión comenzó a creer que se trataba, además, de una idea acertada.

El amanecer, cada vez más próximo, ya había cambiado el color de las ventanas de negro a gris cuando Sir Walter se puso bruscamente en pie. Los otros también se levantaron, tomando el hecho como una señal de que iba a producirse el arresto. No obstante, su superior permaneció por un momento sumido en profundos pensamientos, como consciente de haber llegado a una bifurcación en el camino que debía seguirse.

De repente, el silencio fue roto por un largo y penetrante lamento proveniente de los oscuros páramos del exterior. El silencio que lo siguió pareció aún más aterrador que el propio alarido y duró hasta que Nolan, sombríamente, dijo:

—Es un alma en pena. Abundan en el páramo.

Su rostro alargado y de grandes facciones estaba tan pálido como la luna, por lo que fue fácil recordar que era el único irlandés que se hallaba en la habitación.

—Bueno, yo conozco a esa alma en pena —dijo Wilson alegremente—. Sí, yo, tan ignorante como me creen ustedes en relación con todo este tipo de cosas. Yo mismo he estado hablando con esa alma en pena hace una hora, después de lo cual la envié hasta la torre y le dije que gritara de esa manera si llegaba a vislumbrar a nuestro amigo escribiendo su discurso.

—No estará usted refiriéndose a esa chica, Bridget Royce, ¿verdad? —preguntó Morton frunciendo sus pétreas cejas—. ¿Ha llevado su declaración de testigo hasta ese extremo?

—Sí —dijo Wilson—. Según ustedes mismos me han dicho antes, conozco muy poco de sus historias locales. Pero me doy perfecta cuenta de que una mujer enfadada es siempre una mujer enfadada en todas partes.

Nolan, sin embargo, parecía aún receloso y de mal humor.

—No me gusta nada ese ruido. Y tampoco me gusta nada este asunto —

dijo—. Si de verdad se trata del fin del Príncipe Michael puede que sea también el fin de otras muchas cosas. Cuando se lo propone, con tal de escapar es capaz de abrirse paso entre sus perseguidores aunque tenga que dejar el suelo sembrado de cadáveres.

—¿Es ésa la verdadera razón de su devota inquietud? —preguntó Wilson mofándose ligeramente.

El pálido rostro del irlandés se oscureció de cólera.

—Me he enfrentado a tantos asesinos en County Clare como usted ha tenido la oportunidad de combatir en Clapham Junction, Mr. Cockney —dijo.

—Silencio, por favor —intervino Morton ásperamente—. Wilson, no tiene usted ningún tipo de derecho a poner en duda la conducta de un superior suyo. Espero que se muestre usted tan valeroso y digno de confianza como él ha demostrado ser siempre.

El pálido rostro del pelirrojo pareció empalidecer un poco más pero permaneció tranquilo y en silencio, por lo que Sir Walter se acercó a Nolan con afectada cortesía y le dijo:

—¿Qué tal si salimos ahora y acabamos con esto de una vez?

El alba se había retirado dejando un abismo blanco entre las grandes nubes grises y el gran páramo gris, más allá del cual la torre se destacaba contra el mar y el amanecer. Algo en la forma sencilla y primitiva de ésta sugería vagamente el albor de los primeros días de la Tierra, de alguna era prehistórica en la que incluso los colores apenas estaban del todo creados, cuando no había más que la blanca luz del sol entre las nubes y el suelo. Estos matices apagados se hallaban sólo aliviados por un punto dorado: el brillo de la vela encendida en la ventana de la torre solitaria, que continuaba ardiendo a la creciente luz del día. Mientras el grupo de detectives, seguido por un cordón de policías, se iba abriendo en cuarto creciente para cercenar toda posible vía de escape, la luz de la torre destelló, como si se hubiese movido por un momento, para luego extinguirse. Comprendieron que el hombre que se hallaba allí dentro había advertido la luz del día y había apagado la vela de un soplo.

—Tiene que haber otras ventanas, ¿verdad? —dijo Morton—. Y también una puerta, por supuesto, en algún lugar al torcer la esquina... Claro que una torre redonda no tiene esquinas.

—Otro ejemplo de mi modesto planteamiento —observó Wilson calladamente—. Esa torre tan extraña fue la primera cosa en la que me fijé cuando vine por aquí, por lo que puedo decirle algo más acerca de ella o, al menos, de su exterior. Hay cuatro ventanas en total. Una se halla algo más allá

de ésa, si bien queda fuera de la vista. Ambas están en el piso bajo, al igual que la tercera ventana, que queda al otro lado, formando las tres una especie de triángulo. En cuanto a la cuarta, se encuentra justo sobre la tercera, por lo que imagino que da a un piso superior.

—Se trata tan sólo de una especie de altillo al que se accede por una escalera —dijo Nolan—. Yo solía jugar en el lugar cuando era niño. En realidad esa torre no es más que un simple cascarón vacío —y su rostro se entristeció al decir aquello y pensar, quizás, en la tragedia de su país y en la parte que a él le tocaba jugar en ella.

—El tipo debe de tener por lo menos una mesa y una silla —dijo Wilson—, pero sin duda se habrá apropiado de ellos cogiéndolos de alguna cabaña. Si se me permite hacer una sugerencia, señor, creo que lo mejor sería aproximarnos a las cinco entradas al mismo tiempo, por así decirlo. Uno de nosotros debería cubrir la puerta y los demás uno cada ventana. McBride llevará una escalera para alcanzar la ventana superior.

Mr. Horne Fisher, el lánguido secretario, se volvió a su distinguido pariente y habló por primera vez.

—Debo decir que me confieso más que partidario de la escuela cockney de psicología —dijo con voz apenas audible.

Los demás parecieron sentir idéntica impresión, si bien cada cual de diferente manera, mientras el grupo comenzaba a disgregarse de la forma indicada. Morton se dirigió a la ventana situada justo frente a ellos, donde aparentemente el proscrito acababa de apagar la vela de un soplo; Nolan, algo más lejos hacia el oeste, a la siguiente ventana; y Wilson, seguido de McBride, que cargaba con la escalera, dio un rodeo para llegar a las dos ventanas de la parte trasera. Sir Walter Carey, por su parte, seguido de su secretario, fue hacia la única puerta con la intención de exigir la entrada de manera más acorde con la situación.

—Supongo que irá armado —aventuró Sir Walter con indiferencia.

—Por lo que de él dicen —respondió Horne Fisher—, puede hacer más con un candil que la mayoría de los hombres con una pistola. No obstante, es casi seguro que lleve consigo un arma.

Justo al mismo tiempo que terminaba de hablar respondió también a la pregunta el estallido de un trueno. Morton, que acababa de colocarse frente a la ventana más cercana con los anchos hombros bloqueando el vano, resultó por un instante iluminado desde dentro por algo parecido a una llamarada de fuego rojo que fue seguida de un enorme aluvión de ecos. Sus cuadrados hombros parecieron cambiar de forma, tras lo cual la robusta figura se derrumbó entre las altas y tupidas hierbas que crecían al pie de la torre

mientras una humareda salía flotando por la ventana formando una nubecilla. Los dos hombres, que se hallaban algo detrás de él, se dirigieron apresuradamente hacia allí, pero para cuando lo levantaron Morton ya estaba muerto.

Sir Walter se enderezó y gritó algo que se perdió en medio de un nuevo estrépito. Posiblemente la policía estuviese ya vengando a su compañero desde el otro lado. Fisher echó entonces a correr rodeando la torre en dirección a la próxima ventana. Un instante después un nuevo grito de asombro, esta vez proferido por él mismo, atrajo a su jefe al mismo lugar. Nolan, el policía irlandés, también había caído. Se encontraba extendido sobre la hierba cuan largo era, cubierto de sangre. Aunque aún estaba vivo cuando llegaron a su lado, tenía la muerte reflejada en su rostro, y sólo fue capaz de hacer un último ademán en señal de que todo estaba acabado mientras, con una palabra entrecortada y un heroico esfuerzo, les indicaba con la mano hacia donde sus otros compañeros asaltaban en aquel momento la cara trasera de la torre. Conmocionados por tan rápidos y repetidos golpes, los dos hombres obedecieron a duras penas la señal y, tras reemprender el camino hacia las otras ventanas, encontraron una escena igualmente sobrecogedora, si bien menos fatal y trágica. Los otros dos agentes no estaban ni muertos ni mortalmente heridos, pero McBride yacía con una pierna rota y la escalera tirada encima, posición en la que evidentemente había quedado tras ser empujado desde la ventana superior de la torre. En cuanto a Wilson, se encontraba tumbado boca abajo, muy quieto, como aturdido, con su cabeza roja entre el follaje gris y plateado. La inmovilidad, no obstante, resultó en él tan sólo momentánea, pues comenzaba a ponerse en pie cuando los demás terminaban de rodear la torre.

—Dios mío, ha sido como una explosión —gritó Sir Walter, lo cual, de hecho, era la única forma posible de llamar a aquella vitalidad sobrenatural con la que un hombre había sido capaz de repartir muerte y destrucción al mismo tiempo por los tres lados de aquel pequeño triángulo.

Wilson, que ya se había puesto en pie, se abalanzó de nuevo sobre la ventana revólver en mano. Disparó dos veces a través del vano y desapareció por entre el humo de su propia pistola, pero el ruido sordo de sus pies y el choque de una silla al caer les indicaron a los otros que el intrépido londinense se las había arreglado finalmente para saltar al interior de la habitación. Después siguió un silencio, tras el cual Sir Walter, encaminándose a la ventana a través del humo que comenzaba ya a aclararse, atisbo el interior de la vieja torre. A excepción de Wilson, quien observaba atentamente a su alrededor, allí no había nadie.

El interior de la torre era una sencilla habitación amueblada tan sólo con una silla de madera y una mesa en la que, además de la vela, había varias

plumas, tinta y papel. A media altura de la pared se veía una rudimentaria plataforma de madera situada por debajo de la ventana superior: un pequeño desván que más bien parecía una estantería grande. Sólo se podía acceder a él por una escalera, y parecía hallarse tan vacío como las propias paredes desnudas. Wilson completó su inspección del lugar y luego procedió a examinar los objetos de la mesa. Silenciosamente, señaló con un delgado dedo índice la página por la que se hallaba abierto el cuaderno. Quien había estado escribiendo había dejado de hacerlo repentinamente, dejando incluso a medias la última palabra.

—Dije antes que fue como una explosión —dijo por fin Sir Walter Carey—, y en verdad que el propio sujeto parece haber echado a volar de repente. Pero lo ha hecho de tal manera que no ha llegado a tocar la torre. Se ha disuelto más bien como una pompa de jabón que como una bomba.

—Y se ha llevado cosas más valiosas que la torre en su camino —dijo Wilson con abatimiento.

Tuvo lugar un largo silencio, tras el cual Sir Walter dijo con seriedad:

—Bien, Mr. Wilson, yo no soy detective. Y estos desafortunados incidentes le han dejado a usted al cargo de ese aspecto del caso. Todos nosotros lamentamos lo que ha causado tal hecho, pero me gustaría decir que yo mismo tengo la más absoluta confianza en su capacidad para continuar el trabajo por el buen camino. ¿Qué le parece a usted que deberíamos hacer ahora?

Wilson pareció recobrase de su abatimiento y agradeció las palabras que Sir Walter acababa de decir con unos modales más cálidos que los que hasta el momento le había mostrado a nadie. Hizo pasar a unos cuantos policías para que lo ayudaran a registrar el interior y dejó que el resto se dispersase por los alrededores en pequeños grupos de búsqueda.

—Creo —dijo— que lo primero que hay que hacer es asegurarse de que todo está en orden aquí dentro, ya que veo muy difícil que nuestro hombre haya podido salir de entre estas paredes. Supongo que el pobre Nolan hubiera llegado a afirmar que algo así sólo resulta posible por medios sobrenaturales, pero a mí no me hacen falta los espíritus cuando me enfrento a hechos materiales. Y los que tengo ante mí ahora mismo son una torre vacía, una escalera, una silla y una mesa.

—Los que creen en los espíritus —dijo Sir Walter con una sonrisa— verían una mesa como algo de gran utilidad.

—Más bien creo que la verían útil si se tratase de espíritus de los que se encuentran en las botellas —repuso Wilson frunciendo sus pálidos labios—. Cuando la gente de por aquí se impregna de whisky irlandés hasta las cejas,

son capaces de creer en cualquier cosa. Lo que hace falta en este país es un poco de educación.

Los pesados párpados de Horne Fisher se agitaron en un fallido intento por alzarse, como si desearan expresar una perezosa protesta contra el tono desdeñoso que acababa de emplear el investigador.

—Los irlandeses creen demasiado en los espíritus como para creer en otra cosa —murmuró—. Saben demasiado acerca de ellos. Pero si desea usted creer en esas otras cosas, vaya y búsquelas en su querido Londres.

—No necesito encontrar nada en ningún sitio —dijo Wilson secamente—. Ya le digo que me enfrento a cosas mucho más sencillas que esa simplona fe suya: con una mesa, una silla y una escalera. Y para empezar, le voy a decir algo acerca de ellas. Las tres están hechas por completo de madera toscamente trabajada. Pero la mesa y la silla son bastante nuevas y, comparadas con lo demás, están muy limpias. La escalera se halla cubierta de polvo y tiene una telaraña sobre el último escalón. Eso quiere decir que nuestro hombre ha debido de coger la mesa y la silla de alguna cabaña hace muy poco tiempo, tal y como habíamos supuesto. Pero en cuanto a la escalera, lleva mucho tiempo en esta vieja y podrida pocilga. Es probable que sea parte de las reliquias originales que guarda este magnífico palacio de los antiguos reyes irlandeses.

Fisher lo miró una vez más por entre sus entrecerrados párpados pero, demasiado soñoliento para hablar, no dijo nada, por lo que Wilson pudo proseguir su exposición.

—Ahora bien, está claro que algo muy extraño acaba de suceder aquí. Y a mí me parece que las probabilidades son de diez contra uno a que ese algo está especialmente relacionado con este lugar. Probablemente vino aquí porque era el único lugar en el que podía llevar a cabo sus propósitos con comodidad. De otra manera, no parece un sitio muy acogedor. Claro que el sujeto lo conocía desde hacía mucho tiempo pues, según se dice, perteneció a su familia. Por tanto, juntando una cosa con otra, creo que todo apunta hacia una sola dirección: que la solución del misterio que aquí nos ocupa radica en la propia construcción de la torre.

—Su razonamiento me parece excelente —dijo Sir Walter, que escuchaba con gran atención—. Pero, ¿de qué puede tratarse?

—Ahora podrá usted comprobar lo que quiero decir con respecto a la escalera —continuó el detective—. Es el único mueble viejo que hay aquí, y también la primera cosa que detectó esta mirada cockney que tengo. Pero hay algo más. Ese desván de ahí arriba es una especie de trastero que no alberga ningún trasto viejo. Por lo que puedo ver, se encuentra tan vacío como todo lo demás y, tal y como están las cosas, no veo qué utilidad puede tener una

escalera que conduzca hasta ahí arriba. A mí me parece que, ya que no encontramos nada inusual aquí abajo, puede que nos resulte de lo más provechoso echar un vistazo ahí arriba.

Se levantó decididamente de la mesa, sobre la que se había sentado al habersele adjudicado la única silla a Sir Walter, y se lanzó escalera arriba hasta llegar a la plataforma. Los otros subieron tras él, si bien Mr. Fisher en último lugar y dando evidentes muestras de desgana.

Sobre la mencionada plataforma, no obstante, les esperaba una decepción. A pesar de husmear concienzudamente en cada rincón y de llegar a examinar las zonas cercanas al techo como si fuese una mosca humana, Wilson tuvo que confesar, al cabo de media hora, que seguía sin tener ni una sola pista. Y durante todo aquel tiempo, el secretario personal de Sir Walter se vio atrapado cada vez más profundamente por un ataque de sueño de tal magnitud que, si bien le había permitido, aunque a duras penas, subir la escalera, parecía ahora haberle dejado sin las energías necesarias para bajarla.

—Vamos, Fisher —lo llamó a voces Sir Walter desde abajo una vez que los demás hubieron regresado al suelo—. Tenemos que decidir si derribaremos o no el lugar entero para ver cómo está construido.

—Bajo en un minuto —dijo el aludido desde la repisa situada sobre sus cabezas con una voz que sugería ligeramente un inarticulado bostezo.

—Pero bueno, ¿a qué está esperando? —preguntó Sir Walter, impaciente—. ¿Acaso ha visto algo ahí arriba?

—Bueno, sí, en cierto modo —contestó la voz vagamente—. De hecho, lo veo bastante claro ahora.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es? —preguntó Wilson con aspereza desde la mesa sobre la que se había vuelto a sentar y haciendo entrechocar sus talones incesantemente.

—Yo diría que es un hombre —dijo Horne Fisher.

Wilson saltó de la mesa como si alguien lo hubiera echado de allí de una patada.

—¿Qué quiere decir? —gritó—. ¿Cómo es posible que vea usted un hombre?

—Puedo verlo a través de la ventana —contestó el secretario con desgana—. Ahora mismo está atravesando el páramo. Y viene directamente hacia aquí, por lo que resulta evidente que se dispone a hacernos una visita. Y teniendo en cuenta de quién parece tratarse quizás resulte más cortés esperarle en la puerta para recibirle en cuanto llegue.

Dicho lo cual el secretario bajó la escalera sin prisa alguna.

—¿De quién se trata? —inquirió Wilson con expresión asombrada.

—Bueno, creo que se trata de ese hombre al que ustedes llaman el Príncipe Michael —dijo Mr. Fisher como restándole importancia—. De hecho, estoy seguro de que es él. Lo he visto en las fotos que la policía tiene en su poder.

Hubo un silencio de ultratumba durante el cual todo lo que había en el cerebro de Sir Walter, por lo general un hombre bastante juicioso, pareció ponerse a dar vueltas como un molinillo de viento.

—Pero, ¡demonios! —dijo por fin—, aun suponiendo que su propia explosión hubiese podido lanzarlo a media milla de distancia sin pasar por ninguna de las ventanas y dejarlo lo bastante vivo como para poder pasear por el campo, incluso entonces, ¿por qué diablos iba él a venir en esta dirección? Por lo general el asesino no regresa tan pronto a la escena del crimen.

—Lo que ocurre es que él ni siquiera sabe que ésta es la escena del crimen —contestó Horne Fisher.

—¿Qué demonios quiere decir? Le atribuye usted un despiste de lo más singular.

—Puede ser, pero lo cierto es que ésta no es la escena del crimen —dijo Fisher antes de acercarse a mirar por la ventana.

Hubo un nuevo silencio, pasado el cual Sir Walter dijo con tranquilidad:

—¿Qué tipo de idea se le ha metido ahora en la cabeza, Fisher? ¿Acaso ha encontrado alguna nueva teoría que explique cómo este tipo se escapó del cerco que hemos tendido a su alrededor?

—En realidad él nunca escapó —contestó el aludido desde la ventana sin girarse—. Nunca escapó del cerco porque nunca estuvo en su interior. Ni siquiera se hallaba en el interior de esta torre. O, al menos, no cuando nosotros la estábamos rodeando.

Se volvió y apoyó la espalda contra la ventana. A pesar de encontrarse a contraluz y de conservar su habitual aire de indiferencia, casi pudieron percibir que su rostro, envuelto en sombras, se hallaba ligeramente pálido.

—Comencé a sospechar algo cuando nos encontrábamos todavía a cierta distancia de la torre —dijo—. ¿Vieron ustedes esa especie de destello o parpadeo que emitió la vela justo antes de apagarse? Nada más verlo tuve la certeza de que en realidad se trataba del último suspiro que da la llama cuando una vela se apaga por sí sola. Y luego, cuando entré en esta estancia, vi eso.

Señaló a la mesa. Al hacerlo, la respiración de Sir Walter se detuvo en seco tras proferir una especie de maldición contra su propia ceguera mental. La vela

del candelabro mostraba señales evidentes de haber ido extinguiéndose por sí misma hasta consumirse por completo, dejando a la mayoría de los presentes, al menos mentalmente hablando, sumidos en la oscuridad.

—Después tenemos una especie de acertijo matemático —continuó Fisher recostándose con desgana contra la ventana y mirando las paredes desnudas como si trazara sobre ellas diagramas imaginarios—. No es tarea fácil para un hombre que se encuentra en mitad de un triángulo enfrentarse a la vez a las tres caras de éste, pero resulta más sencillo para un hombre que se encuentre en el tercer ángulo enfrentarse a los otros dos a un mismo tiempo, en especial si éstos son la base de un triángulo isósceles. Y perdónenme si todo esto suena a lección de geometría, pero...

—Me temo que no disponemos de tiempo para ello —dijo Wilson con frialdad—. Si es cierto que nuestro hombre regresa hacia aquí, tengo que dar las órdenes oportunas inmediatamente.

—No obstante, creo que continuaré con mi exposición, si no le importa —dijo Fisher contemplando fijamente el techo con insolente serenidad.

—Me veo obligado a pedirle, Mr. Fisher, que me deje llevar la investigación a mi manera —dijo Wilson, tajante—. Yo soy ahora el oficial al cargo.

—Sí —señaló Horne Fisher suavemente pero haciendo gala de un tono que dejó helado al otro—. Así es. Pero, ¿por qué?

Sir Walter observaba la escena con atención, pues nunca antes había visto a su apático y joven amigo comportarse de aquella manera. Fisher miraba a Wilson con los párpados completamente abiertos, y los ojos que asomaban entre ellos parecían haberse despojado de un velo, tal y como hacen los ojos de las águilas.

—¿Por qué es usted ahora el oficial al cargo? —preguntó—. ¿Por qué puede usted ahora llevar la investigación a su manera? ¿Cómo ha llegado a suceder, me pregunto yo, que sus oficiales superiores no se encuentren aquí para interferir en cualquier cosa que usted se proponga hacer?

Nadie habló, y nadie podrá nunca decir cuánto tiempo hubieran tardado en pronunciarse las primeras palabras porque entonces un ruido proveniente del exterior les interrumpió. Se trataba del sonido hueco y pesado de un golpe dado sobre la puerta de la torre, golpe que, para los agitados espíritus de todos los presentes, resonó de manera extraña, como si se tratase de la llamada del destino.

La puerta de madera de la torre se movió sobre sus oxidados goznes bajo la mano que la había golpeado. Luego, el Príncipe Michael en persona entró en

la habitación. Nadie tuvo la menor duda acerca de su identidad. Sus livianas ropas, aunque desgastadas a causa de sus numerosas aventuras, conservaban su refinado y casi afectado corte. Lucía una puntiaguda perilla, quizá una lejana reminiscencia de Luis Napoleón a pesar de ser mucho más alto y elegante que su prototipo. Antes de que nadie pudiese pronunciar palabra, había impuesto silencio a todo el mundo con un leve pero cálido ademán de hospitalidad.

—Caballeros —dijo—, éste es ahora un lugar humilde, pero sean ustedes cordialmente bienvenidos.

Wilson, que fue el primero en recuperarse, dio un paso hacia el recién llegado.

—Michael O’Neill, le arresto en el nombre del rey por el asesinato de Francis Morton y James Nolan. Es mi deber advertirle que...

—No, no, Mr. Wilson —gritó de repente Fisher—, no cometerá usted un tercer asesinato.

Sir Walter Carey se levantó súbitamente de su silla, la cual cayó con estrépito a sus espaldas.

—¿Qué significa todo esto? —gritó con aire autoritario.

—Significa —dijo Fisher— que este hombre, Hooker Wilson, nada más asomarse por esa ventana, mató a sus dos compañeros, que acababan de asomarse por las otras dos ventanas, disparándoles a través de la habitación vacía. Eso es lo que significa. Y por si desean ustedes convencerse, cuenten ustedes cuántas veces se supone que ha disparado y luego cuenten los disparos que aún le quedan en el revólver.

Wilson, quien había permanecido sentado sobre la mesa, extendió bruscamente su mano en dirección al arma, que yacía a su lado. Pero el siguiente movimiento resultó el más inesperado de todos, ya que el Príncipe, que se hallaba de pie en el umbral, pasó súbitamente de conservar la dignidad de una estatua a adoptar la rapidez de un acróbata y arrancó el revólver de la mano del detective.

—¡Perro! —gritó—. Así que no eres más que uno de esos ingleses supuestamente honestos por culpa de los cuales yo no soy más que un pobre irlandés desahuciado. Así que has venido a matarme sin importarte lo más mínimo derramar la sangre de tus propios hermanos. De haber caído ellos en una reyerta en medio del campo se le llamaría igualmente asesinato, pero aún se te podría perdonar tu pecado. Pero a mí, que soy inocente, se me iba a matar con ceremonias. Hubiese tenido que soportar largos discursos y todo el desdén de jueces armados de paciencia que observarían mi desesperación y

escucharían mi vano alegato de inocencia sin prestarle la menor atención. Sí, eso es lo que yo llamo un verdadero asesinato. Pero no importa. En ocasiones, matar a alguien puede no ser considerado un verdadero asesinato. Queda tan sólo una bala en esta pistola, y yo sé muy bien adonde va a ir a parar.

Wilson intentó parapetarse tras la mesa pero, mientras lo hacía, se retorció de dolor. Michael le había atravesado el cuerpo con una bala. El cuerpo del policía se desplomó pesadamente contra la mesa como si fuese un trasto viejo.

Mientras los policías se apresuraban a levantarlo, Sir Walter permaneció en pie sin articular palabra. Fue entonces Horne Fisher, con un extraño y fatigado ademán, quien recogió el testigo de la conversación.

—Acaba usted de ponerse en una situación verdaderamente complicada —dijo—. Tenía usted toda la razón del mundo y ahora se ha equivocado por completo.

El rostro del Príncipe se puso como el mármol durante un momento. Luego brilló en sus ojos una luz muy distinta a la de la desesperación. Se echó súbitamente a reír y arrojó al suelo la pistola todavía humeante.

—Sé que he cometido un error —dijo—. He cometido un crimen que podrá muy justamente suponer la perdición tanto para mí como para mis descendientes. Horne Fisher no pareció del todo satisfecho con aquella muestra tan súbita de arrepentimiento. Mientras mantenía su mirada fija en el hombre, se limitó a preguntar en voz baja:

—¿A qué crimen se refiere?

—A colaborar con la justicia inglesa —respondió el Príncipe Michael—. He vengado a los oficiales de su rey. He hecho el trabajo de su verdugo. Por todo ello, en verdad, merezco que me cuelguen.

Y se volvió hacia los policías con un ademán con el que, más que entregarse, parecía más bien ordenarles que le arrestasen.

Tal fue la historia que Horne Fisher le contó a Harold March, el periodista, muchos años más tarde, en un pequeño pero lujoso restaurante cercano a Piccadilly. Había invitado a cenar a March algún tiempo después del suceso que llamaba «El rostro en la diana», y la conversación había derivado en primer lugar hacia dicho misterio y luego hacia recuerdos más lejanos de la vida de Fisher y hacia la forma en que se había visto arrastrado a enfrentarse a problemas como el del Príncipe Michael. Horne Fisher era ahora quince años mayor que entonces. Su pelo ralo se había convertido en una prematura calvicie frontal y sus manos largas y delgadas colgaban con menos afectación pero con más cansancio. Y se había decidido a contar la historia de aquella aventura de juventud en Irlanda porque había sido su primer contacto con el

crimen y su descubrimiento de lo oscura y terriblemente que puede llegar a estar enredado el crimen con la ley.

—Hooker Wilson fue el primer criminal que conocí en mi vida, y era policía —explicó Fisher haciendo girar su vaso de vino—. En realidad mi vida entera ha sido un confuso entramado de ese tipo de cosas. Wilson era un hombre de auténtico talento (e incluso genio), digno de estudio tanto en su faceta de detective como en la de criminal. Su cara pálida y su pelo rojo resultaban en él de lo más simbólico, pues era uno de esos tipos que son capaces de aparentar frialdad aunque la ambición los esté consumiéndolos por dentro. Aun así, a pesar de saber autocontrolar sus emociones a la perfección, llegó un momento en que no pudo frenar su ambición. Se tragó el desdén de sus superiores en aquella primera pelea, si bien en su interior ardía de resentimiento. Y cuando de repente vio aquellas dos cabezas oscuras recortándose contra la luz del amanecer, nítidamente enmarcadas en sendas ventanas, no pudo dejar pasar la oportunidad no sólo de vengarse, sino también de eliminar los dos obstáculos que se interponían en su promoción. Era un buen tirador y contaba con callarlos a ambos, si bien la menor prueba contra él hubiera resultado decisiva en cualquier caso. No en vano, se escapó por los pelos en el caso de Nolan, quien vivió lo suficiente para decir «Wilson» y señalar en su dirección. Nosotros pensamos que estaba pidiendo ayuda para su compañero, pero en realidad lo que estaba haciendo era denunciar a su asesino. Después de aquello fue sencillo tirar por tierra la escalera que se levantaba por encima de él (puesto que en lo alto de una escalera un hombre no puede apreciar con claridad qué está debajo y qué está detrás de ésta) y tirarse él mismo al suelo simulando ser una víctima más de la catástrofe.

»Pero entremezclada con su ambición asesina había también una ciega confianza no sólo en su propio talento, sino también en sus propias teorías. Creía realmente en lo que denominaba un ojo renovador y en verdad deseaba una oportunidad para utilizar los métodos nuevos de los que hablaba. Había algo realmente excepcional en su manera de enfocar las cosas, pero ese algo falló donde tales cosas suelen fallar, porque el ojo renovador no puede ver lo que no se ve. Resulta acertado en el caso de la escalera y el espantapájaros, pero no cuando hablamos de la vida y el alma, y él cometió un gran error al considerar lo que un hombre como el Príncipe Michael haría al oír gritar a una mujer. Todo el engreimiento y la vanagloria de Michael le hicieron salir corriendo nada más oír el grito. Un tipo como él hubiera sido capaz de entrar en el mismísimo Scotland Yard sólo para recoger el guante de una dama. Puede usted llamarlo hacerse el interesante o lo que usted desee, pero el caso es que eso es exactamente lo que él hubiera hecho. Lo que ocurrió cuando él se encontró con ella en medio del páramo ya es otra historia, una que puede que nunca lleguemos a conocer, si bien, por algunos relatos que he oído desde

entonces, ella y él deben haber hecho las paces. Wilson se equivocó en ese detalle, pero así y todo había algo de verdad en su idea de que un recién llegado ve más cosas que los demás y de que el hombre del lugar se halla demasiado habituado a lo que le rodea como para fijarse en ellas. Tenía igualmente razón acerca de algunas otras cosas. Por ponerle a usted un ejemplo, y sin ir más lejos, tenía razón acerca de mí.

—¿Acerca de usted? —preguntó March.

—Yo soy precisamente uno de esos hombres que sabe demasiadas cosas para conocer realmente algo acerca de ellas, o, al menos, para poder hacer algo con respecto a ellas —dijo Horne Fisher—. No me refiero en especial a Irlanda. Me refiero a Inglaterra. Me refiero a la forma en general en que somos gobernados, que, dicho sea de paso, quizá sea la única forma en que podemos serlo. Pero me preguntaba usted hace un momento qué fue de los supervivientes de aquella tragedia. Pues verá usted. Wilson se recuperó, y los demás nos las arreglamos para convencerle de que se retirase, aunque para ello tuvimos que indemnizar a aquel despreciable asesino con una pensión más abundante que la que nunca ha recibido héroe alguno que haya luchado por Inglaterra. Me las ingenié para salvar a Michael de lo peor, pero aun así tuvimos que condenar a aquel hombre inocente a trabajos forzados por un crimen que sabíamos que nunca había cometido. No fue hasta algún tiempo después que pudimos confabularnos en secreto para preparar su fuga. Y en cuanto a Sir Walter Carey, ahora es Primer Ministro de este país, lo cual probablemente nunca hubiese podido ser si en el departamento para el que entonces trabajaba se hubiese sabido la verdad acerca de tan horrible escándalo. Aquello pudo muy bien haber acabado con todos nosotros antes incluso de salir de Irlanda, pero lo que resultaba más que seguro era que hubiera acabado con él. Y él es el amigo del alma de mi padre y, además, siempre me ha colmado de atenciones. Así pues, como podrá usted ver, estoy demasiado implicado en el asunto para poder hacer algo. Claro que también es verdad que no nací con la obligación de ponerle remedio, así que... ¡Vaya! Parece usted consternado, por no decir horrorizado. Pero no se preocupe, no me siento ofendido por ello en absoluto. En fin, cambiemos de tema si lo desea. No faltaba más. ¿Qué le parece este borgoña? Es uno de mis grandes descubrimientos, al igual que el propio restaurante en sí.

Y, con gran deleite, comenzó a hablar doctamente sobre todas las clases de vino del mundo, materia en la cual, por cierto, algunos moralistas hubieran considerado que sabía demasiado.

III. EL ESPÍRITU DEL COLEGIAL

Hubiera hecho falta un mapa de Londres de considerable tamaño para trazar el frenético e intrincado itinerario que, durante cierto día de viaje, recorrieron un tío y su sobrino, o, para hablar con mayor propiedad, un sobrino y su tío. Y esto es así porque el sobrino, un colegial de vacaciones, era, al menos en teoría, quien hacía prevalecer sus deseos a lo largo de cada trayecto que ambos realizaban en coche, taxi, tranvía, metro, etc., mientras su tío no era más que un pobre cura que pululaba a su alrededor consagrado a colmarle de atenciones. Para decirlo con más claridad, el colegial reñía algo del aire impasible de un gran duque que se encontrase de viaje de lujo mientras que su pariente se veía relegado al papel de simple guía turístico, a pesar de lo cual era quien tenía que correr con todos los gastos como si fuera un mecenas.

El chico se llamaba oficialmente Summers Minor, si bien recibía con más frecuencia el apodo de Stinks, único tributo reconocido por los demás a su afición por la fotografía y la electricidad. En cuanto al tío, se trataba del reverendo Thomas Twyford, un caballero anciano, enjuto y vivaz, de cabellos blancos y rostro colorado y vehemente, que ocupaba un reconocido y respetado lugar en un reducido círculo de arqueólogos eclesiásticos cuyos descubrimientos resultaban comprensibles tan sólo para ellos mismos.

Cualquier ojo mínimamente crítico hubiera sido capaz de encontrar, incluso durante aquel día de viaje, al menos tanto de la afición del tío como de las vacaciones del sobrino. El propósito original del primero había sido completamente paternal y alegre. Pero, al igual que le ocurre a tanta gente inteligente, había caído en el error de buscar la diversión en cierto tipo de cosas que creyó serían capaces de divertir también a un niño. Sus entretenimientos favoritos eran las coronas, las mitras, los báculos y los cetros de estado, a los que había dedicado la mayor parte de aquella jornada plenamente convencido de que el chico estaría encantado de ver todo lo que de ellos fuese digno de ver en Londres. Y a última hora del día, tras tomar un fastuoso té, remató por completo la jugada animándole a realizar una última visita a algo en lo que difícilmente podría concebirse que estuviese interesado un niño: una cámara subterránea, recientemente excavada en la ribera norte del Támesis, de la que se suponía que antiguamente había sido una capilla. Ésta no contenía, literalmente, nada salvo una vieja moneda de plata, la cual, no obstante, resultaba más excepcional y espléndida que el Koh-i-noor a todos aquellos que la conocían. De origen romano, se decía de ella que representaba la efigie de San Pablo y que a su alrededor habían surgido las más encarnizadas controversias acerca de la antigua Iglesia Británica, todo lo cual, sin embargo, no parecía hacer mella alguna en la incuestionable falta de interés que demostraba Summers Minor en la visita.

En realidad, tanto lo que interesaba a Summers Minor como lo que no le

importaba en absoluto habían suscitado la diversión y la perplejidad de su tío a lo largo de varias horas. Demostraba tanto la sorprendente ignorancia como los asombrosos conocimientos que pueden observarse en el típico colegial inglés (conocimientos éstos que resultaban de difícil clasificación y que, por lo general, solía emplear para corregir y confundir a sus mayores). Poseedor de un permiso especial para disfrutar de unas cortas vacaciones durante las que poder olvidar los nombres del Cardenal Wolsey y Guillermo de Orange, difícilmente se le podía hacer olvidar la enorme curiosidad que en él había despertado la disposición de los timbres del hotel vecino. La Abadía de Westminster lo había aburrido visiblemente (lo cual no es de extrañar porque tal iglesia se ha convertido en el trastero de la más grandiosa y desafortunada colección de estatuas del siglo XVIII), pero para compensar había llegado a conocer de manera asombrosamente minuciosa tanto los ómnibus de Westminster como el sistema completo de los ómnibus de Londres, cuyos colores y números había llegado a aprenderse tan bien como un heraldista su propia profesión. Tanto, que se hubiera escandalizado ante cualquier momentánea confusión entre un Paddington verde claro y un Bayswater verde oscuro, al igual que le ocurriría a su tío si alguien confundiese un icono bizantino con una pintura romana.

—Pero bueno, hijo mío, ¿es que coleccionas ómnibus como si fuesen sellos? —le preguntó su tío—. Te hará falta un álbum bastante grande, ¿no? ¿O acaso los vas guardando en tu escritorio?

—Los voy guardando en mi cabeza —respondió el sobrino con justificada firmeza.

—Desde luego, eso dice mucho a tu favor, lo admito —respondió el clérigo—. Pero supongo que sería inútil preguntarte con qué intención has tenido que ir a aprender precisamente eso de entre tantas cosas. Apenas parece ser algo de provecho, a menos que te dedicaras a estar continuamente parado en la acera avisando a las señoras mayores cuando suban al ómnibus equivocado. Pero, por cierto, tenemos que bajarnos de éste, pues estamos llegando a nuestro destino. Quiero enseñarte lo que se ha dado en llamar el Penique de San Pablo.

—¿Se parece mucho a la Catedral de San Pablo? —preguntó con resignación el jovencito mientras se apeaban.

Al llegar a la entrada de su lugar de destino, les llamó la atención un curioso personaje que rondaba por allí dando muestras evidentes de una gran impaciencia por entrar. Se trataba de un hombre moreno y delgado que iba envuelto en una larga túnica negra muy parecida a una sotana. Cubría su cabeza con un gorro de forma muy extraña y remotamente parecida a la de un birrete, que sugería más bien la idea de ser un arcaico tocado procedente de

Persia o Babilonia. Lucía una peculiar barba negra que le asomaba sólo por los ángulos de la barbilla y dos ojos grandes extrañamente dispuestos en el rostro como esos bonitos e inexpresivos ojos que pueden verse en los perfiles de las antiguas pinturas egipcias. Antes de que pudieran extraer de él algo más que una impresión general, ya se había introducido apresuradamente por la puerta a la que ellos mismos se dirigían.

Sobre el suelo del santuario subterráneo no se podía ver nada excepto una recia cabaña de madera como las que se han levantado recientemente para multitud de usos oficiales y militares, cuyo suelo de tablas no era sino una simple plataforma dispuesta sobre la cavidad que se abría debajo. Un soldado estaba apostado de centinela en el exterior mientras otro de mayor rango, un distinguido oficial angloindio, se hallaba en el interior escribiendo sentado a una mesa. Los turistas pudieron darse cuenta al instante de que aquel espectáculo en particular se encontraba rodeado de unas extraordinarias medidas de seguridad. Me he atrevido a comparar antes la moneda de plata con el Koh-i-noor, a lo cual debo añadir que ello resulta en cierto sentido una comparación muy sensata, sobre todo desde que, en cierto momento, y debido a un accidente histórico, estuviese a punto de ser incluida entre las joyas de la Corona o, al menos, entre sus reliquias, hasta que uno de los príncipes de la realeza acabara devolviéndola públicamente a la capilla a la que supuestamente pertenecía. No obstante, otras causas se combinaban a la hora de concentrar la vigilancia oficial sobre ella. Se temía la presencia de espías que llevasen explosivos ocultos en pequeños objetos, por lo que una de esas famosas órdenes experimentales que pasan como una peste por la burocracia había decretado en un principio que, para entrar, todos los visitantes debían despojarse de sus ropas y ponerse algo parecido a un saco de arpillera y, más tarde, cuando dicho método originó los primeros rumores, que al menos deberían vaciar sus bolsillos.

El Coronel Morris, oficial al cargo, era un hombre bajito y enérgico, de rostro ceñudo y curtido pero de mirada chistosa y alegre, lo cual resultaba ser una contradicción confirmada por su conducta, pues tan pronto se mofaba de los guardas como se ponía a bromear con ellos.

—Me importa un rábano el Penique de ese tal Pablo y todo lo que tenga que ver con él —declaró en respuesta a algunas manifestaciones propias de anticuario realizadas por el clérigo, quien lo conocía ligeramente—. Pero llevo un uniforme del rey, ya me entiende, y debe tratarse de algo serio cuando el tío del rey en persona deja algo aquí a mi cargo. Pero por lo que respecta a santos, reliquias y todo lo demás, me temo que soy un poco como Voltaire, es decir, lo que usted llamaría un escéptico.

—No estoy del todo seguro de que pueda denominarse escéptico a alguien que dice no creer en la Sagrada Familia pero sí en la Familia Real —respondió

Mr. Twyford—. Pero, cuestiones aparte, no tengo el menor inconveniente en vaciar mis bolsillos para demostrarle que no llevo ninguna bomba encima.

El pequeño montón de sus pertenencias, que fue dejando sobre la mesa, consistía principalmente en un fajo de papeles, una pipa, una tabaquera y unas cuantas monedas antiguas romanas y sajonas. El resto lo componían algún que otro catálogo de libros antiguos y diversos manuales de títulos tales como El Ritual del Sarum, un simple vistazo a los cuales resultó más que suficiente para que tanto el coronel como el colegial apartaran la vista definitivamente de ellos, pues fueron incapaces de ver por ningún lado qué interés o utilidad podía tener aquello del Sarum.

El contenido de los bolsillos del chico hizo, como era de esperar, un montón más grande, e incluía unas cuantas canicas, un rollo de cuerda, una linterna eléctrica, un imán, una pequeña catapulta y, naturalmente, una gran navaja de bolsillo que podría ser descrita como una caja de herramientas en miniatura: un complejo aparato del cual no parecía muy dispuesto a separarse mientras explicaba que incluía un par de pinzas, una herramienta para practicar agujeros en la madera y, sobre todo, un instrumento capaz de extraer piedras de los cascos de los caballos. La relativa ausencia de caballos le parecía al muchacho un detalle de lo más irrelevante, como si se tratase de un simple accesorio fácil de encontrar.

Cuando le llegó el turno al caballero vestido de negro, éste no vació sus bolsillos sino que se limitó a extender sus manos.

—No tengo posesiones —dijo.

—Me temo que tengo que pedirle que vacíe sus bolsillos para asegurarme —dijo el coronel con brusquedad.

—No tengo bolsillos —dijo el extraño.

Mr. Twyford observó las largas ropas negras del hombre con una inquisitiva mirada.

—¿Es usted monje? —preguntó, intrigado.

—Soy mago —respondió el extraño—. Supongo que habrá usted oído hablar de los Reyes Magos, ¿verdad? Pues yo soy un mago.

—¡Guau! —exclamó Summers Minor con los ojos muy abiertos.

—Pero fui monje una vez —continuó el otro—. Soy lo que ustedes llamarían un monje fugado. Y, en efecto, así es, puesto que he escapado a la eternidad. Y los monjes sostenemos al menos una verdad: que para alcanzar una vida verdaderamente plena debemos privarnos de posesiones. No tengo dinero ni bolsillos para llevarlo. Las estrellas son mis únicas alhajas.

—Sea como fuere, las estrellas están fuera de nuestro alcance —dijo el Coronel Morris en un tono que sugería que con aquello tenía suficiente—. He conocido muchos y muy buenos magos en la India, pero puedo jurarles que todos resultaron ser unos farsantes. De hecho, he llegado a divertirme muchísimo a su costa poniéndolos en evidencia. En todo caso, mucho más que con este trabajo tan monótono que tengo ahora. Por cierto, aquí viene Mr. Symon, quien les mostrará la antigua cámara que se encuentra escaleras abajo.

Mr. Symon, el guía y guardián oficial, resultó ser un hombre joven, prematuramente canoso, dueño de una boca muy seria que contrastaba curiosamente con un minúsculo bigotito negro cuyas crecidas puntas parecían, de alguna extraña manera, separarse de él hasta dar la impresión de que tenía un par de moscas negras posadas en el rostro. Hablaba con el acento típico de Oxford, si bien con un estilo tan mecánico como el más indiferente de los guías de pago.

Descendieron todos juntos por una oscura escalera de piedra. Al pie de ésta, Symon pulsó un botón, tras lo cual una puerta se abrió a una habitación oscura o, más bien, a una habitación que hacía un instante había estado a oscuras, puesto que casi al mismo tiempo que la pesada puerta de hierro se abría un resplandor de luz eléctrica casi cegador se apoderó de todo el interior. El caprichoso entusiasmo de Stinks se encendió al momento y, presa de una gran excitación, preguntó si las luces y las puertas funcionaban conjuntamente.

—Sí. Todo forma parte de un único mecanismo —respondió Symon—. Fue diseñado especialmente para el día en que Su Alteza Real depositó aquí la reliquia. Como ves, está encerrada tras esa vitrina de cristal, exactamente tal y como él la dejó.

Un mero vistazo mostraba a las claras que las medidas tomadas para guardar el tesoro eran en efecto tan seguras como simples. Una sencilla luna de cristal separaba por completo una esquina de la estancia dejándola enmarcada en un armazón de hierro que se empotraba en las paredes de roca y el techo de madera. Resultaba así imposible abrir la vitrina sin un complicado esfuerzo, a no ser rompiendo el cristal, lo cual muy probablemente despertaría al vigilante nocturno, quien se hallaba siempre a pocos pasos de allí incluso cuando dormía. Un examen cercano hubiera delatado muchas más medidas ingeniosas, pero para entonces la mirada del reverendo Thomas Twyford se encontraba ya, cuando menos, clavada en aquello que ocupaba toda su atención: el pequeño disco de un apagado color plateado que brillaba bajo la blanca luz sobre un sencillito fondo de terciopelo negro.

—El Penique de San Pablo, del que se dice que conmemora la visita de San Pablo a Gran Bretaña, se conservó probablemente en esta capilla hasta el siglo VIII —decía Symon con su clara pero insípida voz—. Se supone que en

el siglo IX fue arrebatado por los bárbaros para reaparecer, después de la conversión de los godos del norte, en posesión de la familia real de Gothland. Su Alteza Real el Duque de Gothland la retuvo siempre bajo su custodia personal, y cuando finalmente decidió mostrarla al público la colocó aquí con sus propias manos, siendo inmediatamente sellada de esta manera.

Desafortunadamente, llegados a este punto, Summers Minor, cuya atención se hallaba algo apartada de las guerras religiosas del siglo IX, descubrió un trozo de cable que asomaba por un desconchón de la pared. Sin dudarlo un segundo, se abalanzó sobre él gritando:

—Oiga, ¿es esto lo que conecta...?

Se hizo evidente que sí conectaba, pues tan pronto como el chico tiró de él la habitación entera se encontró a oscuras como si todos ellos se hubieran quedado ciegos de repente. Un instante más tarde oyeron el chasquido sordo de la puerta al cerrarse.

—Muy bien. Ahora sí que la has hecho buena —dijo Symon a su manera tranquila. Luego, tras una pausa, añadió—. Supongo que tarde o temprano nos echarán de menos, y sin duda ellos podrán abrirla. Pero puede que eso lleve todavía algún tiempo.

Hubo un silencio, pasado el cual el invencible Stinks dijo:

—¡Qué fastidio que haya tenido que dejar arriba mi linterna eléctrica!

—Creo —dijo su tío con severidad—, que todos estamos ya más que convencidos de tu afición por la electricidad.

Luego, tras una pausa, dijo más amablemente:

—Supongo que si tuviese que echar de menos algo de mi propio equipaje, sería la pipa. Aunque, de todas formas, no resulta muy agradable fumar a oscuras. Todo parece diferente en la oscuridad.

—Todo es diferente en la oscuridad —dijo una tercera voz, la del hombre que se hacía llamar mago. Era la suya una voz muy musical que contrastaba notablemente con su siniestro y atezado semblante, el cual resultaba ahora invisible—. Quizá no conozcan ustedes la terrible verdad que ello representa. Todo lo que ustedes ven son sólo imágenes creadas por el sol: caras, muebles, flores, árboles. Las cosas en sí pueden resultarles bastante extrañas. Ahora podría haber algo más donde antes sólo veían ustedes una mesa o una silla. El rostro de un amigo puede resultar muy diferente en la oscuridad.

Un leve e indescriptible ruido quebró la quietud. Twyford se sobresaltó por un segundo, tras lo cual dijo ásperamente:

—Verdaderamente, no creo que sea el momento más adecuado para

intentar asustar a un niño.

—¿Quién es un niño? —gritó el indignado Summers con una voz a medio camino entre un cacareo y un chillido—. Yo no. Y tampoco soy un gallina.

—Me callaré entonces —dijo la otra voz—. Pero tengan presente que el silencio habla por sí solo.

El requerido silencio se mantuvo durante largo rato hasta que, al fin, el clérigo le dijo a Symon en voz baja:

—Supongo que no debemos preocuparnos por el aire, ¿no?

—En absoluto —contestó el otro en voz alta—. Hay una chimenea y un hogar en la oficina, justo al lado de la puerta.

El ruido de unos pasos apresurados y el de una silla al caer les dijeron a todos que la indomable nueva generación se había lanzado una vez más cuarto a través. Pronto le oyeron exclamar:

—¡Una chimenea! ¡Vaya! Seguro que por ella se podrá llegar hasta...

El resto se perdió entre amortiguados pero triunfantes gritos.

Su tío lo llamó en vano repetidas veces, recorrió a tientas el camino hasta la abertura y, tras levantar la vista por ella, vislumbró un disco de luz que parecía sugerir que el fugitivo se había escabullido hasta ponerse a salvo. Al deshacer el camino hacia donde se encontraba reunido el grupo, junto a la vitrina de cristal, tropezó con la silla caída sobre el suelo, tras lo cual necesitó un momento para recobrase. Acababa de abrir la boca para decirle algo a Symon cuando se detuvo y, de repente, se encontró parpadeando bajo el tremendo golpe de la luz blanca. Al mirar por encima del hombro del otro pudo ver que la puerta estaba abierta.

—Así que finalmente nos han descubierto —le dijo a Symon.

El hombre de la túnica negra se hallaba recostado contra la pared algunas yardas más allá con una sonrisa esculpida en la cara.

—Ahí viene el Coronel Morris —continuó Twyford todavía hablando con Symon—. Uno de nosotros tendrá que contarle cómo se fue la luz. ¿Va a encargarse usted de ello?

Pero Symon aún no dijo nada. Permanecía de pie, tan inmóvil como una estatua, mirando fijamente el terciopelo negro situado tras la pantalla de cristal. Miraba el terciopelo negro porque no había nada más a lo que mirar. El Penique de San Pablo había desaparecido.

El Coronel Morris entró en la habitación acompañado de dos nuevos visitantes, presumiblemente dos nuevos turistas que habían tenido que esperar

arriba a causa del accidente. El primero de ellos era un hombre alto, rubio, de aspecto lánguido, amplia frente y nariz prominente. Su compañero era un hombre más joven de pelo claro y rizado y una mirada tan franca que llegaba a parecer inocente.

Symon apenas pareció oír a los recién llegados. En realidad, parecía como si no se hubiese dado cuenta de que el retorno de la luz dejaba ver a las claras su exacerbado nerviosismo. Luego reaccionó de manera sospechosa y, cuando vio al mayor de los dos extraños, su ya de por sí pálido rostro pareció palidecer aún más.

—¡Caramba! Pero si es Horne Fisher —y luego, tras una pausa, dijo en voz baja—. Estoy metido en un aprieto de mil demonios, Fisher.

—Parece haber por aquí un pequeño misterio que aclarar —dijo el caballero que había sido interpelado.

—Nunca se aclarará —dijo el pálido Symon—. Si alguien pudiera aclararlo, sería usted. Pero nadie podrá.

—Creo que yo sí podría —dijo otra voz desde fuera del grupo.

Todos se volvieron sorprendidos para descubrir que el hombre de la túnica negra había hablado una vez más.

—¡Usted! —dijo el coronel con aspereza—. ¿Y cómo se propone hacer de detective?

—No me propongo hacer de detective —contestó el otro con aquella voz tan clara como una campana—. Mi intención es hacer de mago... de uno de aquellos magos que usted solía poner en evidencia en la India, coronel.

Nadie habló durante un momento. Luego Horne Fisher sorprendió a todo el mundo al decir:

—Bien, subamos entonces y dejemos que este caballero lo intente.

Pero antes tuvo que detener a Symon, quien automáticamente había puesto el dedo sobre el botón, diciéndole:

—No, deje todas las luces encendidas. Será una especie de garantía.

—¿Cómo? Pero si ahora ya no podrán robar nada —dijo Symon, cortante.

—Pero puede que lo devuelvan —respondió Fisher.

Twynford había ya echado a correr escaleras arriba en busca de noticias de su sobrino desaparecido. Las noticias que obtuvo de él lo dejaron perplejo pero, a la vez, lo tranquilizaron de inmediato. Sobre el suelo del piso superior yacía uno de esos grandes aviones de papel que los alumnos suelen lanzarse unos a otros cuando el profesor está fuera de la clase. Lo habían lanzado desde

fuera, evidentemente por la ventana, y, al ser desplegado, dejó a la vista una serie de garabatos realizados con una pésima caligrafía que decían: «Querido tío, todo marcha bien. Más tarde me reuniré contigo en el hotel». Debajo podía verse una firma garrapateada.

Apenas aliviado por ello, el clérigo volvió voluntariamente sus pensamientos hacia su reliquia predilecta, cuya importancia no le iba a la zaga a la que le dedicaba a su sobrino. Y antes de saber siquiera dónde se encontraba, fue rodeado por los demás, que discutían sobre la pérdida ocurrida, y prácticamente arrastrado por el empuje de su emoción. No obstante, una duda inconsciente persistía latiendo en su cabeza en cuanto a lo que le había podido ocurrir en realidad al chico y qué era lo que había querido decir exactamente al afirmar que todo marchaba bien.

Mientras tanto, Horne Fisher había confundido en gran medida a propios y extraños con el tono y la actitud que acababa de adoptar. Había conversado con el coronel sobre cuestiones militares y mecánicas haciendo gala de notables conocimientos tanto acerca de los pormenores de la disciplina como de los tecnicismos de la electricidad. Había hablado también con el clérigo y mostrado unos conocimientos igualmente sorprendentes sobre los aspectos religiosos e históricos que giraban en torno a la reliquia. Había dialogado incluso con el hombre que se denominaba a sí mismo mago, no sólo sorprendiendo sino incluso escandalizando a la concurrencia con la soltura igualmente desenfadada con la que charlaba acerca de las más fantásticas formas adoptadas por el ocultismo oriental y la experimentación psíquica. Y en lo que respecta a esta última y menos respetable línea de investigación, se hallaba evidentemente preparado para ir algunos pasos más allá. Alentó abiertamente al mago y se declaró dispuesto a seguir los más que quiméricos métodos de investigación a los que éste pudiera conducirle.

—¿Cómo comenzaría usted? —preguntó con una inquieta cortesía que hizo que el coronel se congestionase de cólera.

—Todo se reduce a una especie de fuerza y a establecer la comunicación necesaria para atraer a dicha fuerza —contestó afablemente el experto haciendo caso omiso de los murmullos con que los militares aludían con ironía y risas sofocadas a la fuerza policial—. Se trata de lo que ustedes en Occidente suelen llamar magnetismo animal, aunque en realidad es mucho más que eso. Mejor será que no explique cuánto más. Sobre cómo ponerlo en práctica, el método habitual es provocar un trance en alguna persona fácilmente impresionable, quien actúa como una especie de puente o cable de comunicación por medio del cual la fuerza del más allá pueda proporcionarle, por así decirlo, una sacudida eléctrica que despierte sus sentidos más profundos. Podríamos decir que abre el ojo dormido de la mente.

—Yo soy fácil de impresionar —dijo Fisher con una mezcla de simpleza y desconcertante ironía—. ¿Por qué no abre usted el ojo de la mente para mí? Mi amigo Harold March, aquí presente, podrá decirle que a veces creo ver cosas en la oscuridad.

—Nadie ve nunca nada si no es en la oscuridad —dijo el mago.

Las cargadas nubes del crepúsculo se iban cerrando alrededor de la cabaña de madera, enormes nubes de las que, a través de la pequeña ventana, sólo resultaban visibles los extremos, que con su color púrpura semejabán las colas y los cuernos de monstruos descomunales que merodeasen flotando alrededor del lugar. No obstante, aquellos tonos púrpura iban ya tornándose en gris oscuro, lo que anunciaba que la noche estaba al caer.

—No enciendan la lámpara —dijo el mago con tranquila autoridad deteniendo todo movimiento en dirección a aquella—. Ya les dije antes que las cosas sólo suceden en la oscuridad.

Cómo aquella cosa de locos pudo llegar a tolerarse en la oficina de un coronel, de entre todos los lugares del mundo, es una cuestión que más tarde se convertiría en una especie de enigma en la memoria de muchos de los allí reunidos, incluido el propio coronel. Lo recordarían más tarde como una especie de pesadilla, como algo que se vieron incapaces de controlar. Claro que, al fin y al cabo, quizá hubiese realmente algo de magnetismo en el hipnotizado ya que, en aquel momento, y sea como fuere, lo único que parecía seguro era que Horne Fisher estaba siendo hipnotizado. Se había desmayado en su silla con los largos miembros extendidos como pesos muertos y los ojos mirando fijamente al vacío. Y en cuanto al hipnotizador, éste se ocupaba en realizar amplios y extraños movimientos con aquellos brazos enfundados en ropas oscuras que parecían un par de alas negras.

El coronel encendió un cigarro. Aquello había rebasado el límite de su paciencia y ahora se entretenía diciéndose a regañadientes que a los aristócratas excéntricos se les tiene consentido cualquier capricho. Se consoló al pensar que ya había hecho llamar a la policía, la cual se encargaría de acabar de un golpe con toda aquella farsa.

—Sí, veo bolsillos —decía el hombre en trance—. Veo muchos bolsillos, pero todos están vacíos. No, veo un bolsillo que no lo está.

Hubo un ligero alboroto entre tanta quietud. Luego el mago dijo:

—¿Puede usted ver lo que hay en el bolsillo?

—Sí —respondió el otro—. Hay dos cosas que brillan. Creo que se trata de dos pedazos de acero. Uno de ellos está doblado o torcido.

—¿Han sido empleadas en el robo de la reliquia de ahí abajo?

—Sí.

Hubo una nueva pausa, tras la cual el que preguntaba añadió:

—¿Ve usted algo de la propia reliquia?

—Veo algo que brilla sobre el suelo, como una sombra o un espectro de ella. Está por allí, en el rincón que se encuentra al otro lado del escritorio.

Hubo un revuelo de gente que se volvía seguido de una repentina inmovilidad general, como si hubiese tenido lugar un entumecimiento masivo. Y es que en aquel rincón, en el extremo opuesto del suelo de madera, había efectivamente un punto redondo de pálida luz. En aquel momento era la única luz que había en la habitación, pues la luz del cigarro había desaparecido.

—Eso señala el camino —anunció la voz del oráculo—. Los espíritus señalan el camino de la penitencia e instan al ladrón a que devuelva lo que se ha llevado. Por ahora no puedo ver nada más.

La voz del mago fue desvaneciéndose hasta desembocar en un silencio que fue interrumpido por un tintineo de metal contra el suelo, el sonido de algo que giraba y caía, algo que sonaba como una moneda de medio penique lanzada al aire.

—¡Enciendan la luz! —gritó Horne Fisher en voz alta e incluso jovial, saltando sobre sus pies con mucha menos languidez de la acostumbrada—. Tengo que irme ya, pero me gustaría echarle un vistazo antes de marcharme. Al fin y al cabo, vine aquí con la intención de verlo.

Alguien encendió la luz y Fisher pudo, tal y como había dicho, contemplarlo. El mismísimo Penique de San Pablo yacía sobre el suelo justo ante sus pies.

—Oh, en cuanto a eso —explicó Fisher amenizando la comida que tomaba en compañía de March y Twyford alrededor de un mes más tarde—, simplemente pretendía jugar con el mago a su propio juego.

—Yo creí durante todo el tiempo que su intención era cazarlo en su propia trampa —dijo Twyford—. Aunque todavía no consigo sacar nada en claro del asunto, a mis ojos él fue siempre el principal sospechoso, si bien no creo que sea necesariamente un ladrón en el sentido vulgar de la palabra. La policía parece siempre pensar que la plata se roba por el valor de la plata en sí, pero algo como aquella moneda podía muy bien haber sido robado a causa de algún fanatismo religioso. Un monje fugitivo convertido en místico podría muy bien desearlo para algún fin místico.

—No —contestó Fisher—. El monje fugitivo no es un ladrón. En cualquier caso, no es el ladrón de este robo. Y tampoco es del todo un mentiroso, pues dijo al menos una cosa que resulta muy cierta.

—¿El qué? —preguntó March.

—Dijo que se trataba de magnetismo. Y en ello tenía razón, pues el caso es que todo se hizo por medio de un imán.

Luego, viendo que los otros aún parecían confundidos, añadió:

—Me refiero al imán de juguete propiedad de su sobrino, Mr. Twyford.

—No lo entiendo —objetó March—. Si se hizo con el imán de aquel colegial, supongo que fue él quien lo hizo.

—Bueno —contestó Fisher reflexivamente—, básicamente eso depende de a qué colegial se refiera usted.

—¿Qué demonios quiere usted decir?

—El espíritu de un colegial es algo muy curioso —prosiguió Fisher con aire pensativo—. Puede sobrevivir a muchas otras cosas además de a trepar por una chimenea. Un hombre puede llegar a endurecerse después de vivir grandes campañas militares y aun así conservar el espíritu propio de un colegial. Un hombre puede regresar de la India con una gran reputación y ser puesto al cargo de un gran tesoro público y aun así mantener su espíritu de colegial en estado latente hasta que un buen día éste va y despierta por accidente. Y esto ocurre de manera mucho más acusada cuando al colegial le añade uno el escéptico, quien por lo general es una especie de colegial atrofiado. Acaba usted de decir que ciertas cosas pueden llegar a hacerse debido a una manía religiosa. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de manía irreligiosa? Le puedo asegurar que se da con relativa frecuencia, especialmente en hombres que gustan de poner en evidencia a magos indios.

—¿Quiere usted realmente decir —dijo Twyford— que fue el Coronel Morris quien robó la reliquia?

—Era la única persona que pudo utilizar el imán —contestó Fisher—. De hecho, su servicial sobrino le dejó sobre su mesa una buena cantidad de cosas que pudo utilizar. Disponía de un rollo de cuerda y de un instrumento con el que poder hacer un agujero en el suelo de madera. Durante mi trance, hice sobre la marcha un pequeño truco con dicho agujero en el suelo. Con las luces del piso superior bajadas y las del inferior encendidas, el agujero hecho por Morris, único punto de comunicación entre los dos pisos, brillaba como si fuese un chelín nuevecito.

De repente Twyford dio un salto en su silla.

—Pero en ese caso... —gritó con la voz alterada—. Pero... Pero entonces... Bueno... Usted dijo que había un pedazo de acero, ¿no es así?

—Dije que había dos pedazos de acero —dijo Fisher—. El pedazo torcido

era el imán del chico. El otro era el penique.

—¡Pero si está hecho de plata! —contestó el arqueólogo.

—Oh —contestó Fisher tranquilamente—, yo diría más bien que está pintado con algo que tiene el color de la plata.

Hubo un pesado silencio, pero al fin Harold March dijo:

—Entonces, ¿dónde está la auténtica reliquia?

—Donde ha estado durante los últimos cinco años —respondió Horne Fisher—. En posesión de un millonario chiflado de Nebraska llamado Vandam.

Harold March miró el mantel con el ceño fruncido. Luego, tras una nueva pausa, dijo:

—Creo que entiendo su idea de cómo ocurrió todo realmente. Según usted, Morris se limitó a hacer un agujero en el suelo de madera del piso superior y, literalmente, pescar la moneda con un imán atado al extremo de una cuerda. Un truco como ese parece cosa de locos, pero supongo que él estaba furioso hasta la locura, en gran medida por el fastidio que suponía para él tener que vigilar algo que sabía que era un engaño aunque no pudiese probarlo. Entonces surgió una oportunidad de probarlo, al menos para sí mismo, y pudo pasar lo que él llamaría «un buen rato» con todo ello. Sí, ahora creo ver con claridad muchos detalles. Pero es todo el conjunto del caso lo que me intriga. ¿Cómo llegó todo a ser como fue?

Fisher, impasible, le miró a través de los párpados entrecerrados.

—Se tomó todo tipo de precauciones —dijo—. El Duque en persona llevó la reliquia y la guardó bajo llave en la vitrina con sus propias manos.

March guardó silencio, pero Twyford dijo balbuceando:

—No le entiendo. Me pone usted los pelos de punta. ¿Por qué no se explica con más claridad?

—Oh, muy bien —respondió Fisher dando un suspiro—. La pura verdad es, desde luego, que se trata de un asunto muy grave. Y tan malo o más es que alguien se entere de un asunto grave. Pero eso ocurre continuamente, y en cierta manera uno apenas puede culpar a quien le ocurre. Por lo común, la clase de gente a la que pertenece el Duque suele quedarse prendada de la primera princesita extranjera que conoce, quien resulta ser tan altanera, estirada y caprichosa como una muñequita de porcelana, y con eso ya se han montado su propia aventura amorosa. En este caso en concreto se trató de una aventura bastante intensa.

»Si se hubiera tratado de algún asunto morganático medianamente

aceptable yo no lo censuraría, pero este pobre diablo debe de ser verdaderamente estúpido para despilfarrar toneladas de dinero en una mujer así. Al final todo se enredó hasta convertirse en un auténtico chantaje. Pero ya es algo que el pobre idiota no le sacara el dinero a los pobres contribuyentes de este país. Sólo pudo sacárselo a ese yanqui. Así son las cosas.

—Bueno, me alegro de que mi sobrino no tuviese nada que ver con todo aquello —dijo el reverendo Thomas Twyford—. Y si el gran mundo es así, espero que nunca tenga nada que ver con él.

—Nadie sabe mejor que yo —dijo Horne Fisher— que uno puede llegar a tener demasiado que ver con él.

Summers Minor nunca tuvo, de hecho, nada que ver con ese mundo, y resulta algo de lo más tranquilizador que tampoco tuviese en realidad nada que ver con la historia en cuestión o con cualquier otra historia de características similares. En aquella ocasión, el chico pasó como una exhalación a través del entramado de esta historia de políticas torcidas y parodias disparatadas y salió por el extremo opuesto en persecución de sus irreprochables aficiones personales. Y es que, desde lo alto de la chimenea por la que había subido, alcanzó a ver un ómnibus nuevo con cuyo color y nombre nunca se había encontrado antes, por lo que se sintió igual que un naturalista o un botánico que se topasen con un pájaro desconocido o una flor sin clasificar. Y había quedado tan cautivado por aquel descubrimiento que no pudo evitar echar a correr tras él para poder viajar en esa especie de barco encantado.

IV. EL POZO SIN FONDO

En cierto oasis que parece emerger como una isla verde en medio del mar de arenas rojas y amarillas que se extiende, más allá de Europa, hacia Oriente, pueden encontrarse fascinantes contrastes que han acabado convirtiéndose en lo más destacado del lugar desde que los diferentes tratados internacionales lo han ido convirtiendo en una avanzadilla más de la ocupación británica.

El lugar goza además de cierta fama entre los arqueólogos por algo que a duras penas puede llamarse monumento, pues no es más que un simple agujero en el suelo. Se trata en concreto de un sumidero redondo, muy similar a un pozo, que probablemente formara parte de algunas grandiosas obras de irrigación de fecha remota y discutida y que quizá sea más antiguo que cualquier otra cosa en toda aquella antigua tierra. Una franja verde de palmeras y chumberas se extiende alrededor de la negra boca del pozo, del cual, no obstante, no queda ya nada de la sillería de su parte superior a

excepción de dos voluminosas y erosionadas piedras que se levantan como si fuesen los pilares de una entrada que no condujese a ninguna parte. En ellas, algunos de los más notables arqueólogos creen poder vislumbrar en ciertos momentos del ocaso o de la salida de la luna tenues figuras o facciones de ancestrales monstruos babilónicos, mientras los arqueólogos más racionalistas, a esas horas más terrenales en que reina la luz del día, no ven otra cosa que dos rocas informes.

Como se puede comprobar, sin embargo, no todos los ingleses son arqueólogos. De hecho, muchos de los reunidos en tal lugar con objetivos oficiales y militares tenían pasatiempos que no eran precisamente la arqueología. Es más, resulta un hecho especialmente destacable que los ingleses recluidos en aquella especie de exilio oriental se las hayan ingeniado para construir un pequeño campo de golf entre la arena y la vegetación y hayan levantado, además, un confortable club social en un extremo de éste, justo frente al primitivo monumento antes descrito. No obstante, a la hora de jugar al golf ya no usaban como búnker dicho abismo de tiempos remotos, pues por experiencia sabían que resultaba insondable, y ni tan siquiera con fines prácticos se habían preocupado de averiguar su profundidad. Lo único que les importaba realmente era que cualquier pelota de golf que fuese a parar a él podía considerarse, literalmente, bola perdida. A pesar de ello, a menudo paseaban despreocupadamente por los alrededores del agujero durante esos descansos en que se dedicaban a charlar y a fumar. Y fue precisamente en uno de dichos descansos cuando uno de ellos, que acababa de abandonar el club, encontró a otro escrutando con cierto aire melancólico el interior del pozo.

Los dos ingleses vestían ropas ligeras y cubrían sus cabezas con cascos blancos confeccionados con palma y pañuelos que asomaban por debajo de éstos. No obstante, ahí quedaba básicamente cualquier parecido entre los dos. Cuando ambos pronunciaron casi al unísono la misma palabra, lo hicieron adoptando dos tonos de voz completamente diferentes.

—¿Ha oído usted la noticia? —preguntó el hombre recién llegado del club —. Impresionante.

—Impresionante —contestó el hombre que se hallaba junto al pozo.

El primer hombre había pronunciado la palabra justo como lo haría un joven al referirse a una mujer atractiva. En cuanto al segundo, lo había hecho como lo haría un viejo al hablar del clima, es decir, no exento de sinceridad pero ciertamente sin entusiasmo alguno.

El tono empleado resultó ser típico de cada uno de ellos. El primero, un tal Capitán Boyle, pertenecía al tipo de hombre osado y juvenil, moreno, y con una especie de ardor natural en el rostro que no casaba muy bien con el mundo oriental sino más bien con el tesón y la ambición propias de Occidente. El otro

era un hombre más viejo y, ciertamente, alguien que llevaba allí más tiempo: un funcionario civil llamado Horne Fisher cuyos caídos párpados y flácidos bigotes expresaban toda la paradoja del inglés que visita Oriente. Tenía demasiado calor como para mostrarse mínimamente activo.

Ninguno de los dos creyó necesario mencionar qué era lo que resultaba impresionante. De hecho, hubiese estado de más aclarar lo que todo el mundo sabía. La magnífica victoria sobre la temible alianza entre turcos y árabes en el norte, lograda por las tropas comandadas por Lord Hastings, ese veterano de tantas y tan renombradas victorias, había sido divulgada por la prensa a lo largo y ancho de todo el imperio, incluida, como no podía ser menos, aquella pequeña guarnición tan próxima al campo de batalla.

—Hoy día ninguna otra nación del mundo hubiera sido capaz de algo así —exclamó enérgicamente el Capitán Boyle.

Horne Fisher miraba todavía en silencio dentro del pozo. Un momento después contestó:

—Ciertamente, poseemos la facultad de corregir nuestros errores. Fue en eso en lo que fallaron los pobres prusianos. Sólo fueron capaces de cometer errores y perseverar en ellos. Verdaderamente, corregir los errores resulta un arte en el que nosotros somos unos verdaderos maestros.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Boyle—. ¿A qué errores se refiere?

—Bueno, todo el mundo sabe que mordimos un pedazo más grande del que podíamos masticar —contestó Horne Fisher. Era característico de Mr. Fisher decir siempre que todo el mundo sabía cosas que en realidad sólo una persona de cada varios millones llegaba a oír—. Y, ciertamente, fue de lo más afortunado que Travers apareciese en el momento oportuno. Resulta extraño pensar cuántas veces la decisión correcta para nosotros la toma el segundo de a bordo, incluso cuando un gran hombre se encuentra al mando. Como Colborne en Waterloo.

—De cualquier manera, una victoria como ésta bien merece que se añada toda una provincia al imperio —dijo el otro.

—Bueno, supongo que los Zimmern habrán insistido en ello tanto como hicieron en aquel asunto del canal —dijo Fisher pensativamente—, aunque todo el mundo sabe que con añadir provincias no siempre se obtiene provecho hoy en día.

El Capitán Boyle frunció el ceño ligeramente confundido. Al ser consciente de no haber oído nunca hablar de los Zimmern, tuvo que limitarse a observar, imperturbable:

—Bueno, uno no debe contentarse siempre con ser, sin más, un pobre

inglesito.

Horne Fisher sonrió. Tenía una agradable sonrisa.

—Cada uno de los hombres que se encuentran aquí es un pobre inglesito —dijo—. Y está deseoso de hallarse de regreso en su querida Inglaterra.

—Me temo que no sé de qué me está usted hablando —dijo el más joven con gran recelo—. Uno pensaría que en realidad no admira usted ni a Hastings ni a ningún otro.

—Le admiro a más no poder —contestó Fisher—. Es, con mucho, el hombre mejor cualificado para este destino. Comprende a los musulmanes y es capaz de hacer cualquier cosa con ellos. Es por ello por lo que estoy en contra de azuzar a Travers contra él a causa simplemente de este último acontecimiento.

—En realidad no comprendo qué pretende usted insinuar —dijo el otro con franqueza.

—Quizá no merezca la pena comprenderlo —respondió Fisher sin pensar—. Y, de todas formas, no tenemos por qué hablar de política. ¿Conoce usted la leyenda árabe que se cuenta acerca de este pozo?

—Me temo que no sé mucho de leyendas árabes —dijo Boyle algo estiradamente.

—Eso es un error —contestó Fisher—, especialmente desde su punto de vista. El propio Lord Hastings es una leyenda árabe. Quizá sea eso lo más grandioso que ha llegado a ser nunca. Si su reputación desapareciese, nos debilitaría profundamente en Asia y África. Pero a lo que iba: la historia acerca de este agujero en la tierra, que desciende hasta nadie sabe dónde, siempre me ha fascinado enormemente. Actualmente su forma es musulmana, pero no me sorprendería que la historia resultase ser mucho más antigua que los propios musulmanes. Trata de alguien a quien llamaban el Sultán Aladino, pero no nuestro amigo de la lámpara, claro está, si bien podría decirse que se parecía a él en lo que atañe a los genios, los gigantes y toda esa clase de cosas. Se dice que ordenó a los gigantes que construyeran para él una especie de pagoda que se elevase por encima de las estrellas. «Lo Supremo para El Más Alto», como decía la gente cuando se construyó la Torre de Babel. Pero quienes construyeron la Torre de Babel resultaban gentes muy modestas y hogareñas si se las comparaba con el viejo Aladino. Lo único que querían era una torre que llegase hasta el cielo, una simple fruslería. Él quería una torre que sobrepasara el cielo, que se alzase por encima de él y continuase elevándose y elevándose para siempre. Pero Alá la derribó por los suelos con un rayo que se hundió en la tierra e hizo en ella un agujero cada vez más y más profundo, hasta dar lugar a un pozo sin fondo, justo igual que la torre que no

iba a tener fin. Y por esa oscura torre vuelta cabeza abajo el alma del orgulloso sultán cae y cae eternamente.

—Qué tipo más extraño es usted —dijo Boyle—. Habla como si cualquiera pudiese creerse todas esas fábulas.

—Piense que quizás lo que deba creerse sea la moraleja y no la fábula —respondió Fisher—. Pero, ¡vaya!, aquí viene Lady Hastings. Usted ya la conoce, ¿no es así?

El club de golf se empleaba, desde luego, para muchas otras cosas además de para el golf. Era el único centro social del destacamento aparte del riguroso cuartel general. Tenía una sala de billar, un bar, e incluso una excelente biblioteca de consulta para aquellos oficiales que demostraban ser tan perversos como para tomarse en serio su profesión. Entre éstos se contaba el propio general, cuya plateada cabeza y bronceo rostro, como si fuesen los de un águila de latón, podían encontrarse a menudo inclinados sobre las cartas y libros que se guardaban en la sala. El gran Lord Hastings creía en la ciencia y el estudio tanto como en otros ideales de vida de gran severidad. En ocasiones había aconsejado paternalmente sobre todas aquellas cosas al joven Boyle, cuyas apariciones en aquel lugar dedicado al estudio resultaban bastante más esporádicas (fue precisamente tras uno de aquellos ratos de estudio que el joven acababa de atravesar las puertas de cristal de la biblioteca y salido al campo de golf).

Además, el club se hallaba acondicionado para atender a las comodidades de las damas al menos tanto como a las de los caballeros. Y era allí donde Lady Hastings tenía la oportunidad de desempeñar el mismo papel de reina que representaba en el salón de su casa. Solía darse muchos aires y, según decían algunos, se mostraba sumamente complacida de desempeñar dicho papel. Era mucho más joven que su marido y era atractiva, peligrosamente atractiva en ocasiones. Mr. Horne Fisher la siguió con la mirada, sonriendo algo sardónicamente, cuando ella se alejó arrastrando tras de sí al joven soldado. Luego su melancólica mirada se desvió hacia la verde y espinosa vegetación que rodeaba el pozo, compuesta por esa curiosa formación de cactus en la que las gruesas hojas crecen directamente las unas de las otras sin necesidad de tallo ni rama alguna, lo que proporcionó a su caprichosa imaginación un siniestro sentimiento de obcecado crecimiento sin fin ni forma. En Occidente, una planta o un arbusto crecen hasta formar una flor, la cual es su fin habitual. Pero aquello era como si unas manos pudieran crecer de otras manos o unas piernas directamente de otras piernas, como en una pesadilla.

—Siempre añadiendo una nueva provincia al imperio —dijo con una sonrisa, tras lo cual añadió más tristemente—. No sé si estaré en lo cierto,

después de todo.

Una voz estentórea pero cordial interrumpió sus pensamientos. Levantó la mirada y sonrió al ver el rostro de un viejo amigo. La voz era, en efecto, bastante más afable que el rostro, el cual resultaba, al primer golpe de vista, decididamente adusto. Se trataba del típico rostro que uno suele asociar con la ley. Sus angulosas mandíbulas y gruesas cejas grises pertenecían a un personaje eminentemente legal a pesar de encontrarse ahora incluido, con funciones semimilitares, en la policía de aquel salvaje distrito. Cuthbert Grayne era quizá más un criminólogo que un abogado o un policía, pero incluso en los más inhóspitos ambientes había demostrado con éxito que era capaz de convertirse en una práctica mezcla de los tres. El esclarecimiento en Oriente de toda una serie de enigmáticos crímenes hablaba sobradamente bien de él, pero al haber tan poca gente instruida, o al menos interesada, en el pasatiempo o rama de la sabiduría que él cultivaba, su vida intelectual resultaba algo solitaria. Entre las escasas excepciones se encontraba Horne Fisher, quien poseía la curiosa capacidad de poder hablar con casi todo el mundo acerca de casi todo.

—¿Estudiando botánica? ¿O acaso se trata más bien de arqueología? —preguntó Grayne—. Nunca llegaré al fondo de sus aficiones, Fisher. Podría decirse que lo que usted no conozca no merece la pena ser conocido.

—Está usted equivocado —repuso Fisher con una inusual brusquedad e incluso amargura—. Es precisamente lo que sí sé lo que no merece la pena conocer. El lado sórdido de las cosas, todas las causas secretas y los motivos pervertidos y los sobornos y los chantajes que reciben el nombre de política. No tengo motivos para sentirme orgulloso de haber conocido la cara más cruda de la vida, y mucho menos para jactarme de ello ante el primer muchacho que me encuentro.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué es lo que le pasa? —le preguntó su amigo—. Nunca le había visto tan afectado por algo.

—Me avergüenzo de mí mismo —contestó Fisher—. Acabo de vaciar un jarro de agua fría sobre las ilusiones de un muchacho.

—Incluso tal explicación apenas es comprensible —dijo el experto en crímenes.

—Qué estúpidas son las ilusiones, ¿no es cierto? —prosiguió Fisher—. Y yo debería saber muy bien que a esa edad las ilusiones pueden convertirse en ideales. Y, de todas formas, son preferibles a la realidad. Además, se corre siempre un enorme riesgo en el hecho de abrirle los ojos a un joven que no ve más allá de un simple y corrupto ideal.

—¿Y qué riesgo es ése?

—Que suele propiciarse que el sujeto en cuestión se vuelque con la misma energía en una dirección mucho peor —contestó Fisher—. Una dirección que puede resultar prácticamente irrevocable. Un agujero sin fondo, tan profundo como el Pozo Sin Fondo.

Fisher no volvió a ver a su amigo hasta quince días más tarde, mientras se hallaba en el jardín trasero del club, en el lado opuesto a aquél en que se extendía el campo de golf. En aquella ocasión, en aquel jardín de variado e intenso colorido, perfumado con plantas semitropicales que resplandecían a la luz de los atardeceres del desierto, le acompañaba, además de Grayne, otro hombre. Se trataba del segundo al mando, el ahora célebre Tom Travers, un hombre enjuto y moreno que aparentaba más edad que la que realmente tenía, cuyo ceño se hallaba surcado por profundas arrugas y cuyo bigote negro le confería un aspecto malhumorado. Les acababa de servir un negrísimo café el árabe que hacía las veces de criado eventual del club, quien resultaba de sobra conocido por todos por ser el viejo criado del general. Atendía al nombre de Said, y era fácil distinguirlo del resto de los semitas del lugar tanto por su alargado rostro amarillo como por su estrecha frente, rasgos éstos que pueden a veces verse entre ellos y que a él le conferían una impresión inexplicablemente siniestra a pesar de poseer una agradable sonrisa.

—Nunca me he sentido capaz de confiar en ese tipo —dijo Grayne una vez se hubo ido el hombre—. Es algo muy injusto, lo reconozco, ya que está ciertamente consagrado a Hastings e incluso alguna vez le ha salvado la vida, según dicen. Pero los árabes a menudo son así, leales a un solo hombre. No puedo evitar creerle muy capaz de cortarle la garganta a cualquier otro, e incluso de hacerlo a traición.

—Bueno —dijo Travers con una sonrisa bastante agria—, mientras no haga eso con Hastings el mundo no tiene de qué preocuparse.

Hubo un silencio de lo más embarazoso, lleno de recuerdos de la gran batalla, tras el cual Horne Fisher dijo con tranquilidad:

—Los periódicos no lo son todo, Tom. No se preocupe por ellos. Todo el mundo conoce y valora sus méritos sobradamente bien.

—Creo que lo mejor será no hablar del general en ese momento —observó Grayne—. Precisamente ahora sale del club.

—No viene hacia aquí —dijo Fisher—. Tan sólo va a acompañar a su esposa hasta el coche.

Mientras hablaba, en efecto, la dama apareció en la escalera del club seguida de su marido, quien se apresuró a pasar delante de ella para abrirla la puerta del jardín. Mientras él hacía lo descrito, ella se volvió y le habló por un instante a un hombre solitario que se hallaba sentado en una silla de mimbre al

abrigo de las sombras del portal, el único hombre que quedaba en el club desierto, excepción hecha de los tres que aún permanecían en el jardín. Fisher atisbo por un momento las sombras y vio que se trataba del Capitán Boyle.

Un instante más tarde, para sorpresa de los tres, el general reapareció y, tras subir los peldaños, le dirigió a su vez una o dos palabras a Boyle. Luego le hizo una seña a Said, quien reapareció rápidamente con dos tazas de café, y los dos hombres regresaron al interior del club llevando cada uno de ellos una taza en la mano. Acto seguido, un destello de luz blanca en mitad de la creciente oscuridad anunció que las luces de la biblioteca, al otro lado del club, se habían encendido.

—Café e investigaciones científicas —refunfuñó Travers, ceñudo—. Todos los lujos del estudio y la investigación teórica. Muy bien, tengo que irme. Yo también tengo trabajo que hacer.

Y levantándose con modales muy estirados, saludó a sus compañeros y se internó a grandes pasos en la oscuridad.

—Sólo espero que Boyle se limite a las investigaciones científicas —dijo Horne Fisher—. No me encuentro muy tranquilo por lo que a él respecta. Pero hablemos de cualquier otra cosa.

Hablaron de cualquier otra cosa más tiempo del que probablemente imaginaron, hasta que al fin cayó la noche tropical y una magnífica luna llenó todo el paisaje de plata. No obstante, antes de que hubiese luz suficiente para poder ver bien, Fisher se percató de que las luces de la biblioteca se apagaban bruscamente. Esperó a ver a los dos hombres cuando salieran por la puerta que daba al jardín, pero por mucho que aguardó nadie apareció por ella.

—Deben de haber ido a dar un paseo al campo de golf —dijo.

—Es muy posible —contestó Grayne—. Vamos a tener una hermosa noche.

Unos segundos después de haber hablado oyeron a alguien que les llamaba a voces desde las sombras del club. Se quedaron perplejos al ver a Travers corriendo hacia ellos a todo lo que daban sus piernas mientras les gritaba:

—¡Necesito ayuda, compañeros! ¡Algo terrible ha ocurrido en el campo de golf!

Todos se precipitaron al interior del club y atravesaron el salón de fumar y la biblioteca contigua en una completa oscuridad tanto física como mental. Horne Fisher, quien a pesar de su afectada indiferencia poseía una curiosa y sorprendente sensibilidad para captar los detalles del ambiente, se percató en el acto de la presencia de algo más que un simple accidente. Chocó con un mueble de la biblioteca, lo cual casi le hizo perder el equilibrio, sobre todo

cuando el objeto se movió como él nunca hubiera podido imaginar que un mueble pudiera hacerlo. Pareció que estuviera vivo, cediendo primero para luego devolver el golpe. Un momento después, cuando Grayne hubo encendido las luces, pudo ver que tan sólo había tropezado con una de las estanterías giratorias, la cual había basculado y le había golpeado, pero cuyo involuntario retroceso le acababa de revelar, si bien aún de manera subconsciente, algo enigmático y monstruoso.

Había unas cuantas de aquellas estanterías giratorias repartidas por toda la biblioteca. Sobre una de ellas se hallaban las dos tazas de café, mientras sobre otra descansaba un gran libro abierto. Era el tratado de Budge sobre jeroglíficos egipcios, adornado con láminas a todo color de dioses y pájaros extraños. Incluso mientras pasaba precipitadamente por allí, fue consciente de que algo extraño residía en el hecho de que precisamente aquélla y no cualquiera otra obra de ciencia militar se encontrase abierta en aquel lugar y en aquel preciso instante. Tuvo consciencia incluso del hueco que había dejado el libro en la estantería impecablemente alineada al ser tomado de su sitio, el cual parecía estar mirándole boquiabierto en actitud amenazadora, como si fuese una mella en la dentadura de algún rostro siniestro.

Unos minutos de carrera los condujeron hasta el lado contrario del terreno, justo enfrente del Pozo Sin Fondo. Allí, a unas pocas yardas de él, iluminado por la luz de una luna que resultaba casi tan clara como la luz del día, se encontraron con lo que habían acudido a ver.

El gran Lord Hastings yacía postrado boca abajo en una postura que resultaba algo extraña y rígida, con un hombro erguido por encima del cuerpo, el brazo doblado y una gran mano huesuda aferrada a la crecida y desigual hierba. Unos pocos pasos más allá se encontraba Boyle, casi tan inmóvil como el otro pero incorporado sobre pies y manos mientras miraba fijamente al cuerpo. Podría muy bien no tratarse más que de una conmoción y un accidente, pero había algo torpe y poco natural en aquella postura cuadrúpeda y aquel rostro boquiabierto por el asombro. Parecía justo como si la cordura le hubiese abandonado. Más allá no se veía más que el despejado cielo azul del sur y el comienzo del desierto, a excepción de las dos grandes piedras ruinosas situadas frente al pozo. Y bajo esa luz y en ese ambiente aquellos hombres tuvieron la impresión de que enormes y perversos rostros les observaban desde ellas.

Horne Fisher se inclinó para tocar la vigorosa mano que continuaba aferrada desesperadamente a la hierba. Se hallaba tan fría como el mármol. Se arrodilló junto al cuerpo y se mantuvo ocupado durante un momento en un detallado examen. Luego se levantó y dijo con una especie de segura desesperanza:

—Lord Hastings está muerto.

Hubo un silencio sepulcral, tras el cual Travers observó de mal humor:

—Esto es asunto que le atañe a usted, Grayne. Le dejaré que interrogue a Boyle. No logro entender nada de lo que dice.

Boyle se había recuperado ya y puesto en pie, si bien su rostro mostraba aún una expresión tan horrible que la hacía parecer una máscara o el rostro de otra persona.

—Yo estaba mirando hacia el pozo —dijo— y cuando me volví él se había desplomado sobre el suelo.

El rostro de Grayne se mostraba inescrutable.

—Tal y como usted dice, esto es asunto mío —dijo—. Pero antes que nada tengo que pedirle que me ayude a transportar el cadáver a la biblioteca y que me deje examinarlo todo minuciosamente.

Una vez hubieron depositado el cuerpo en la biblioteca, Grayne se volvió hacia Fisher y le dijo con una voz que había recobrado toda su entereza y seguridad:

—En primer lugar, voy a encerrarme aquí bajo llave para efectuar un detallado examen. Cuento con usted para que se mantenga en contacto con los demás y realice un examen preliminar de Boyle. Yo hablaré con él más tarde. Telefonee al cuartel general para que manden algún agente. Insista en que éste venga enseguida y permanezca aquí hasta que yo lo necesite.

Sin más preámbulo, el gran criminalista se introdujo en la iluminada biblioteca y cerró la puerta a sus espaldas. Fisher, sin responder, se volvió y comenzó a hablar discretamente con Travers.

—Resulta curioso —dijo— que el hecho tuviese lugar justo frente a aquel lugar.

—Resultaría ciertamente muy curioso —contestó Travers— en el caso de que el lugar jugase algún papel en él.

—Creo —respondió Fisher— que el papel que no jugó resulta aún más curioso.

Y con estas palabras aparentemente desprovistas de sentido se volvió hacia el trastornado Boyle y, tomándolo del brazo, comenzó a pasearle de un lado para otro a la luz de la luna mientras hablaba con él en voz baja.

Empezaba a amanecer brusca y pálidamente cuando Cuthbert Grayne apagó las luces de la biblioteca y salió al campo de golf. Fisher se hallaba solo, apáticamente tumbado de cualquier manera sobre el suelo, mientras el

policía que había mandado llamar permanecía al fondo en posición de firmes.

—Despaché a Boyle a cargo de Travers —dijo Fisher sin concederle importancia—. Cuidará de él. Y, en cualquier caso, más le vale dormir un poco.

—¿Pudo sacar algo de él? —preguntó Grayne—. ¿Le contó lo que él y Hastings estaban haciendo?

—Sí —contestó Fisher—. Me lo contó con gran claridad, después de todo. Dijo que después de que Lady Hastings se marchara en coche el general le pidió que tomase una taza de café con él en la biblioteca y de paso consultaran algo referente a antigüedades locales. Él mismo había comenzado a buscar el libro de Budge en una de las estanterías giratorias cuando el general lo encontró en uno de los estantes de la pared. Tras observar algunas de las láminas salieron, parece ser que de manera algo precipitada, al campo de golf y echaron a andar en la dirección del viejo pozo. Una vez allí Boyle, mientras miraba al interior, oyó un golpe sordo a sus espaldas y, al volverse, se encontró con el general en la posición exacta en que nosotros lo hallamos. Él mismo se puso de rodillas para examinar el cuerpo, pero una especie de terror lo paralizó y se sintió incapaz de acercarse a él o tocarlo. Aún no me he formado una opinión concreta acerca de ello, pero bien es verdad que a algunos de los que caen presa de una fuerte conmoción a veces se les encuentra en las posturas más extravagantes.

Grayne exhibió una sombría sonrisa mientras escuchaba. Tras un breve silencio, dijo:

—Bueno, no le ha contado demasiadas mentiras. Es realmente un relato verosímil, conciso y consistente de lo que ocurrió, pero con todo lo relevante dejado a un lado.

—¿Ha descubierto usted algo ahí dentro? —preguntó Fisher.

—Lo he descubierto todo —contestó Grayne.

Fisher guardó un silencio algo lúgubre mientras esperaba a que el otro reanudase su explicación en tono tranquilo y confiado.

—Tenía usted toda la razón, Fisher, cuando dijo que este joven se hallaba en peligro de descender por oscuros caminos hacia su propia fosa. El que, tal y como usted mismo imaginó, la sacudida que usted le dio a su visión del general tuviese algo que ver en ello o no, no importa ahora. Al parecer, él mismo no ha estado comportándose muy bien con el general desde hace algún tiempo. Se trata de un asunto desagradable, y no es mi deseo hacer hincapié en él, por lo que me limitaré a decir que es bastante claro que su esposa tampoco ha estado tratándole muy bien. Desconozco hasta dónde llegó todo, pero sí sé

que, de cualquier modo, se llegó al engaño. De hecho, cuando antes, al salir del club, Lady Hastings se volvió un momento y habló con Boyle fue para decirle que había escondido una nota en el tratado de Budge que había en la biblioteca. El general, que acertó a oírlo, o que llegó de alguna u otra manera a adivinarlo, se fue derecho al libro y la encontró. Se encaró con Boyle armado con ella y, como era de esperar, tuvieron una escena. Y, por lo que respecta a Boyle, éste tuvo que vérselas con algo más. Tuvo que enfrentarse a una terrible alternativa. En ella, la vida de un hombre mayor significaba la ruina, mientras que su muerte representaba el triunfo e incluso la felicidad.

—Muy bien —dijo por fin Fisher—. No puedo culpar a Boyle por haber omitido el papel que la mujer juega en la historia. Pero dígame, ¿cómo llegó a saber lo de la carta?

—La encontré en el cadáver del general —contestó Grayne—. Pero encontré también cosas peores. Vi que el cuerpo se hallaba entumecido de una manera muy peculiar que sólo es producida por cierta especie asiática de venenos. Examiné entonces las tazas de café. Mis conocimientos de química resultaron más que suficientes para reconocer el veneno en los posos de una de ellas.

»Ahora bien, por lo que usted ha dicho creo recordar que el general se dirigió directamente al estante de la pared después de dejar su taza de café sobre la estantería que había en mitad de la habitación. Mientras se hallaba de espaldas, Boyle, que fingía examinar la estantería, se quedó a solas con las tazas de café. El veneno tarda unos diez minutos en actuar, justo el tiempo que se tardaría en dar un paseo que los llevase hasta el Pozo Sin Fondo.

—Sí, pero —observó Horne Fisher— ¿qué hay del Pozo Sin Fondo?

—¿Y qué demonios tiene el Pozo Sin Fondo que ver con todo ello? —preguntó su amigo.

—No tiene nada que ver —contestó Fisher—. Eso es lo que yo encuentro absolutamente confuso e increíble.

—¿Y por qué ese agujero en la tierra debería tener algo que ver en el asunto?

—Se trata de un agujero muy particular en este caso —dijo Fisher—. Pero no deseo insistir en ello por el momento. A propósito, hay una cosa más que debo decirle. Dije antes que despaché a Boyle dejándolo a cargo de Travers. Sería igualmente cierto decir que despaché a Travers a cargo de Boyle.

—No estará usted diciéndome que sospecha de Tom Travers, ¿verdad? —exclamó el otro.

—Se hallaba en buena medida más tirante con el general de lo que Boyle

estuvo nunca —dijo Horne Fisher con indiferencia.

—Pero, ¡hombre! No sabe usted lo que está diciendo —exclamó Grayne—. Ya le dije que encontré veneno en una de las tazas de café.

—Siempre nos queda Said, por supuesto —añadió Fisher—, ya sea por odio o ya sea por dinero. Hace rato estuvimos de acuerdo en que era capaz de casi todo.

—También estuvimos de acuerdo en que era incapaz de dañar a su amo —replicó Grayne.

—Bien, bien —dijo Fisher afablemente—. Me atrevería a decir que está usted en lo cierto, pero antes me gustaría echarle un vistazo a la biblioteca y a las tazas de café.

Pasó al interior mientras Grayne se volvía al policía allí presente y le entregaba una nota escrita por él para que fuese telegrafiada desde el cuartel general. El hombre hizo un saludo y desapareció al instante. Grayne siguió a su amigo al interior de la biblioteca y lo encontró al lado de la estantería que se levantaba en mitad de la estancia y sobre la cual se hallaban las dos tazas vacías.

—Aquí fue donde Boyle estuvo buscando el libro de Budge o, al menos, donde hacía que lo buscaba, si nos ceñimos al relato que ha hecho usted —dijo.

Mientras hablaba, Fisher se agachó hasta casi tener que ponerse en cuclillas para poder mirar los volúmenes que descansaban en la estantería giratoria, ya que ésta no era mucho más alta que una mesa corriente. Un instante después se levantó de un salto como si le hubiesen agujoneado.

—Oh, Dios mío —exclamó.

Muy pocas personas, si es que había alguna, habían visto nunca a Mr. Horne Fisher comportarse como lo hizo en aquel preciso momento. Dirigió un rápido vistazo a la puerta pero, al ver que la ventana abierta se hallaba más cerca, salió por ella dando un veloz salto como si se tratase de una valla y echó a correr a través del césped tras los pasos del policía desaparecido. Grayne, quien había permanecido mirándole atentamente, pronto pudo ver regresar su alta y desmadejada figura, recuperados ya toda su habitual languidez y su aire de despreocupación. Iba abanicándose lentamente con un pedazo de papel: el telegrama que de manera tan arrebatada había interceptado.

—Suerte que pude pararlo —dijo—. Debemos mantener este asunto tan callado como una tumba. Es necesario que Hastings haya muerto de una apoplejía o de una enfermedad del corazón.

—¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema? —exigió el otro investigador.

—El problema es —dijo Fisher— que en unos pocos días tendremos que elegir entre dos desagradables alternativas: o bien colgar a un hombre inocente o bien echar por tierra todo lo que aquí ha conseguido el Imperio Británico.

—¿Quiere usted decir —preguntó Grayne— que no se va a castigar este diabólico crimen?

Fisher le miró fijamente.

—Ya ha sido castigado —dijo.

Tras un momento de pausa, continuó.

—Usted reconstruyó el crimen con admirable habilidad, viejo amigo, y casi todo lo que dijo era cierto. Efectivamente, dos hombres con sendas tazas de café entraron en la biblioteca y las dejaron sobre la estantería para después salir en dirección al pozo. Uno de ellos era un asesino y había vertido veneno en la taza del otro. Pero eso no se hizo mientras Boyle miraba la estantería giratoria. La estuvo mirando, es cierto, y buscó en ella el libro de Budge que contenía la nota, pero me imagino que Hastings ya había tomado la precaución de trasladarlo previamente a la estantería de la pared. Formaba parte de aquel terrible juego que él tuviera que encontrarlo primero.

»Ahora bien, ¿cómo busca alguien en una estantería giratoria? Por lo general no la rodea a saltos mientras permanece sentado en cuclillas como si fuese una rana. Simplemente le da un leve empujón y la hace girar.

Miraba al suelo con el ceño fruncido mientras hablaba, pero bajo sus pesados párpados brillaba una luz que no se veía a menudo en sus ojos. El misticismo que se hallaba profundamente enterrado bajo todo el cinismo que su amplia experiencia le había hecho acumular con el paso de los años se había despertado y se agitaba en las profundidades. Su voz adoptó giros e inflexiones inesperados, casi como si estuviesen hablando dos hombres diferentes.

—Eso fue lo que hizo Boyle. Nada más tocarla, la estantería giró tan fácilmente como gira la tierra sobre su eje. Sí, exactamente como gira la tierra, puesto que la mano que la movía no era en realidad la suya. Dios, que hace girar la rueda universal de todas las estrellas, tocó también aquella rueda y la devolvió al punto de partida, de tal manera que prevaleciese su terrible justicia.

—Comienzo a tener una vaga pero horrible idea de lo que está usted sugiriendo —dijo Grayne lentamente.

—Es muy sencillo —dijo Fisher—. Cuando Boyle se levantó de su postura inclinada y se enderezó, había ocurrido algo de lo que no se había percatado, algo de lo que su enemigo tampoco se había percatado, algo de lo que nadie se

había percatado. Las dos tazas de café habían intercambiado sus posiciones.

El pétreo rostro de Grayne pareció sufrir en silencio una gran conmoción. Ni uno solo de los rasgos de su cara se alteró, pero cuando habló su voz se oyó inesperadamente debilitada.

—Ya veo lo que quiere decir —dijo—. Y, tal y como usted mismo dice, cuanto menos se sepa de ello mejor. No fue el amante quien intentó deshacerse del marido, sino todo lo contrario. Y si una historia como ésta acerca de un hombre como él llega a difundirse, nos llevaría a todos a la ruina. Pero dígame, ¿qué fue lo que le hizo sospechar algo extraño en todo este asunto?

—El Pozo Sin Fondo, tal y como le dije —contestó Fisher tranquilamente—. Fue eso lo que me desconcertó desde el principio. Pero no porque tuviese algo que ver, sino porque en realidad no jugaba papel alguno en la historia.

Calló durante un momento, como escogiendo el camino a seguir, y luego prosiguió:

—Cuando un asesino sabe que su enemigo estará muerto en el plazo de diez minutos y lo lleva hasta el borde de un pozo insondable es porque tiene la intención de arrojar su cuerpo dentro de él. ¿Qué otra cosa haría, si no? Hasta el más estúpido tendría el sentido común suficiente como para hacerlo, y Boyle no es precisamente un estúpido. Así pues, ¿por qué no lo hizo Boyle? Cuanto más pensaba en ello más sospechaba que debía haber algún error en el asesinato, por así decirlo. Alguien había llevado allí a alguien para arrojarlo al pozo, pero aun así no lo había hecho. Tenía ya, pues, una inquietante aunque todavía inmadura idea de que alguna sustitución o inversión de los papeles había debido ocurrir. Luego, por casualidad, me agaché para darle vueltas a la estantería y al instante lo supe todo. Porque pude ver las dos tazas girar una vez más, como si fuesen dos lunas en un mismo cielo.

Tras una pausa, Cuthbert Grayne dijo:

—¿Y qué es lo que vamos a contarle a la prensa?

—Un amigo mío, Harold March, se dirige hoy hacia aquí desde El Cairo —dijo Fisher—. Es un periodista excelente y con mucho futuro pero, con todo, es también todo un hombre de honor. Así que no se le ocurra contarle la verdad.

Media hora más tarde Fisher se hallaba nuevamente caminando de un lado para otro por las inmediaciones del club en compañía del Capitán Boyle, quien por entonces poseía un aire aturdido y desconcertado, convertido quizá en un hombre más triste pero también más sabio.

—Pero entonces, ¿qué va a pasar conmigo? —decía—. ¿Estoy libre de cargos? ¿Me van a dejar en libertad?

—Creo y espero —contestó Fisher— que no se va a sospechar de usted. Pero ciertamente no va usted a ser puesto por completo en libertad. Al menos su lengua debe permanecer atada por una promesa. No debe quedar sospecha alguna en contra de Hastings y, por consiguiente, tampoco ninguna en contra de usted. Cualquier sospecha en contra de él, y no digamos ya una historia como la que nos concierne, nos haría caer de golpe desde Malta hasta Mandalay. Él era tanto un héroe como un terror sagrado entre los musulmanes. De hecho, uno casi podría llamarle un héroe de los musulmanes al servicio de Inglaterra. Sin lugar a dudas, logró llevarse bien con ellos debido en parte a su pequeña dosis propia de sangre oriental. Le venía por parte de su madre, una bailarina de Damasco. Todo el mundo lo sabe.

—Claro. Todo el mundo lo sabe —repitió Boyle mecánicamente, mirándole fijamente con los ojos muy abiertos.

—Me atrevería incluso a decir que había un resto de todo ello en sus celos y en ese feroz deseo suyo de venganza —prosiguió Fisher—. Pero, a pesar de todo, su crimen sería nuestra perdición entre los árabes, sobre todo porque fue algo parecido a un crimen contra la hospitalidad. Ha sido una experiencia odiosa para usted, lo sé, y también lo ha sido para mí. Pero aún quedan cosas que ese maldito pozo nunca podrá hacer, y mientras yo viva ésa es una de ellas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Boyle con una mirada de curiosidad—. ¿Por qué tiene usted que tomarse todo esto tan a pecho?

Horne Fisher miró al joven con una desconcertante expresión.

—Supongo —dijo— que porque soy un pobre inglesito.

—No logro entender lo que quiere usted decir con eso —contestó Boyle con recelo.

—¿Cree usted que Inglaterra es tan poca cosa? —dijo Fisher con ardor en su fría voz—. ¿No la cree capaz de mantener bien alto a un hombre a costa de unos pocos miles? Usted me aleccionó con un montón de ideales patrióticos, mi joven amigo. Pero ahora se trata de que usted y yo pongamos en práctica ese patriotismo. Y sin mentiras que nos ayuden. Usted habló como si todo nos marchase a las mil maravillas a lo largo y ancho de este mundo, en un ascenso triunfante que culminase en Hastings. Y yo le digo que todo aquí nos ha ido mal excepto Hastings. El suyo ha sido el único nombre que nos ha quedado para la posteridad. Y eso tampoco debe perderse. No, por Dios. Ya es malo de por sí que una banda de malditos judíos tenga que tenernos plantados aquí, donde no existen intereses que sean de utilidad alguna para Inglaterra y donde todos los infiernos juntos nos están cayendo encima simplemente porque ese maldito judío entrometido de Zimmern le ha prestado dinero a la mitad de los

ministros de nuestro gobierno. Ya es bastante malo de por sí que un viejo prestamista de Bagdad tenga que hacernos librar por él sus propias batallas. Nosotros no podemos luchar con la mano derecha atada a la espalda. Nuestras únicas bazas eran Hastings y su victoria, la cual era en realidad la victoria de alguien más. A Tom Travers aún le queda mucho que aguantar, y también a usted.

Luego, tras un momento de silencio, señaló hacia el Pozo Sin Fondo y dijo en un tono más tranquilo:

—Ya le comenté —dijo— que no creía en la filosofía de la Torre de Aladino. No creo en el Imperio mientras siga creciendo hasta alcanzar el cielo. No creo en la Union Jack mientras siga ascendiendo y ascendiendo eternamente igual que aquella Torre. Pero si por casualidad piensa usted que voy a dejar que la Union Jack caiga y caiga para siempre como el Pozo Sin Fondo, que se precipite a la oscuridad de una fosa insondable, que se postre entre las burlas y la derrota rodeada del escarnio de los judíos que han estado chupándonos la sangre durante tanto tiempo... Pues no, nunca lo haré. Y no hay más que hablar. Ni siquiera aunque al canciller le chantajeasen veinte millonarios venidos a menos, ni siquiera aunque el Primer Ministro se casase con veinte judías yanquis, ni siquiera aunque Woodville y Carstairs tuviesen acciones en veinte minas de pacotilla. Y si la cosa empieza realmente a tambalearse, que Dios nos ayude, pero no seremos precisamente nosotros quienes acaben con todo lo que se ha conseguido hasta ahora a base de sudor y sangre.

Boyle le miró con una perplejidad rayana en el miedo e incluso con una pizca de aversión.

—De alguna manera —dijo—, parece haber algo verdaderamente horrible en todas esas cosas que usted sabe.

—Lo hay —respondió Fisher—. Y no me siento ni mucho menos orgulloso de esa pequeña porción de conocimiento y sabiduría que poseo. Pero ya que ella es en parte responsable de que no le hayan colgado a usted, no creo que tenga motivo alguno para quejarse.

Y como si se sintiese ligeramente avergonzado a causa de aquel arrebato que acababa de protagonizar, se volvió y se alejó paseando en dirección al Pozo Sin Fondo.

V. EL AGUJERO EN EL MURO

Cuando aquellos dos hombres, el uno arquitecto y el otro arqueólogo, se

encontraron en las escaleras de la mansión de Prior's Park, su anfitrión, Lord Bulmer, sin olvidar nunca aquellas maneras suyas tan joviales y desenfadadas, creyó oportuno presentarles.

Debe hacerse constar aquí que, además de jovial, Lord Bulmer era también bastante despistado y que lo único que andaba medianamente claro en aquel momento en su atolondrada cabeza era el hecho de que arquitecto y arqueólogo son palabras que comienzan por las mismas letras. Por ello, permítanme que les mantenga en una respetable duda en lo referente a si, por la misma regla de tres, hubiera igualmente presentado a un diplomático y a un dipsomaniaco o a un explorador y a un exterminador de ratas. Por lo demás, Lord Bulmer era un joven grandote y rubio, dotado de un poderoso cuello, que gesticulaba acusadamente a la vez que agitaba sus guantes y meneaba su bastón de manera completamente inconsciente.

—Ustedes dos deben de tener un buen número de cosas en común de las que hablar —dijo alegremente—. Castillos, edificios antiguos y todo eso. Como éste, por cierto, que, no es porque yo lo diga, es un edificio bastante antiguo. Pero debo pedirles que me disculpen un momento. Tengo que encargarme de las tarjetas de felicitación que mi hermana está preparando para las vacaciones de Navidad. Esperamos verlos a ustedes allí, desde luego. Juliet está planeando celebrar una fiesta de disfraces. Ya saben: frailes, cruzados y todo eso. En pocas palabras: según tengo entendido, mis antepasados.

—Confío en que el fraile no fuese antepasado suyo —dijo con una sonrisa el caballero que era arqueólogo.

—Oh, no. Creo que en realidad no era más que una especie de tío abuelo —contestó el otro riendo.

Lord Bulmer recorrió con su nerviosa mirada el cuidado paisaje que se desplegaba frente a la casa. Allí, una gran masa de agua artificial se extendía alrededor de una estatua pasada de moda que representaba a una ninfa, mientras todo el conjunto quedaba enmarcado por un parque lleno de altos árboles que ahora se veían grises, negros y cubiertos de escarcha al encontrarse en lo más crudo de un ya de por sí crudo invierno.

—Hace un frío que pela —prosiguió—. Mi hermana alberga la esperanza de que se pueda patinar además de bailar.

—Si los cruzados vienen con toda su armadura puesta —dijo el otro— tendrá usted que tener cuidado de que sus antepasados no se ahoguen.

—Oh, no se preocupe usted por eso —respondió Bulmer—. Esta preciosidad de lago no tiene ni dos pies de profundidad en toda su extensión.

Y con uno de sus nerviosos ademanes introdujo su bastón en el agua para

demostrar su escaso calado. Los otros pudieron observar cómo el extremo del bastón se combaba dentro del agua de tal manera que dio la impresión de que, por un momento, Lord Bulmer se apoyaba con todo su peso sobre un palo a punto de quebrarse.

—Lo peor que puede pasar es que de repente se vea a un fraile sentarse inesperadamente —añadió mientras se volvía—. Muy bien, au revoir. Ya les iré poniendo al corriente.

El arqueólogo y el arquitecto se encontraron entonces solos, sonriéndose mutuamente, de pie sobre los grandes peldaños de piedra. A pesar de los intereses supuestamente comunes, fueran éstos cuales fuesen, denotaban un considerable contraste personal, además de lo cual, y haciendo un pequeño esfuerzo de imaginación, podía llegar a encontrarse incluso alguna que otra contradicción en cada uno de ellos considerándolos por separado.

Uno de los dos, un tal Mr. James Haddow, regresaba en aquel momento de un soñoliento cuartito de paredes cubiertas de pergaminos situado en el Colegio de Abogados, ya que la ley era su profesión y la historia tan sólo un pasatiempo. Era, de hecho, y amén de muchas otras cosas, el procurador y apoderado de la propiedad de Prior's Park. Pero él mismo, sin embargo, no tenía pinta alguna de soñoliento. Muy al contrario, parecía notablemente despierto tras sus astutos y azules ojos saltones y bajo su pelo rojizo cepillado con tanta pulcritud como su aseado traje.

El otro, cuyo nombre era Leonard Crane, venía directamente de una tosca y casi cockney oficina de constructores y agentes inmobiliarios que, situada en un barrio cercano, se erigía al sol al final de una hilera de casuchas mal levantadas y en la que llamaban la atención multitud de planos de colores muy vivos y carteles de letras muy grandes. No obstante, cualquier observador concienzudo, tras un segundo vistazo, hubiera sido capaz de percibir en sus ojos algo de ese brillante ensueño que suele asociarse con los visionarios. Su pelo rubio, si no afectadamente largo, sí resultaba aseado por naturaleza. Parecía una verdad manifiesta a la vez que melancólica que el arquitecto era un artista, si bien el temperamento puramente artístico distaba mucho de explicar su conducta. Había en él algo más que no resultaba fácil de definir y que algunos presentían que incluso podía llegar a ser peligroso. No en vano, a pesar de su aspecto soñador, era a veces capaz de sorprender a sus amistades con la práctica de artes y deportes que resultaban muy diferentes de los de su rutina habitual, justo como si fuesen recuerdos de alguna existencia anterior. En esta ocasión, sin embargo, se apresuró a negar cualquier tipo de autoridad en la afición de su interlocutor.

—Debo serle sincero —dijo con una sonrisa—. Apenas sé lo que es un arqueólogo, si bien el hecho de que suele estar en contacto con restos

enmohecidos de los antiguos griegos sugiere que es alguien que estudia cosas antiguas.

—En efecto —respondió Haddow con cierta sequedad—. Un arqueólogo es alguien que estudia las cosas antiguas para acabar descubriendo que en realidad son nuevas.

Crane le miró fijamente durante un momento y luego volvió a sonreír.

—¿Está usted sugiriendo —dijo— que algunas de esas cosas de las que hablamos y que se cuentan entre las cosas antiguas al final resultan no ser tan antiguas?

Su interlocutor permaneció también en silencio por un momento, tras lo cual la sonrisa se tornó más débil entre las duras facciones de su rostro mientras respondía tranquilamente:

—Le pondré un ejemplo para que comprenda lo que quiero decir. El muro que rodea este parque es verdaderamente antiguo. La única puerta que hay en él es gótica, y no es posible encontrar en ella rastro alguno de destrucción o restauración. Pero en cuanto a la casa y la finca en general... bueno, lo más pintoresco que puede llegar a encontrarse en ellas son algunas historias que a menudo resultan bastante recientes, casi como novelas de moda. Por ejemplo, el nombre mismo de este lugar, Prior's Park, lleva a todo el mundo a pensar en él como en una siniestra abadía medieval iluminada por la luz de la luna, razón por la cual me atrevería incluso a decir que los espiritistas ya deben de haber descubierto en el lugar el fantasma de algún que otro monje. Pero según el único estudio fiable en la materia que he podido encontrar, el lugar fue bautizado simplemente como Prior's al igual que cualquier paraje rural podría llamarse Podger's. Esto quiere decir que alguna vez fue la casa de un tal Mr. Prior, y que es probable que se tratase de alguna especie de alquería que tuviera especial relevancia en la localidad. Hay una buena cantidad de ejemplos de lo mismo por todos lados. Este barrio en el que nos hallamos, sin ir más lejos, era antiguamente un pueblo, y debido a que algunos de sus habitantes se comían la mitad de las letras del nombre del lugar, pronunciándolo Holliwell, muchos poetas menores se permitían fantasear acerca del mismo hablando de un Pozo Sagrado y de hechizos, hadas y todas esas cosas, llegando incluso a llenar las salas de estar de muchas de las casas del vecindario con elementos del horóscopo celta. Sin embargo, cualquiera que estuviese al corriente de los hechos sabría que «Hollinwall» significa simplemente «agujero en el muro», en probable referencia a algún accidente de lo más trivial. A eso es a lo que me refiero cuando digo que no encontramos tanto cosas antiguas como hallamos otras nuevas.

Crane parecía haberse distraído un tanto de aquella pequeña lección sobre antigüedades y novedades. La causa de su distracción no sólo se dejó ver

enseguida sino que además se aproximó a ellos. La hermana de Lord Bulmer, Juliet Bray, se acercaba lentamente por el césped acompañada de un caballero y seguida por otros dos. Para entonces el joven arquitecto se hallaba en un estado de ánimo tal que prefería desesperadamente la compañía de aquel pequeño grupo a la de un hombre como aquel abogado historiador.

El hombre que caminaba junto a la dama no era otro que el eminente Príncipe Borodino, quien era al menos tan famoso como todo diplomático que se precie en lo que se ha dado en llamar diplomacia secreta. Aunque llevaba tiempo dedicado a visitar diversas casas de campo inglesas, lo que estaba haciendo exactamente al servicio de la diplomacia en Prior's Park se mantenía tan en secreto como cualquier diplomático pudiera desear. Lo que sí resultaba más obvio al hablar de su apariencia era que hubiera sido un hombre extremadamente guapo de no ser porque era completamente calvo. Y aunque decir esto hubiera sido en realidad una manera bastante eufemística de decir las cosas, se hubiera ajustado más al caso decir, por muy exagerado que parezca, que ver crecer pelo en su cabeza hubiese supuesto una auténtica sorpresa para todo el mundo. Tanto, al menos, como si se hubiese visto crecer pelo en el busto de un emperador romano. Por lo demás, su alta figura, abotonada hasta arriba de una manera muy entallada que no hacía sino acentuar su gran corpulencia, destacaba por la espléndida flor roja que lucía en el ojal.

En cuanto a los dos hombres que caminaban detrás de ellos, uno era también calvo, aunque de manera más bien parcial y prematura puesto que sus caídos bigotes eran todavía rubios y, si bien sus ojos parecían algo cansados, ello era a causa de la languidez que le dominaba y no de la edad. Su nombre era Horne Fisher, y hablaba con tanta soltura y despreocupación de cualquier tema que nadie hubiera sido capaz de descubrir cuáles eran sus aficiones favoritas. Por lo que respecta a su compañero, éste resultaba más llamativo pero también más siniestro, y poseía la importancia añadida de ser el amigo más íntimo de Lord Bulmer. Por lo general se le conocía con rigurosa simplicidad como Mr. Brain, pero se sabía de él que había sido juez y oficial de policía en la India, así como que tenía enemigos, los cuales habían elevado protestas en contra de sus medidas para combatir el crimen usando para ello medios propios de auténticos criminales. Era como el esqueleto de un hombre, moreno, con dos oscuros y penetrantes ojos hundidos y un bigote negro que ocultaba la expresión de su boca. Aunque poseía la mirada del hombre que ha sufrido y soportado los efectos de alguna enfermedad tropical, sus movimientos daban la impresión de ser mucho más despiertos que los de su perezoso compañero.

—Ya lo tengo todo arreglado —anunció muy animada la señora cuando estuvieron al alcance de su voz—. Todos ustedes tendrán que ponerse

máscaras y disfraces. Y muy posiblemente también patines. Y aunque el Príncipe diga que no le van mucho, eso a nosotros no debe preocuparnos por ahora. Está helando ya, y oportunidades como ésta no las tenemos muy a menudo en Inglaterra.

—En la India tampoco es que estemos patinando lo que se dice todo el año —dijo Mr. Brain.

—Pues Italia no es que se halle precisamente asociada con el hielo —dijo el italiano.

—Pero sí está, ante todo, asociada con los helados —observó Mr. Horne Fisher—. Quiero decir, con vendedores de helados. En este país todo el mundo cree que Italia se halla solamente habitada por vendedores de helados y organilleros. Y, a decir verdad, hay un montón de ellos. Claro que quizá se trate de algún ejército invasor disfrazado.

—¿Y cómo sabe usted que no son los emisarios secretos de nuestra diplomacia? —preguntó el Príncipe con una sonrisa ligeramente desdeñosa—. Un ejército de organilleros podría dedicarse a encontrar pistas mientras sus monos van recogiendo todo lo que encuentran.

—Los organilleros ya están, como su propio nombre indica, demasiado bien organizados de por sí como para pertenecer a la diplomacia italiana —dijo Mr. Fisher, displicente—. Pero, en fin, yo ya he conocido antes de ahora temperaturas más frías que ésta en Italia e incluso en la India, en las alturas del Himalaya. Y les puedo asegurar que el hielo de nuestro pequeño estanque redondo va a ser ciertamente acogedor comparado con el de allí.

Juliet Bray, una atractiva mujer de cabellos oscuros y ojos inquietos, poseía cordialidad e incluso generosidad en sus más que arrogantes maneras. Solía imponerse y mandar sobre su hermano en la mayor parte de las cuestiones, aunque al noble, como a muchos otros hombres de vagas convicciones, nunca le faltaba un arranque de coraje en aquellas situaciones extremas en las que su hermana lo ponía contra las cuerdas. El hecho de que ella hiciese prevalecer sus deseos sobre los de sus invitados era una verdad como un templo, siendo capaz de llegar incluso al extremo de vestir de carnaval a los más respetables y a los menos dispuestos con tal de sacar adelante su fiesta de disfraces medievales. Además, parecía como si pudiese mandar también sobre los elementos como una bruja, ya que poco después el tiempo fue empeorando sin interrupción hasta que aquella misma tarde el hielo del lago, brillando tenuemente a la luz de la luna, acabó convirtiéndose en un auténtico suelo de mármol, razón por la cual todos habían empezado ya a bailar y patinar sobre él mucho antes incluso de que hubiese llegado a oscurecer del todo.

Prior's Park o, para hablar con mayor propiedad, el distrito que rodeaba

Hollinwall, había sido una casa solariega que había acabado convirtiéndose en todo un barrio. Para haber tenido en cierta ocasión nada más que un pequeño pueblo a su cargo, se encontraba ahora con que más allá de sus puertas tenía todos los rasgos característicos de la expansión de Londres. Mr. Haddow, que era quien se ocupaba de realizar todas las investigaciones históricas tanto en la biblioteca como en la localidad, podía encontrar poca ayuda en un hecho como aquél. De entre tantos y tantos documentos había sacado la conclusión de que Prior's Park había sido en sus orígenes algo parecido a Prior's Farm, así llamada en honor de algún personaje local. Pero las nuevas circunstancias sociales se hallaban en contra de su afán por rastrear la historia local a través de sus tradiciones. Si todavía quedara alguno de los verdaderos oriundos del lugar, quizá habría podido encontrar alguna leyenda perdurable acerca de Mr. Prior por más antigua que fuera. Pero la nueva población nómada compuesta por oficinistas y artesanos que no dejaban de mudarse constantemente de un barrio a otro, o de cambiar a sus hijos de una escuela a otra, no podría nunca tener ni continuidad ni consistencia, aunque sí poseía esa asombrosa capacidad para olvidar el pasado que llega a todas partes conforme se expande la educación.

No obstante, cuando a la mañana siguiente salió de la biblioteca y vio los árboles invernales que rodeaban el estanque congelado como si fuesen un bosque negro, le embargó la sensación de hallarse en lo más recóndito del país. El viejo muro que rodeaba el parque todavía conservaba todo el aire rural y romántico del interior del recinto. Uno podía llegar a imaginar fácilmente que las profundidades de aquel bosque oscuro se iban fundiendo imperceptiblemente con los valles y las colinas lejanas. Los tonos plateados, grises y negros del bosque helado resultaban tanto más sombríos al contrastar con los coloridos grupos de carnaval que todavía permanecían alrededor y sobre el estanque congelado. Y es que, de hecho, la reunión se había volcado plena de impaciencia en la fiesta de disfraces mientras el abogado, con su pulcro traje negro y su cuidado pelo rojizo era la única figura moderna, por así decirlo, que permanecía entre ellos.

—¿No va usted a disfrazarse? —preguntó Juliet con indignación mientras agitaba en su dirección un tocado azul, alto y astado del siglo XIV que enmarcaba su rostro sin dejar de sentarle bien a pesar de lo fantástico que resultaba el conjunto—. Todo aquel que se encuentre aquí tiene que estar en la Edad Media. Hasta Mr. Brain se ha puesto una especie de bata de color marrón y dice que es un monje. Y Mr. Fisher ha cogido unos cuantos sacos de patatas que encontró en la cocina y los ha cosido. Se supone que es también un monje. Y en cuanto al Príncipe, está verdaderamente magnífico como cardenal vestido con una gran túnica roja. Parece como si fuera capaz de envenenar a todo el mundo. En cuanto a usted, simplemente tiene que disfrazarse de algo.

—Ya me disfrazaré de algo más tarde —contestó—. Por el momento no soy más que un anticuario y un procurador. Tengo que ver a su hermano dentro de poco en relación con cierta cuestión legal así como con algunas pesquisas locales que me pidió que realizase, y para ello no tengo más remedio que parecerme algo a un administrador que vaya a hacer una relación de sus operaciones.

—Oh, pero si mi hermano también se ha disfrazado —exclamó la mujer—. En serio. Y mejor que nadie, si a ninguno de mis invitados le molesta que diga tal cosa. Por cierto, ahí lo tiene usted. Y precisamente viene hacia aquí en todo su esplendor.

El noble se dirigía, en efecto, en dirección a ellos. Iba embutido en un llamativo traje del siglo XVI de tonos purpúreos y dorados, adornado con una espada de empuñadura de oro y tocado con un magnífico casco emplumado mientras realizaba amplios gestos que armonizaban con todas estas vestiduras. Es más, en aquel momento había algo en su aspecto que iba más allá de sus habituales ademanes extravertidos. Casi parecía, por así decirlo, que las plumas de su casco sobresalían directamente de su cabeza. Agitaba su gran capa forrada en oro como si fuese un rey de las hadas que protagonizase alguna extraña comedia. Llegó incluso a sacar la espada con una floritura y a agitarla en el aire tal y como solía hacer en una vida más normal con su bastón. Visto a la luz de sucesos posteriores, pareció haber algo monstruoso y de mal agüero en toda aquella euforia, algo propio de lo que suele llamarse clarividencia. No obstante, en aquel momento lo único que cruzó la mente de los allí presentes fue que posiblemente estaba bebido.

La primera figura junto a la que pasó Lord Bulmer conforme se acercaba a grandes pasos a su hermana fue la de Leonard Crane, quien iba vestido de verde y llevaba colgando el cuerno, el tahalí y la espada propios de Robin Hood. En aquel momento, el arquitecto era la persona que se hallaba más cerca de la mujer, junto a la que, por cierto, se le había podido observar durante bastante más tiempo del estrictamente necesario. Había asombrado a todo el mundo demostrando una gran habilidad para patinar y, ahora que el patinaje se había dado por concluido, parecía dispuesto a prolongar su presencia en compañía de la mujer. Al pasar junto a él, pues, el incontenible Bulmer le hizo en son de broma un pase con su espada, avanzando hacia él con una estocada propia de la mejor esgrima mientras citaba unos versos de Shakespeare.

Probablemente, en aquel preciso instante latiese también en Crane una embriagadora sensación de euforia. Sea como fuere, en un abrir y cerrar de ojos éste había desenfundado su espada y desviado el golpe dirigido contra él. Entonces, de repente, y para sorpresa de todo el mundo, el arma de Bulmer pareció escaparse de la mano de su dueño, saltar por los aires, e ir a parar bien

lejos, rodando y resonando sobre el hielo.

—¡Pero bueno! —dijo la señora, presa de una justificable indignación—. ¡Ahora resulta que también sabe usted esgrima!

Bulmer recogió su espada con aspecto más aturdido que enojado, lo cual ayudó a incrementar la impresión de irresponsabilidad que en aquel momento había imperado en sus modales. Luego, volviéndose bruscamente hacia su abogado, le dijo:

—Podemos tratar todos los asuntos concernientes a la finca después de la cena. Me he perdido casi todo el patinaje que ha habido hasta ahora, y como no creo que el hielo aguante hasta mañana por la noche, me parece que mañana por la mañana me levantaré temprano y daré un paseo por mi cuenta.

—No será mi compañía la que le moleste —dijo Horne Fisher con aspecto cansado—. Si no hay más remedio que empezar el día con hielo, prefiero que sea en pequeñas dosis. Así que nada de levantarse a primera hora en pleno mes de diciembre. El primero en levantarse es siempre el que pilla el resfriado.

—Oh, no creo que vaya a morirme sólo por pillar un simple catarro —contestó Bulmer riendo.

Una parte considerable de los patinadores estaba formada por invitados que iban a quedarse alojados en la casa. El resto había comenzado ya a disgregarse en parejas y tríos algún tiempo antes de que la mayoría de los invitados comenzara a retirarse para ir a dormir. Los vecinos que siempre eran invitados a Prior's Park en ocasiones como aquélla regresaron a sus hogares en automóvil o a pie. Mr. Haddow, el procurador y arqueólogo, había regresado al Colegio de Abogados en el último tren para recoger un papel que le había hecho falta durante la entrevista mantenida con su cliente, Lord Bulmer. Muchos de los restantes invitados todavía vagaban sin rumbo o demoraban su marcha en diversos puntos a lo largo del camino a sus aposentos.

Horne Fisher, como si deseara negarse a sí mismo toda excusa que le sirviera para no tener que levantarse temprano al día siguiente, había sido el primero en retirarse a su habitación. Sin embargo, a pesar de su soñoliento aspecto, no fue capaz de conciliar el sueño. Había visto sobre una mesa el libro de topografía antigua en el que Haddow había encontrado sus primeras pistas sobre el origen del nombre del lugar y, al ser hombre dotado de una tranquila y curiosa capacidad para interesarse por cualquier tema, comenzó a leerlo ávidamente tomando de vez en cuando algún que otro apunte sobre ciertos detalles acerca de los cuales sus lecturas anteriores le habían dejado sumido en la duda.

Su habitación era la más cercana al lago situado en el centro del bosque, razón por la cual resultaba ser también la más tranquila. De hecho, ninguno de

los últimos ecos de la fiesta de aquella tarde le llegaba hasta allí, por lo que pudo sumergirse cómodamente en la lectura.

Llevaba algún tiempo siguiendo con gran atención el argumento que daba por sentado la teoría que conectaba la granja de Mr. Prior y el agujero en el muro y que echaba por tierra cualquier fantasía moderna acerca de monjes y pozos mágicos, cuando comenzó a tomar conciencia de un ruido que se dejaba oír en el silencio helado de la noche. Aunque no era un ruido particularmente alto, parecía consistir en una serie de golpes sordos y pesados, similares a los que daría un hombre que llamase a una gran puerta de madera. A éstos siguió algo parecido a un chasquido o crujido apenas audible, como si lo que había estado ofreciendo resistencia a los golpes se hubiera abierto o hubiese cedido.

Fisher abrió la puerta de su propio cuarto y permaneció a la escucha, pero al oír charlas y risas en casi todos los pisos inferiores de la mansión no tuvo motivos para temer que cualquier llamada resultase desatendida o que la casa quedase sin protección. Se acercó a la ventana abierta y observó el estanque helado y la estatua que se levantaba a la luz de la luna en mitad del círculo formado por los árboles oscuros. Escuchó nuevamente, pero el silencio se había adueñado una vez más de aquel pacífico lugar. Tras aguzar el oído durante un buen rato, no logró oír otra cosa que el pitido solitario de un tren que se ponía en marcha a lo lejos. Luego enumeró mentalmente la gran cantidad de sonidos anónimos que puede escuchar el insomne a lo largo de la noche y, tras encogerse de hombros, se fue perezosamente a la cama.

Se despertó súbitamente y se sentó en la cama con los oídos rebosantes de los vibrantes ecos de un grito que acababa de rasgar el aire. Durante un momento permaneció inmóvil, pero luego saltó de su cama al tiempo que se echaba encima la desmadrada bata hecha de sacos que había llevado puesta durante todo el día. Se acercó primero a la ventana, la cual, a pesar de estar abierta, se hallaba oculta tras una gruesa cortina que hacía que su habitación permaneciese en una completa oscuridad, y, nada más correr aquéllas a un lado y asomar la cabeza, vio que un amanecer gris y plateado se anunciaba ya desde detrás de la tupida masa de árboles que rodeaba el pequeño lago. Y aquello fue todo lo que pudo ver, pues aunque el sonido le había llegado ciertamente desde el otro lado de la ventana en aquella dirección, todo estaba tan solitario y tranquilo bajo la luz de la mañana como lo había visto algunas horas antes bajo la luz de la luna.

Justo en aquel momento, la larga y lánguida mano que tenía apoyada sobre el alféizar de la ventana se agarró a éste con más fuerza, como en un intento de reprimir un temblor, mientras sus escrutadores ojos azules se ensombrecían a causa del miedo. Su emoción podría llegar a parecer excesiva e innecesaria si se tiene en cuenta el somero esfuerzo de sentido común con el que había vencido su nerviosismo tras oír el ruido de la noche anterior. Pero ocurría que

aquél había sido un ruido muy diferente. Pudo haber sido originado por cien cosas diferentes, desde el talado de la madera hasta la rotura de unas botellas. En cambio, sólo había una cosa en el mundo de la que podía provenir el sonido cuyo eco se acababa de extender por toda la casa aquel amanecer. Se trataba de la voz clara y terrible de un hombre. Pero no sólo ocurría eso, sino algo aún peor, pues le asaltó la absoluta certeza de saber quién era ese hombre.

Comprendió también que se había tratado de un grito de auxilio. Le pareció incluso haber oído la palabra en sí, pero ésta, aun siendo corta, se había interrumpido, como si al hombre lo hubieran ahogado o atrapado en el mismo acto de gritar. Lo único que quedó de la voz en la memoria de Fisher fue un fugaz retumbar, a pesar de lo cual no tuvo la menor duda acerca del origen de la misma. Casi instantáneamente comprendió que la estentórea voz de Francis Bray, Barón de Bulmer, se acababa de oír por última vez en aquel lugar, a medio camino entre la oscuridad y el incipiente amanecer.

Nunca supo con certeza cuánto tiempo permaneció allí, pero la primera cosa viva que vio moverse en aquel paisaje medio helado le devolvió bruscamente a la realidad. Siguiendo el sendero que discurría junto al lago y pasaba justo bajo su ventana, una figura caminaba lenta y cautelosamente. Era una majestuosa figura ataviada con una túnica de un llamativo color escarlata. Se trataba del príncipe italiano, que llevaba puesto todavía su disfraz de cardenal. En realidad, la mayor parte de los asistentes a la fiesta se había dejado puestos sus disfraces durante todo el día anterior, e incluso el propio Fisher había tomado su vestido hecho a base de sacos a manera de cómodo batín. Pero parecía haber, no obstante, algo inusualmente extraño y premeditado en aquel personaje tan madrugador magníficamente vestido de rojo. Daba más bien la impresión de que, más que madrugar, hubiese permanecido en pie durante toda la noche.

—¿Qué ocurre? —se decidió a preguntar Fisher inclinándose sobre la ventana.

El italiano volvió hacia arriba un gran rostro amarillento que parecía una máscara de latón.

—Mejor será que hablemos de ello aquí abajo —dijo el Príncipe Borodino.

Tras lanzarse escaleras abajo, Fisher se encontró con la gran figura ataviada de rojo en el preciso instante en que ésta entraba por el umbral bloqueando la entrada con su enorme corpachón.

—¿Ha oído usted ese grito? —preguntó Fisher.

—Oí un ruido y salí afuera —respondió el diplomático mientras su rostro permanecía en las sombras, demasiado oscuro para que pudiera leerse su expresión.

—Era la voz de Bulmer —insistió Fisher—. Juraría que era su voz.

—¿Lo conocía usted bien? —preguntó el otro.

La pregunta parecía irrelevante aunque no del todo ilógica. Fisher no pudo más que responder, sin apenas pensarlo, que sólo conocía a Lord Bulmer por encima.

—Nadie parece conocerle bien —prosiguió el italiano con un tono completamente desprovisto de emociones—. Nadie excepto ese tal Brain. Brain es bastante mayor que Bulmer, pero a pesar de ello apostaría cualquier cosa a que comparten una buena cantidad de secretos.

Fisher se movió bruscamente, como despertando de un momentáneo trance, y dijo con voz más firme y vigorosa:

—Muy bien, pero ¿no sería mejor que saliéramos para comprobar si en realidad ha sucedido algo?

—Parece ser que el hielo está comenzando a derretirse —dijo el otro distraídamente, casi con indiferencia.

Cuando salieron de la casa, unas cuantas manchas oscuras y las estrellas que refulgían sobre el campo de hielo gris les indicaron que, ciertamente, tal y como su anfitrión había predicho el día anterior, la helada se estaba acabando, con lo que el recuerdo de tal día les devolvió al misterio de esa misma mañana.

—Él sabía que iba a deshelar —dijo el Príncipe—. Precisamente por eso salió a patinar tan temprano. ¿Gritó acaso porque se hubiese caído al agua? ¿Qué opina usted?

Fisher parecía confuso.

—Bulmer sería el último hombre del mundo en gritar de esa manera simplemente por haberse mojado las botas. Porque eso es todo lo que pudo haberle pasado aquí, ya que el agua a duras penas le hubiera llegado a las pantorrillas a un hombre de su altura. Usted mismo puede ver las hierbas muertas del fondo del lago como si mirase a través de una fina lámina de cristal. No, si Bulmer hubiese roto el hielo sin más, no hubiera dicho ni una palabra por el momento, aunque muy posiblemente hubiera hablado de ello largo y tendido más tarde. Más bien creo que nos lo hubiéramos encontrado pateando y maldiciendo sendero arriba y abajo y pidiendo a gritos unas botas limpias.

—Ojalá lo encontremos tan felizmente ocupado como usted dice, Fisher —observó el diplomático—. En tal caso la voz debe de haber salido del bosque.

—Yo me atrevería a jurar que de la casa, desde luego, no provenía —dijo

Fisher.

Dicho lo cual, los dos desaparecieron juntos por entre aquel crepúsculo de árboles invernales.

La arboleda destacaba como una gran masa negra contra los cálidos colores del amanecer. Al frente de ella, una oscura hilera de árboles mostraba ese aspecto ligeramente desamparado y frágil que poseen todos los árboles cuando han perdido todas las hojas. Horas y horas más tarde, cuando la misma línea tupida pero delicadamente dibujada resaltaba, oscura, contra el color tibio y carmesí del ocaso, la búsqueda que había comenzado al amanecer aún no había llegado a un final feliz. Poco a poco, fue haciéndose patente para los grupos que habían ido sumándose a la búsqueda que el más extraordinario de los sucesos había tenido lugar durante la fiesta: los invitados no podían encontrar por ningún lado el menor rastro de su anfitrión. Los criados informaron de que su cama estaba deshecha y que sus patines y su fabuloso disfraz habían desaparecido, indicios que apuntaban claramente a que se había levantado temprano para cumplir lo que se había propuesto la noche anterior. No obstante, desde el punto más alto de la casa hasta el que se hundía más profundamente en la tierra, desde los muros que circundaban el parque hasta el estanque que se extendía en el centro de éste, no se halló rastro alguno de Lord Bulmer, ni vivo ni muerto. Horne Fisher comenzó a darse cuenta de que un escalofriante presentimiento ya había acabado con sus esperanzas de encontrar al hombre con vida, a pesar de lo cual su amplia frente se veía surcada una y otra vez por mil diferentes arrugas mientras le daba vueltas y más vueltas a aquel problema completamente novedoso y sobrenatural que suponía el hecho de no encontrar al hombre desaparecido por ninguna parte.

Consideró la idea de que Bulmer se hubiese marchado voluntariamente por uno u otro motivo, pero tras sopesarla bien decidió finalmente descartar dicha posibilidad. Carecía de consistencia al ser puesta al lado de la inequívoca voz que había oído al amanecer, por no mencionar algún que otro obstáculo de carácter práctico.

En aquel alto y vetusto muro que rodeaba la propiedad sólo había una puerta. El guarda de la finca, quien la mantenía cerrada con llave hasta bien avanzada la mañana, no había visto pasar a nadie por ella. Así pues, Fisher pronto se convenció de que lo que tenía ante sí era un problema matemático en un espacio cerrado. Su instinto se había sumergido tan profundamente en la tragedia desde el principio que para él hubiera sido un verdadero alivio encontrar el cadáver. Le hubiera afligido, sin lugar a dudas, toparse con el cuerpo del noble colgando de uno de sus propios árboles como si se tratase de una horca, o flotando en su propio estanque como si fuese una pálida brizna de hierba, pero lo que de verdad le horrorizaba de todo aquel asunto era el hecho de no encontrar absolutamente nada.

Pronto se dio cuenta de que no se hallaba solo ni tan siquiera en sus más personales y apartadas pesquisas. En numerosas ocasiones pudo percatarse de que una figura le iba siguiendo, como si se tratase de su propia sombra, aprovechando los apacibles y casi inexplorados claros de la arboleda o los rincones y esquinas que colindaban con el viejo muro. A pesar del silencio que guardaba su boca, presidida por aquel gran bigote negro, y del incesante y furtivo movimiento de sus penetrantes ojos, estaba muy claro que Brain, de la policía de la India, había encontrado el rastro a seguir al igual que hace un experimentado cazador cuando persigue a un tigre. Al recordar que aquel hombre era el único amigo personal que tenía el desaparecido, aquella forma de proceder parecía de lo más natural, por lo que Fisher decidió tratar con él con toda franqueza.

—Este silencio que hay entre usted y yo no es más que un puro formulismo social —dijo—. ¿Le importa que rompa el hielo hablando del tiempo, el cual, por cierto, se ha encargado ya de romper el hielo? Pero discúlpeme usted. Me doy cuenta de que romper el hielo puede resultar una metáfora más bien triste en esta ocasión.

—Yo no pienso así —respondió Brain secamente—. No creo que el hielo haya tenido mucho que ver en todo esto. No veo cómo podría tener que ver.

—En ese caso, ¿qué propone usted que hagamos? —preguntó Fisher.

—Bueno, ya hemos mandado llamar a las autoridades, como es natural. No obstante, espero descubrir alguna pista antes de que ellos lleguen —contestó el angloindio—. La verdad es que no puedo decir que albergue muchas esperanzas con respecto a los métodos que emplea la policía de este país. Demasiado papeleo. Ya me entiende: hábeas corpus y todo ese tipo de cosas. Pero si lo que queremos es procurar que nadie se escape, lo mejor que podemos hacer es reunir a toda la gente y contarlos, por así decirlo. Por ahora nadie se ha marchado, a excepción de aquel abogado que se dedica a ir por ahí en busca de antigüedades.

—Oh, él no tiene nada que ver con todo esto. Se marchó la pasada noche —contestó el otro—. Cuando esta mañana oí la voz de Bulmer con tanta claridad como oigo la suya ahora, hacía al menos ocho horas que el chófer de la casa había visto al abogado coger el tren.

—Y me imagino que no creerá usted en fantasmas, ¿verdad? —dijo el hombre de la India. Y, tras una pausa, añadió—. Hay alguien más a quien me gustaría encontrar antes de ir en busca de algún otro tipo que tenga ya preparada su coartada y nos esté esperando en la casa. ¿Qué ha sido de aquel tipo de verde, el arquitecto que iba disfrazado de guardabosques? No lo he visto por aquí.

Algo más tarde, Mr. Brain se las arregló para convocar una reunión con todos los conmocionados concurrentes antes de que llegase la policía. No obstante, cuando comenzó a hablar e hizo notar una vez más la tardanza del joven arquitecto en presentarse junto a los demás, se encontró con el segundo hecho desconcertante del día y con un acontecimiento psicológico de naturaleza completamente inesperada.

Juliet Bray había afrontado la catástrofe de la desaparición de su hermano con un sombrío estoicismo en el que muy probablemente hubiese más incredulidad que dolor, pero cuando aquella segunda cuestión afloró a la superficie se mostró no sólo enfadada sino incluso ofendida.

—No queremos llegar a ninguna conclusión precipitada acerca de nadie —decía Brain a su manera entrecortada—, pero nos gustaría saber algo más acerca de Mr. Crane. Nadie parece saber mucho acerca de él o de dónde viene. Y resulta una curiosa coincidencia el que ayer mismo midiese su espada con el pobre Bulmer y pudiese haber llegado incluso a herirle, puesto que demostró ser el mejor espadachín de los dos. Desde luego, aquello pudo muy bien haber sido tan sólo un accidente y difícilmente podría emplearse como argumento en contra de ninguno de los aquí presentes. Pero, por otro lado, no tenemos medios para construir un argumento consistente en contra de nadie. Así que, hasta que llegue la policía, aquí no somos más que un grupo de sabuesos aficionados.

—Pues yo creo más bien que todos ustedes no son más que una pandilla de estirados —dijo Juliet—. Sólo porque Mr. Crane sea un genio que hace las cosas a su manera, ustedes sugieren que se trata de un asesino sin atreverse siquiera a decirlo claramente. Sólo porque anoche llevaba una espada de juguete que sabía utilizar quiere usted que creamos que la usó como si fuese un maníaco homicida sediento de sangre sin tener ningún motivo para ello. Y sólo porque pudo haber golpeado a mi hermano y no lo hizo deducen ustedes que lo ha matado. Es así como sostienen ustedes sus argumentos. Y por lo que respecta a su desaparición, se equivocan ustedes en ello tanto como en todo lo demás, puesto que aquí le tienen a él en persona.

Y, en efecto, la verde figura del falso Robin Hood se separó lentamente del fondo gris de los árboles y se acercó al grupo mientras ella terminaba de hablar.

Se movía con lentitud pero sin perder el aplomo, aunque estaba inequívocamente pálido. Tanto los ojos de Brain como los de Fisher habían ya reparado en un detalle de la figura vestida de verde con mayor claridad que el resto de los presentes. Si bien el cuerno se balanceaba todavía colgando de su tahalí, la espada había desaparecido.

Para sorpresa de propios y extraños, Brain no formuló la pregunta que tal

hecho sugería. Dio la impresión de que, aun manteniendo su intención de querer dirigir la investigación, se hallaba ansioso por cambiar de asunto.

—Ahora ya estamos todos reunidos —dijo tranquilamente—. Hay algo que quiero preguntarles antes que nada. ¿Alguno de los aquí presentes vio a Lord Bulmer esta mañana?

Leonard Crane se volvió, pálido, hacia el círculo de rostros que le rodeaba y los fue recorriendo uno a uno con la mirada hasta llegar al de Juliet. Entonces, apretando ligeramente los labios, dijo:

—Sí, yo lo vi.

—¿Se encontraba vivo y en buen estado? —preguntó Brain de inmediato—. ¿Cómo iba vestido?

—Parecía encontrarse magníficamente bien —contestó Crane con una curiosa inflexión en la voz—. Iba vestido igual que ayer, con aquel traje de color púrpura que copió del retrato de uno de sus antepasados del siglo XVI. Llevaba los patines en la mano.

—Y la espada al costado, supongo —añadió Brain—. Pero ahora dígame una cosa: ¿dónde está la suya, Mr. Crane?

—La tiré.

En el singular silencio que entonces sobrevino, el hilo de los pensamientos de muchos de los allí presentes se convirtió sin quererlo en una sucesión de coloridas imágenes. Habían acabado habituándose de tal manera a sus fantásticas vestimentas, y resaltaban éstas de una manera tan llamativa y vistosa contra el gris oscuro y las franjas plateadas de la escarcha, que las figuras, al moverse, brillaban como si se tratase de santos que, escapándose de vidrieras de colores, hubiesen echado a andar. El efecto resultaba mucho mayor debido al hecho de que buena parte de ellos se había dedicado a parodiar, de la más frívola de las maneras, vestidos de carácter religioso. Pero el hecho más relevante de cuantos permanecían en sus memorias podía ser cualquier cosa excepto religioso: aquel en que la figura vestida de verde brillante y la que vestía de un vivo color violeta habían formado por un momento una cruz de plata al hacer entrechocar sus espadas. Incluso siendo cosa de broma había habido en ello algo digno de un drama, y resultaba extraño y siniestro pensar que, en el gris amanecer, aquellas mismas figuras, en idéntica actitud, podían haber repetido la escena, pero esta vez con un resultado más cercano a una tragedia.

—¿Riñó usted con él? —preguntó Brain de repente.

—Sí —contestó el hombre de verde, inalterable—. O más bien él riñó conmigo.

—¿Por qué riñó él con usted? —preguntó el investigador.

Leonard Crane no respondió.

Horne Fisher, curiosamente, apenas le había prestado atención a tan dramático interrogatorio. Desde la línea entrecerrada que formaban sus pesados párpados, su mirada no había dejado de observar durante un solo segundo al Príncipe Borodino, quien en aquel momento se había alejado hacia el lindero del bosque y, tras hacer una pequeña pausa en actitud meditabunda, había desaparecido entre la espesura de los árboles. Le hizo regresar a la realidad, rescatándolo de su momentánea distracción, la voz de Juliet Bray, que resonó en el aire como un estallido lleno de decisión:

—Si la única duda es ésa, más vale que sea aclarada de una vez. Estoy prometida a Mr. Crane. No obstante, cuando ambos le dimos a mi hermano la noticia, él no quiso dar su aprobación al compromiso. Eso es todo.

Ni Brain ni Fisher reflejaron la menor sorpresa, pero el primero añadió tranquilamente:

—Si exceptuamos, como supongo, el hecho de que él y su hermano salieron al bosque para discutir la cuestión. Y que sería allí donde perdería su espada, por no mencionar a su acompañante.

—¿Y puedo preguntar —inquirió Crane mientras un cierto destello de burla cubría sus pálidas facciones— qué es lo que se supone que he hecho con ellos? Aceptemos la divertida hipótesis de que soy un asesino. Aún quedaría por demostrar que soy un mago. Si atravesé con mi espada el cuerpo de su infortunado amigo, ¿qué hice con el cadáver? ¿Me lo llevé lejos surcando los aires o fue simplemente cuestión de convertirlo en un animalillo del bosque con la ayuda de una varita mágica?

—Éste no es momento para bromas —dijo el juez angloindio con brusca autoridad—. Sus comentarios acerca de la desaparición no le hacen a usted ningún bien.

La mirada distraída e incluso melancólica de Fisher permanecía fija en el borde del bosque que se hallaba detrás de los presentes. Allí advirtió la presencia de cierta masa de color rojo oscuro, como un ocaso lleno de nubes de tormenta, que brillaba por entre el entramado gris que formaban los delgados árboles. Poco después el príncipe, con sus ropajes de cardenal, reapareció en el camino llevando algo en la mano. A Brain le había dado la impresión de que el príncipe se había separado del grupo para ir en busca de la espada perdida, pero cuando regresó pudo comprobar que, en vez de dicha espada, lo que el italiano llevaba en la mano era un hacha.

La incongruencia entre la fiesta de disfraces y todo aquel misterio había

creado una curiosa atmósfera psicológica. Al principio todos ellos se habían sentido profundamente avergonzados al haber sido sorprendidos por un suceso como aquél, que decididamente tenía mucho de funeral, vistiendo aquellos disparatados disfraces más propios de un carnaval que de otra cosa. Muchos de ellos ya hubieran regresado de buena gana a la casa para ponerse ropas que resultasen más solemnes, o al menos más formales y decentes, pero en aquel momento aquello no dejaba de parecer una segunda mascarada aún más artificial y frívola que la primera. Y mientras se resignaban a vestir aquellos ridículos atavíos, una curiosa sensación se apoderó de algunos de ellos, en especial de los más sensibles, como Crane, Fisher o Juliet, y en cierta medida también de todos los demás con excepción del pragmático Mr. Brain. Era casi como si todos ellos fuesen los fantasmas de sus propios antepasados y estuvieran protagonizando una espectral aparición junto a aquel oscuro bosque y aquel tétrico lago, como si estuvieran representando alguna antigua pieza teatral que sólo recordasen a medias. Los movimientos de cada una de aquellas figuras llenas de colorido parecían querer expresar algo que había sido planeado mucho tiempo antes, como una heráldica silenciosa. Las acciones, las actitudes, los objetos que les rodeaban... Todo era visto como una alegoría aunque no tuviera un significado concreto. Pero a la vez todos ellos sabían reconocer una crisis cuando ésta llegaba. Y de alguna manera se dieron cuenta, acaso inconscientemente, de que toda aquella historia acababa de tomar un nuevo y terrible giro cuando vieron ante ellos al príncipe, que permanecía de pie en un claro que se abría entre los sombríos árboles, con su túnica de rabioso color carmesí y su ceñudo rostro de bronce sosteniendo en sus manos una nueva forma de muerte. Sin saber exactamente por qué, las dos espadas parecieron convertirse de pronto en espadas de juguete, y todo lo que, siendo parte de la historia, se refería a ellas, quedó hecho trizas y abandonado a un lado como el juguete que eran. Borodino parecía un verdugo de tiempos antiguos, vestido con aquel terrible color rojo y llevando consigo el hacha que iba a emplearse en la ejecución del criminal.

Mr. Brain, de la policía de la India, se entretuvo mirando con ferocidad el objeto que acababa de aparecer en escena, por lo que transcurrieron aún unos momentos antes de que hablase de manera áspera y casi ronca.

—¿Qué está usted haciendo con eso? —preguntó—. Parece un hacha de leñador.

—Una asociación de ideas de lo más natural —intervino Horne Fisher—. Si usted va al bosque y se encuentra allí con un gato, usted creerá que se trata de un gato salvaje, aunque cabe también la posibilidad de que se trate de un gato doméstico que haya dejado el sofá del salón para dar un simple paseo. El caso es que da la casualidad de que yo sé que no es un hacha de leñador. En realidad se trata de un hacha de cocina, más concretamente de las que se

emplean para cortar carne y cosas similares. Alguien ha debido de tirarla en medio del bosque. Yo mismo pude verla en la cocina cuando fui allí en busca de los sacos de patatas con los que me hice este disfraz de ermitaño medieval.

—Da lo mismo. No por ello deja de tener interés —observó el príncipe tendiéndole el instrumento a Fisher, quien lo tomó y procedió a examinarlo detenidamente—. Un hacha de carnicero que ha hecho un trabajo de carnicero.

—Ciertamente, éste fue el instrumento con el que se cometió el crimen —afirmó Fisher en voz baja.

Brain miraba fijamente, con ojos furiosos y fascinados, los destellos de un apagado color azul que provenían de la punta del hacha.

—No lo entiendo —dijo—. No hay... no hay ni una sola huella de sangre en la hoja.

—Porque no ha derramado sangre alguna —respondió Fisher—. Pero, a pesar de todo, ha sido con esto con lo que se ha cometido el crimen. Esto es lo más cerca que el criminal llegó a estar del crimen en sí cuando lo cometió.

—¿Qué quiere usted decir?

—El criminal no estuvo presente en el lugar del crimen cuando el crimen en sí fue cometido —explicó Fisher—. Tendría que ser un tipo de criminal bastante chapucero aquel que para matar a su víctima tuviese necesariamente que estar en el lugar del crimen cuando éste se cometiese.

—Parece estar usted hablando con el simple propósito de dejarnos intrigados —dijo Brain—. Si tiene usted algún consejo práctico que darnos, creo que debería exponerlo de manera mínimamente inteligible.

—El único consejo práctico que puedo sugerirles —dijo Fisher reflexionando— es que indaguen un poco tanto en la topografía de este lugar como en su nomenclatura. Se dice que una vez vivió aquí un tal Mr. Prior, quien poseía una granja en este vecindario. Opino que algunos detalles acerca de la vida doméstica del último Mr. Prior arrojarían alguna luz sobre todo este terrible asunto.

—¿Y no tiene usted a mano otra cosa que ofrecer que no sea la topografía para ayudarme a vengar a mi amigo? —dijo Brain con una mueca de desprecio.

—Si lo hiciera —dijo Fisher— descubriría toda la verdad que se esconde tras el Agujero en el Muro.

Aquella noche, después de un tormentoso anochecer y bajo el azote de un fuerte viento del oeste que siguió al deshielo, Leonard Crane caminaba frenéticamente dando vueltas y más vueltas alrededor del alto e ininterrumpido

muro que circundaba el pequeño bosque. Le impulsaba la desesperada idea de resolver por sí mismo el acertijo que había ensombrecido su reputación e incluso llegado a amenazar su libertad. Las autoridades policiales, a cargo ahora de las pesquisas, no lo habían arrestado, pero él sabía sobradamente que si intentaba alejarse del lugar sería detenido de inmediato. A pesar de que hasta ese momento se había negado a seguir las fragmentarias indicaciones insinuadas por Horne Fisher, no pudo evitar que éstas acabasen excitando su temperamento artístico y le lanzaran a una especie de análisis frenético que lo había llevado a leer aquel jeroglífico de todas las maneras posibles con el fin de poder sacar de él algo con un mínimo de sentido. Si se trataba de algo que tuviese relación con algún agujero en el muro, estaba seguro de acabar descubriendo dicho agujero, si bien hasta el momento se había visto incapaz de encontrar la más mínima grieta. Aunque gracias a los conocimientos propios de su profesión pudo darse cuenta de que la obra de albañilería pertenecía por entero al mismo estilo y a la misma época, por lo demás, a excepción de la entrada habitual, que no arrojaba luz alguna sobre el misterio, no encontró nada que sugiriese escondrijo o vía de fuga de ningún tipo.

Llevaba ya un largo rato explorando un estrecho sendero que discurría entre el muro azotado por el viento, un abrupto recodo que se abría hacia el este y una hilera de delgados árboles grises. De vez en cuando, dedicaba una mirada a los últimos destellos de una agonizante puesta de sol que titilaban como relámpagos conforme unas nubes de tormenta se iban deslizando rápidamente por el cielo hasta confundirse con la primera luz, azul aunque débil, de una luna que poco a poco iba adquiriendo consistencia a sus espaldas.

Pronto sintió que su cabeza empezaba a darle vueltas mientras sus pies iban trazando más y más círculos alrededor de aquella interminable barrera sin salida. Comenzaron a asaltarle pensamientos rayanos en la locura y alucinaciones en las que aparecía una cuarta dimensión que era en sí misma un agujero capaz de esconderlo todo, de verlo todo desde una nueva perspectiva como a través de una ventana abierta en mitad de los sentidos, o como a la claridad de alguna luz mística y transparente que dejase ver el cuerpo de Bulmer, horriblemente iluminado, sobrevolando el bosque y el muro en medio de un halo fantasmal. Le obsesionaba también la sugerencia, que de alguna manera parecía ser igualmente horripilante, de que todo aquello tenía algo que ver con aquel Mr. Prior. Había algo tenebroso en el hecho de que siempre se aludiese al tal Mr. Prior de manera respetuosa y de que fuese en la vida doméstica de aquel pobre granjero muerto donde se les había indicado a todos que buscaran la clave de aquellos terribles sucesos. En realidad, se había encontrado con que ninguna investigación de cuantas se habían realizado en la localidad había revelado el menor dato acerca de la familia Prior. Aun así, fue capaz de imaginarse, aunque fuese tan sólo de manera fugaz, al tal Mr. Prior

tocado con una chistera y, quizás, con una perilla o patillas, si bien lo que fue incapaz de discernir en absoluto fue su rostro.

La luz de la luna había comenzado a brillar con mayor intensidad y el viento había ahuyentado las nubes hasta ir calmándose poco a poco cuando, una vez más, Leonard Crane llegó junto al lago artificial que se extendía frente a la casa. Por alguna inexplicable razón, se le antojó que parecía un lago demasiado artificial. De hecho, toda la escena resultaba igual que uno de esos paisajes propios del pincel de Watteau, con la fachada palladiana de la casa destacándose pálida a la luz de la luna y con el mismo toque plateado presente también en la pagana figura de mármol de la ninfa desnuda que se erguía en mitad del estanque. Para su completa sorpresa, encontró otra figura allí, junto a la estatua, sentada en actitud casi igualmente inmóvil. Bajo el mismo rayo de luna podían adivinarse el ceño fruncido y el rostro paciente de Horne Fisher, vestido aún de ermitaño y practicando, al menos aparentemente, la soledad propia del mismo. No obstante, cuando éste levantó la vista para mirar a Leonard Crane, sonrió al arquitecto casi como si hubiera estado esperándolo.

—¡Eh, oiga! —le dijo Crane plantándose frente a él—. ¿Podría usted aclararme algo acerca de todo este asunto?

—Pronto tendré que contarle a todo el mundo toda la verdad referente al mismo —contestó Fisher—, así que no veo por qué no voy a poder contarle primero algo a usted. No obstante, antes de empezar, dígame: ¿querría usted contarme algo a mí? ¿Qué ocurrió en realidad cuando se encontró con Bulmer esta mañana? Usted se deshizo, en efecto, de su espada, pero no fue usted quien lo mató.

—No lo maté precisamente por eso: porque tiré bien lejos mi espada —dijo el otro—. Lo hice a propósito, pues de no haberlo hecho no estoy seguro de lo que hubiera podido pasar.

Y, tras hacer una pausa, prosiguió con más calma:

—El último Lord Bulmer era un caballero extremadamente afable. Se mostraba muy cordial con sus inferiores, y le habría encantado tener como invitados en su propia casa tanto a su abogado como a su arquitecto durante toda clase de convites, fiestas y demás celebraciones. Pero había en él otra cara, una que sólo mostraba cuando los demás pretendían tratarle de igual a igual. Cuando le anuncié que su hermana y yo estábamos prometidos, ocurrió algo que yo, simplemente, no puedo y no deseo describir. Baste decir que se transformó en una especie de monstruo poseído por la locura. Sea como fuere, me imagino que la verdad es dolorosamente sencilla. No hay peor cosa que la grosería y el escarnio cuando provienen de un caballero. Creo que es la cosa más horrible del mundo.

—Lo sé —dijo Fisher—. La nobleza renacentista de la época de los Tudor era así.

—Resulta extraño que diga usted eso —continuó Crane—, ya que cuando estuve hablando con él aquí esta mañana tuve la sensación de que ambos estábamos reviviendo alguna escena perteneciente al pasado. En ella, yo era realmente un fuera de la ley procedente de los bosques, igual que Robin Hood, mientras que él había salido, con todas sus plumas y sus ropas de color púrpura, directamente de algún viejo retrato. Sea como fuere, era él quien estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya, y por ello ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Yo me enfrenté a Bulmer, desde luego, pero luego decidí marcharme. Podría haber llegado a matarlo, se lo puedo asegurar, si no me hubiese alejado de allí.

—Sí —dijo Fisher mientras asentía con la cabeza—, sus antepasados siempre se salían con la suya y, por lo tanto, él se había acostumbrado desde que nació a llevar siempre las de ganar. Y ése es el fin de la historia. Así pues, todo encaja a la perfección.

—¿Encaja? ¿En qué encaja? —exclamó su compañero con repentina impaciencia—. No consigo sacar nada en claro de todo esto. Usted me dice que busque la clave en el agujero del muro, pero no consigo encontrar por ningún lado dicho agujero.

—Porque no hay ninguno —dijo Fisher—. Ésa es la clave.

Y, tras reflexionar un momento, añadió:

—A menos que se refiera usted a un agujero en el muro del mundo. Mire usted: se lo contaré si así lo desea, pero mucho me temo que para ello se requiera una pequeña introducción. Necesitará usted comprender una de las trampas de la mente moderna, una tendencia generalizada en la que la mayoría de la gente incurre sin apenas darse cuenta.

»Le pondré un ejemplo un tanto burdo para que comprenda lo que quiero decir. En el pueblo o barrio que rodea esta finca hay una posada que tiene en la puerta un rótulo que dice “San Jorge y el Dragón”. Ahora bien, suponga usted que yo me dedicase a ir por ahí diciéndole a todo el mundo que en realidad se trata tan sólo de una mala derivación de “El Rey Jorge el Tragón”. Docenas enteras de personas me creerían sin hacer la menor pregunta merced a la vaga sensación de que ello podría ser así porque resulta prosaico. Algo romántico y legendario se convierte así en algo reciente y normal. Y de alguna manera eso hace que todo suene más o menos razonable, aunque en realidad resulte que la razón no sostiene ni por asomo tal teoría. Desde luego, más de uno estaría en lo cierto al recordar haber visto algo referente a San Jorge en viejas pinturas italianas y romances franceses, pero muchos otros no se pararían a pensar en

ello lo más mínimo. Simplemente se tragarían su escepticismo sólo por el hecho de serlo. La mentalidad moderna nunca aceptaría nada a la fuerza, pero en cambio aceptaría cualquier cosa siempre que no haya coacción de por medio. Y eso es exactamente lo que ha ocurrido en este caso.

»Cuando uno u otro crítico decidió contar que Prior's Park no era un priorato sino que fue llamado así en honor de algún hombre moderno cuyo nombre era Prior, nadie se preocupó de comprobar si la teoría era realmente cierta o no. Nunca se le ocurrió a nadie ir repitiendo por ahí la historia para averiguar si realmente había existido un Mr. Prior o si alguna vez alguien lo había visto o había oído hablar de él. En realidad, el nombre de este lugar se debe a la presencia en estas tierras de un antiguo priorato que corrió la misma suerte que la mayoría de los prioratos. Es decir, un buen día llegó el señor Tudor de turno con su penacho de plumas y su espada, se apropió de él por la fuerza y lo convirtió en su residencia privada. Aunque fue capaz de hacer cosas peores, como oirá usted más adelante. Pero la cuestión que nos concierne ahora es que ésa es la manera en que el truco surte efecto. Y de hecho el truco vuelve a surtir efecto de idéntica manera en la otra parte de la historia. El nombre de este distrito se escribe "Hollinwall" hasta en los mejores mapas que confeccionan los entendidos en la materia, quienes hacen alusión, de pasada y no sin una sonrisa de ironía, al hecho de que los más ignorantes y anticuados de entre los pobres del lugar lo pronuncian "Holiwell". Ahora bien, esta palabra se encuentra mal escrita a pesar de estar bien pronunciada.

—¿Quiere usted decir —preguntó Crane rápidamente— que había realmente un pozo?

—Aún hay, de hecho, un pozo —dijo Fisher—. Y la verdad yace en el fondo del mismo.

A la par que hablaba extendió la mano y señaló hacia la masa de agua que yacía frente a él.

—El pozo se encuentra en alguna parte debajo de toda esa agua —dijo—. Y no es ésta la primera tragedia relacionada con él. El fundador de esta casa hizo algo que sus infames amigos muy rara vez se atrevían a hacer, algo sobre lo que hubo que echar tierra incluso en medio de la anarquía reinante en aquella época de saqueos que era el azote de todos los monasterios.

»El pozo tenía relación con los milagros de algún santo. Incluso el último prior que lo guardó era lo más cercano a un santo que puede haber, a pesar de lo cual acabó pareciéndose más a un mártir. Como osó enfrentarse al nuevo propietario y lo desafió a profanar el lugar, el noble, en un arrebatado de furia, lo apuñaló y arrojó su cadáver al pozo, lugar al cual, al cabo de cuatrocientos años, le ha seguido su propio heredero vistiéndolo a la misma usanza y tras vivir

en este mundo con idéntico orgullo.

—Pero, ¿cómo pudo ocurrir —preguntó Crane— que Bulmer se cayera precisamente en ese punto?

—Porque el hielo había sido manipulado sólo en dicho punto por el único hombre que conocía el lugar exacto en el que se encontraba el pozo —contestó Horne Fisher—. Fue resquebrajado de manera deliberada con el hacha de cocina exactamente en ese sitio. Yo mismo pude oír los golpes pero no entendí su significado. El lugar había sido cubierto con un falso lago sólo porque la verdad tenía que ser cubierta con una falsa leyenda. ¿No se da usted cuenta de que eso es precisamente lo que aquellos nobles paganos hubieran hecho? Profanarlo con una especie de diosa pagana al igual que aquel emperador romano que levantó en su tiempo un templo consagrado a Venus justo sobre el lugar donde había estado el Santo Sepulcro. ¡Y pensar que la verdad aún podía ser rastreada por cualquier hombre medianamente instruido que se propusiese seguir el rastro! ¡Y que precisamente un hombre así se hubiera propuesto encontrarlo!

—¿Quién? —preguntó el otro presintiendo en su interior la respuesta a tal pregunta.

—El único hombre que posee una coartada en toda esta historia —contestó Fisher—. James Haddow, el abogado que era a la vez anticuario, se marchó la noche anterior a la tragedia, pero dejó tras de sí una horrible forma de muerte dibujada sobre el hielo. Se despidió de manera algo brusca habiéndose propuesto previamente quedarse. Probablemente, según creo, después de haber tenido una desagradable escena con Bulmer durante la entrevista que mantuvieron para tratar de temas legales. Como usted mismo sabe por experiencia, Bulmer era capaz de lograr que cualquiera sintiese deseos de matarlo. Por otro lado, puedo imaginarme perfectamente que el abogado tuviera por su cuenta alguna que otra irregularidad pendiente que se hallase en peligro de ser descubierta por su cliente.

»Según mi forma de entender la naturaleza humana, un hombre podrá hacer trampas en sus negocios pero nunca en sus pasatiempos. Haddow puede haber sido un abogado tramposo, pero no podía evitar ser un anticuario honrado. Una vez que se halló tras la pista de la verdad acerca del Pozo Sagrado, no pudo menos que seguirla hasta el final. Las anécdotas que ocasionalmente aparecían en los periódicos no le engañaron con ese tal Mr. Prior y su agujero en el muro. Lo descubrió todo, incluso la situación exacta del pozo, y obtuvo por ello su recompensa, si el hecho de asesinar a alguien con éxito se puede considerar una recompensa.

—¿Y cómo dio usted con la pista de toda esta historia oculta? —preguntó el joven arquitecto.

Una sombra cubrió el rostro de Horne Fisher.

—Yo ya sabía de antemano lo suficiente como para imaginarme el resto — dijo—. Pero permítame que no entre en detalles pues, después de todo, me produce un profundo sentimiento de vergüenza el hecho de estar aquí hablando de esta manera tan frívola acerca del pobre Bulmer. Al fin y al cabo, él ya ha pagado su culpa mientras el resto de nosotros aún no lo ha hecho. Me atrevería a decir que cada cigarro que fumo y cada licor que tomo provienen directa o indirectamente del saqueo de lugares santos y de la explotación de los pobres. A decir verdad, uno no necesita revolver mucho en el pasado para encontrarse con el agujero en el muro, que es como yo llamo a esa gran asignatura pendiente que tienen todos aquellos que defienden a ultranza la historia de Inglaterra. Dicho agujero subyace justo bajo la superficie, al otro lado de una fina capa de información falsa, al igual que ese pozo negro y manchado de sangre yace justo bajo esa capa de aguas poco profundas y hierbas muertas. Oh, sí, la capa de hielo es delgada pero aguanta a pesar de todo. Es lo bastante fuerte como para soportar el peso de todos nosotros cuando nos disfrazamos de monjes y bailamos sobre ella burlándonos de la querida, extraña y antigua Edad Media.

»Cuando me dijeron que tenía que ponerme un disfraz original, eso fue lo que hice guiándome por mi propio gusto e imaginación. Como puede usted ver, conozco algo acerca de nuestra historia nacional e imperial, de nuestra prosperidad y nuestro progreso, de nuestro comercio y nuestras colonias, de nuestros siglos de éxito y esplendor... Así que, cuando me pidieron que lo hiciera, decidí ponerme un tipo de disfraz que hoy en día ya no se lleva. Me puse el único disfraz que considero adecuado para un hombre que ha heredado la posición de un caballero y aún no ha perdido del todo la mentalidad propia del mismo.

Como respuesta a una interrogadora mirada, se levantó señalando sus ropas con un dramático gesto y añadió:

—El de un humilde ermitaño vestido tan sólo con unos cuantos sacos viejos.

VI. LA MANÍA DEL PESCADOR

A veces, hasta el hecho más extraordinario puede resultar fácil de olvidar. Si no posee relación alguna con el curso normal de los acontecimientos y se halla en apariencia desprovisto de causas o consecuencias, los sucesos posteriores no lo evocan, por lo que queda tan sólo como algo subconsciente

hasta que, al cabo del tiempo, cualquier suceso fortuito lo hace renacer. Pero, mientras tanto, permanece a un lado como si fuese un sueño olvidado.

Fue precisamente a la hora a la que tienen lugar muchos sueños, a la salida del sol y al poco de haberse disipado la oscuridad, cuando tuvo una de estas extrañas experiencias un hombre que surcaba en un bote de remos uno de los ríos del sudoeste de Inglaterra. El hombre en cuestión estaba despierto. De hecho, se le consideraba una de las personas más despiertas y vivaces de su tiempo, y destacado integrante de la nueva hornada de periodistas políticos. Se llamaba Harold March y en ese momento estaba recorriendo el país con el fin de entrevistar a las diferentes celebridades políticas en sus respectivas casas de campo. En cuanto a lo que vio, pareció algo tan incongruente que muy bien pudo haber sido imaginario. Simplemente pasó de manera fugaz por su cabeza para ir a perderse en una maraña de sucesos posteriores completamente desprovistos de toda conexión con él. Ni siquiera pudo recordarlo hasta que, algún tiempo después, descubrió su significado.

Una pálida neblina matinal caía sobre los campos y los juncos que se alineaban a lo largo de una de las riberas del río. A lo largo de la ribera opuesta se erigía un muro de ladrillo de color rojo oscuro que parecía emerger directamente del agua. El hombre, que había dejado a un lado sus remos e iba a la deriva impulsado por la corriente, pudo ver al mirar hacia adelante que la monotonía del largo muro de ladrillo se hallaba interrumpida por una especie de puente de estilo algo anticuado, con pequeñas columnas de piedra blanca que comenzaban ya a tornarse grises. Recientemente habían tenido lugar diversas inundaciones, por lo que el río, que permanecía aún bastante alto, apenas dejaba asomar entre sus aguas los troncos de los árboles más bajos y había reducido a un arco bastante pequeño la blanca luz del amanecer que brillaba bajo la curva del puente.

Conforme su propia embarcación pasaba bajo esta oscura arcada, pudo ver que otro bote venía a su encuentro impulsado por los remos que manejaba un hombre tan solitario como él mismo. La postura de aquél impedía que el rostro resultase visible pero, según se fue acercando al puente, se puso en pie sobre el fondo del bote y se volvió. No obstante, se encontraba tan cerca ya de la oscura boca que su figura entera se destacó completamente negra contra la luz de la mañana, por lo que March no pudo ver nada de aquel rostro excepto los extremos de dos largas patillas o bigotes que conferían a la silueta un algo siniestro, como si fuesen dos cuernos situados en un lugar que, por lógica, no les correspondía.

A pesar de todo, March no hubiera podido percibir ni siquiera tales detalles de no ser por lo que ocurrió en aquel mismo instante. Conforme el hombre llegaba bajo el puente, dio un salto hacia éste y se colgó de él, sus piernas suspendidas en el aire, dejando el bote a la deriva tras el salto. March tuvo la

momentánea visión de dos piernas oscuras que lanzaban patadas al aire, luego de una sola de ellas, y más tarde de nada que no fuese la corriente dibujando remolinos y el largo muro extendiéndose a lo lejos paralelo al río. Siempre que volvió a pensar sobre lo que acababa de ver, incluso mucho después de comprender la historia en la que aquello se hallaba envuelto, le acudió a la mente aquella forma tan fantástica como si estuviese petrificada, como si aquellas fabulosas piernas fuesen un grotesco ornamento esculpido en la propia piedra del puente, a la manera de una gárgola.

En aquel momento, sin embargo, se limitó a pasar por allí con la mirada fija en la corriente. No alcanzó a ver ninguna figura fugitiva sobre el puente, por lo que pensó que aquel hombre ya debía de haber escapado. No obstante, sí acertó a vislumbrar confusamente cierta imagen en la que, entre los árboles que rodeaban el extremo del puente que quedaba frente al muro, había un farol y, junto a él, yacían las anchas espaldas azules de un policía inconsciente.

Antes de llegar al final de aquel viaje con fines políticos, tuvo muchas otras cosas en que ocuparse aparte del extraño incidente del puente, pues gobernar un bote siendo el único a bordo no siempre resultaba empresa fácil ni tan siquiera en un arroyo tan solitario como aquél. No obstante, debe añadirse a este respecto que el que fuese el único tripulante de aquella embarcación se debía tan sólo a un imprevisto. El bote había sido adquirido y toda la expedición planeada junto a un amigo que en el último momento se había visto obligado a alterar todos sus preparativos. Efectivamente, Harold March debería encontrarse en aquel momento en compañía de su amigo Horne Fisher, con quien se suponía que debía de estar compartiendo aquella travesía hacia el interior del país cuyo destino era Willowood Place, lugar en el que el Primer Ministro se hallaba por entonces invitado.

Cada vez era mayor el número de personas que comenzaba a oír hablar de Harold March, pues sus impresionantes artículos políticos le iban abriendo las puertas de círculos cada vez más importantes, a pesar de lo cual todavía no había gozado de ninguna oportunidad de encontrarse con el Primer Ministro. Por el contrario, casi nadie del público general había oído hablar de Horne Fisher, quien a pesar de ello conocía al Primer Ministro de toda la vida. Por estas razones, si los dos hubiesen emprendido juntos el proyectado viaje, March se hubiera encontrado más que dispuesto a apresurarlo mientras que Fisher se hubiera contentado vagamente con prolongarlo lo más posible. Y es que Fisher era una de esas personas que parecía haber nacido conociendo ya al Primer Ministro, si bien la existencia en sí de tal familiaridad no parecía tener para él un efecto de especial regocijo sino que más bien parecía producirle algo parecido a un indecible cansancio.

Fisher era un hombre alto y rubio, con una frente demasiado amplia a causa de la alopecia y una actitud apática. Aunque era rara la ocasión en que

expresaba enfado de manera más cálida que el simple cansancio, en aquella ocasión se había enojado claramente al recibir, precisamente mientras se encontraba haciendo un somero equipaje compuesto de puros y aparejos de pesca, un telegrama desde Willowood pidiéndole que fuese hasta allí en tren inmediatamente ya que el Primer Ministro tenía que marcharse aquella misma noche. Por lo demás, Fisher era consciente de que con casi total seguridad su amigo periodista no podría partir hasta el día siguiente. Aquello, por tanto, era un auténtico fastidio, pues le caía bien aquel periodista amigo suyo y, además, había esperado con una enorme ilusión aquellos días de descanso en el río. En cuanto al Primer Ministro, aquel hombre ni le gustaba ni le disgustaba en particular, pero aborrecía profundamente la alternativa de pasar unas cuantas horas encerrado en un tren, a pesar de lo cual aceptaba a los Primeros Ministros tanto como a los ferrocarriles, pues ambos eran parte de un mismo sistema, y él no era precisamente la persona enviada a este mundo para cambiar el orden de las cosas.

Tanto fue así que finalmente decidió telefonar a March para pedirle, con maldiciones y palabrotas disimuladas entre abundantes disculpas, que llevase el bote río abajo según lo acordado y que se reuniera con él en Willowood a la hora prevista. Después salió a la calle y paró un taxi que lo llevó hasta la estación de ferrocarril. Una vez allí, hizo una parada en un quiosco para añadir a su ligero equipaje unas cuantas novelas baratas de misterio que no tardó en comenzar a leer con enorme entusiasmo. Enfrascado en su lectura, no tenía ni la más remota idea de que iba camino de verse envuelto, en la vida real, en una historia tan extraña como las que se contaban en aquellas novelas.

Un poco antes de ponerse el sol, llegó, con su ligero equipaje bajo el brazo, ante la puerta de los vastos jardines que colindaban con el río que cruzaba Willowood Place, una de las fincas más pequeñas de cuantas eran propiedad de Sir Isaac Hook, el magnate de la prensa y de la industria naval. A pesar de haber entrado por la puerta que daba a la carretera, en el lado opuesto al río, comenzaba ya a percibirse una mezcla de cualidades en todo aquel húmedo paisaje que recordaba incesantemente al viajero la proximidad del río. Los blancos reflejos que el sol creaba sobre la superficie del agua se entreveían súbitamente como espadas o lanzas que brillasen entre la verde espesura. Incluso en el propio jardín, que se encontraba dividido en diversos recintos separados por altos setos y plantas de jardín, flotaba en el aire que llenaba cada rincón la música del agua.

El primero de aquellos verdes recintos en los que Fisher entró parecía ser un campo de croquet de aspecto algo descuidado en el que un joven solitario practicaba dicho deporte jugando contra sí mismo. Aunque no demostraba mucho entusiasmo en el juego, parecía estar aprovechando un rato perdido para practicar un poco. Daba la impresión de ser uno de esos típicos jóvenes

que no pueden soportar el peso de la conciencia a menos que estén haciendo algo, y cuyo concepto de hacer algo suele limitarse a practicar cualquier tipo de juego. Su rostro, cetrino pero agraciado, parecía más bien malhumorado que otra cosa. Era moreno e iba bien vestido a la manera liviana de los días de fiesta. Fisher lo reconoció al instante. Se trataba de James Bullen, alguien a quien, por alguna razón desconocida, todo el mundo llamaba Bunker. Era el sobrino de Sir Isaac pero, lo que resultaba mucho más importante en aquel momento, era también el secretario privado del Primer Ministro.

—Hola, Bunker —dijo Horne Fisher—. Es usted la clase de hombre que estaba deseando ver. ¿Ha llegado ya su jefe?

—Sí, pero se quedará sólo a cenar —respondió Bullen sin levantar la vista de una bola de color amarillo—. Mañana tiene un discurso importante en Birmingham y pretende pasarse la noche entera viajando. Irá en coche él mismo hasta allí. Conduciendo él mismo, quiero decir. Es la única cosa de la que se siente verdaderamente orgulloso.

—¿Quiere eso decir que usted permanecerá aquí con su tío, como un buen muchacho? —contestó Fisher—. ¿Y qué va a hacer ese hombre en Birmingham sin los consejos que suele susurrarle al oído su brillante secretario?

—No empiece a tomarme el pelo, Fisher —dijo el joven llamado Bunker—. Estoy más contento que nunca por no tener que ir arrastrándome todo el día detrás de él. No tiene ni la más remota idea acerca de mapas, dinero, hoteles y mil cosas más, y siempre soy yo quien tiene que ir dando tumbos de acá para allá como si fuera un guía turístico. Por lo que respecta a mi tío, ya que se supone que voy a heredar la propiedad, es sólo cuestión de decencia venir por aquí de vez en cuando.

—Muy propio —contestó el otro—. En fin, lo veré más tarde.

Y, tras cruzar el césped, desapareció por una abertura en el seto.

Atravesó la hierba en dirección al embarcadero cercano sintiendo todavía por todas partes a su alrededor, bajo la cúpula de aquel dorado atardecer, el sabor añejo y las resonancias de aquel jardín hechizado por el río. La siguiente parcela de césped que cruzó parecía a primera vista completamente desierta hasta que, en la penumbra de los árboles que se agrupaban en un rincón, acertó a ver una hamaca y, tumbado en ella, a un hombre que leía un periódico a la vez que balanceaba una pierna que le colgaba fuera de la red. También a él lo llamó por su nombre, tras lo cual el aludido se deslizó a tierra y se acercó a él. Parecía bastante claro que aquel hombre se sentía como si perteneciese al pasado a pesar de encontrarse en medio de aquel lugar, pues podía muy bien ser tomado por un fantasma de los primeros años de la época victoriana que

hubiese regresado para hacerle una visita a los espectros del mazo y los aros de croquet. Se trataba de un hombre muy mayor que llevaba unas patillas tan largas que parecían casi fantásticas y que lucía un curioso y esmerado corte tanto en el cuello de la camisa como en la corbata. Había sido todo un dandi de moda hacía cuarenta años, y ahora se las arreglaba para conservar su dandismo haciendo caso omiso de las modas al uso. Como para reafirmar esta idea, una flamante chistera blanca yacía junto al Morning Post sobre la hamaca situada a sus espaldas. Aquel personaje era el Duque de Westmoreland, una reliquia perteneciente a una familia de varios siglos de antigüedad, una antigüedad que no se sustentaba precisamente en la heráldica sino en la historia. Nadie mejor que Fisher sabía cuan extravagantes resultan de hecho tal tipo de nobles ni tampoco cuan numerosos en sus versiones de ficción. Por lo demás, si el duque debía el respeto general del que disfrutaba a la legitimidad de su linaje o al hecho de que poseía una buena cantidad de valiosísimas propiedades, era una cuestión acerca de la cual descubrir la opinión de Mr. Fisher hubiera resultado de lo más interesante.

—Parecía usted tan cómodo —dijo Fisher— que pensé que debía de tratarse de alguno de los criados. Ando en busca de alguien que me lleve la maleta. No he traído a nadie conmigo porque tuve que salir precipitadamente.

—Ni yo tampoco, si a eso vamos —contestó el duque con algo de orgullo—. Nunca lo hago. Si hay algo que detesto, es un ayuda de cámara. Aprendí a vestirme solito a muy temprana edad, y se supone que aún puedo hacerlo bastante decentemente. Puede que me encuentre en mi segunda infancia, pero aún no he llegado a necesitar que me vistan como si no fuese más que un niño pequeño.

—El Primer Ministro no ha traído ayuda de cámara pero ha traído un secretario en su lugar —dijo Fisher—. Un empleo endemoniadamente inferior. ¿Es cierto eso que he oído de que Harker se encuentra también aquí?

—Creo que anda por el embarcadero —respondió el duque con indiferencia antes de reanudar su estudio del Morning Post.

Fisher prosiguió su camino atravesando la última barrera verde del jardín hasta llegar a una especie de camino de sirga que daba al río y a una isla boscosa que emergía en medio de éste. Allí pudo ver una figura oscura y delgada tan cargada de espaldas que parecía un buitre, postura ésta de sobra conocida en los tribunales de justicia como la de Sir John Harker, el Fiscal de la Corona. Su rostro se hallaba surcado de profundas arrugas fruto de las preocupaciones, pues de entre los tres ociosos con los que Fisher se había encontrado hasta el momento en el jardín aquél era el único que había logrado abrirse camino en la vida por sí mismo. Alrededor de su calva y sus sienes hundidas colgaban unos mechones de pelo tan lacios y de un color rojizo tan

apagado que parecían láminas de cobre.

—Todavía no he podido ver a mi anfitrión —dijo Horne Fisher adoptando un tono ligeramente más serio que el que había empleado con los otros—. No obstante, supongo que ya lo veré a la hora de cenar.

—Puede usted verlo ahora, pero no se le ocurra acercarse a él —contestó Harker.

Señaló con la cabeza en dirección al extremo de la isla que daba al otro lado, donde, al mirar fijamente en la misma dirección, Fisher pudo ver la parte superior de una cabeza calva y el extremo de una caña de pescar, ambos igualmente inmóviles, destacándose contra el fondo del arroyo por encima de la alta maleza. El pescador, que parecía hallarse recostado contra el tocón de un árbol, miraba hacia la orilla opuesta de tal manera que su rostro permanecía invisible, a pesar de lo cual, la forma de aquella cabeza resultaba inconfundible.

—No le gusta que le molesten cuando está pescando —prosiguió Harker—. Es una especie de manía suya: no come nada más que pescado. Y se siente muy orgulloso de capturarlo por sí mismo. Sin duda, está totalmente a favor de la sencillez, como tantos de esos millonarios. Les encanta llegar diciendo que han trabajado para ganarse el sustento diario como si fuesen obreros.

—Entonces, ¿suele explicar también cómo sopla el vidrio y cómo rellena la tapicería? —preguntó Fisher—. ¿Y también cómo fabrica tenedores de plata, cómo cultiva uvas y melocotones y cómo diseña los estampados de las alfombras? Siempre he oído decir que es un hombre muy ocupado.

—Nunca le he oído hablar de eso —contestó el abogado—. Pero dígame una cosa, Fisher: ¿a qué viene tanta ironía?

—Bueno, digamos que estoy algo cansado —dijo Fisher— de tanta Vida Sencilla y tanta Vida Estresante tal y como la viven los integrantes de nuestro pequeño grupo. En realidad todos nosotros dependemos de casi todo, pero todos montamos nuestro numerito particular con esa historia de que somos independientes en esto o en aquello. El propio Primer Ministro se enorgullece de conducir sin necesidad de chófer, pero es incapaz de prescindir del típico manitas que le arregle todos los detalles, por lo que el pobre y viejo Bunker tiene que estar siempre desempeñando el papel de un auténtico genio, papel para el cual sabe Dios que nunca fue destinado. El duque se siente orgulloso por no precisar de un ayuda de cámara pero, con todo, siempre tiene que darle a todo el mundo un montón de malditos problemas a la hora de reunir una colección de ropas viejas tan extraordinaria como la que gusta de vestir. Da la impresión de haberlas buscado en el Museo Británico o desenterrando tumbas. Sólo para encontrar ese sombrero blanco que lleva debe de haber organizado

una especie de expedición como las que se envían al Polo Norte. Y aquí tenemos al viejo Hook fingiendo que se abastece de su propio pescado cuando en realidad es incapaz de procurarse los cubiertos con los que comérselo. Puede que resulte un tipo sencillo con respecto a cuestiones corrientes tales como la comida, pero puede usted apostar a que se entrega con gusto a los lujos, en especial en lo que respecta a las cosas más insignificantes. No le incluyo a usted en todo esto porque usted ha trabajado demasiado duro en esta vida como para divertirse jugando a hacer que trabaja.

—A veces creo —dijo Harker— que esconde usted un horrible secreto que en ocasiones podría resultarnos a todos de gran utilidad. ¿Ha venido usted aquí para ver a nuestro flamante Primer Ministro antes de su viaje a Birmingham?

Horne Fisher contestó en voz baja:

—Sí, y espero tener la suerte suficiente como para encontrarlo antes de la cena. Tiene que verse con Sir Isaac para tratar con él alguna que otra cuestión algo más tarde.

—¡Vaya! —exclamo Harker—. Sir Isaac ha terminado de pescar. Dicen de él que se enorgullece de levantarse al amanecer y acostarse cuando anochece.

El anciano que se hallaba en la isla se había puesto en pie. Cuando se volvió, dejó a la vista una mata de barba gris y un rostro de facciones bastante menudas y hundidas, pero también unas cejas de aspecto feroz y unos ojos irascibles y penetrantes. Con sus aparejos de pesca cuidadosamente dispuestos, emprendió el camino de vuelta a tierra firme atravesando el puente que formaban unas cuantas losas de piedra que asomaban, algo más allá, por entre las aguas poco profundas del río. Al llegar allí giró bruscamente y se encaminó hacia sus invitados dirigiéndoles un amistoso saludo de cortesía. Había varios peces en su cesta, lo cual parecía ser el motivo de que se encontrase de tan buen humor.

—Sí —dijo agradeciendo la cortés expresión de sorpresa de Fisher—. Me levanto antes que ninguna otra persona de la casa, según creo. A quien madruga Dios le ayuda. Y ya sabe usted que el pájaro que más madruga es el que suele atrapar al gusano.

—Por desgracia —dijo Harker—, es el pez que más madruga el que atrapa al gusano.

—Pero afortunadamente es el hombre que más madruga quien atrapa al pez —replicó el viejo con cierta brusquedad.

—Por lo que he oído, Sir Isaac, es usted también el último en acostarse —se interpuso Fisher—. Debe de conformarse usted con muy poco sueño.

—Nunca he gozado de mucho tiempo para dormir —contestó Hook—, y

esta noche, de todas formas, tendré que acostarme el último. El Primer Ministro me ha dicho que desea charlar un rato. Así que, teniendo en cuenta todo eso, creo que haríamos mejor en ir a vestirnos para la cena.

Aquel atardecer, la cena transcurrió sin una sola palabra de política y poco más que las fórmulas de rigor. El Primer Ministro, Lord Merivale, un hombre alto y delgado de cabello rizado y gris, adoptó para con su anfitrión una seria cortesía en relación con su éxito como pescador y con la destreza y paciencia que había demostrado durante todo aquel día. La conversación fluyó como las aguas poco profundas del arroyo al atravesar las losas de piedra del puente.

—Sin lugar a dudas, se requiere paciencia para acechar a los peces —dijo Sir Isaac—. Y también destreza para atraparlos. Pero por lo general suelo tener, ante todo, mucha suerte con ellos.

—¿Alguna vez le ha roto un pez el sedal y, a continuación, se le ha escapado? —preguntó el político con respetuoso interés.

—No, debido al tipo de sedal que utilizo —respondió Hook pleno de satisfacción—. Por algo me he especializado en aparejos. De tener el pez la fuerza suficiente para romperlo, la tendría también para arrastrarme con él al río.

—Una gran pérdida para la sociedad —dijo el Primer Ministro haciendo una reverencia.

Fisher, quien había estado escuchando todas estas banalidades mientras la impaciencia le reconcomía por dentro a la espera de su propia oportunidad, se puso en pie de un salto con una presteza que rara vez mostraba cuando su anfitrión se levantó. Se las compuso para dirigirse en un aparte a Lord Merivale antes de que Sir Isaac se lo llevase consigo para mantener una última entrevista. Tenía tan sólo unas pocas palabras que dirigirle, pero no quería dejar pasar la oportunidad de decírselas.

Mientras le abría la puerta al Primer Ministro, le dijo a éste en voz baja:

—He visto a Montmirail. Me ha dicho que a menos que elevemos de inmediato una protesta a favor de Dinamarca, Suecia se hará con el poder de los puertos.

Lord Merivale asintió con la cabeza.

—Precisamente ahora voy a oír lo que Hook tiene que decir con respecto a eso —dijo.

—Me imagino —dijo Fisher con sonrisa desvaída— que no cabe la menor duda acerca de lo que va a decir.

Merivale no respondió, sino que se dirigió con paso desgano pero

majestuoso hacia la biblioteca, a cuyo interior su anfitrión le había ya precedido. El resto de los presentes enfiló despreocupadamente el camino que conducía a la sala de billares mientras Fisher se limitaba a observarle al abogado:

—No tardarán mucho. Todos sabemos que los dos están prácticamente de acuerdo.

—Hook apoya completamente al Primer Ministro —asintió Harker.

—O el Primer Ministro apoya completamente a Hook —apuntó Horne Fisher, dicho lo cual comenzó a golpear perezosamente las bolas de la mesa de billar.

Siguiendo su reprochable costumbre, Horne Fisher bajó a la mañana siguiente tarde, sin ninguna prisa y dando evidentes muestras de una total falta de deseos de atrapar gusanos. En cuanto al resto de los invitados, éstos parecían sentir el mismo desinterés, por lo que, uno tras otro, conforme se iban levantando, habían ido sirviéndose el desayuno tomándolo directamente de la despensa durante las horas previas a la comida. Fue, por tanto, no mucho más tarde cuando recibieron la primera sorpresa de aquel extraño día. Llegó en la forma de un joven de cabello claro y expresión ingenua que apareció remando río abajo y acabó pisando tierra en el embarcadero. Se trataba, en efecto, de nada menos que Harold March, el periodista amigo de Mr. Fisher, cuyo viaje había comenzado muy lejos río arriba durante las primeras horas de aquel mismo día. Llegó entrada ya la tarde, tras haber realizado una sola parada para el té en un pueblo a orillas del río, razón por la cual le asomaba por el bolsillo un periódico vespertino de color rosado. Sin llegar a sospecharlo, cayó sobre el jardín situado junto al río como un tranquilo y bien educado rayo de tormenta.

El primer intercambio de saludos y presentaciones fue de lo más corriente, consistiendo principalmente en una inevitable reiteración de excusas por la ausencia del excéntrico anfitrión. Naturalmente, había vuelto a ir de pesca y no se le debía molestar hasta la hora indicada aunque estuviera sentado a un tiro de piedra de donde ellos se hallaban.

—Debe usted comprender que es su único pasatiempo —dijo Harker a manera de disculpa—. Y, después de todo, está en su propia casa. No obstante, resulta una persona muy hospitalaria en otros aspectos.

—Mucho me temo —dijo Fisher en voz más baja— que se está convirtiendo más en una manía que en un pasatiempo. Sé muy bien qué es lo que ocurre cuando un hombre de su edad comienza a coleccionar cosas, aunque sólo sean esos hediondos pececillos del río. Quizá recuerden ustedes al tío de Talbot y sus palillos de dientes, o al pobre y viejo Buzzy y sus restos de

ceniza de puro. Hook ha llegado a hacer una buena cantidad de cosas importantes en su época, como el papel que desempeñó en la industria maderera de Suecia o en la conferencia de paz de Chicago, pero dudo mucho que ahora se interese más en cualquiera de esas grandes cuestiones de lo que se interesa en esos pececillos.

—Oh, vamos, vamos —protestó el Fiscal de la Corona—. Va usted a hacer que Mr. March piense que ha venido a visitar a un chalado. Créame a mí: Hook lo hace sólo por diversión, como podría practicar cualquier otro deporte. Lo que ocurre es que es de los que se divierten de una manera más bien lamentable. Pero apuesto cualquier cosa a que si de pronto apareciesen noticias de importancia relacionadas con el pescado o con los buques de la flota, al momento dejaría a un lado su diversión.

—Pues a mí me sorprendería mucho que así fuese —dijo Horne Fisher mirando de manera soñolienta hacia la isla del río.

—A propósito, ¿qué noticias hay por ahí? —preguntó Harker a Harold March—. Veo que lleva usted un periódico encima, uno de esos panfletos de la tarde tan emprendedores que siempre salen por la mañana.

—Aparece el comienzo del discurso de Lord Merivale en Birmingham —contestó March entregándole el periódico—. No es más que un párrafo, pero a mí me parece bastante bueno.

Harker tomó el periódico, lo agitó y lo dobló para mirar las noticias de última hora. Se trataba, tal y como March había dicho, de tan sólo un párrafo, pero un párrafo que resultó tener un efecto muy peculiar sobre Sir John Harker. Su arrugado ceño se elevó con un gesto de sorpresa y sus ojos parpadearon, quedando por un momento su poderosa mandíbula completamente desencajada, lo cual, en aquel momento, y de alguna extraña manera, le hizo parecer muy viejo. Luego, recobrando la fuerza habitual de su voz y pasándole el periódico a Fisher sin acusar el más mínimo temblor, se limitó a decir:

—Muy bien, aquí tenemos una oportunidad para esa apuesta de la que hablábamos. Aquí tiene usted su gran noticia capaz de apartar al viejo de la pesca.

Horne Fisher miró el periódico, tras lo cual un cambio pareció también tener lugar sobre sus más lánguidas y menos expresivas facciones. Aquel breve párrafo iba precedido por dos o tres grandes titulares. En ellos, sus ojos leyeron: «¡Sensacional Advertencia a Suecia!» y «¡Protestaremos!».

—¿Qué demonios...? —dijo, tras lo cual sus palabras fueron apagándose hasta llegar primero a un murmullo y luego a un silbido.

—Tenemos que decírselo cuanto antes al viejo Hook o nunca nos lo perdonará —dijo Harker—. Probablemente querrá ver al Primer Ministro enseguida, aunque puede que ya sea demasiado tarde. Voy a ir a verle ahora mismo. Apuesto lo que sea a que, de una u otra manera, esto le hará olvidar sus peces.

Y, dando media vuelta, comenzó a recorrer a toda prisa la distancia que conducía, a lo largo de la margen del río, hasta el camino de losas de piedra. March, mudo de asombro debido a los efectos que había producido aquel periódico, se volvió hacia Fisher.

—¿Qué significa todo esto? —exclamó—. Siempre supuse que podríamos protestar en defensa de los puertos daneses tanto por el bien de ellos como por el nuestro propio. ¿Qué demonios es todo eso acerca de Sir Isaac y el resto de ustedes? No creerán acaso que se trata de malas noticias, ¿verdad?

—¡Malas noticias! —repitió Fisher, con una especie de suave énfasis más allá de toda descripción.

—¿Realmente son tan malas noticias? —preguntó su amigo por fin.

—¡Tan malas noticias! —repitió Fisher—. ¡Pero, hombre! ¡Son todo lo buenas que podían llegar a ser! Son grandes noticias. Son gloriosas noticias. Y lo mejor de ellas es que nos han cogido a todos por sorpresa. Es admirable. Es inestimable. Es verdaderamente increíble.

Miró nuevamente en dirección a los colores grises y verdes de la isla y el río hasta que aquella mirada suya tan melancólica se fue trasladando lentamente hasta los setos y las parcelas de césped.

—Tuve la sensación de que este jardín era como una especie de sueño —dijo—. Y supongo que en realidad debo de estar soñando. Pero lo cierto es que hay hierba que crece y aguas que corren, y que algo que había dado por imposible ha sucedido.

Al tiempo que hablaba, la oscura figura cargada de espaldas que parecía un buitre se asomó por la abertura del seto que había justo al lado de ellos.

—Ha ganado usted su apuesta —dijo Harker con una voz que sonó casi tan áspera como un graznido—. Ese viejo chalado no se interesa por nada que no sea la pesca. No sólo me ha soltado unas cuantas palabrotas sino que ha llegado a decirme que no quiere oír ni una sola palabra de política.

—Así supuse que sería —dijo Fisher con modestia—. ¿Qué va usted a hacer ahora?

—A pesar de todo, voy a utilizar el teléfono de ese viejo chiflado —contestó el abogado—. Tengo que averiguar qué es lo que ha ocurrido exactamente. Mañana mismo tengo que hablar en nombre del Gobierno.

Dicho esto, se alejó apresuradamente hacia la casa.

En el silencio que siguió después, un silencio de lo más desconcertante por lo que a March concernía, pudieron ver la pintoresca figura del Duque de Westmoreland, con su sombrero blanco y sus patillas, aproximarse a ellos a través del jardín. Instantáneamente, Fisher echó a andar a su encuentro con el periódico de color rosa en la mano mientras señalaba con unas pocas palabras el apocalíptico párrafo. El duque, quien había ido caminando despacio, se quedó completamente inmóvil y durante algunos segundos pareció un maniquí mirando la calle desde el escaparate de alguna tienda pasada de moda. Luego March pudo oír su voz, que le llegó alta y casi histérica.

—Pero él tiene que comprenderlo. Tiene que entrar en razón. No puede habersele expuesto la cuestión correctamente.

Y luego, tras recobrar hasta cierto punto la fuerza e incluso la pomposidad de su voz, añadió:

—Iré yo mismo a decírselo.

De entre los extraños incidentes de aquella tarde, March recordaría siempre algo casi cómico en la nítida imagen de aquel anciano caballero tocado con su extraordinario sombrero blanco saltando con gran cuidado de una piedra a otra a través del río como si se encontrase cruzando por entre el tráfico de Piccadilly. Luego, cuando el hombre desapareció tras los árboles de la isla, March y Fisher se volvieron para ir a reunirse con el Fiscal de la Corona, quien salía en ese momento de la casa con un semblante en el que podía leerse una inquebrantable confianza en sí mismo.

—Todo el mundo anda diciendo —dijo— que el Primer Ministro ha realizado el discurso más grandioso de toda su vida. Hubo sonoras y prolongadas ovaciones. Todos, desde los financieros más corruptos hasta los más heroicos campesinos, coinciden. Nunca volveremos a abandonar a Dinamarca a su suerte.

Fisher asintió con la cabeza y se volvió en dirección al camino de sirga, por donde vio al duque regresar con una expresión de profundo desconcierto dibujada en el rostro. En respuesta a las preguntas que se le dirigieron, aquél dijo en un tono ronco y confidencial:

—Creo sinceramente que nuestro pobre amigo no es el mismo de siempre. Se negó a escucharme. Llegó a..., bueno..., sugerir que podía asustar a los peces.

Un oído fino hubiera podido llegar a percibir cierto murmullo relativo a un sombrero blanco que brotó de los labios de Mr. Fisher. No obstante, dicho murmullo resultó ahogado casi por completo cuando Sir John Harker exclamó

con decisión:

—¡Fisher tenía toda la razón del mundo! ¡Y pensar que yo me resistí a creerle! Pero parece estar bastante claro que el viejo se encuentra, al menos por ahora, obsesionado con esta manía suya de la pesca. Si le prendieran fuego a la casa a sus espaldas, sería capaz de no mover ni un solo músculo hasta que se pusiera el sol.

Fisher, quien había proseguido su paseo hasta llegar a la parte más resguardada del camino de sirga, dirigió en aquel momento su penetrante y escrutadora mirada no hacia la isla sino hacia las lejanas cumbres boscosas que formaban las paredes del valle. El cielo de un atardecer tan despejado como el del día anterior se iba asentando sobre todo aquel sombrío paisaje, si bien hacia el oeste comenzaban ya a predominar los colores rojos sobre los dorados. Apenas se oía otra cosa que la monótona música del río. Luego llegó el sonido de una exclamación medio ahogada procedente de Horne Fisher, razón por la cual Harold March miró maravillado a su amigo.

—Habló usted de malas noticias —dijo Fisher—. Muy bien, aquí tenemos ahora noticias verdaderamente malas. Me temo que se trata de un asunto muy feo.

—¿A qué malas noticias se refiere usted? —preguntó su amigo, consciente de que había algo extraño y siniestro en el tono de su voz.

—A que el sol se ha puesto —contestó Fisher.

Tras decir esto, continuó hablando con el aire de quien es consciente de haber dicho algo fatal:

—Tenemos que conseguir que le hable alguien a quien él realmente escuche. Puede que esté loco, pero hay método en su locura. Casi siempre hay método en la locura. En realidad, ser metódico es lo que hace que los hombres enloquezcan de verdad. Y él nunca permanece allí sentado después de ponerse el sol, una vez que todo ha empezado a ponerse oscuro. ¿Dónde se encuentra su sobrino? Creo que él tiene verdadera devoción por su sobrino.

—¡Miren! —gritó March de repente—. ¡Vaya! Ahora mismo aparece por allí. Y viene precisamente en esta dirección.

Al mirar una vez más río arriba, pudieron ver, oscura contra los reflejos del atardecer, la figura de James Bullen saltando de piedra en piedra de manera torpe y precipitada, llegando en una ocasión a resbalar sobre una piedra y haciendo saltar un ligero chapoteo. Cuando se reunió con el grupo en la orilla, su rostro oliváceo estaba anormalmente pálido.

Los otros cuatro hombres, quienes ya se habían agrupado en el mismo sitio, le fueron llamando casi simultáneamente.

—¿Qué dice ahora?

—Nada. No dice... nada.

Fisher miró fijamente al joven durante un momento. Luego, dejando a un lado toda su pereza, y tras hacerle a March una señal apremiándole a que le siguiera, descendió a grandes zancadas hasta el río y lo cruzó. Unos instantes más tarde ambos se hallaron en el pequeño camino que, partiendo de allí, rodeaba la isla boscosa hasta llegar al extremo opuesto, donde se hallaba sentado el pescador. Al llegar allí se pararon y se quedaron mirándolo sin pronunciar una sola palabra.

Sir Isaac Hook aún permanecía sentado y recostado contra el tocón del árbol. Y así continuaba debido a la más poderosa de todas las razones. Un retal de su propio e irrompible sedal se hallaba apretado y enroscado, con una doble vuelta, alrededor de su garganta, y con otras dos vueltas más, alrededor del tocón de madera que le servía de apoyo a su espalda. El investigador se abalanzó hacia adelante y tocó la mano del pescador. Estaba tan fría como el cuerpo de un pez.

—Definitivamente, el sol se ha puesto —dijo Horne Fisher empleando el mismo tono terrible—. Y él nunca lo volverá a ver aparecer.

Diez minutos más tarde los cinco hombres, conmocionados por semejante tragedia, se encontraron de nuevo reunidos en el jardín. Durante un rato, permanecieron mirándose los unos a los otros con rostros pálidos pero vigilantes. Finalmente el abogado, que parecía ser el más alerta de todo el grupo, se decidió a hablar, si bien sus palabras sonaron algo bruscas.

—Debemos dejar el cuerpo tal y como está y telefonar a la policía —dijo—. Creo que mi propia autoridad será suficiente para registrar a los criados y revisar los papeles de nuestro desafortunado amigo para ver si encontramos algo que los implique. Ni que decir tiene que ninguno de ustedes, caballeros, debe abandonar este lugar.

Quizá hubiese algo en aquella manera suya tan rápida y rigurosamente legal de afrontar la situación que sugiriese la inminencia de alguna red o trampa. Sea como fuere, el joven Bullen se derrumbó de repente o, mejor dicho, reventó después de estar tanto tiempo reprimiendo su emoción. Su voz sonó como una explosión por todo el silencioso jardín.

—¡Yo ni siquiera le he tocado! —gritó—. ¡Les juro que no he tenido nada que ver en lo sucedido!

—¿Quién ha dicho que tuviera usted algo que ver? —preguntó Harker con una severa mirada—. ¿Por qué se justifica usted antes de ser acusado de nada?

—Porque todos ustedes me miran como si lo hiciesen —gritó el joven,

furioso—. ¿Se creen acaso que no sé que no hacen más que chismorrear acerca de mis malditas deudas y mis esperanzas de heredar?

Para sorpresa de March, Fisher se había apartado de este primer enfrentamiento llevándose consigo al duque a otra parte del jardín. Cuando se encontró fuera del alcance del oído de los demás, le dijo a éste con una curiosa sencillez:

—Westmoreland, voy a ir directo al grano.

—¿Y bien? —dijo el otro mirándolo con aire imperturbable.

—Usted tenía un motivo para matarlo —dijo Fisher.

El duque continuó mirándolo fijamente, si bien parecía incapaz de articular palabra.

—Espero que tuviese un motivo para matarlo —prosiguió Fisher más suavemente—. Como usted comprenderá, se trata de una situación bastante curiosa. Si hubiese tenido usted un motivo para matarlo, probablemente no lo hubiera hecho. Pero en el caso de no haber tenido motivo alguno, bueno, entonces usted quizá lo hubiera matado.

—¿De qué demonios está usted hablando? —preguntó el duque con violencia.

—Es muy sencillo —dijo Fisher—. Cuando usted se le acercó, él se hallaba o vivo o muerto. Si se encontraba vivo, hubiese sido usted quien lo hubiese matado. Si no, ¿por qué habría usted de mantener la boca cerrada y no decir que estaba muerto? Y en caso de estar él muerto, al tener usted un motivo para desear matarlo, no dijo usted ni una sola palabra por temor a ser acusado.

Luego, tras un silencio, añadió distraídamente:

—Chipre es un hermoso lugar, según tengo entendido. Paisajes románticos y gente romántica. Debe de ser un país sumamente embriagador para un joven.

De repente, el duque apretó los puños y dijo con un hilo de voz:

—Muy bien. Yo tenía un motivo.

—Entonces ya sé que no tengo de qué preocuparme con respecto a usted —dijo Fisher extendiendo la mano con una enorme expresión de alivio—. Estaba casi seguro de que en realidad usted no lo había hecho. Se llevó usted un buen susto cuando se lo encontró muerto, como es natural. Como si fuese un mal sueño hecho realidad, ¿no es cierto?

Mientras esta curiosa conversación tenía lugar, Harker había entrado en la casa sin hacer el menor caso de las manifestaciones del malhumorado sobrino,

regresando al poco tiempo con expresión más animada y con un fajo de papeles en una mano.

—He telefoneado a la policía —dijo deteniéndose para hablarle a Fisher—, aunque creo que ya he hecho por ellos la mayor parte del trabajo. Creo que ya he descubierto la verdad. Hay aquí un papel que...

Se detuvo al darse cuenta de que Fisher lo miraba con una singular expresión. Fue entonces Fisher quien habló:

—Y hay también algunos papeles que no están ahí, me imagino. Quiero decir, que ya no están ahí.

Y tras hacer una pausa añadió:

—Pongamos las cartas sobre la mesa. Al registrar usted los papeles del muerto con tanta prisa, Harker, ¿no buscaba usted algo... para asegurarse de que más tarde no pudiera ser encontrado por nadie?

Harker no movió un solo cabello rojo de su recia cabeza, pero miró a los demás por el rabillo del ojo.

—Y supongo —añadió Fisher con tranquilidad— que ésa es la razón por la cual nos mintió usted sobre el hecho de haber encontrado a Hook vivo. Usted sabía que había algo que demostraba que usted podía haber sido su asesino. Por eso no se atrevió a decirnos que le habían matado. Pero créame: resultará mucho mejor para usted ahora que se muestre sincero conmigo.

El macilento rostro de Harker se encendió súbitamente como alumbrado por un fuego infernal.

—¡Sincero! —gritó—. ¡Ser sincero es algo que no casa mucho con ninguno de ustedes! Todos ustedes, que han nacido en cunas de oro, se dedican a ir por ahí pavoneándose, como dotados de una virtud imperecedera, de que nunca han tenido en su mano nada que perteneciese a los demás. Pero yo, que nací en una humilde casa de huéspedes de Pimlico, tuve que buscarme la vida por mí mismo, y sería falso decir que alguna vez perjudiqué en lo más mínimo a una sola persona honrada. Y a pesar de todo, cuando un luchador se tambalea ligeramente sobre la cuerda mientras aún es joven y se encuentra inmerso en los escalafones más bajos de la ley, los cuales son, por cierto, de lo más sórdido, siempre aparece algún viejo vampiro que se engancha a uno a causa de ello y se dedica a chuparle la sangre durante el resto de su vida.

—Se refiere usted a aquel asunto de las Golcondas de Guatemala, ¿no es así? —dijo Fisher con un gesto comprensivo.

Harker se estremeció repentinamente. Luego dijo:

—Creo que lo sabe usted todo. Como si fuese Dios Todopoderoso.

—Yo sé demasiado —dijo Horne Fisher—. Incluidos los grandes errores.

Los otros tres hombres se iban aproximando a ellos, pero antes de que se hallasen demasiado cerca Harker dijo con una voz que había recobrado ya toda su firmeza:

—Sí. Destruí, en efecto, un papel. Pero encontré también otro que creo que probará la inocencia de todos nosotros.

—Muy bien —dijo Fisher en un tono más alto y alegre—. Entonces saquémosle provecho todos.

—Sobre los papeles de Sir Isaac —explicó Harker— había una carta llena de amenazas firmada por alguien llamado Hugo. En ella se amenaza con matar a nuestro desafortunado amigo de manera muy similar a la que finalmente le ha dado muerte. Es una carta despiadada, llena de insultos, como pueden comprobar ustedes mismos, pero haciendo hincapié en la costumbre del pobre Hook de pescar en la isla. Llama la atención el hecho de que el hombre declara que está escribiendo en un bote de remos. Y puesto que nosotros fuimos los únicos que nos acercamos a él por tierra firme —añadió sonriendo de manera bastante inquietante—, el crimen debe de haber sido cometido por un hombre que pasaba por allí en bote.

—¡Dios mío! —exclamó el duque con algo parecido a una gran excitación—. Recuerdo muy bien a ese tal Hugo. Era una especie de guardaespaldas o criado de confianza de Sir Isaac. ¿No lo entienden? Sir Isaac tenía miedo de ser atacado. No era, por así decirlo, muy popular en ciertos círculos. Hugo fue despedido tras algún oscuro escándalo, pero aún puedo recordarlo bien. Era húngaro, muy alto, con unos grandes bigotes que le sobresalían a ambos lados de la cara...

Una puerta se abrió en medio de la oscuridad que reinaba en la memoria de Harold March (o, para hablar con mayor propiedad, en su olvido) para mostrar un luminoso paisaje semejante al de un sueño perdido. Se trataba más bien de un paisaje acuático que de uno terrestre: un cuadro compuesto por prados inundados, árboles bajos y la arcada oscura de un puente. Y por un instante pudo ver nuevamente a aquel hombre de bigotes tan largos que parecían dos oscuros cuernos saltar hasta el puente para luego desaparecer.

—¡Santo Cielo! —gritó—. ¡Pero si resulta que yo mismo me crucé con el asesino esta mañana!

A pesar de todo lo ocurrido, Horne Fisher y Harold March aún pudieron disfrutar de un merecido día de descanso en el río. Como integrantes de aquel pequeño grupo, que, por cierto, se había disuelto nada más llegar la policía, lograron que el oportuno testimonio de March los dejase fuera de toda sospecha, con lo que se cerró el caso en contra del hombre llamado Hugo. El

que aquel húngaro fugitivo llegase o no a ser capturado por la policía era algo que a Horne Fisher se le antojaba altamente dudoso, si bien tampoco se podía decir de él que hubiese volcado todas sus endemoniadas dotes detectivescas en el asunto, ya que se limitó a recostarse contra los almohadones del fondo del bote mientras fumaba y observaba el balanceo de los juncos conforme éstos iban pasando y quedando atrás.

—Fue una gran idea lo de saltar al puente —dijo—. Un bote vacío quiere decir poca cosa. Y en cuanto al hombre, nadie lo ha visto desembarcar en ninguna de las dos riberas del río y, además, ha logrado esfumarse por el puente sin haber llegado hasta él por tierra, por así decirlo. Si a todo esto añadimos que lleva veinticuatro horas de ventaja, que sus bigotes desaparecerán y que luego él también desaparecerá, creo que podemos tener todas nuestras esperanzas puestas en que acabará escapando.

—¿Esperanzas? —repitió March dejando de remar durante un instante.

—Sí, esperanzas —repitió el otro—. Para empezar, ningún deseo de venganza al estilo siciliano va a consumirme por dentro por el simple hecho de que alguien haya matado a Hook. Quizá a estas alturas ya se haya dado usted cuenta de qué clase de tipo era Hook. Ese sencillo y enérgico magnate industrial hecho a sí mismo no era más que un maldito chantajista y un chupador de sangre ajena. Se hallaba en poder de secretos que atentaban contra casi todo el mundo. Uno contra el pobre y viejo Westmoreland referente a un matrimonio contraído por el duque en Chipre, siendo éste aún muy joven, que podría haber puesto a la duquesa en una situación de lo más embarazosa. Y también uno contra Harker acerca de alguna apuesta realizada con el dinero de algún cliente suyo cuando no era más que un abogado novato. Ésa, desde luego, es la razón por la cual perdieron los nervios cuando encontraron a Hook asesinado. Tuvieron la sensación de haberlo hecho ellos mismos en sueños. Pero, no obstante, debo admitir que tengo otra razón para no desear que cuelguen a nuestro amigo húngaro por asesinato.

—¿Y cuál es esa razón? —preguntó su amigo.

—Pues, simplemente, que él no cometió el asesinato —contestó Fisher.

Harold March puso a un lado los remos y dejó que el bote marchase a la deriva durante un momento.

—¿Quiere que le confiese una cosa? Una parte de mí estaba esperando oír algo así —dijo—. Resultaba bastante incongruente, pero se notaba presente en la atmósfera como se presiente un trueno en el aire.

—Todo lo contrario. Es el hecho de encontrar a Hugo culpable lo que resulta incongruente —contestó Fisher—. ¿No se da usted cuenta de que le condenan por la única razón por la que absuelven a todos los demás? Harker y

Westmoreland guardaron silencio porque habían encontrado a Hook muerto y sabían que había documentos que los harían aparecer como los asesinos. Muy bien, pues también Hugo lo encontró muerto y también Hugo sabía que había un documento que lo haría aparecer como el asesino. Él mismo lo había escrito el día anterior.

—Pero en ese caso —dijo March frunciendo el ceño—, ¿a qué intempestiva hora de la mañana se cometió realmente el asesinato? Apenas empezaba a clarear cuando me encontré a aquel hombre en el puente, y éste queda a una considerable distancia de la isla río arriba.

—La respuesta es muy sencilla —contestó Fisher—. El crimen no se cometió por la mañana. En realidad, ni siquiera fue cometido en la isla.

March miró a las relucientes aguas sin contestar, pero Fisher continuó como si le hubiesen formulado una pregunta.

—El que un asesino sea considerado inteligente lleva aparejada la capacidad de saber aprovecharse de cualquier detalle poco común para convertirlo en una situación de lo más corriente. En este caso el detalle era la manía del viejo Hook de ser el primero en levantarse cada mañana, su imperturbable rutina como pescador y su insistencia en no ser molestado. El asesino lo estranguló en su propia casa después de la cena de la noche anterior, transportó su cadáver, junto con todos sus aparejos de pesca, a través del arroyo a altas horas de la noche, lo ató a aquel tocón de árbol y lo dejó allí bajo las estrellas. Fue un hombre muerto quien estuvo pescando allí durante todo el día. Luego el asesino regresó a la casa, o mejor dicho al garaje, y se marchó de allí en su automóvil. Pues resulta un hecho cierto que al asesino le gusta conducir su propio automóvil.

Fisher miró significativamente a su amigo a los ojos y continuó:

—Parece usted horrorizado. Y no es de extrañar, pues se trata de un asunto verdaderamente horrible. Pero también otras cosas resultan horribles. Si algún individuo anónimo fuese perseguido por un chantajista hasta llegar al extremo de condenar su vida familiar a la más absoluta ruina, usted nunca pensaría que el asesinato de su perseguidor fuese el más imperdonable de todos los crímenes. ¿Es por ello peor cuando a quien se libera es a toda una gran nación en vez de a una sola familia?

»Por medio de esta advertencia a Suecia probablemente evitemos la guerra en vez de precipitarla, con lo que salvaremos muchos miles de vidas bastante más valiosas que la de esa víbora. Oh, no, no estoy filosofando ni justificando realmente lo sucedido, pero permítame decirle que la clase de esclavitud que les sometía tanto a él como a su país era mil veces menos justificable. Si yo fuese un hombre verdaderamente inteligente, lo hubiera adivinado todo nada

más ver su astuta y letal sonrisa durante la cena de la pasada noche. ¿Recuerda usted que le he contado la estúpida charla que mantuvimos entonces acerca de cómo el viejo Isaac era siempre capaz de jugar con los peces? En un sentido bastante macabro de la expresión, él era un pescador de hombres.

Harold March tomó los remos y comenzó a remar de nuevo.

—Lo recuerdo —dijo—. Y también recuerdo que un pez grande puede llegar a romper el sedal y acabar escapándose.

VII. EL TONTO DE LA FAMILIA

Tanto Harold March como los pocos que cultivaban la amistad de Horne Fisher, y muy especialmente los que le trataban con asiduidad dentro de su propio círculo, notaban una cierta soledad en las relaciones sociales de dicho personaje. Aunque siempre parecía encontrarse rodeado de parientes, nunca lo veían en compañía de su familia más directa. Claro que quizás resultase más acertado decir que veían, sin saberlo, a muchos de los miembros de su familia pero ni el menor resquicio del ambiente que nosotros solemos llamar familiar.

Con sus primos y demás parientes, quienes se ramificaban de manera laberíntica a lo largo y ancho de la clase gobernante de Gran Bretaña, Horne Fisher parecía mantener unas buenas, o cuando menos cordiales, relaciones. Ello era debido, principalmente, a que nuestro hombre destacaba por la curiosa facultad de poseer toda clase de conocimientos acerca de cualquier materia por extraña que ésta fuese, de tal manera que a veces uno podía llegar a pensar que sus vastos conocimientos, al igual que ocurría con su descolorido bigote rubio y sus pálidas y lánguidas facciones, poseían la fabulosa capacidad de adaptarse a su entorno con la misma facilidad que un camaleón. De una u otra manera, llegaba siempre a congeniar con embajadores y ministros, así como con todas las personalidades responsables de departamentos importantes, y a conversar con cada uno de ellos tanto acerca de su respectiva especialidad profesional como también sobre la rama del saber a la que se hallaban más personalmente consagrados. Así, podía dialogar con el Ministro de la Guerra acerca de gusanos de seda, con el Ministro de Educación sobre historias de detectives, con el Ministro de Trabajo sobre los célebres esmaltes de Limoges y con el Ministro de Orden y Progreso Moral (si es que tal nombre resulta el más apropiado) sobre las diferentes funciones benéficas que se habían venido representando por Navidad a lo largo de las cuatro últimas décadas. Y siendo el primero de estos caballeros su primo carnal, el segundo un primo lejano, el tercero su cuñado y el cuarto su tío político, tal versatilidad a la hora de entablar conversación contribuía, en cierto sentido, a la creación de una

familia feliz. A pesar de todo, March no encontraba por ningún lado en las relaciones personales de Horne Fisher la menor señal de la típica camaradería y confianza que las personas de clase media están tan acostumbradas a mantener con sus amistades y que es el verdadero germen de toda amistad, afecto y demás grandes valores en cualquier sociedad sana y estable. En su interior no dejaba de preguntarse si Horne Fisher no sería a la vez huérfano e hijo único.

Le causó, por tanto, una enorme sorpresa la noticia de que Fisher tenía un hermano, el cual era mucho más próspero y poderoso que él, aunque a duras penas, según March llegó a creer posteriormente, pudiera decirse que su vida fuese ni la mitad de fascinante que la de su hermano. Sir Henry Harland Fisher, cuyo nombre solía ir asociado a numerosos títulos y condecoraciones, ostentaba un cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores cuya importancia parecía a todas luces mayor aún que la del propio ministro. Aparentemente, aquello venía de familia, pues había un tercer hermano, Ashton Fisher, que vivía en la India y cuyo cargo tenía una mayor importancia que la que le correspondía al mismísimo gobernador de la colonia. Pero volviendo a Sir Henry Fisher, debe decirse que éste era una copia físicamente más pesada pero también más agraciada de su hermano. Lucía una calva que, aun siendo igual de grande que la del otro, se hallaba también mucho más cuidada. Sus maneras resultaban muy corteses pero también ligeramente condescendientes no sólo con respecto a March sino incluso, tal y como el propio March había llegado a imaginarse, también con Horne Fisher. Este último, que por lo general sabía adelantarse a los pensamientos a medio formar de cuantos le rodeaban, se dignó aludir de pasada al tema en cierta ocasión en que ambos hombres paseaban por Berkeley Square.

—Pero hombre, ¿es que acaso no sabe usted —dijo con gran tranquilidad— que en mi casa yo soy el tonto de la familia?

—Si eso es cierto, entonces debe de tratarse de una familia muy inteligente —dijo Harold March con una sonrisa.

—Se ha expresado usted con una gran elegancia —respondió Fisher—. Se nota que es usted una persona instruida. Hombre, en realidad quizás resulte exagerado decir que soy el tonto de la familia, pero podría decirse que, dentro de ella, yo soy el gran fracasado.

—Me resulta verdaderamente extraño oír algo así precisamente de usted —observó el periodista—. ¿Puede saberse en qué ha fracasado usted?

—En política —contestó su amigo—. Fui elegido representante del Parlamento cuando era aún muy joven. Me eligieron por una gran mayoría, lo que en su día fue causa de muchos vítores, aplausos y paseos triunfales por toda la ciudad. Desde entonces hasta ahora, como era de esperar, mi situación

no ha estado muy clara.

—Me temo que no comprendo el significado de ese «como era de esperar» —contestó March riendo.

—No merece la pena comprender esa parte de la historia —dijo Fisher—. Pero en cambio, viejo amigo, la otra parte resulta sumamente extraña e interesante. Fue, a su manera, una auténtica historia de misterio, además de la primera lección de política moderna que recibí en mi vida. Si lo desea, puedo contarle lo que pasó.

Y lo que viene a continuación, aunque recogido omitiendo referencias personales y con menos diálogos, es la misma historia que Fisher contó aquel día.

Nadie que en aquella época gozase del privilegio de conocer a Sir Henry Harland Fisher podría llegar a creer que muchos años atrás se le había conocido simplemente como «Harry». Pero así era. Cuando no era más que un muchacho solía llamársele de dicha manera, y esa serenidad de la que siempre había hecho gala a lo largo de su vida y que se tornaba, en sus años de madurez, en un aire de gravedad, había sido una vez alegría. Sus amigos hubieran dicho de él que era tan sereno en su madurez precisamente por haber sido tan alocado durante su juventud. Sus enemigos, por el contrario, hubieran dicho que era todavía una persona brillante pero que nunca volvería a ser tan alegre como había llegado a ser en cierta época. Pero en cualquier caso, la historia completa que Horne Fisher se disponía a contar arrancaba con el suceso que acabaría convirtiendo al joven Harry Fisher en secretario privado de Lord Saltoun. De ahí su posterior relación con el Ministerio de Asuntos Exteriores, la cual le había llegado, por cierto, como una especie de legado de parte de Su Señoría cuando aquel gran hombre llegó a ostentar en su momento el poder que se oculta tras el trono. No es éste el lugar más apropiado para extenderse hablando de Saltoun, pues es poco lo que de él se sabe en comparación con lo mucho que merecería la pena que se supiera. Baste decir que Inglaterra ha tenido al menos tres o cuatro hombres de Estado cuyos nombres han permanecido, como el suyo, bajo estricto secreto. Los gobiernos dirigidos por aristócratas producen de vez en cuando algún que otro aristócrata que resulta ser alguien excepcional, un hombre de gran perspicacia y poder intelectual, una especie de Napoleón en la sombra. La mayor parte de su inmensa labor resultaba siempre invisible, y muy poco de lo relacionado con ella se filtraba a su vida privada si exceptuamos un áspero y decididamente cínico sentido del humor. Y fue, por cierto, su presencia puramente casual en una reunión familiar en casa de los Fisher, así como una inesperada opinión que manifestó, lo que convirtió en toda una aventura novelesca lo que bien pudo haberse quedado en una mera broma de sobremesa.

Con la única excepción de Lord Saltoun, en aquel momento aquélla era una fiesta compuesta sólo por miembros de la familia Fisher, pues el otro personaje distinguido que había estado presente sin llamarse Fisher se había marchado al acabar la cena dejando al resto de los invitados entregados a sus cafés y sus puros. Se había tratado de una persona de cierta relevancia: un joven de Cambridge llamado Eric Hughes, la nueva promesa del partido reformista, partido éste con el que la familia Fisher, al igual que su amigo Saltoun, había estado durante mucho tiempo formalmente comprometida. La personalidad de Hughes había quedado puesta de manifiesto claramente con el hecho de que se había pasado toda la cena hablando y dando evidentes muestras de una gran elocuencia y un fuerte poder de convicción, si bien, nada más terminar aquélla, se había despedido con el pretexto de acudir a una cita. Todo lo que hacía poseía una mezcla de ambición y euforia, por lo que, aunque no había probado el vino, las palabras habían llegado a embriagarlo ligeramente. Poco después su rostro y ciertas declaraciones suyas aparecerían en las primeras páginas de todos los periódicos por haber impugnado el escaño que Sir Francis Verner tenía prácticamente reservado para cuando concluyesen las elecciones que estaban a punto de celebrarse al oeste del país. Pero, por el momento, todo el mundo hablaba del enérgico discurso que acababa de pronunciar en contra de la aristocracia rural. Incluso en el círculo de los Fisher todos hablaban de ello. Bueno, todos excepto el propio Horne Fisher, quien permanecía sentado en un rincón inclinado sobre el fuego. En su más temprana madurez, los modales que después acabarían siendo pura languidez tenían una apariencia más bien huraña. Prefería enfrascarse y sumergirse en la lectura de toda clase de libros y materias extraños. Poco partidario de las aficiones políticas de su familia, su futuro se le antojaba a sus más allegados como algo todavía incierto e indeterminado.

—Deberíamos estarle agradecidos a Hughes por aportar algo de sangre joven al partido —decía Ashton Fisher—. Esta campaña contra la aristocracia terrateniente está socavando los cimientos de la democracia que reina en este país. Su intento de ampliar el control sobre las delegaciones del gobierno en las provincias es ya prácticamente un proyecto de ley, por lo que podría decirse que su presencia se deja notar en el Gobierno incluso antes de pasar por el Parlamento.

—Eso es así porque una cosa es más fácil que la otra —dijo Harry despreocupadamente—. Estoy absolutamente convencido de que un aristócrata terrateniente siempre resulta ser un hueso más duro de roer que el delegado del gobierno de la provincia. Verner se halla muy bien situado. Todas esas zonas rurales son lo que ustedes llaman puntos reaccionarios. Y maldecir a los aristócratas que dominan en ellas no va precisamente a cambiar las cosas en esos lugares.

—Pero hay que reconocer que Hughes los maldice con bastante éxito y estilo —dijo Ashton—. Nunca hemos tenido mitin mejor que el que celebramos en Barkington, un condado que hasta ahora siempre ha tenido mayoría conservadora. Cuando dijo que si bien Sir Francis podía alardear de sangre azul, nosotros podíamos hacer lo mismo con nuestra sangre roja, y cuando después continuó hablando sobre los hombres y la libertad, toda la sala acabó poniéndose en pie.

—Habla muy bien, es cierto —manifestó Lord Saltoun un tanto malhumorado, manifestación ésta que constituía su primera contribución hasta el momento a la conversación.

Fue entonces cuando el casi igualmente silencioso Horne Fisher habló de repente sin apartar del fuego sus melancólicos ojos.

—Lo que no logro entender —dijo— es por qué nunca se acusa a nadie con la verdad.

—¡Vaya! —observó Harry bromeando—. ¿Es que estás empezando a interesarte por el asunto?

—Tomemos a Verner, por ejemplo —continuó Horne Fisher—. Si lo que queremos es atacar a Verner, ¿por qué no arremeter contra él? ¿Por qué alabarlo diciendo que es un aristócrata romántico y reaccionario? ¿Quién es Verner? ¿De dónde procede? Su nombre suena a antiguo, pero yo nunca lo había oído antes. ¿Por qué hablar de su sangre azul? Por lo que de él se sabe, su sangre bien podría ser amarilla con puntos verdes. Todo lo que sabemos es que Hawker, el terrateniente, derrochó de alguna u otra manera todo su dinero (y el de su segunda esposa, según creo, puesto que ella era bastante rica), y tuvo que vender todas sus tierras a un hombre llamado Verner. Ahora bien, ¿de dónde sacó éste el dinero para comprarlas? ¿Del petróleo? ¿De operaciones con el ejército, quizás?

—Lo ignoro —dijo Saulton mirándole con aire pensativo.

—Es la primera vez en toda mi vida que le oigo a usted decir que ignora algo —exclamó Harry eufórico.

—Pero aún hay más —continuó Horne Fisher, quien parecía haber recuperado de repente el don de la palabra—. Si queremos que la gente del campo nos vote a nosotros, ¿por qué no encontrar a alguien que conozca a la gente del campo? Cuando le hablamos a la gente de Threadneedle Street no lo hacemos sobre nada que no sean hortalizas y animales. ¿Por qué cuando le hablamos al pueblo de Somerset no lo hacemos sobre nada que no sean suburbios y socialismo? ¿Por qué no les damos de una vez las tierras de los terratenientes a sus habitantes y arrendatarios sin necesidad de meter por medio a los delegados del gobierno?

—¡Tres acres de tierra y una vaca para cada uno! —gritó Harry profiriendo lo que en las crónicas parlamentarias solían llamarse vítores irónicos.

—Sí —contestó su hermano con terquedad—. ¿No crees acaso que los agricultores preferirían tener tres acres de tierra y una vaca antes que tres acres enteros de formularios que rellenar y un sindicato? ¿Por qué nadie funda un partido político que esté formado por labradores ricos que apelen a las viejas tradiciones de los pequeños propietarios? ¿Y por qué no se ataca a hombres como Verner por lo que son?

—¿Y por qué no vas y diriges tú mismo ese partido? —se rio Harry—. ¿No cree que sería de lo más divertido, Lord Saltoun, ver a mi hermano y a toda su cuadrilla de valientes empuñando sus pancartas y carteles y marchando en dirección a Somerset vestidos todos de verde?

—No —contestó el viejo Saltoun—. No creo que fuese algo divertido. Creo que sería una idea sumamente seria y de una gran sensatez.

—¡Vaya, hombre! ¡Que me cuelguen si...! —exclamó Harry mirándolo fijamente—. Hace un momento he dicho que es la primera vez que le oía a usted decir que ignoraba algo, pero ahora debería añadir que es la primera vez que le veo no apreciar una broma.

—En mis tiempos yo he llegado a apreciar muchas cosas —dijo el anciano con bastante amargura—. También en mis tiempos llegué a contar una buena cantidad de mentiras, algo de lo que quizás me arrepienta. Pero, con todo, no es menos cierto que hay muchas clases de mentiras. Los caballeros suelen mentir igual que los colegiales, es decir, en parte por lealtad y en parte para echarse mutuamente una mano. Pero que me cuelguen si encuentro una sola razón para mentir por todos esos terratenientes canallas que sólo saben ayudarse a sí mismos. Hace tiempo que ya no nos respaldan y, es más, siempre están intentando desplazarnos y dejarnos en mal lugar en sus dominios. Así que si un hombre como su hermano desea ingresar en el Parlamento como si fuese uno de esos pequeños propietarios, o como un caballero, o como un jacobino, o como los antiguos britanos, o como lo que él desee, yo me atrevería a decir que sería algo verdaderamente digno de elogio.

En el sobrecogedor silencio que siguió a sus palabras Horne Fisher se puso en pie de un salto, con lo que toda su apatía desapareció de un golpe.

—Estoy dispuesto a poner manos a la obra mañana mismo —gritó—. Supongo que ninguno de ustedes, amigos míos, me respaldará, ¿verdad?

Entonces Harry Fisher dejó aflorar el lado más admirable de toda su impulsiva personalidad haciendo un repentino ademán hacia su hermano, como queriendo felicitarlo.

—Eres un buen chico, Horne —dijo—. Yo te respaldaré si nadie más lo hace. Aunque en realidad todos nosotros te estaremos apoyando, ¿no es cierto? Comprendo lo que Lord Saulton intenta insinuar, y ni que decir tiene que está en lo cierto. Él siempre lo está.

—Entonces mañana mismo emprenderé el camino a Somerset —dijo Horne Fisher.

—Excelente. Queda de camino a Westminster —dijo Lord Saulton con una sonrisa.

Y así fue como, algunos días después, Horne Fisher se encontró en la pequeña estación de una remota ciudad comercial del oeste con la única compañía de una ligera maleta y su alegre hermano. No debe caerse en el error de pensar que el tono festivo que imperaba en su hermano se debiese por entero a los deseos de burla de éste. En realidad, apoyaba al nuevo candidato con una mezcla de esperanza y sentido del humor al mismo tiempo que, a espaldas de su bulliciosa compañía, latía en él un creciente sentimiento de compasión y aliento. Harry Fisher siempre le había tenido un especial afecto a aquel hermano suyo tan callado y excéntrico y sentía ahora, cada vez con mayor intensidad, un enorme respeto hacia él. Y conforme la campaña avanzaba, dicho respeto fue aumentando hasta convertirse en una ardiente admiración. Y es que Harry aún era joven, razón por la cual podía llegar a sentir por su líder electoral el mismo tipo de entusiasmo que puede sentir un colegial por el capitán de su equipo de críquet favorito.

Y dicha admiración no era inmerecida, ni mucho menos. Conforme la nueva disputa a tres bandas se iba desarrollando, se hizo patente para muchos, además de para sus devotos parientes, que en Horne Fisher había más de lo que ellos nunca antes habían sabido apreciar. Estaba claro que aquel arrebató que había tenido junto a la chimenea de la casa familiar no había sido más que la culminación de un largo proceso de estudio y meditación sobre el asunto. Aquel talento que poseía y que había estado reservándose para sí mismo durante toda su vida con el fin de estudiar toda clase de disciplinas, había estado concentrado durante mucho tiempo en la idea de defender un nuevo campesinado frente a una nueva plutocracia. Se dirigía a la masa dando muestras de una gran elocuencia y contestaba a cada individuo con un gran sentido del humor, dos artes políticas que parecía poner en práctica como si fuesen la cosa más natural del mundo. A decir verdad, sabía mucho más de los problemas del campo que Hughes, el candidato reformista, o Verner, el candidato conservador. Investigaba dichos problemas con una curiosidad natural e indagaba en sus orígenes hasta obtener unos resultados con los que ninguno de los otros dos se hubiera atrevido siquiera a soñar. Pronto se convirtió en la voz de todos esos sentimientos populares que nunca encuentran eco en la prensa más difundida: nuevas perspectivas de crítica, argumentos

que nunca antes habían sido oídos en labios de una persona culta, pruebas y comparaciones que sólo habían visto la luz en el dialecto de los hombres que solían reunirse a beber en las pequeñas tabernas locales, oficios semiolvidados que habían sido transmitidos de boca en boca desde épocas inmemoriales cuando los padres de los hombres todavía eran libres... Todas estas cosas juntas contribuyeron a crear una excitación generalizada de lo más sorprendente en un doble plano.

Por un lado, sorprendió a los más instruidos porque era una idea nueva y brillante con la que nunca habían contado. Por otro, sorprendió también a los más ignorantes por tratarse de una idea familiar y ancestral que creyeron que nunca sería recuperada. Los hombres comenzaron a ver las cosas bajo una nueva luz, si bien aún no eran capaces de definir si se trataba de la luz del ocaso o la de un nuevo amanecer.

No tardaron en aparecer obstáculos que parecían decididos a impedir que el movimiento adquiriese dimensiones verdaderamente importantes. Mientras Fisher iba de aquí para allá recorriendo toda suerte de caseríos y mesones rurales, fue dándose cuenta poco a poco y sin la menor dificultad de que Sir Francis Verner era un administrador verdaderamente mezquino. La historia de que las propiedades que poseía habían sido compradas no era ni tan antigua ni tan respetable como él había supuesto en un principio. Es más, era conocida en toda la región y, en todos los sentidos, resultaba evidente que había algo de lo más extraño en ella. Hawker, el antiguo propietario, había sido un tipo negligente y disoluto. Había terminado de mal talante sus relaciones con su primera esposa (la cual había muerto, tal y como decían algunos, abandonada por su marido), y se había casado después con una judía sudamericana de lo más vulgar pero poseedora de una inmensa fortuna. En cuanto al dinero de ésta, debió de actuar increíblemente deprisa sobre él, pues pronto se vio obligado a vender la propiedad a Verner marchándose posteriormente a vivir a Sudamérica, seguramente a otras propiedades de su nueva esposa. No obstante, Fisher descubrió que la inoperancia del antiguo propietario resultaba en realidad mucho menos odiada que la eficiencia del nuevo. La historia de Verner parecía encontrarse repleta de astutos negocios y artimañas financieras que siempre dejaban a los demás sin dinero ni esperanzas. Pero a pesar de no hacer más que oír las muchas y repetidas historias que se contaban acerca de Verner, había algo que una y otra vez se le escapaba, algo que nadie sabía, algo de lo que ni siquiera Saltoun había oído hablar nunca: la manera en que Verner había amasado la fortuna con la que le había comprado la propiedad a Hawker.

—Debe de haberla ganado de alguna manera especialmente oscura para desear guardar el secreto tan celosamente —se decía a sí mismo Horne Fisher—. Debe de tratarse de algo de lo que realmente se avergüenza. Pero... ¿qué

demonios? ¿Es que acaso puede un hombre avergonzarse de algo hoy en día?

Y mientras meditaba sobre las posibles respuestas, éstas iban adquiriendo formas cada vez más siniestras y retorcidas en su imaginación. Llegó incluso a pensar, de pasada, en cosas improbables y repulsivas, en insólitas formas de esclavitud y brujería, para pasar luego a otras aún más repugnantes y sobrenaturales pero de mayor familiaridad para sus vastos conocimientos. La figura de Verner, que parecía haberse oscurecido y transformado en su imaginación, resaltaba sobre fondos de extrañas y variadas dimensiones.

Mientras recorría las calles de un pueblo enfrascado en sus reflexiones, sus ojos tropezaron con el rostro de su otro rival, el candidato reformista, cuyas facciones ofrecían un notable contraste con las de aquel que ocupaba sus pensamientos. Eric Hughes, con sus rubios cabellos flotando al viento y su ardiente rostro de estudiante, se introducía en ese momento en su automóvil mientras le dirigía unas últimas palabras a su representante en la localidad, un tipo canoso y robusto llamado Gryce. Eric Hughes le hizo a éste un amistoso gesto con la mano, a pesar de lo cual no recibió de Gryce más que una mirada llena de hostilidad. Aunque Hughes era un joven cargado de legítimas aspiraciones políticas, tenía muy presente que los políticos rivales son gente con la que uno tiene que convivir más tarde o más temprano. En cambio, Mr. Gryce era un radical inflexible de carácter más rural, uno de esos tipos acostumbrados a triunfar con sus discursos en la capilla del pueblo, y también una de esas personas que tienen la suerte de trabajar en lo que realmente les gusta.

Cuando el coche comenzó a alejarse, Gryce dio media vuelta y echó a andar, silbando animadamente, por la soleada calle principal de aquella pequeña población con un fajo de papeles asomándole por el bolsillo. Durante un momento, Fisher permaneció observando pensativamente aquella resuelta figura mientras se alejaba. Luego, como impelido por un repentino impulso, comenzó a seguirla. El uno detrás del otro, se abrieron paso por el concurrido mercado, circularon por entre las cestas y carretas de los diferentes puestos, pasaron bajo el letrero de madera que colgaba sobre la puerta de la taberna del Dragón Verde, subieron por una oscura bocacalle lateral, pasaron bajo una arcada y atravesaron todo un dédalo de retorcidas callejuelas pavimentadas con adoquines. Y siempre la figura cuadrada y de andares resueltos en primer lugar y la figura delgada y de andares desmañados detrás de ella como si fuese su propia sombra. Por fin, ambos llegaron frente a una casa de ladrillos marrones en cuya fachada resaltaba una placa de latón en la que podía leerse el nombre de Mr. Gryce. Una vez allí, el que caminaba en primer lugar se volvió y se quedó mirando fijamente a su perseguidor.

—¿Podría tener unas palabras con usted, caballero? —acertó a preguntar entonces Horne Fisher educadamente.

El representante local de los reformistas permaneció mirándole durante algunos instantes más pero, tras asentir cortésmente, lo condujo al interior de una desordenada oficina en la que multitud de folletos se hallaban esparcidos por todas partes y donde grandes carteles de colores colgaban de las paredes asociando el nombre de Hughes con los más altos valores de la humanidad.

—Mr. Horne Fisher, según creo —dijo Mr. Gryce—. Ni que decir tiene que me honra mucho su visita, pero me temo que no puedo felicitarle por haber entrado a formar parte de la disputa, así que le ruego que no espere eso de mí. Llevamos aquí mucho tiempo manteniendo bien alto el antiguo estandarte de la libertad y la reforma para que ahora venga usted y nos desbarate el frente de batalla.

Mr. Elijah Gryce gustaba tanto de las metáforas militares como de la denuncia del militarismo. Era un hombre de mandíbula cuadrada, facciones rudas y una agresiva manera de levantar las cejas. Había estado involucrado de una u otra manera en la política de aquella zona de provincias desde que era un muchacho. Conocía por tanto los secretos de todo el mundo y podía decirse que las campañas electorales eran la pasión de su vida.

—Supongo que pensará usted que me consume la ambición —dijo Horne Fisher con su apática voz— y que mi objetivo es implantar una dictadura o algo así. Bueno, creo que puedo alejar de mí todas esas sospechas de ambición y egoísmo. Lo único que pretendo es que ciertas cosas se lleven a cabo, aunque no deseo ser yo quien las realice porque muy raramente me siento con ganas de hacer nada. He venido aquí para decirle que estoy dispuesto a retirar mi candidatura si puede usted convencerme de que en realidad ambos queremos lo mismo.

El representante del partido reformista lo miró con una expresión de extrañeza y ligera confusión pero, antes de que tuviese oportunidad de responder, Fisher continuó hablando con el mismo tono neutral que había empleado hasta entonces:

—Usted no querrá creerlo, pero tengo mis razones para decirle lo que le he dicho. Y tengo también serias dudas acerca de otras cuestiones. Por ejemplo, los dos queremos expulsar a Verner del Parlamento, pero ¿qué armas estamos empleando para conseguirlo? He oído un montón de rumores que le desacreditan, pero ¿resulta correcto actuar basándose simplemente en estos rumores? Al igual que quiero jugar limpio con usted, quiero jugar limpio también con él. Si tan sólo una pequeña parte de las cosas que he oído contar de él fuesen ciertas, deberían expulsarlo no ya sólo del Parlamento sino de cualquier club de Londres que se precie. Pero lo que no deseo es que se le expulse del Parlamento si esos rumores resultan no ser ciertos.

En ese momento el fuego de la batalla chispeó en los ojos de Mr. Gryce,

quien se tornó de lo más locuaz, por no decir violento. Dijo que no tenía ni la más mínima duda de que todas aquellas historias eran ciertas. A su entender, podía incluso llegar al extremo de testificar que eran verdad. Verner no sólo era un propietario severo, sino también un hombre de lo más ruin y un ladrón que pedía unos alquileres abusivos. Cualquier hombre de bien que decidiese deshacerse de él estaría plenamente justificado. Había estafado al viejo Wilkins despojándolo de todos sus bienes con artimañas propias de un vulgar ratero. Se había encargado de enviar a Mrs. Biddle a un asilo de pobres. Había conseguido estirar el brazo de la ley para dejarlo caer sobre Long Adam, el cazador furtivo, hasta llegar a un punto en que todos los magistrados se avergonzaban de tener que tratar con él.

—Así que si es cierto que está usted al servicio de nuestro viejo estandarte —concluyó Mr. Gryce más suavemente— y consigue expulsar a ese tirano estafador, estoy seguro de que nunca se arrepentirá de ello.

—Entonces, si todo eso que se dice es tan cierto como asegura usted —dijo Horne Fisher—, ¿por qué no van y lo cuentan?

—¿A qué se refiere usted? ¿A que contemos la verdad? —preguntó Gryce.

—Me refiero a que cuenten toda la verdad tal y como me la acaba de contar usted ahora mismo —contestó Fisher—. A que empapelen el pueblo entero con carteles en los que se exponga la canallada que se le ha hecho al viejo Wilkins. A que divulguen en los periódicos la infame historia de Mrs. Biddle. A que eleven una denuncia contra Verner desde cualquier lugar público sacando a relucir su nombre por lo que le hizo a ese cazador al que perjudicó. Y a que averigüen por qué medios consiguió nuestro hombre el dinero con el que adquirió las tierras que posee y a que, cuando sepan la verdad, la cuenten, naturalmente, tal y como ya le dije antes. Y sólo con estas condiciones me comprometeré a ponerme al servicio de su viejo estandarte, como usted lo llama, y a arriar mi pequeña bandera.

El representante le observó con una curiosa expresión que parecía algo hosca pero que no resultaba del todo indiferente.

—Bien —dijo lentamente—. Si quiere usted hacer todas estas cosas, tendrá que hacerlas siguiendo el procedimiento habitual, ya me entiende usted, o la gente no las entenderá. Tengo una gran experiencia en estas cosas y me temo que lo que usted pretende no funcionaría. La gente comprende que, como regla general y siempre en un sentido muy amplio, se hable mal de los propietarios. Pero recurrir a esas personas para que den su testimonio no se consideraría jugar limpio. Parecería un golpe bajo.

—No creo que al viejo Wilkins le importase mucho —contestó Horne Fisher—. Verner puede atacarle cuando lo desee y nadie se atrevería a decir ni

una sola palabra contra él. Evidentemente, es importante andarse con cuidado. Parece ser que uno tiene que disfrutar de una posición social acomodada para permitirse perder dicho cuidado.

—Y Wilkins no tiene precisamente una posición social de ese tipo —respondió Gryce mirando a la mesa con el ceño fruncido.

—Y Mrs. Biddle y Long Adam, el cazador, tampoco son precisamente personajes importantes, por lo que veo —dijo Fisher—. Y supongo que no podemos ir por ahí preguntando cómo consiguió Verner el dinero que le permitió convertirse en un... hombre importante, por así decirlo.

Gryce continuó mirándole por debajo de sus fruncidas cejas, si bien una luz peculiar acababa de avivar sus ojos. Finalmente, dijo con voz mucho más tranquila:

—Escúcheme bien, caballero. Usted me gusta, si no le importa que lo exprese así. Creo que realmente está de parte del pueblo y creo que es un hombre valiente. Mucho más valiente, quizá, de lo que usted mismo se imagina. Nosotros no nos atreveríamos a mezclarnos en lo que usted propone ni aunque nos pagaran y, aunque lejos de desear que se alíe usted con el partido rival, creo mi deber decirle que preferiríamos que corriera usted sus riesgos por su propia cuenta. Pero como me cae usted bien y respeto su valor, le voy a hacer un pequeño favor antes de que nos separemos porque no deseo que malgaste su tiempo buscando en el lugar equivocado. Me ha hablado usted de su intención de descubrir cómo consiguió Verner el dinero necesario para poder comprar las tierras que ahora posee, cómo llegó a la ruina su antiguo propietario y todo lo relacionado con esa cuestión. Muy bien, le voy a dar una pista, una preciosa información que muy pocos conocen.

—Se lo agradecería enormemente —dijo Fisher—. ¿De qué se trata?

—Para decirlo con pocas palabras —dijo el otro—, el actual dueño era muy pobre cuando adquirió las tierras mientras que el viejo era muy rico cuando las vendió.

Horne Fisher lo miró pensativo mientras el otro se volvía bruscamente y comenzaba a revolver entre los papeles que cubrían por completo su escritorio. Fisher le dio las gracias y se despidió con unas pocas palabras, y acto seguido salió a la calle sumido todavía en profundos pensamientos.

Sus reflexiones parecieron desembocar en una firme resolución, con lo que, acelerando el ritmo de sus zancadas, salió de la pequeña población y enfiló una carretera que conducía a las puertas de unos vastos jardines que formaban parte de la finca de Sir Francis Verner. La luz del sol convertía el recién llegado invierno en un postrero otoño mientras los oscuros bosques presentaban aquí y allá ligeras pinceladas de hojas rojas y doradas que

simulaban los últimos jirones de una agonizante puesta de sol. Desde lo más alto de una elevación de la carretera había alcanzado a divisar, casi a sus pies, la larga fachada clásica, recorrida casi por completo por numerosas ventanas, del enorme caserón. Sin embargo, conforme la carretera fue descendiendo hasta llegar a la altura del muro de la finca, tras el cual se levantaban altísimos árboles que asomaban por encima de aquél, descubrió que aún le quedaba por recorrer aproximadamente media milla alrededor de la finca para llegar hasta la entrada. No obstante, tras caminar unos cuantos minutos en paralelo al muro, llegó a un lugar en el que éste se hallaba resquebrajado y todavía en proceso de reparación. Allí, entre los ladrillos de color gris, se abría un gran boquete que al principio parecía tan oscuro como una caverna y que sólo tras un segundo vistazo permitía vislumbrar a través de él la penumbra entre los árboles. Algo fascinante se percibía en aquella inesperada puerta, como si a través de ella se pudiese entrar en un cuento de hadas.

Horne Fisher tenía algo de aristócrata, lo cual es casi como decir que tenía algo de anarquista. Resultaba lógico esperar de él que utilizara aquella oscura e inusual entrada con la misma naturalidad con la que cruzaría la puerta principal de su propia casa después de pensar, sin más, que podría tratarse de un atajo que condujese a la mansión. Con cierta dificultad, se fue abriendo camino durante un buen rato a través de la tenebrosa espesura hasta que al fin comenzaron a brillar a ras de suelo y por entre los árboles unos haces de luz plateada que al principio no logró identificar. Al poco, salió a plena luz del día en lo más alto de una escarpada pendiente al fondo de la cual discurría un sendero que rodeaba el borde de un gran lago ornamental.

Aquella extensión de agua, causa de los resplandores que había visto rielar a través de los árboles, poseía un considerable tamaño, si bien se hallaba encerrada por todos sus lados por bosques que no sólo eran oscuros sino también decididamente tétricos. A un lado del sendero se levantaba una estatua clásica que representaba a una ninfa cuyo nombre fue incapaz de identificar. En el lado opuesto había un par de urnas funerarias clásicas cuyo mármol se hallaba deteriorado por la intemperie y recorrido por vetas verdes y grises. Muchos otros detalles, más pequeños pero muy significativos, le hicieron deducir que se encontraba en algún remoto rincón del terreno que se hallaba en evidente descuido y que rara vez era visitado. En medio del lago se veía lo que parecía ser una isla, y sobre la isla algo que pretendía ser un templo clásico que, en vez de ser abierto, tenía unos muros blancos entre sus columnas dóricas. Se ha dicho que tan sólo parecía una isla porque, tras un segundo vistazo, podía descubrirse casi a ras del agua un camino formado por piedras planas que comunicaba la orilla con la supuesta isla y que convertía a ésta en una especie de península. Y en cuanto a lo demás, lo que había tomado por un templo se limitaba a un simple parecido con éste, pues nadie mejor que Horne Fisher sabía que en aquella especie de santuario ningún dios había

tenido nunca la oportunidad de habitar.

—Ésa es la razón de que todo este paisaje clásico repleto de jardines se encuentre tan desierto —se dijo a sí mismo—. Más desierto aún que el círculo de Stonehenge o las pirámides. Nosotros no creemos en los mitos egipcios, pero los propios egipcios sí que creían en ellos. Y supongo que incluso los druidas creerían en sus propios mitos. Pero los hombres del siglo XVIII que construyeron ese templo no creían en Venus o Mercurio mucho más que nosotros. Por eso el reflejo de esas pálidas columnas sobre las aguas del lago no es, en realidad, más que el reflejo de una sombra. Fueron hombres que pertenecieron a una época en que reinaba la razón. Y ellos, que llenaron sus jardines con todas esas deidades de piedra, abrigaban en sus corazones menos esperanzas de encontrarse con esos mismos dioses que gustaban de representar que nadie a lo largo de toda la historia.

Su monólogo cesó bruscamente debido a un estrepitoso ruido, similar al estallido de un trueno, cuyos ecos rebotaron monótonamente por toda la superficie de aquel tenebroso lago. En seguida adivinó lo que había producido aquel sonido: alguien acababa de disparar un arma. En cambio, por lo que se refería al significado de aquel disparo, todavía se hallaba en la más completa oscuridad. Rápidamente, toda clase de pensamientos extraños comenzaron a acudir en masa a su cabeza hasta que, un instante más tarde, se echó a reír cuando vio caer, algo más allá sobre el sendero que discurría por debajo de él, la perdiz muerta que el disparo acababa de abatir.

En aquel mismo instante, sin embargo, vio también otra cosa que le pareció todavía más interesante. Rodeando la parte trasera del templo de la isla se erigía un tupido círculo de árboles que dejaban la fachada de aquél encajada en un oscuro marco de vegetación. Fue allí donde Fisher creyó haber visto un breve temblor, como de algo que se moviese entre las hojas. Un instante más tarde sus sospechas se confirmaron cuando una figura harapienta salió de las sombras del templo y comenzó a recorrer el istmo que unía isla y jardín y que conducía hasta la orilla. Incluso a una distancia tan lejana como aquélla la figura llamaba la atención tanto por su gran estatura como por la escopeta que llevaba bajo el brazo. Al ver ésta, al instante acudió a la mente de Fisher el nombre de Long Adam, el cazador furtivo.

Poniendo en práctica un rápido sentido de la acción, Fisher saltó a la orilla y echó a correr alrededor del lago en dirección al extremo de aquel pasadizo de piedras. Si el hombre llegaba a tierra firme, cabía la posibilidad de que desapareciera fácilmente en el interior del bosque. Pero para cuando Fisher alcanzó las piedras y comenzó a avanzar sobre ellas en dirección a la isla, el hombre se vio encerrado en un callejón sin salida, no quedándole más opción que la de regresar hacia el templo. Al llegar a éste, apoyó sus anchas espaldas contra la pared y permaneció en pie dejando entrever que se sabía acorralado.

Se trataba de un hombre relativamente joven, de agradables rasgos tanto en su enjuto rostro como en su delgada figura pero cuyos cabellos se veían convertidos en una sucia mata de greñas pelirrojas. La mirada que brillaba en sus ojos era capaz de asustar a cualquiera que se encontrase a solas con él en una isla perdida en mitad de un lago.

—Buenos días —dijo Horne Fisher alegremente—. Al principio creí que era usted un asesino. Pero como parece del todo improbable que esa perdiz estuviese indecisa entre nosotros dos hasta decidir morir por mí como si fuese una heroína de novela rosa, creo más bien que es usted un cazador furtivo, ¿no es cierto?

—Supongo que así me llamaría usted —contestó el hombre, cuya voz sonó verdaderamente extraña proviniendo de un espantapájaros como aquél, pues se notaba en ella esa profunda desidia que suele encontrarse en todos aquellos que alguna vez han luchado por conseguir una cierta urbanidad y educación a pesar de vivir en un rudo ambiente—. Creo que tengo todo el derecho del mundo a cazar en este lugar. Pero como soy consciente de que la gente como usted suele tomarme por un ladrón, supongo que ahora intentará usted hacer que me encarcelen.

—Existen algunas dificultades previas para ello —contestó Fisher—. Para empezar, y aunque resulte halagador que me haya confundido con uno, yo no soy ningún guardabosques. Y mucho menos aún soy tres guardabosques, que serían, según mis cálculos, los que harían falta para intentar reducir a alguien de su tamaño. No obstante, debo confesarle que poseo otra razón para no desear que vaya usted a la cárcel.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es? —preguntó el otro.

—Pues, simplemente, que estoy de acuerdo con usted —contestó Fisher—. No quiero decir exactamente que tenga usted derecho a cazar donde le plazca, pero nunca he creído que algo así tuviese tanta gravedad como el hecho de ser un ladrón. O al menos a mí me lo parece, pues soy decididamente contrario a la típica idea de propiedad según la cual un hombre debe poseer todo aquello que pase volando por su jardín. Por esa regla de tres, ese hombre también sería dueño del viento que pasa por allí o de las nubes que sobre sus dominios. Además, si queremos que los pobres respeten la propiedad, tendremos antes que darles a ellos alguna propiedad que respetar. Un hombre como usted debería tener sus propias tierras. Y voy a ser yo, si puedo, quien se las dé.

—¡Que va usted a darme tierras! —repitió Long Adam.

—Le pido disculpas por haberme dirigido a usted como si estuviéramos en pleno mitin electoral —dijo Fisher—, pero yo soy una especie completamente nueva de personaje público. Es decir, que soy de los que dicen lo mismo tanto

en público como en privado. De hecho, todo lo que acabo de decirle es lo mismo que he ido repitiendo a lo largo de un centenar de mítines que me han llevado por toda esta región. Y ahora todo ello se lo digo también a usted aquí, en este extraño islote y en mitad de este lúgubre estanque. Yo desmenuzaría una finca tan grande como ésta en un montón de terrenos más pequeños que repartiría entre todo el mundo, incluso entre los cazadores furtivos como usted. Lo haría en toda Inglaterra al igual que antes lo hicieron en Irlanda. Le compraría las tierras a los ricos si ello fuese posible. Y si no, los echaría de aquí de un modo o de otro. Un hombre como usted debería tener un lugar propio. No estoy diciendo que tenga usted que tener faisanes, pero muy bien podría tener unas cuantas gallinas.

El hombre se puso tenso de golpe, dando la súbita impresión primero de que palidecía y luego de que se encendía al oír la promesa como si existiese en ella alguna amenaza oculta.

—¡Gallinas! —repitió con acentuado desdén.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó con tranquilidad Fisher—. ¿Acaso tener gallinas resulta deshonroso para un cazador furtivo como usted? ¿Tiene algo que objetar?

—Pues sí, porque resulta que yo no soy ningún cazador furtivo —gritó Adam con una voz desgarrada que resonó en el templo y en las urnas vacías como poco antes había hecho el eco de su escopeta—. Porque resulta que la perdiz que yace allí, muerta, es en realidad mía. Porque resulta que la tierra que está usted pisando ahora mismo es en realidad mía. Porque fue un verdadero crimen el que me arrebatara mi propia tierra, un crimen mucho peor que la caza furtiva. Ésta ha sido una sola tierra durante cientos y cientos de años, y si usted o cualquier otro charlatán entrometido viene por aquí hablando de dividirla en trocitos como si fuese una tarta, si alguna vez vuelvo a oír una sola palabra de usted o de sus sucias mentiras...

—Se está usted pareciendo cada vez más a uno de esos turbulentos mítines públicos —dijo Horne Fisher—. Pero continúe. ¿Qué pasará si intento dividir decentemente esta tierra entre la gente honrada?

El cazador había ya recobrado toda su desagradable compostura para cuando contestó:

—Que la próxima vez ninguna perdiz se interpondrá entre mis balas y usted.

Y tras decir aquello se volvió, evidentemente con la intención de no decir ni una sola palabra más, y echó a caminar hasta dejar atrás el templo y alcanzar el extremo más alejado del islote, donde se quedó observando atentamente el agua. Fisher lo siguió pero, al no obtener respuesta a las

preguntas que le dirigió, decidió regresar a la orilla. Al hacerlo, le echó un segundo vistazo, esta vez más de cerca, al falso templo y, al hacerlo, advirtió en él algunas cosas realmente curiosas. La mayoría de estas edificaciones tan teatrales solían ser tan escuetas como un auténtico escenario de teatro, por lo que esperaba que aquel santuario clásico fuese algo superficial, es decir, una simple concha o cáscara vacía. Sin embargo, había algo dentro de aquello, algo oculto entre los árboles que poseía un aspecto laberíntico, como de serpientes de piedra entre las que se levantase una gran cantidad de frondosas torres que apuntasen hacia el cielo. No obstante, lo que más atrajo la atención de Fisher fue que en aquella masa de piedra blanca y gris situada tras las paredes del templo, había una única puerta con grandes cerrojos oxidados en su cara exterior los cuales, en aquel momento, no se hallaban echados. Acto seguido, Fisher decidió rodear el pequeño edificio, pero al hacerlo no descubrió ninguna otra abertura a excepción de un pequeño agujero enrejado, parecido a un conducto de ventilación, en lo más alto del muro.

Sumido en profundos pensamientos, deshizo sus pasos a lo largo del puentecillo de piedras hasta alcanzar la orilla del lago. Una vez allí, fue a sentarse sobre los peldaños de piedra que había entre las dos urnas fúnebres exquisitamente esculpidas. Encendió entonces un cigarrillo y comenzó a fumar con aspecto pensativo. Al cabo de un rato sacó un cuaderno, anotó en él varias frases y comenzó a numerarlas una y otra vez hasta que, por fin, quedaron ordenadas de la siguiente manera:

1. Mr. Hawker aborrecía a su primera esposa.
2. Mr. Hawker se casó con su segunda esposa por dinero.
3. Long Adam dice que en realidad la finca es suya.
4. Long Adam merodea por los alrededores del templo de la isla, el cual se parece mucho a una prisión.
5. Mr. Hawker no era pobre cuando entregó la finca.
6. Verner era pobre cuando se hizo con la finca.

Estudió dichas anotaciones con una seriedad que poco a poco se fue transformando en una firme sonrisa. Arrojó entonces bien lejos su cigarrillo y reanudó la búsqueda de algún atajo que le condujese a la casa. Pronto encontró un sendero que, serpenteando por entre macizos de flores y setos recién recortados, acabó llevándolo frente a una enorme fachada palladiana. El aspecto de ésta hacía que la casa, más que una residencia privada pareciera una especie de edificio público condenado al ostracismo en medio del campo.

Al primero que encontró fue al mayordomo, quien en verdad parecía mucho mayor que el propio edificio, pues si bien la arquitectura parecía datar

de la época georgiana el rostro de aquel hombre, bajo aquella peluca marrón que tan poco le favorecía, se hallaba surcado por arrugas que parecían tener siglos enteros de antigüedad. Tan sólo sus ojos saltones se mostraban vivos y despiertos, como si se quejaran del estado en que se encontraba el resto de la cara. Tras observarlo con atención, Fisher se detuvo y dijo:

—Discúlpeme. ¿No estuvo usted al servicio del último dueño de estas tierras, Mr. Hawker?

—Sí, señor —dijo el hombre con gravedad—. Mi nombre es Usher. ¿En qué puedo ayudarle, caballero?

—¿Podría llevarme ante Sir Francis Verner? —contestó el visitante.

Sir Francis Verner lo recibió en una gran habitación cubierta por entero con colgaduras y tapices. Confortablemente instalado en un mullido butacón, tenía a su lado una pequeña mesa sobre la cual, junto a una taza de café, descansaban un frasco pequeño y un vaso en los que un licor brillaba tenuemente. Iba vestido con un discreto traje gris que no llegaba a armonizar del todo con su corbata encarnada. No obstante, Fisher advirtió algo peculiar en las curvas que describía su rubio bigote y en la manera en que llevaba peinados sus lacios cabellos. De repente, le vino a la cabeza el verdadero nombre de aquel personaje: Franz Werner.

—Así que usted es Mr. Horne Fisher —dijo—. ¿No quiere sentarse?

—No, gracias —respondió Fisher—. Me temo que ésta no será una visita muy amistosa, así que permaneceré de pie. No en vano, es muy posible que usted ya sepa que me he presentado como candidato para las elecciones al Parlamento.

—Estoy al corriente de que somos rivales políticos —contestó Verner alzando las cejas—. Por ello creo que lo mejor sería que compitiéramos con espíritu deportivo, es decir, con el loable gusto inglés por el juego limpio.

—Muy bien, entonces —asintió Fisher—. Pero todo sería mejor si fuese usted inglés. Y mucho mejor aún, si cabe, si alguna vez hubiese usted jugado limpio. Pero voy a ir directamente al grano, pues lo que he venido a decirle puede resumirse en pocas palabras. No tengo ni idea de hasta qué punto resulta legal todo lo concerniente al asunto del viejo Hawker, pero mi principal objetivo ahora es evitar que Inglaterra termine siendo gobernada por gente como usted. Así que, dejando la ley a un lado, yo no levantaré la voz sobre dicho asunto si usted retira ahora mismo su candidatura de las elecciones.

—Es evidente que está usted loco —dijo Verner.

—Puede que mis razonamientos resulten algo insólitos —contestó Horne Fisher a su manera tan desganada—. Soy una persona algo propensa a soñar,

especialmente a soñar despierto. Tanto, que a veces percibo lo que ocurre a mi alrededor de una manera muy intensa, como si hubiese en ello una doble cara, o como si ya hubiese vivido antes esa situación. ¿Nunca ha tenido usted esa experiencia casi mística de encontrarse en situaciones que parecen haber ocurrido antes?

—Espero que a pesar de estar loco, sea usted inofensivo —dijo Verner.

Pero Fisher no le oyó. Se hallaba absorto observando las gigantescas figuras y tracerías doradas, marrones y rojas que mostraban los tapices que colgaban de las paredes. Luego volvió a posar sus ojos en Verner y continuó diciendo:

—Tengo la sensación de que esta entrevista ha tenido lugar aquí mismo antes de ahora, en esta misma habitación forrada de tapices, y que nosotros dos no somos más que dos fantasmas visitando una cámara encantada. Sólo que en aquella ocasión era Mr. Hawker quien se sentaba donde se sienta usted ahora. Y era usted quien permanecía de pie donde yo me hallo en este instante.

Hizo una pausa, tras la cual añadió con tranquilidad:

—Supongo que a mí también se me podría tachar de chantajista.

—Si en efecto lo es —dijo Sir Francis—, le aseguro que acabará usted en la cárcel.

Pero sobre su rostro se había extendido una sombra que se asemejaba mucho a los reflejos verdes que el licor proyectaba sobre la superficie de la mesa. Horne Fisher clavó en aquel rostro su mirada y repuso tranquilamente:

—Los chantajistas no siempre terminan en la cárcel. A veces van a parar al Parlamento. Pero por muy corrompido que el Parlamento esté ya de por sí, usted no llegará allí si yo puedo evitarlo. Yo no soy tan canalla como llegó usted a serlo una vez al negociar con el crimen. Obligó usted a un hombre a abandonar su casa. Yo tan sólo le estoy pidiendo a usted que renuncie a su escaño en el Parlamento.

Sir Francis Verner se levantó de un salto y comenzó a buscar, por toda aquella estancia cubierta de antiguos cortinajes, la cuerda que accionaba la campana.

—¿Dónde está Usher? —gritó con el rostro alterado.

—¿Y qué importa dónde esté? —dijo Fisher suavemente—. Me pregunto cuánto sabrá Usher de la verdad.

Verner dejó que su mano soltara lentamente la cuerda que había encontrado y, tras permanecer un momento en pie echando chispas por los ojos, salió a grandes pasos de la habitación. Fisher se dirigió a la otra puerta, la misma que

había empleado para entrar, y, al no encontrar la menor señal de Usher, salió de allí y emprendió el camino de regreso al pueblo.

Aquella noche, tras introducirse en el bolsillo una linterna, Fisher emprendió a solas el camino que a través de la oscuridad le llevaría en busca de los últimos eslabones que aún faltaban en la cadena de sus razonamientos. Aunque había muchas cosas que ignoraba todavía, decidió que la mejor manera de averiguarlas era yendo a buscarlas directamente donde se ocultaban. La noche había caído, oscura y anunciando tormenta, y la abertura del muro parecía ahora más siniestra que nunca, al tiempo que el bosque se tornaba más espeso y tenebroso que durante el día. Si el lago abandonado, con sus lúgubres árboles y sus urnas e imágenes grises, le había parecido desierto incluso a plena luz del día, bajo el manto de la noche y la tormenta que se avecinaba su aspecto le recordaba más que nunca al estanque de Aqueronte, que se extiende en la tierra de las almas perdidas.

Mientras atravesaba con gran cuidado el pequeño puentecillo de piedras tuvo la sensación de estar internándose cada vez más en el abismo de la noche y de haber dejado definitivamente atrás los últimos puntos desde los que poder divisar la tierra de los vivos. El lago parecía haber crecido hasta convertirse en algo tan inmenso como el mar, pero un mar de aguas negras y fangosas que durmiesen con una abominable placidez, justo como si acabasen de anegar el mundo entero. Toda aquella sensación y aquel ambiente más propios de una pesadilla habían llegado a alcanzar una consistencia tal que se sintió extrañamente sorprendido al llegar tan pronto a la isla desierta. De hecho, sabedor de que en aquel lugar reinaban un silencio y una soledad sepulcrales, se sentía como si hubiese estado caminando durante años.

Tras reunir todo el valor que encontró, se detuvo bajo uno de los oscuros árboles que extendían sus ramas por encima de su cabeza, sacó la linterna y se dirigió a la puerta trasera del templo. Al igual que antes, ésta se hallaba sin atrancar, pero en su mente se agitó levemente la idea de que se hallaba ligeramente entornada. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que aquello no era más que una de las típicas ilusiones ópticas que provoca la luz al proyectarse desde diferentes ángulos. Estaba analizando los detalles de la puerta y sus herrumbrosos goznes y cerrojos desde una perspectiva más racional, cuando percibió algo nuevo muy cerca de él. Algo colgaba de los árboles casi sobre su cabeza, algo que no era precisamente una rama rota.

Durante algunos segundos permaneció tan inmóvil y frío como una roca. Lo que había visto sobre su cabeza eran las piernas de un hombre que colgaba, presumiblemente las de un hombre que había sido ahorcado. Luego, un instante después, descubrió la realidad. Aquel hombre, que comenzaba a dar claras señales de vida, agitó las piernas en el aire y, al cabo de un segundo, se

había dejado caer a tierra y se había vuelto hacia el intruso. Al mismo tiempo, tres o cuatro árboles parecieron cobrar vida de igual manera. Cinco o seis figuras más cayeron de pie sobre el suelo tras abandonar sus inesperados escondites hasta que, súbitamente, aquel lugar pareció convertirse en una isla habitada por monos. Cuando aquellas figuras se abalanzaron sobre él y le pusieron las manos encima, Fisher descubrió que aquellas figuras pertenecían también a hombres.

Valiéndose de la linterna, que llevaba aún en la mano, golpeó al primero de ellos en pleno rostro con tanta fuerza que el hombre dio un traspie y rodó sobre la fangosa hierba. La linterna se rompió y se apagó dejándolo todo inmerso en la más completa oscuridad. De un empujón derribó a otro hombre que fue a chocar contra la pared del templo y acabó deslizándose hasta el suelo. No obstante, un tercero y un cuarto consiguieron levantarlo en peso por los pies y comenzaron a transportarlo, todavía debatiéndose, en dirección a la puerta. Incluso entonces, en el desconcierto de la batalla, fue consciente de que la puerta se hallaba abierta y de que alguien llamaba a aquellos matones desde el interior.

En cuanto estuvieron dentro lo arrojaron con violencia, pero sin ocasionarle daños, sobre una especie de sofá o catre que parecía haber sido especialmente acondicionado con cojines para recibir su peso. En realidad, toda la brusquedad que aquellos hombres habían empleado con él parecía deberse en buena parte a las prisas. No en vano, antes de que consiguiera levantarse todos ellos se habían ya lanzado hacia la puerta para escapar. Cualesquiera que fuesen los bandidos que infestaban aquella isla supuestamente desierta, se hallaban obviamente a disgusto con su trabajo y se mostraban ansiosos por darse a la fuga, pues, tal y como Fisher acertó a pensar fugazmente, los criminales habituales no acostumbran a actuar tan llenos de pánico. Luego, una vez que la puerta se cerró de un portazo, pudo oír el chirrido de los cerrojos al ser echados y los pasos apresurados de los hombres que se batían en retirada tropezando y atropellándose entre sí a lo largo del puentecillo de piedras. Sin embargo, a pesar de que todo se desarrolló con una gran velocidad, no ocurrió con la suficiente rapidez como para que Fisher no tuviese tiempo de hacer algo que se había propuesto. Incapaz de abandonar su posición horizontal en aquel abrir y cerrar de ojos, había extendido una de sus largas piernas y la había plegado alrededor del tobillo del último hombre antes de que éste desapareciera también por la puerta. El hombre se tambaleó y cayó sobre el piso de la celda mientras la puerta se cerraba entre él y sus compañeros, con lo que se hizo evidente que estos últimos tenían demasiada prisa para darse cuenta de que se habían dejado atrás a uno de los suyos.

El hombre se puso en pie de un salto y comenzó a lanzar patadas y puñetazos llenos de furia contra la puerta. Fisher, cuyo sentido del humor

empezaba ya a recuperarse después de tanto golpe y tanta voltereta, se sentó en el sofá con lo que le quedaba de su habitual indiferencia. No obstante, mientras escuchaba al cautivo golpear la puerta de la celda, una nueva y curiosa idea acudió a su cabeza.

El comportamiento más lógico de un hombre que intentase atraer tan ardientemente la atención de sus amigos debería ser el de llamarlos a voz en grito a la vez que propinaba patadas a la puerta. Este hombre hacía todo el ruido que podía tanto con los pies como con las manos, pero ni un solo sonido salía de su boca. La pregunta era: ¿por qué no podía hablar?

Al principio pensó que el hombre podía estar amordazado, lo cual resultaba manifiestamente absurdo. Luego su imaginación reparó en la desagradable idea de que el hombre fuese mudo. Aunque apenas fue capaz de explicarse por qué tal idea le resultó de golpe tan desagradable, lo cierto es que aquello le causó una profunda y singular impresión. Parecía haber algo espeluznante en la idea de hallarse encerrado a solas y a oscuras con un sordomudo. Era casi como si un defecto como aquél fuese algo monstruoso y se encontrase irremediabilmente ligado a monstruosidades aún mayores. Era como si aquella figura que no podía llegar a distinguir en la oscuridad fuese una de esas formas que deberían permanecer siempre ocultas a la luz del sol.

Entonces un rayo de lucidez le asaltó y una poderosa intuición se apoderó de él. La explicación era tremendamente sencilla pero también sumamente interesante. Estaba claro que el hombre no hacía uso de su voz porque no deseaba que fuese reconocida. Esperaba escapar de aquel oscuro agujero antes de que Fisher descubriese quién era. Y en ese caso, ¿quién era? Una cosa al menos sí estaba clara. Tenía que tratarse de alguno de los cuatro o cinco hombres con los que, hasta entonces, Fisher había hablado en aquel lugar durante el desarrollo de aquella historia tan extraña.

—Vaya, vaya. Me pregunto quién será usted —comenzó a decir en voz alta haciendo gala una vez más de aquella desgana cortésia suya—. Supongo que no sería muy buena idea intentar estrangularle para poder descubrirlo. Resultaría de lo más desagradable pasar la noche encerrado aquí con un cadáver. Además, como es posible que el cadáver acabase siendo yo, y como no tengo cerillas y he destrozado mi linterna, poco más puedo hacer que dedicarme a especular. Así pues, ¿quién será usted? Pensemos un poco.

El hombre a quien tan cordialmente se dirigía había desistido en su empeño de aporrear la puerta y, evidentemente malhumorado, se había dado por vencido hasta dejarse caer en un rincón mientras Fisher continuaba dedicándole su fluido monólogo.

—Quizá sea usted ese cazador furtivo que no sólo afirma que no es un cazador furtivo sino que asegura que es el verdadero propietario de estas

tierras. De ser así, dicho caballero me va a permitir decirle que, sea lo que sea, es también un idiota. ¿Qué esperanzas puede haber en Inglaterra para un campesinado libre si los propios campesinos resultan ser tan estirados como para pretender dárseles de señores? ¿Cómo vamos a instaurar una democracia si lo primero que falta son los propios demócratas? Por lo que parece, usted desea convertirse en propietario, y para lograrlo consiente en pasar por ser un criminal. Y eso es algo en lo que usted, como comprenderá, se parece mucho a alguien que los dos conocemos. Claro que, ahora que lo pienso, a lo mejor es usted alguna otra persona que yo conozco.

Hubo un silencio roto tan sólo por la respiración proveniente del rincón y por el murmullo de la tormenta que se iba levantando fuera y cuyo sonido se filtraba hasta el interior a través de la pequeña reja situada sobre la cabeza de aquel hombre silencioso. Horne Fisher continuó:

—¿No será usted acaso un simple sirviente? ¿No será quizás ese sirviente tan viejo y siniestro que antaño fue mayordomo de Hawker y que ahora lo es de Verner? Si así es, es usted el único eslabón que hay entre las dos épocas. Pero, de ser así, ¿por qué se rebaja usted a servir a ese sucio extranjero cuando llegó usted al menos a conocer al último representante en la región de una legítima dinastía de aristócratas ingleses? Por lo general las personas como usted suelen ser, cuando menos, buenos patriotas. ¿Es que acaso Inglaterra no significa nada para usted, Mr. Usher? Claro que posiblemente toda esta demostración de elocuencia no sea más que una pérdida de tiempo, porque a lo mejor no es usted Mr. Usher.

»Es más probable que sea usted el mismísimo Verner en persona, por lo que de nada sirve emplear la elocuencia para intentar hacerle sentir vergüenza de sí mismo. Sería igualmente inútil insultarle por haber corrompido Inglaterra, ya que no es a usted a quien habría que insultar. Son los propios ingleses quienes merecen ser insultados, y son de hecho insultados, por permitir que alimañas como usted se arrastren hasta alcanzar lugares que han estado siempre reservados a sus héroes y reyes. No insistiré en suponer que es usted Verner porque de hacerlo me temo que empezaría a estrangularle ahora mismo, después de todo. Por lo tanto, ¿quién más puede ser usted?

»Con total seguridad, no está usted al servicio del otro partido rival. No podría creer que fuese usted Gryce, su representante. Aunque, a pesar de todo, Gryce posee también una pizca de fanatismo, y los hombres así son capaces de cualquier cosa cuando se ven envueltos en estas mezquinas intrigas políticas. Pero, si no es usted nadie al servicio del otro partido, entonces usted debe de ser... Pero no, no puedo creerlo... No puede usted ser la encarnación de la libertad y los valores humanos... No puede usted ser la encarnación del ideal democrático...

Lleno de emoción, se puso en pie de un salto. En ese preciso instante un trueno retumbó a través de la rejilla situada en la pared opuesta. La tormenta había estallado y, con ella, una nueva luz se encendió en su cabeza. Algo estaba a punto de ocurrir de un momento a otro.

—¿Sabe usted lo que ese ruido quiere decir? —gritó—. Quiere decir que el mismísimo Dios va a encender una luz en el cielo para mostrarme su maldito rostro.

Y entonces, un momento más tarde, llegó el estallido de un nuevo trueno. Pero justo antes de que dicho trueno se oyese, una intensa luz blanca llenó toda la habitación durante menos de un segundo.

Fisher alcanzó a ver dos cosas frente a él. Una de ellas fue el dibujo en blanco y negro que la rejilla de hierro imprimió contra el cielo. La otra fue el rostro que se ocultaba en la esquina: el rostro de su propio hermano.

Todo lo que salió de los labios de Horne Fisher fue poco menos que una blasfemia a la que siguió un silencio aún más espantoso que la propia oscuridad. Finalmente, el otro se incorporó y se puso en pie de un salto, tras lo cual la voz de Harry Fisher se dejó oír por primera vez en aquella horrible habitación.

—Supongo que, como ya me has visto —dijo—, ya podemos disfrutar de un poco de luz. Tú mismo podrías haberla encendido en cualquier momento con sólo pulsar el interruptor.

Accionó un botón que sobresalía de la pared y, de golpe, todo lo que había en aquella habitación fue invadido por una luz aún más clara que la del sol. De hecho, todo lo que allí podía verse resultó tan inesperado que logró que la ya de por sí conmocionada atención de Fisher se apartara, al menos por un momento, del descubrimiento que acababa de realizar. La estancia, lejos de ser un calabozo, parecía más bien un salón de recreo propio de una señorita a no ser por las cajas de puros y las botellas de vino que se amontonaban, junto a unos cuantos libros y revistas, sobre una mesilla. Un segundo vistazo le reveló que, de todos aquellos accesorios, los de carácter más bien masculino eran bastante recientes, mientras que el resto, de índole más marcadamente femenina, parecían bastante más antiguos. Su mirada encontró una franja de tapicería descolorida que le llevó a comentar, olvidando momentáneamente cuestiones de mayor relevancia:

—¡Vaya! Este lugar fue decorado con muebles procedentes de la mansión —dijo.

—Sí —contestó el otro—. Y creo que tú conoces el motivo.

—Creo que sí —dijo Horne Fisher—. Pero antes de pasar a cuestiones más

importantes, voy a decir lo que creo haber averiguado. Mr. Hawker, además de ser un truhan, fue también un bígamo. Cuando se casó con aquella judía, su primera esposa no estaba muerta, sino muy viva, y fue encerrada en esta isla. Ella tuvo un hijo aquí, el cual suele rondar en la actualidad por el lugar que le vio nacer con el nombre de Long Adam. Un empresario arruinado llamado Verner descubrió el secreto y se dedicó a chantajear a Mr. Hawker con el propósito de que éste acabase entregándole sus tierras. Todo eso está sobradamente claro. Pero ahora prestemos atención a algo que resulta más difícil de adivinar. Ahí es donde te toca a ti explicar qué demonios pretendías conseguir secuestrando a tu propio hermano.

Tras una pausa Henry Fisher contestó:

—Supongo que no esperabas encontrarme aquí —dijo—. Claro que, después de todo, ¿qué podías esperar realmente?

—Me temo que no te entiendo —dijo Horne Fisher.

—Quiero decir lo siguiente: ¿qué más podías esperar después de haber hecho el ridículo de la manera que lo has hecho? —dijo su hermano denotando un ligero resentimiento en la voz—. Todos te creíamos tan inteligente... ¿Cómo íbamos a imaginarnos que en realidad no ibas a ser más que un... maldito fracasado?

—Resulta verdaderamente curioso —dijo el candidato frunciendo el ceño—. Dejando a un lado toda vanidad, yo nunca tuve la impresión de que mi candidatura fuese un fracaso. Todos los mítines han resultado un gran éxito y mucha gente ha prometido votarme.

—¡Eso mismo debería creer yo! —dijo Harry con pesar—. Has logrado una victoria arrolladora hablando de tus malditos acres y tu condenada vaca mientras Verner se las va a ver y se las va a desear para conseguir unos pocos votos. ¡Maldita sea! Al final lo has echado todo a perder.

—¿Qué demonios quieres decir?

—¡Maldita sea! —repitió Harry con algo que, por primera vez desde que había comenzado todo aquel asunto, sonaba a sinceridad—. ¿Es que acaso pensabas realmente que ibas a poder conseguir ese escaño? ¡Demonios! ¡No me lo puedo creer! Escúchame bien: Verner tiene que lograr ese condenado escaño. Ya lo creo que sí. Tiene que asistir a las próximas reuniones que convoque el Ministro de Hacienda. Y luego está también lo del préstamo del gobierno egipcio y sabe Dios cuántas otras cosas más. Lo único que queríamos era que dividieras los votos de los reformistas, pues podrían ocurrir cosas muy graves si Hughes llegara a ganar en Barkington.

—Ya veo —dijo Fisher—. Y tú, por lo que parece, ibas a ser la base y el

apoyo del partido reformista. Como tú bien dices, no soy precisamente un tipo inteligente.

Su intento por recurrir a la lealtad del partido cayó en saco roto, pues Harry, aquel «Apoyo del Partido», se había puesto a pensar en otras cosas. Finalmente, dijo con voz un tanto apenada:

—No quería que nos descubrieras porque estaba seguro de que ello supondría un golpe muy duro para ti. Pero, ¿sabes una cosa? Nunca nos hubieras descubierto si yo no hubiese venido aquí en persona para cerciorarme de que esos tipos no te maltrataban y de que todo te resultaba tan llevadero como fuese posible —hubo algo parecido a un temblor en su voz al añadir—. Incluso llegué a poner aquí esos puros porque sé que te encantan.

Las emociones son algo extraño, y lo insignificante de un detalle como aquél ablandó súbitamente a Horne Fisher hasta un extremo difícil de comprender.

—No te preocupes, hombre —dijo—. Dejémoslo todo tal y como está. Admito que eres el canalla y el hipócrita más atento y bondadoso que jamás se empeñó en arruinar a su país. Y siento tener que hablar así, chico, pero no se me ocurre otra manera mejor de expresarlo. A propósito, gracias por los puros. Creo que, si no te importa, voy a fumarme uno ahora mismo.

Para cuando Horne Fisher terminó de contarle esta historia a Harold March, ya habían llegado a un parque público y habían tomado asiento en una elevación del terreno desde la que se dominaban los amplios espacios verdes que se extendían hasta bien lejos bajo un cielo azul y despejado. No obstante, una vez allí, Fisher dijo, dando una nota incongruente a las palabras con las que había acabado el relato:

—He permanecido en aquella habitación desde aquel día. En realidad todavía sigo en ella. Gané las elecciones, pero nunca fui al Parlamento. Mi vida ha transcurrido en la pequeña habitación de aquella isla solitaria. Llena de libros, puros y demás lujos; llena de conocimientos, aficiones y sabiduría; pero ni una sola vez se ha oído mi voz fuera de aquella tumba ni le ha llegado al mundo que se encuentra al otro lado de la puerta. Lo más probable es que acabe muriendo allí dentro.

Y dicho aquello, esbozó una sonrisa mientras su mirada, tras pasar por encima de la vasta extensión del parque, se perdía en el horizonte.

VIII. LA VENGANZA DE LA ESTATUA

Fue en la soleada terraza de un hotel a orillas del mar desde la que se dominaban una ancha franja de mar azul y los graciosos dibujos que, más abajo, formaban unos macizos de flores, donde Horne Fisher y Harold March protagonizaron un enfrentamiento cara a cara que sobrevino entre ellos de la manera más brusca y repentina.

Harold March, famoso ahora por ser uno de los más destacados periodistas políticos de su tiempo, había aparecido junto a la pequeña mesa y se había sentado a ella preso de una excitación que apenas era capaz de reprimir bajo sus soñolientos y distraídos ojos azules. En los periódicos que arrojó sobre la mesa podía encontrarse lo suficiente para aclarar, si no toda, sí al menos buena parte de la emoción que le embargaba. Allí podía leerse que los asuntos públicos de cada uno de los ministerios habían alcanzado un punto crítico. El Gobierno, que llevaba tanto tiempo en el poder que el pueblo había acabado haciéndose a él como si se tratase de un despotismo hereditario, comenzaba a ser acusado de haber cometido graves errores e incluso de haber abusado de las malas gestiones financieras. Algunos decían que el intento de establecer un nuevo campesinado en el oeste de Inglaterra siguiendo las pautas que Horne Fisher había dictado hacía tanto tiempo no habían dado otro resultado que peligrosas reyertas entre los campesinos y los obreros industriales. Muy en particular, se habían elevado quejas contra el mal trato que estaban recibiendo ciertos grupos de extranjeros inofensivos, en su mayor parte asiáticos, que trabajaban en las obras de carácter científico que se estaban realizando en la costa. Para colmo de males, las nuevas fuerzas que habían alcanzado el poder en Siberia, respaldadas por Japón y otros poderosos aliados, se hallaban dispuestas a tomar cartas en el asunto en interés de sus súbditos exiliados, razón por la cual los embajadores respectivos habían llegado a cruzar palabras muy violentas e incluso algún que otro ultimátum. No obstante, algo de mucha mayor trascendencia, en opinión del propio March, parecía cubrir aquel nuevo encuentro con su amigo con una mezcla de vergüenza e indignación.

Quizás su enojo se debiese tan sólo al hecho de haber descubierto una inusual vivacidad en la figura, por lo general lánguida, de Fisher. La imagen que de él se había formado March era la de un caballero pálido y de notable calvicie que parecía haber envejecido y perdido el cabello prematuramente. Solía recordarlo como alguien que siempre manifestaba opiniones de un marcado carácter pesimista expresándolas como si fuese el bohemio más despreocupado del mundo. Ni siquiera en aquel momento March podía estar seguro de si aquel cambio era simplemente una especie de máscara o si se debía al efecto conjunto que sobre él habían producido los cielos claros, el ambiente soleado y veraniego propio de toda zona costera, y la cercana presencia del mar. Sea como fuere, lo cierto era que Fisher, además de lucir una flor en el ojal, manejaba su bastón con una alegría que, en opinión de su amigo, resultaba en él completamente inusual. Con todas aquellas nubes

cerniéndose en torno a Inglaterra, aquel pesimista nato parecía ser el único ser vivo capaz de ver brillar la luz del sol.

—Escúcheme bien lo que voy a decirle —le dijo Harold March algo bruscamente—. Usted ha sido para mí mucho más que un simple amigo. Podría incluso decir que nunca antes me había sentido tan orgulloso de disfrutar de la amistad de alguien. Pero hay algo que debo confesarle. Cuantas más cosas consigo averiguar, más difícil me resulta comprender cómo puede usted soportar convivir con ellas. Por lo que a mí respecta, le aseguro que cada vez se me hace más insufrible la convivencia con todo ese tipo de cosas.

Con gravedad y profunda atención, Horne Fisher clavó en él su mirada, a pesar de lo cual daba la impresión de hallarse en realidad muy lejos de allí.

—Usted siempre me ha caído bien. Eso es algo que usted sabe sobradamente —dijo Fisher con gran tranquilidad—. Pero no sólo eso, sino que además le respeto, lo cual no es siempre lo mismo. Quizás se haya dado usted cuenta de que me caen bien muchas otras personas a las que me resulta imposible respetar. Quizás sea ésa mi cruz, o quizás se trate tan sólo de uno de mis defectos. Pero al ser el suyo un caso muy especial, puedo prometerle una cosa: que nunca será usted para mí alguien a quien simplemente acepte, sino alguien que, además, se merezca todo mi respeto.

—Ya veo que es usted magnánimo —dijo March después de un breve silencio—. Pero, a pesar de ello, es usted capaz de tolerar e incluso dejar impune todo aquello que puede tacharse de vil y rastrero en este mundo.

Guardó silencio pero, al poco, añadió:

—¿Recuerda usted la vez aquella en que nos conocimos, cuando se hallaba usted pescando en aquel arroyo poco antes de que empezase lo del asunto de la diana? ¿Y recuerda aquello que dijo entonces de que, después de todo, sería inútil cualquier intento de hacer saltar por los aires toda esta complicada maraña que es la sociedad?

—Sí. ¿Qué pasa con ello? —preguntó Fisher.

—Pues que voy a ser yo quien se encargue de dinamitar la sociedad —dijo Harold March—, por lo que creo conveniente advertirle primero de mi propósito. Durante mucho tiempo me negué a creer que las cosas estuviesen tan mal como usted las planteaba, pero nunca me creí capaz de permanecer impasible si alguna vez llegaba a saber la mitad de lo que usted sabe. En resumidas cuentas, el caso es que he acabado cobrando plena conciencia de cómo están las cosas y ahora, por fin, tengo además la oportunidad de hacer algo. Sepa usted que he sido puesto al mando de un importante periódico independiente en el que se me ha dado carta blanca y desde el que le voy a declarar la guerra a la corrupción.

—Supongo que Attwood se encuentra detrás de todo eso que me está usted contando, ¿verdad? —dijo Fisher reflexivamente—. Me refiero al comerciante de maderas, ese que sabe tanto acerca de China.

—También sabe mucho acerca de Inglaterra —dijo March tenazmente—. Pero a lo que iba: no vamos a permanecer callados por más tiempo. La gente de este país tiene derecho a saber de qué manera se la está gobernando, o, mejor dicho, de qué manera se la está arruinando. El Ministro de Hacienda está completamente atrapado por los prestamistas y no tiene más remedio que hacer lo que ellos le dictan. De no ser así, se encontraría en la más profunda bancarrota. Una bancarrota que, de producirse, dejaría al descubierto lo que hay detrás: partidas de cartas y devaneos con mujeres. El propio Primer Ministro se vio metido hasta las cejas en aquel feo asunto de las comisiones relacionadas con los contratos del petróleo. El Ministro de Asuntos Exteriores no es más que un pobre pelele a merced del alcohol y las drogas. Claro que, cuando uno acusa de esta manera a un hombre que posiblemente acabe enviando a miles de ingleses a morir inútilmente, siempre aparece alguien que lo acusa a su vez de tener algo personal contra el pobrecito ministro. En cambio, cuando un pobre maquinista de tren se emborracha y resulta responsable de la muerte de treinta o cuarenta personas y alguien lo acusa de borracho, a nadie se le ocurre pensar que tras esa acusación puede esconderse alguna cuestión de carácter personal. Y eso que son situaciones que, salvando las distancias, resultan muy similares.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —dijo Fisher con calma—. Tiene usted toda la razón del mundo.

—Pues entonces, si está usted tan de acuerdo como dice con todo lo que pienso, ¿por qué demonios no se decide a unirse a nosotros? —preguntó su amigo—. Si cree usted que hacer esto o aquello es lo correcto, ¿por qué no lo hace? Resulta espantoso pensar que un hombre con unas aptitudes como las suyas prefiera simplemente permanecer ahí, sin más, bloqueando el camino que nos conduzca a la reforma.

—Hemos hablado de eso a menudo —respondió Fisher conservando su habitual aplomo—. El Primer Ministro es íntimo amigo de mi padre. El Ministro de Asuntos Exteriores está casado con mi hermana. El Ministro de Hacienda es primo hermano mío. Y, por favor, no censure usted mi regocijo al hacer alusión a mis parentescos de esta manera tan detallada, pero es que... Verá usted: resulta que últimamente estoy saboreando una sensación completamente nueva para mí, una sensación de felicidad que no recuerdo haber experimentado nunca antes.

—¿Qué demonios quiere usted decir?

—Quiero decir que me siento orgulloso de mi familia —dijo Horne Fisher.

Harold March lo miró atentamente con sus ojos azules abiertos de par en par y dando la impresión de hallarse demasiado perplejo como para formular tan siquiera una simple pregunta. Fisher se recostó en su silla tan perezosamente como en él era usual y sonrió mientras reanudaba sus palabras.

—Escuche, mi querido amigo. Permita que sea yo quien ahora le haga una pregunta a usted. Presupone usted que yo siempre he sabido todo lo relativo a mis desafortunados parientes. Pues presupone usted bien porque así es. Ahora bien, ¿cree usted acaso que Attwood no los conoce de toda la vida? ¿Cree acaso que no le ha conocido también a usted desde siempre y que no se ha dado cuenta de lo que es usted: un hombre honesto, deseoso de contar lo que sabe en cuanto goce de una oportunidad? ¿Por qué cree que Attwood ha decidido dejarle carta blanca para decir lo que quiera, como se deja ladrar a un perro después de quitarle el bozal, justo en un momento como éste después de tantos años? Yo sé por qué lo hace, al igual que sé muchas otras cosas... Demasiadas, a decir verdad. Y es en función de todas esas cosas que sé que, tal y como ya he tenido el honor de hacerle observar antes, por fin puedo sentirme orgulloso de mi familia.

—Pero... ¿por qué? —repitió March débilmente.

—Verá usted: estoy orgulloso del Ministro de Hacienda porque juega, del Ministro de Asuntos Exteriores porque bebe, y del Primer Ministro porque se llevó una comisión tras firmar cierto contrato —dijo Fisher con firmeza—. Estoy orgulloso de ellos porque hicieron todo eso, porque se les puede denunciar por ello, porque saben que se les puede denunciar por ello, y porque a pesar de todo se mantienen firmes en sus puestos. Me quito el sombrero ante ellos porque son capaces de plantarle cara al chantaje y porque se niegan a traicionar a su país para salvarse a sí mismos. Desde aquí, yo les saludo como si fuesen camino del campo de batalla a encontrarse cara a cara con la muerte.

Tras hacer una breve pausa, prosiguió:

—A propósito, pronto habrá también un campo de batalla. Pero esta vez no en el sentido metafórico. Le hemos estado consintiendo tantas cosas a los hombres de negocios extranjeros que ahora sólo nos queda elegir entre la guerra o la ruina total. Y el pueblo, inclusive aquellos que componen el campesinado, está empezando a sospechar que la ruina se acerca. Ésa es la verdadera causa de todos esos deplorables incidentes de los que hablan los periódicos.

»La auténtica razón de los atropellos cometidos sobre los orientales es que los hombres de negocios han ido introduciendo de manera deliberada en el país mano de obra china con la intención de condenar a los obreros y a los campesinos ingleses a morir de hambre. Nuestros infelices políticos han estado haciendo, una tras otra, todo tipo de concesiones, y ahora son ellos los

que nos piden a nosotros que hagamos lo propio, lo que vendría a significar una masacre sobre nuestras capas más pobres. Si no nos rebelamos ahora, nunca lo haremos, con lo que Inglaterra se verá abocada a una situación económica de pobreza absoluta en apenas una semana. Pero esta vez vamos a luchar. No me sorprendería lo más mínimo que hubiese un ultimátum en el plazo de una semana e incluso una invasión dentro de quince días. Naturalmente, toda la corrupción y la cobardía que llevamos arrastrando desde hace tiempo nos está pasando factura ahora. La zona rural del oeste del país se halla en una situación muy turbia y delicada incluso en el aspecto militar, y los regimientos irlandeses allí apostados, que según el nuevo tratado se supone que deberían apoyarnos, se hallan al borde de la sublevación debido a que, como no podía ser menos, este infernal capitalismo culí se está dejando notar también en Irlanda. Pero todo eso se va a acabar muy pronto, y si las tranquilizadoras promesas del gobierno pueden abrirse camino hasta ellos a tiempo, puede que después de todo aún hagan acto de presencia para cuando el enemigo desembarque allí. Porque parece ser que mi pobre y vieja cuadrilla va a mantenerse en sus trece, algo de lo que ya iba siendo hora. Desde luego, no es de extrañar que, después de haberse dejado manipular como si fuesen unos don nadie durante medio siglo, sus pecados los persigan en el preciso instante en que comienzan a comportarse como hombres de verdad por primera vez en sus vidas. Ya le digo, March, los conozco de pies a cabeza y sé que se están comportando como auténticos héroes. Cada uno de ellos merece que levanten una estatua en su honor y que en el pedestal de las mismas se inscriban palabras como aquellas que dijo el más noble rufián que vio surgir la Revolución: «Que mon nom soit flétri; que la France soit libre».

—¡Santo Dios! —exclamó March—. ¿Pero es que nunca vamos a enfrentarnos con el fondo de la cuestión?

Después de un silencio, Fisher contestó en voz más baja y sin dejar de mirar a los ojos de su amigo:

—¿De verdad cree usted que en el fondo de todo no hay más que simple y pura maldad? —preguntó suavemente—. ¿Cree usted que yo nunca he encontrado otra cosa que suciedad en las profundas aguas a las que el destino me ha precipitado? Créame, nunca se conoce lo mejor de un hombre sin conocer lo peor de él. No siempre resulta fácil conjugar la supuesta obligación que ellos tienen de aparecer ante el mundo como si fuesen obras de arte perfectas e impecables, exentas de todo vicio, con la condición de sus mortales almas humanas, que no pueden evitar mirar con deseo a una mujer o resistir la tentación de las riquezas. Hasta en un palacio se puede vivir bien, e incluso en el parlamento se puede vivir bien siempre que se realice algún que otro esfuerzo para procurarlo. Aunque le aseguro que hay algo que vale tanto para todos esos estúpidos y pícaros ricachones como para los ladrones y los rateros

más miserables: que sólo Dios sabe con cuánto empeño han intentado ser mejores cada día. Sólo Dios sabe lo que puede perdurar en la conciencia de cada uno, o de qué manera aquél que ha perdido el honor intenta todavía salvar su alma.

Hubo otro silencio, durante el cual March se sentó mirando fijamente la superficie de la mesa mientras Fisher prefería contemplar el mar. Luego, de repente, Fisher se levantó de un salto y agarró su sombrero y su bastón con la presteza y la tenacidad que ahora parecía haber hecho definitivamente suyas.

—Escuche, viejo amigo —exclamó—. Hagamos un trato. Antes de que inicie usted su campaña al servicio de Attwood, venga y quédese con nosotros una semana para que se dé usted cuenta de lo que realmente estamos haciendo. Al decir «nosotros» me refiero al grupo de Los Leales, anteriormente conocidos como La Vieja Guardia, y a los que en ocasiones se les ha llamado Los Rastreros. En realidad sólo cinco de nosotros solemos ser más o menos fijos a la hora de organizar la defensa nacional. Hemos establecido nuestro cuartel general en Kent, en una especie de hotel destartado. Venga allí y vea por sí mismo lo que estamos haciendo y lo que aún queda por hacer y entonces podrá usted juzgarnos debidamente. Luego, y sin que ello altere el aprecio y el afecto que este humilde servidor suyo le profesa, publique lo que le plazca y váyase al infierno.

Así fue cómo en la última semana previa al comienzo de la guerra, precisamente cuando los acontecimientos se precipitaban con más rapidez que nunca, Harold March se encontró formando parte de un pequeño grupo integrado por la misma gente a la que tenía intención de denunciar. Para tratarse de gente pudiente, vivían con la mayor sencillez en un viejo albergue de ladrillo marrón rodeado por unos lúgubres jardines cuya fachada se hallaba cubierta casi por entero por una enorme mata de hiedra. En la parte trasera del edificio, un jardín, tras elevarse bruscamente formando una empinada cuesta, daba a una carretera que discurría por entre una cadena de colinas. Un sinuoso sendero trepaba la pendiente hasta allí girando a uno y otro lado y describiendo una serie de curvas muy cerradas por entre una vegetación tan sombría que más bien parecía negra que verde. Por aquí y por allá pendiente arriba se levantaban unas estatuas que poseían toda la imponente frialdad de las esculturas ornamentales del siglo XVIII. Unas cuantas de ellas, formando una hilera que corría a lo largo de la última loma, podían divisarse a lo lejos desde la puerta trasera de la casa. Este detalle fue el primero que se grabó en la mente de March por la simple razón de que formó parte de la primera conversación que mantuvo con uno de los miembros del grupo allí reunido.

Los ministros presentes resultaron ser bastante más viejos de lo que se había imaginado. El Primer Ministro, por ejemplo, ya no era precisamente un muchacho, aunque todavía guardaba un ligero parecido con un bebé, si bien se

trataba de uno de esos viejos y venerables bebés cuyos cabellos, aun siendo suaves, ya se habían tornado por entero grises. En realidad, todo lo que a él se refería era suave, incluidas su forma de hablar y su manera de caminar. No obstante, sobre todo lo demás, su función principal parecía ser la de dormir. Aquellos que se quedaban a solas con él se habían acostumbrado de tal manera a que sus ojos permaneciesen continuamente cerrados que casi llegaban a dar un salto de sorpresa cuando descubrían que, en medio de su extrema inmovilidad, aquellos ojos se acababan de abrir de par en par y observaban con atención lo que los rodeaba. Pero a pesar de todo, había al menos una cosa que siempre lograba que el anciano mantuviese sus ojos bien abiertos. Lo único que realmente le importaba en este mundo era su afición por las armaduras y las armas, especialmente por las orientales, y era capaz de pasarse horas enteras hablando, ya sobre las hojas que se forjaban en Damasco, ya sobre el arte árabe de la esgrima.

Lord James Herries, el Ministro de Hacienda, era un hombre bajo, moreno y robusto de rostro cetrino cuyo aspecto malhumorado contrastaba con la vistosa flor que lucía en su ojal y con su jovial costumbre de ir siempre demasiado compuesto. Resultaba casi un eufemismo decir que era un hombre conocido en la ciudad, y casi una paradoja el que a pesar de ser un hombre que vivía casi exclusivamente para los placeres pareciera encontrar tan poco de ellos en el campo.

Sir David Archer, el Ministro de Asuntos Exteriores, era, de entre todos ellos, el único del que podía decirse que se había hecho a sí mismo y el único que tenía apariencia de aristócrata. Era un hombre de barba canosa, alto, delgado y muy atractivo. Sus cabellos grises, rizados, llegaban a elevarse en la parte frontal de su cabeza hasta formar dos rebeldes bucles que le daban el aspecto de algún insecto gigante cuyas temblorosas antenas no parasen de agitarse graciosamente a la par que sus tupidas cejas y sus inquietos ojos. No obstante, tras un segundo vistazo, podía adivinarse que, en realidad, la causa de tanta agitación era que el Ministro de Asuntos Exteriores se veía completamente incapaz de reprimir su nerviosismo, cualquiera que fuese la causa de éste.

—¿Alguna vez ha tenido usted ese angustioso estado de ánimo en el que uno podría llegar a gritar a causa del ruido más insignificante? —le preguntó a March mientras ambos paseaban por el jardín trasero bajo la línea formada por aquellas tétricas estatuas—. Suele aparecer cuando uno ha estado trabajando duramente, y yo he estado trabajando mucho últimamente. Tanto, que ahora me pongo enfermo cuando, por ejemplo, veo a Herries llevar el sombrero un poco ladeado. Cuando lo lleva así parece un matón de barrio bajo. Hay ocasiones, se lo juro, en que llegaría a quitárselo de la cabeza de un golpe. Por cierto, ¿se había dado cuenta de que aquella estatua de Britania que se levanta

allí no está muy derecha que digamos? Se halla ligeramente inclinada hacia adelante, como si estuviese a punto de volcar. Pero lo peor de todo no es eso. Lo peor es que no se decide a volcar de una dichosa vez. Como usted mismo podría llegar a comprobar, aún se halla sujeta por un puntal de hierro. Así que no se sorprenda si alguna vez me ve subir hasta allá arriba en mitad de la noche para darle el golpe de gracia y hacerla rodar hasta aquí abajo de una vez por todas.

Continuaron caminando por el camino en completo silencio. Al poco, el ministro añadió:

—Resulta extraño pensar que menudencias como éstas cobren de repente tanta importancia cuando hay cosas mucho más trascendentales de que preocuparse. Así que creo que lo mejor será que entremos y procuremos hacer algo de provecho.

Evidentemente, Horne Fisher tenía bien presentes tanto las neuróticas manías de Archer como las relajadas costumbres de Herries y, a pesar de la confianza que demostraba tener en la actual firmeza de todos ellos, se cuidaba muy mucho de poner excesivamente a prueba tanto la paciencia como la concentración de todos ellos, incluido el Primer Ministro. Había logrado el consentimiento de este último para que los documentos importantes, como por ejemplo los que contenían las órdenes destinadas a los ejércitos del oeste, se confiasen al cuidado de una persona capaz de pasar completamente inadvertida y poseedora de un grado mayor de responsabilidad. Tal persona resultó ser un tío suyo llamado Horne Hewitt, un hacendado rural de aspecto bastante anodino que en sus tiempos había sido un buen soldado y que ahora era el consejero militar del comité. Se le había encargado la labor de hacer llegar los mensajes del Gobierno, junto con los planes militares previstos, al ejército semisublevado que se encontraba en el oeste, así como la todavía más apremiante tarea de asegurarse de que toda aquella información no acabase cayendo en las garras del enemigo, el cual podía aparecer en cualquier momento por el este.

Además de él, la otra única persona que se hallaba involucrada en todas aquellas operaciones era un oficial de policía, un tal Dr. Prince, quien originariamente había sido médico forense de la policía y ahora era un distinguido detective que había sido enviado para ejercer de guardaespaldas de todo el grupo. Era un hombre de rostro cuadrado, grandes gafas y una perenne mueca en el rostro que dejaba bien a las claras que prefería permanecer siempre en silencio.

Nadie más compartía aquella especie de reclusión a excepción del dueño del hotel, un hombre hosco y de rostro avinagrado oriundo de Kent, uno o dos de sus criados, y un sirviente privado al servicio de Lord James Herries. Era

éste un escocés llamado Campbell, un joven de pelo castaño y rostro taciturno, de facciones un tanto desproporcionadas pero agradables, que daba la impresión de poseer más distinción que su desaliñado patrón y que probablemente fuese la única persona verdaderamente eficiente en toda la casa.

Después de pasar cuatro o cinco días formando parte de aquella especie de reunión de carácter más bien informal, March había comenzado a sentir algo parecido a una grotesca admiración por aquellas personas que, si bien una vez habían despertado sus recelos, se dedicaban ahora a desafiar un peligro inminente como si fueran un grupo de jorobados y tullidos completamente consagrados a la defensa de lo que es suyo por medio del trabajo duro. Y fue cierto día, precisamente durante una de tantas solitarias sesiones de trabajo en una sala apartada, cuando March, al levantar la vista de la hoja en la que estaba realizando unas anotaciones, se encontró con que Horne Fisher se hallaba de pie en el umbral de la puerta equipado como si fuera a emprender un viaje. Nada más verlo, tuvo la impresión de que su amigo se encontraba ligeramente pálido pero, un momento más tarde, en cuanto aquél hubo entrado en la estancia cerrando la puerta a sus espaldas, le oyó decir con total tranquilidad:

—Lo peor ha ocurrido. O, mejor dicho, casi lo peor.

—¡El enemigo ha desembarcado! —exclamó March saltando de su silla.

—Oh, yo ya sabía que el enemigo desembarcaría —dijo Fisher con calma—. Sí, ha desembarcado. Pero no es eso lo peor que podía ocurrir. Lo peor es que existe algún tipo de filtración en esta fortaleza. Descubrirlo ha supuesto un golpe contundente para mí, se lo aseguro, aunque supongo que a estas alturas no tiene mucho sentido sorprenderse. Debí figurarme que encontrar tres políticos honrados es algo poco menos que imposible, así que no creo que deba asombrarme tanto el hecho de que en realidad los políticos honrados sean sólo dos en vez de tres.

Tras hacer una breve pausa para reflexionar, dijo de una manera tal que March no estuvo muy seguro de a qué se refería:

—En un principio resulta difícil creer que a un tipo como Herries, que ha logrado mantenerse en la brecha a pesar de todos sus vicios, aún puedan quedarle escrúpulos. Pero con respecto a eso me he dado cuenta de algo muy curioso. El patriotismo no es el valor más importante. El patriotismo se corrompe hasta convertirse en chauvinismo cuando se pretende hacer de él el valor principal. Pero en realidad el patriotismo es a veces el menos importante de todos los valores. Un hombre que sea capaz de estafar y engañar podría muy bien, por el contrario, no traicionar nunca a su país. Aunque, a fin de cuentas, ¿quién puede estar seguro de algo así?

—Pero, entonces, ¿qué vamos a hacer ahora? —exclamó March indignado.

—Mi tío, que tiene bien a salvo los documentos —contestó Fisher—, se encargará de mandarlos al oeste esta misma noche. Pero mientras tanto alguien está intentando acceder a ellos desde el exterior, y mucho me temo que con la ayuda de alguien que se encuentra aquí dentro. Todo lo que puedo hacer por el momento es intentar cortarle el paso al hombre de fuera. Y para ello tengo que darme prisa y poner manos a la obra cuanto antes. Estaré de vuelta dentro de aproximadamente veinticuatro horas. Mientras yo permanezca fuera, quiero que usted mantenga los ojos bien abiertos, vigile a los que están aquí y descubra todo lo que le sea posible. Au revoir.

Y, tras decir aquello, desapareció escaleras abajo. Desde la ventana, March pudo aún verlo subir a una motocicleta y alejarse en dirección a la ciudad vecina.

A la mañana siguiente, nada más levantarse, March se dirigió al salón, estancia ésta cuyas paredes se hallaban forradas con paneles de roble y que, por lo general, solía hallarse sumida en una profunda penumbra, y se instaló junto a una de las ventanas. Aunque en aquella ocasión casi toda la sala se encontraba inundada por la radiante luz de aquella mañana excepcionalmente clara y casi totalmente desprovista de nubes, March prefirió aprovechar las pocas sombras que persistían en un rincón del cuarto para sentarse en ellas. Fue por ello por lo que, cuando Lord James Herries entró precipitadamente en la estancia por el jardín trasero, pasó completamente inadvertido para el ministro. Nada más entrar, Lord James se aferró al respaldo de una silla como para mantener el equilibrio y, tras sentarse trabajosamente a la mesa, ocupada todavía por los restos de la última comida, se sirvió temblorosamente un vaso de coñac y se lo bebió. A pesar de haberse sentado de espaldas a March, éste pudo contemplar, reflejado en un espejo redondo que colgaba de la pared opuesta, que el rostro amarillento del ministro parecía reflejar los síntomas de una horrible enfermedad. Cuando March se movió, el otro se levantó con un brusco respingo y se volvió para mirar qué era aquello que se había movido detrás de él.

—¡Dios mío! —exclamó al ver a March—. ¿Ha visto usted lo que hay ahí fuera?

—¿Fuera? —repitió el otro atisbando por encima del hombro en dirección al jardín.

—¡Vaya, vaya y véalo usted mismo! —gritó Herries como presa de un acceso de furia—. Han matado a Hewitt y sus papeles han desaparecido. Nada más que eso. ¿Le parece poco?

Se volvió de nuevo hacia la mesa y se dejó caer con un golpe sordo sobre

la silla mientras un violento temblor sacudía sus macizos hombros.

Harold March se abalanzó hacia la puerta y, tras cruzar el umbral, se encontró de golpe al pie de la pendiente sembrada de estatuas del jardín trasero.

Lo primero que vio allí fue al Dr. Prince, el detective, que observaba muy de cerca algo que yacía tumbado sobre la hierba. Lo que descubrió en segundo lugar fue aquello que llamaba tan poderosamente la atención de aquel hombre. A pesar de haber recibido previamente la funesta noticia, la vista que se ofreció a sus ojos le resultó de todas formas verdaderamente sobrecogedora.

La monstruosa imagen de piedra de Britania yacía de bruces sobre el camino del jardín y, asomando por debajo de ella, como si se tratase de las patas de una mosca aplastada, podían verse un brazo envuelto en la manga de una camisa blanca, una pierna enfundada en la pernera de un pantalón de color caqui y una mata de cabellos del inconfundible color entre rojizo y canoso que pertenecían al malogrado tío de Horne Fisher. Había pequeños charcos de sangre alrededor de aquellos miembros humanos, los cuales permanecían completamente inmóviles con la rigidez característica de la muerte.

—¿No ha podido tratarse de un accidente? —dijo March cuando encontró finalmente algo que decir.

—Compruébelo usted mismo —repitió la voz áspera de Herries, quien le había seguido hasta el exterior sin poder dejar de estremecerse—. Como ya le he dicho, los documentos han desaparecido. Al cadáver le arrancaron el abrigo y le quitaron los papeles que guardaba en el bolsillo interior de éste. Allí, en el terraplén, puede usted ver el abrigo y el gran corte que le han dado.

—Un momento, un momento —dijo tranquilamente el detective Prince—. En tal caso parece haber aquí un pequeño misterio. El asesino puede habérselas arreglado para arrojarle la estatua encima a la víctima, lo cual es exactamente lo que parece haber hecho. Pero apuesto cualquier cosa a que no le debió de resultar nada fácil volver a levantarla después. Yo lo he intentado y me ha sido completamente imposible, por lo que estoy seguro de que para lograrlo se hubieran necesitado al menos tres hombres. Sin embargo, según esa teoría, debemos suponer que el asesino derribó primero a su víctima mientras ésta pasaba por delante de la estatua, usando la misma como si fuese una enorme maza. Después levantó la estatua, sacó a la víctima de debajo de ésta y la despojó del abrigo, devolviéndola luego a la posición en que había muerto y colocando limpiamente la estatua sobre ella. Puedo asegurarles que algo así es físicamente imposible. Ahora bien, ¿de qué otra manera pudo haber desvestido el asesino a un hombre que se hallaba atrapado bajo esa mole de piedra? Sin duda, es un misterio más difícil de aclarar que ese maldito truco que realizan los escapistas cuando se quitan el abrigo con las muñecas atadas a

la espalda.

—¿Pudo haber tirado la estatua sobre la víctima después de haberle quitado el abrigo? —preguntó March.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —se apresuró a preguntar Prince con mordacidad—. Una vez se hubiese deshecho de su víctima y se hubiese apoderado de los documentos, se hubiera escapado sin más. No se hubiera entretenido en el jardín excavando bajo los pedestales de las estatuas. Además... ¡Demonios! ¿Quién es ese de ahí arriba?

En la cresta de la colina que se elevaba justo por encima de sus cabezas, dibujada contra el cielo con finas y negras líneas, se destacaba una figura que parecía tan delgada y de miembros tan alargados que casi parecía un esqueleto. El contorno oscuro de la cabeza se hallaba coronado por lo que parecían dos pequeños cuernos acerca de los cuales todos y cada uno de los presentes hubiera sido capaz de jurar que se movían.

—¡Archer! —gritó Herries con un repentino acceso de cólera.

Todos ellos le llamaron a voces y le indicaron por señas que bajara. Tras el primer grito, la figura retrocedió con un movimiento tan precipitado que llegó a resultar casi cómico. Un instante más tarde, el hombre pareció recobrarse y comenzó a descender el sinuoso sendero que desembocaba en el jardín con evidente desgana y pasos cada vez más lentos. En la mente de March comenzó a resonar lo que aquel hombre le había dicho en una ocasión acerca de cierto acceso de locura en mitad de la noche y del irrefrenable deseo de despeñar aquella misma estatua de piedra. Se le ocurrió que sólo un tipo tan maniaco como aquél sería capaz, después de hacer algo como aquello, de escalar hasta la cima de la colina para contemplar desde lo alto el desaguisado cometido. Sólo que en aquella ocasión el desaguisado no se hallaba relacionado únicamente con estatuas de piedra.

Cuando, más tarde, el hombre llegó por fin hasta donde ellos se encontraban y la luz le iluminó por completo, March pudo comprobar que, a pesar de caminar despacio, lo hacía con soltura y sin reflejar la menor señal de temor en su rostro.

—Ha sido algo terrible —dijo—. Lo he visto todo desde arriba mientras daba un paseo por las colinas.

—¿Quiere decir que presenció el asesinato o, en su caso, el accidente? —preguntó March—. Quiero decir, ¿vio usted cómo caía la estatua?

—No, no —dijo Archer—. Quiero decir que vi la estatua cuando ya estaba en el suelo.

Prince parecía estar prestándole escasa atención. Su mirada se hallaba

clavada en algo que yacía en mitad del sendero, a aproximadamente una o dos yardas del cadáver. Parecía tratarse de una barra de hierro oxidada que estaba doblada por un extremo.

—Aquí hay algo que no logro entender —dijo—. Me refiero a toda esta sangre. El cráneo de la pobre víctima no está aplastado. Más bien parece que se haya roto el cuello. Pero aun así la sangre parece haberse derramado como si todas sus arterias hubiesen sido dañadas. Me estaba preguntando si algún otro instrumento, como ese objeto de hierro, por ejemplo, no tendría algo que ver con el crimen. Aunque, a decir verdad, creo que no está lo suficientemente afilado. A propósito, ¿sabe alguien qué es?

—Yo lo sé —dijo Archer con su voz grave pero ligeramente temblorosa—. Lo he visto en mis pesadillas. Creo que es el puntal de hierro que le pusieron al pedestal para mantener la estatua bien sujeta en su sitio cuando ésta comenzó a dar señales de que podía caerse en cualquier momento. Debió de salirse cuando se derrumbó.

El Dr. Prince asintió pero continuó mirando los charcos de sangre y la barra de hierro.

—Estoy seguro de que hay algo más detrás de todo esto —dijo por fin—. Quizás algo que se esconde precisamente debajo de esta estatua. Tengo la firme sospecha de que así es. Vamos a ver: nosotros somos cuatro, así que creo que entre todos podremos levantar esta mole de piedra.

Mientras todos aunaban sus fuerzas para conseguirlo, el único sonido que se dejó oír en el lugar fue el jadeo de sus pesadas respiraciones. Luego, una vez que aquellos ocho brazos sudorosos hubieron puesto a un lado la enorme masa de roca esculpida, el cuerpo que yacía sobre el suelo en pantalones y camisa quedó por entero al descubierto. Las gafas del Dr. Prince parecieron entonces dilatarse, presas de una emoción contenida, como si fuesen ojos de verdad, pues una vez terminada la maniobra otras cosas quedaron también al descubierto. Una de ellas fue que el malogrado Hewitt había recibido en la yugular una profunda herida que el médico no dudó en atribuir, con una mirada de triunfo, a una hoja muy afilada (como, por ejemplo, la de una navaja). La otra fue que, justo al lado del cadáver, yacían tres relucientes pedazos de metal de casi un pie de largo cada uno, uno de los cuales acababa en punta y otro se hallaba engarzado en una especie de empuñadura magníficamente decorada con joyas. Evidentemente, se trataba de una especie de cuchillo oriental, de longitud suficiente como para ser considerado una espada, y dotado de una hoja curiosamente ondulada. En la punta podían verse una o dos manchas de sangre.

—Me esperaba más sangre y no precisamente en la punta —dijo el Dr. Prince reflexionando—, pero ciertamente ésta es el arma del crimen. La

cuchillada fue asestada seguramente con algo que tenía esta misma forma. Y probablemente también se hizo con ella el desgarrón que hay en el bolsillo del abrigo. Supongo que el asesino añadiría después el toque de la estatua para darle un aire de funeral público.

March no contestó. Se hallaba literalmente hipnotizado por las extrañas piedras que resplandecían en la singular empuñadura de la espada, pues el posible significado de aquel objeto se había abierto camino hasta él como un terrible despertar. Era una curiosa arma de origen asiático, y él sabía muy bien qué nombre se hallaba conectado en su memoria con las armas de origen asiático. Aunque Lord James expresó por él lo que quizás ya todo el mundo estuviese pensando, las palabras le sobrecogieron como si fuesen algo completamente inesperado.

—¿Dónde está el Primer Ministro? —había exclamado de repente Herries como un perro que ladrara ante el descubrimiento de un rastro perdido.

El Dr. Prince volvió hacia él sus gafas y su sombrío rostro, más ceñudo ahora que nunca.

—No he podido encontrarlo por ningún lado —dijo—. Lo estuve buscando tan pronto como descubrí que los documentos habían desaparecido. Ese criado suyo, Campbell, también lo estuvo buscando por todas partes pero no encontró ni rastro de él.

Hubo un largo silencio, tras el cual Herries profirió un nuevo grito, si bien esta vez de manera completamente diferente.

—No se preocupe —añadió—. Ya no necesitaré buscarle más porque aquí viene él en persona junto con su amigo Fisher. Parece como si los dos hubieran salido a dar un paseo.

Las dos figuras que se acercaban por el sendero eran, en efecto, la de Fisher, que iba cubierto de salpicaduras de barro desde los pies a la cabeza y que mostraba un amplio rasguño en la frente producido seguramente al pasar junto a alguna zarza, y la del gran estadista de cabello gris que tanto se parecía a un bebé y que tanto interés demostraba por la esgrima y las espadas orientales. No obstante, más allá de este reconocimiento puramente físico, March no fue capaz de sacar nada en claro ni de su apariencia ni de su conducta, lo cual parecía aportar un toque definitivamente desconcertante a toda aquella pesadilla. Cuanto más atentamente los estudiaba mientras escuchaban lo que el detective les iba relatando, tanto más perplejo le dejaba la actitud de ambos. Fisher parecía afligido por la muerte de su tío pero no podía decirse que la tragedia le causase demasiado asombro, mientras que el otro parecía estar a todas luces distraído pensando en alguna otra cosa. Y en cuanto a la pérdida de los documentos robados, a pesar de la vital importancia

que éstos tenían, ninguno de los dos se dignó sugerir nada que incitase a emprender la búsqueda del espía asesino.

Una vez que el detective se hubo marchado para ocuparse de realizar las llamadas telefónicas oportunas y de redactar su informe, que Herries hubo regresado a su botella de coñac, y que el Primer Ministro se hubo alejado con su aire cansino en dirección a un cómodo sillón situado en un extremo del jardín, Horne Fisher pudo conversar sin tapujos con Harold March.

—Amigo mío —dijo—, necesito que me acompañe usted en una pequeña excursión, pues aquí no hay nadie más en quien pueda confiar. Nuestro viaje nos llevará casi todo el día y, además, deberemos esperar a que caiga la noche para llevar a cabo nuestra misión principal. Así que durante la marcha podremos pasar revista a todo lo ocurrido. Pero deseo fervientemente que permanezca usted a mi lado porque me inclino a pensar que el momento decisivo se acerca.

Ambos partieron en sendas motocicletas. Durante la primera etapa de aquel día de viaje siguieron la línea de la costa en dirección este, envueltos por el estrépito de los motores, que impedía todo intento de entablar conversación. No obstante, una vez dejaron atrás Canterbury y salieron a las llanuras de la zona oriental de Kent, Fisher decidió hacer una parada en una pequeña y acogedora taberna situada junto a un perezoso arroyo. Allí se sentaron a comer, beber e incluso hablar prácticamente por primera vez desde que habían salido. La tarde era radiante, los pájaros cantaban en el bosque cercano y el sol daba de lleno sobre el banco y la mesa que ocupaban. No obstante, el rostro de Fisher, a la luz de la tarde, reflejaba una gravedad que March nunca había visto en su amigo.

—Antes de empezar —dijo éste— hay algo que debería usted saber. Tanto usted como yo hemos presenciado hechos verdaderamente misteriosos que, al menos hasta ahora, siempre hemos podido explicar. Y sólo por ello vamos a explicar también lo ocurrido en la casa. No obstante, a la hora de tratar la muerte de mi tío, deberemos comenzar por el extremo opuesto a aquel por el que todas nuestras anteriores historias de detectives han comenzado siempre. Voy a referirle los pasos que he seguido en mis deducciones, si es que usted desea escucharlos. Pero antes debo decirle que esta vez no he descubierto la verdad gracias a la deducción. Lo primero que haré será contarle la pura y simple verdad, pues la supe desde un principio. En los otros casos siempre me he acercado a la verdad desde fuera, pero en éste concretamente yo me hallaba bien dentro de ella. Es más, para serle completamente sincero, yo mismo fui el centro de todo.

Algo en los pesados párpados y en los solemnes ojos grises de su interlocutor hizo que March se estremeciese hasta la médula. Luego, exclamó

enloquecido:

—¡No entiendo nada! —pero el tono de su voz contradecía sus palabras.

Sí, sí entendía.

Durante un rato no se oyó el menor ruido excepto el canto feliz de los pájaros. Luego, Horne Fisher dijo tranquilamente:

—Fui yo quien mató a mi tío. Y por si desea también saberlo, fui yo quien le robó los documentos.

—¡Fisher! —gritó su amigo con la voz ahogada.

—Deje que le cuente todo lo que ocurrió antes de que nos separemos —prosiguió el otro—. Y deje que se lo exponga, para que todo resulte lo más claro y conciso posible, de la misma manera que solíamos exponer nuestras viejas aventuras. Ahora mismo dos son los puntos que mantienen a todo el mundo intrigado con respecto a lo sucedido, ¿no es cierto? El primero es cómo se las arregló el asesino para quitarle el abrigo a la víctima cuando ésta se hallaba ya completamente atrapada entre el suelo y la mole de piedra. El otro, mucho menos importante y también menos desconcertante, es el hecho de que la espada que le cortó la garganta a la víctima estuviese manchada de sangre sólo en el extremo en vez de tener todo el borde empapado en ella. Muy bien, veamos. El primer enigma puede explicarse fácilmente. Horne Hewitt se quitó el abrigo antes de que lo mataran. A decir verdad, podría llegar a decirse que se lo quitó para que lo mataran.

—¿Y a eso le llama usted una explicación? —exclamó March—. Las palabras parecen tener aún menos sentido que los hechos.

—De acuerdo. Pasemos entonces a la otra cuestión —continuó Fisher con gran tranquilidad—. Si el borde de aquella espada en particular no estaba manchado con la sangre de Hewitt es porque no se usó para matar a Hewitt.

—Pero el médico —objetó March— declaró con total contundencia que la herida fue producida por dicha espada en particular.

—Le ruego que me perdone —contestó Fisher—. El médico no dijo que hubiese sido producida por aquella espada en particular. Dijo que había sido producida por una espada que tenía aquella forma tan particular.

—Pues tenía una forma de lo más extraña —insistió March—. Y, desde luego, resulta una coincidencia demasiado extraordinaria de imaginar.

—Pues fue precisamente una extraordinaria coincidencia lo que ocurrió —reflexionó Horne Fisher—. Resulta increíble que coincidencias como ésa puedan llegar a ocurrir, pero por la más extraña de las suertes, por una probabilidad entre un millón, sucedió que, en efecto, otra espada con

exactamente la misma forma se encontraba en el mismo jardín al mismo tiempo. Eso es algo que puede explicarse en parte por el hecho de que yo mismo las llevé a ambas allí... Oh, vamos, mi querido amigo. Seguro que es usted capaz de adivinar lo que eso significa. Ponga ambas cosas la una al lado de la otra. Había dos espadas exactamente iguales y la víctima se quitó el abrigo por su propia voluntad. Puede que le ayude en sus reflexiones el hecho de saber que yo no soy exactamente un asesino.

—¡Un duelo! —exclamó March reaccionando súbitamente—. ¡Claro! ¡Naturalmente! Tenía que haberseme ocurrido antes. Pero, entonces, ¿quién fue el espía que robó los documentos?

—Mi tío era el espía que robó los documentos —respondió Fisher—. O, mejor dicho, el que intentaba robarlos cuando yo lo detuve de la única manera que me fue posible. Los documentos, que deberían haber partido ya hacia el oeste para alentar y apoyar a nuestros aliados y darles las directrices necesarias para rechazar la invasión, hubieran tardado tan sólo unas pocas horas en caer en manos del invasor. ¿Qué podía hacer yo? Tal y como están las cosas, acusar públicamente a uno de los nuestros hubiera supuesto ponérselo en bandeja a su amigo Attwood, con lo que se desatarían el escándalo y el pánico generalizados. Además, está la cuestión de que todo hombre que ha rebasado los cuarenta posee el deseo, aunque sea de manera subconsciente, de morir tal y como ha vivido, y eso es exactamente lo que yo quería, aunque con el único fin práctico de llevarme a la tumba todos los secretos que conozco. Quizás ello se deba a que guardar silencio, que ha sido siempre mi afición favorita, haya ido cobrando una consistencia definitiva con la edad, como suele ocurrir con la mayoría de las aficiones. O quizás sea simplemente que me siento como un hombre que ha matado al hermano de su madre pero que también ha librado del escándalo al apellido de su familia materna.

»Sea como fuere, decidí actuar cuando sabía que todos ustedes estarían durmiendo y él merodeaba a solas por el jardín. Cuando salí al exterior y me encontré con todas aquellas estatuas de piedra que permanecían en pie a la luz de la luna, me sentí como si yo mismo fuese una de ellas que, de repente, hubiese echado a andar. Allí, con una voz que no parecía la mía, le eché en cara a mi tío su traición y le exigí que me entregase los documentos, pero cuando él se negó tuve que obligarlo a que empuñara una de las dos espadas. Éstas, que formaban parte de un grupo de ejemplares que le habían enviado al Primer Ministro para que las examinase (pues él, como usted ya sabe, es un experto coleccionista), fueron las únicas armas que pude encontrar que hubieran permitido una contienda equilibrada. Para evitarle a usted los detalles más desagradables, me limitaré a contarle que combatimos allí mismo, en mitad del camino, frente a la estatua de Britania. Él era un hombre muy fuerte, pero como yo le aventajaba en destreza, casi en el mismo momento en que me

hería en la frente con su espada yo aproveché para hundirle la mía en la base del cuello. Cayó contra la estatua, al igual que le ocurriera a César con Pompeyo, y se quedó aferrado al pasamanos de hierro mientras su espada se rompía en tres pedazos al caer. Cuando vi manar la sangre por aquella herida mortal, todo lo demás perdió su importancia para mí. Dejé caer mi espada y corrí a su lado para sostenerlo en pie. Mientras me inclinaba sobre él, algo tuvo que ocurrir con demasiada rapidez para que yo pudiera advertirlo. No sé si es que aquella barra de hierro se encontraba podrida por la herrumbre y se le quedó en la mano cuando se apoyó en ella, o si la arrancó de la roca con su fuerza descomunal. El caso es que, de repente, vi que tenía aquel pedazo de hierro en la mano y que, con sus últimas energías, lo blandía sobre mi cabeza mientras yo me arrodillaba allí, junto a él, completamente desarmado. Mientras me agachaba bruscamente para esquivar el golpe, miré hacia arriba y pude ver cómo, por encima de nosotros, la gran masa de Britania se inclinaba peligrosamente hacia adelante como si fuese el mascarón de proa de un barco. Un instante después la vi inclinarse unos centímetros más de lo normal. Al hacerlo, el cielo entero con todas sus estrellas pareció descender con ella. Lo que siguió fue como si el mismísimo cielo se nos cayera encima. Un segundo más tarde, sin apenas darme cuenta de lo que había pasado, me encontré de pie en el jardín, completamente ileso, mirando aquella ruina de piedra y huesos que todos ustedes se han encontrado hoy tendida sobre el suelo. Mi tío había arrancado el último puntal que mantenía en pie la estatua de la diosa británica, con lo cual ésta había caído y aplastado al traidor al estrellarse contra el suelo. Me volví y me abalancé sobre el abrigo, en uno de cuyos bolsillos sabía de antemano que encontraría el paquete, lo desgarré con la espada y eché a correr por el sendero del jardín hasta llegar a la carretera, donde me esperaba mi motocicleta. Tenía todas las razones del mundo para darme prisa, por lo que escapé de allí sin la menor demora. No obstante, no tuve el valor suficiente para mirar ni una sola vez hacia donde se hallaban la estatua y el cadáver porque tenía la impresión de que de lo que realmente huía era de la visión de aquella especie de espantosa alegoría.

»Después terminé todo lo que aún me quedaba por hacer. Pasé toda la noche y el día siguiente atravesando pueblos y mercados del sur de Inglaterra tan velozmente como me permitía mi vehículo, hasta que por fin llegué al cuartel general del oeste, en cuyo interior había tenido lugar la revuelta. Llegué justo a tiempo. Difundí a los cuatro vientos la noticia de que el Gobierno no les había traicionado y que encontrarían refuerzos si conseguían desplazar al enemigo hacia el oeste. No dispongo ahora de tiempo suficiente para contarle todo lo que sucedió entonces, pero lo que sí puedo asegurarle es que fue el día más glorioso de toda mi vida; una victoria que fue un verdadero desfile triunfal. La sublevación se acalló. Los hombres de Somerset y los demás condados del oeste tomaron la población. Los regimientos irlandeses se

unieron a ellos en mitad de un enorme tumulto y todos juntos salieron de la ciudad marchando y cantando canciones irlandesas de corte feniano. Algo que escapa a toda descripción vibró en las sombrías carcajadas que todas aquellas gargantas profirieron cuando, a pesar de marchar al lado de los ingleses y en defensa de Inglaterra, se pusieron a gritar a pleno pulmón “¡Dios salve a Irlanda!”. Incluso nosotros, en uno u otro sentido, hubiéramos gritado lo mismo de buena gana.

»No obstante, aún me queda por cumplir la última parte de mi misión. Afortunadamente, además de llevar conmigo los planes de la defensa, poseo también, en gran medida, los de la invasión. Pero como no quiero aburrirle con estrategias militares, le resumiré la situación. Hemos averiguado adonde ha trasladado el enemigo el grueso de su artillería, que es la encargada de cubrir todos sus movimientos. Y aunque nuestras fuerzas del oeste difícilmente podrán llegar ya a tiempo para interceptar su maniobra principal, aún cabe la posibilidad de que los tengan dentro del radio de acción de su artillería de largo alcance y puedan bombardearles en caso de saber con exactitud dónde se encuentran. Pero eso es algo que les resultará imposible descubrir a menos que alguien que esté por aquí pueda enviarles algún tipo de señal. Y cuando me enteré de que así era como estaban las cosas, averigüé en seguida quién se encargaría de ponerle remedio a tal detalle.

Dicho aquello, abandonaron la mesa y volvieron a montar en sus vehículos, partiendo inmediatamente hacia el este a través del incipiente atardecer. Las zonas más llanas del terreno se veían repetidas en jirones de nubes que flotaban en las alturas como si se reflejasen en un espejo mientras los últimos colores del día se iban condensando alrededor del círculo brillante del horizonte. A sus espaldas, alejándose cada vez más, quedaba el semicírculo formado por las últimas colinas.

Pronto pudieron ver a lo lejos, como si se tratase de una súbita aparición, la línea aún difusa del mar. Ésta, no obstante, no era ya una brillante franja de color azul como la que ambos habían visto desde aquella soleada terraza, sino más bien una banda de un lúgubre y apagado color violeta, un tono que hacía pensar en algo ominoso y siniestro. Al ver aquello, Horne Fisher se apeó nuevamente de su vehículo.

—Tendremos que hacer a pie el resto del camino —dijo—. Y llegado el momento emprenderé yo solo el último tramo.

Se agachó y comenzó a desatar algo que había llevado consigo en la moto. Se trataba de algo que había intrigado a su compañero durante todo el camino a pesar de tener la cabeza ocupada con cuestiones más interesantes. Parecía tratarse de unas cuantas varas atadas juntas con correas y envueltas en papel. Fisher se encajó aquel paquete bajo el brazo y echó a caminar con enorme

sigilo. El terreno se fue tornando cada vez más escabroso e irregular conforme se internaban en la espesa vegetación. La noche se hacía más oscura por momentos.

—A partir de aquí ya no podremos hablar —dijo Fisher—. Cuando tenga que decirle que se detenga, se lo indicaré con un susurro. Cuando eso ocurra, no intente seguirme. Si lo hace, echará a perder todo el plan. Un hombre solo a duras penas podría avanzar a rastras sin ser descubierto, pero dos serían una presa fácil de atrapar.

—Le seguiría a donde fuese necesario —respondió March—, pero si usted cree que lo mejor es que lo deje ir solo, así será.

—Sé que lo haría —dijo su amigo en voz baja—. Quizás sea usted el único hombre en el que he confiado plenamente en este mundo.

Unos cuantos pasos más allá llegaron al extremo de lo que parecía una gran colina que se destacaba con aspecto amenazador contra un cielo débilmente iluminado. Allí, Fisher ordenó parar haciendo una señal. Luego agarró la mano de su compañero, la estrechó con una súbita ternura y se puso nuevamente en marcha hasta que fue engullido por la oscuridad. March pudo aún ver fugazmente cómo se arrastraba siguiendo las sombras más oscuras hasta perderse de vista. Volvió a verlo al cabo de un rato, unos doscientos metros más allá, de pie sobre otra colina. Junto a él se levantaba una extraña estructura construida al parecer sobre dos grandes varas. Cuando Fisher se inclinó sobre ella, March pudo ver el destello de una luz. Al instante, ciertos recuerdos se despertaron en la mente de March, quien de repente supo qué era aquello. Se trataba de la plataforma de un cohete. Tales recuerdos, inciertos y confusos, todavía lo mantuvieron momentáneamente aturdido hasta que se dejó oír aquel ligero rugido que tan familiar le resultó. Un instante más tarde, el cohete salió disparado de su plataforma y se elevó hacia el cielo como si fuese una flecha lanzada contra las estrellas. March no pudo evitar pensar fugazmente en las señales que tantos siglos llevaban predichas anunciando los últimos días y, por un momento, creyó estar presenciando alguna apocalíptica escena propia del Juicio Final.

Al llegar a las alturas, el cohete describió un arco y, cuando comenzaba a descender, estalló en un millón de chispas encarnadas. Por un momento todo el paisaje, desde el mar hasta las colinas boscosas que se repartían por las inmediaciones, pareció un lago de aguas intensamente rojas, de un rojo extrañamente vivo y alegre, como si el mundo entero hubiese sido regado con vino en vez de con sangre, o como si el planeta se hubiese convertido en un verdadero paraíso terrenal sobre el cual se hubiese detenido eternamente todo el esplendor del amanecer.

—¡Dios salve a Inglaterra! —gritó Fisher con una voz que sonó como un

estallido de trompetas—. Y ahora le corresponde a Dios actuar.

Mientras la oscuridad volvía a caer sobre la tierra y el mar, algo más se dejó oír. A lo lejos, por el paso que se abría entre las colinas que habían quedado a sus espaldas, las armas aullaron como una jauría infernal. Algo que no era un cohete, pero que surcó igualmente el aire con una especie de chillido, pasó sobre la cabeza de Harold March y fue a estrellarse al otro lado de la colina con una llamarada de luz y un ensordecedor estruendo que dejaron al periodista completamente aturdido. Otra explosión siguió a la primera, y luego otra, y entonces el mundo entero se llenó de confusión, vapores y estallidos de luz. La artillería del ejército del oeste y de los regimientos irlandeses habían localizado por fin a la artillería enemiga y la estaban dejando reducida a cenizas.

En el frenesí del momento, March atisbo por entre la tormenta en busca de la delgada figura que aún debía permanecer en pie junto a la plataforma del cohete. No obstante, cuando un nuevo resplandor iluminó por completo la cima de aquella colina, no alcanzó a ver por ningún lado la figura que buscaba.

Antes de que el resplandor del cohete se desvaneciese por completo del cielo, mucho antes de que la primera arma se dejase oír desde las lejanas colinas, una ráfaga de fusil había relampagueado desde las trincheras ocultas del enemigo. Algo, un cuerpo, cayó entonces a tierra, rodó entre las sombras hasta llegar al pie de la colina y allí permaneció, rígido como las barras metálicas que habían servido de soporte al cohete. Fue así como el hombre que sabía demasiado descubrió aquella única cosa que realmente merece la pena conocer.

Freeditorial 